Cristina Pujadas

La perdición del Alfa

La perdición del alfa

CRISTINA PUJADAS

Tanto si ya conoces a la manada de lobos de Dóen, como si este es el primer libro de la autora que cae en tus manos, vas a disfrutar de una historia de amor con un toque de suspense. Un *rom-urban-fantasy* con un toque *spicy* que va a atraparte entre sus páginas y que te hará pasar un buen rato. ¿Te animas?

SINOPSIS

Destinado a ser el futuro alfa de la manada, Derek Udola se vio obligado a asumir esa responsabilidad antes de lo que hubiera deseado. Dispuesto a velar por su manada y proteger el secreto de su naturaleza frente a cualquier intruso, al precio que sea necesario, Derek tendrá que afrontar una investigación oficial en su territorio tras la desaparición de un excursionista. Si bien Derek cree tenerlo todo bajo control, va a encontrarse con que todo alfa tiene un tendón de Aquiles, y el suyo se resumiría en un par de piernas largas, una mala leche considerable y unas curvas de lo más tentadoras. Después de todo… ella es la perdición del alfa.



DANIEL estaba detrás de la barra. Llevaba la melena sujeta en la nuca y se apreciaba en su rostro una barba incipiente que todos sabíamos que dejaría que creciera a su libre albedrío unos cuantos días más antes de que, al final, decidiera recortarla cuando la espuma de la cerveza dejara un evidente rastro sobre ella. Era un lobo de aspecto feroz, aunque su carácter era templado; si tuviera que describirle con un único adjetivo, de él diría que es observador.

El local que regía el mayor de mis betas era poco más que un antro de pueblo de aspecto y reputación cuestionables. No era nuestra intención que fuera de otra manera, porque así gozábamos de cierta libertad y nuestros vecinos optaban por frecuentar el resto de los locales, dejando nuestro garito para los quehaceres de la manada.

Que no quiere decir que los humanos tuvieran vetada la entrada, o algo así, básicamente porque ni siquiera sabían que nosotros existíamos y, menos aún, que aquel sitio de luces tenues y aspecto un tanto tétrico, con un par de billares y un futbolín, era algo así como el eje social de nuestra peculiar y peluda familia. Si lo supieran, posiblemente no pondrían un pie dentro ni bajo coacción o pena de muerte. He de admitir, además, que nos habíamos esmerado en que el local no fuera especialmente atractivo a la vista, para que no se convirtiera en un lugar de moda en el que no pudiéramos sentirnos un poco como si fuera nuestra casa. Para muchos de los lobos de la manada —entre los que me incluyo— «El bar de Daniel» era uno de esos lugares favoritos que todos tenemos en el mundo.

Detrás de la barra había una puerta que daba a un almacén y, desde allí, una trasera maltrecha que daba al bosque. Un lugar por el que entrar y salir sin ser vistos cuando correteábamos a cuatro patas. Todo lobo era bienvenido a hacerlo siempre que quisiera y muchos solíamos dejar algo de ropa entre las cajas de refrescos, cervezas importadas y alguna que otra pijada con la que Daniel pretendía sorprendernos de tanto en tanto. Lo de ser lobo está bien, lo de ir en pelotas en pleno pueblo es otra historia. Más aún cuando se supone que formas parte de la autoridad del lugar, porque por no tener no teníamos ni comisaría de Policía.

Entre las estanterías repletas de cajas y un baño cuya cisterna

goteaba desde hacía media década, pero que nadie había mostrado el sano interés de hacer algo para remediarlo, había una escalera de caracol metálica que daba al piso superior. Oficialmente, solo Daniel vivía allí, pero lo cierto es que tanto su hermano Silas como yo pasábamos largas temporadas instalados en el primer piso con él.

Yo podía excusarme diciendo que era el lugar donde pernoctaba cuando quería quedarme en el pueblo, porque mi verdadero refugio, mi hogar, era una casa aislada en medio del bosque, lejos de todo. Y de todos. Silas, en cambio, vivía en una de esas viejas casas de pueblo de las afueras a las que se llega en apenas un paseo o en unos pocos minutos al trote, un lugar al que podría acercarse incluso estando borracho; con todo, seguía teniendo su habitación en el primer piso y hacía uso de ella tanto como le venía en cara. Estaba bien así, porque seguíamos estando los tres juntos, aunque fuera de tanto en tanto, como cuando nos vimos con el marrón de ocuparnos de la manada siendo poco más que unos críos.

Admito que yo no era el alfa más accesible del mundo y que agradecía que mis betas fueran los que llevaran el peso en cuanto al tema de la sociabilización con el resto de la manada. En cambio, no tenía reparo alguno en morder para remarcar mi autoridad cuando era necesario y había aprendido que la jerarquía a veces tenía que imponerse por la ley del más fuerte.

Vi como Silas entraba en el local con aspecto enojado. Algo que no sucedía habitualmente, porque solía ser alegre hasta el punto de que a veces escocía más que un grano en el culo. Daniel, al menos, no irradiaba esa especie de fe perenne en que ser feliz era una cuestión de actitud y no de suerte. Le observé llegar hasta mi mesa en unas pocas zancadas. No le sorprendió encontrarme solo, incluso si había varias mesas con lobos en el local en esos momentos. En general, solían dejarme tranquilo y no me incomodaban si no les daba pie a hacerlo. Era algo así como una regla no aullada al viento: no le toques las pelotas a tu alfa o asume las consecuencias.

Funcionábamos bien si todos seguían esa premisa.

—Estamos jodidos —masculló Silas golpeando con un papel arrugado la superficie de la mesa—. Lo del excursionista no ha pasado desapercibido.

Miré a mi beta, frunciendo el ceño, mientras cogía aquel impreso que, por el aspecto enojado de Silas y la forma en la que me lo había ofrecido, tenía números de estar maldito o ser la causa de su cabreo. Me decantaba más por lo segundo.

Dos lobos sentados en el otro extremo del local nos miraron, pero se limitaron a permanecer callados. Mejor. El único que se atrevió a intervenir fue Daniel, que salió de detrás de la barra después de lanzar contra el escurreplatos el trapo con el que había estado secando varios

vasos. Se acercó a nosotros y se sentó junto a su hermano. Sus rastros tenían un algo en común, pero su aspecto no tanto: el cabello de Silas era castaño, aunque tenía algunos tonos entre cobrizos y dorados, mientras que el de Daniel era varios tonos más oscuro, igual que su pelaje, que le daba un aspecto más fiero cuando estaba en su versión animal. Sí tenían en común esa mirada inteligente, la forma de arrugar la nariz cuando algo les molestaba y una tendencia irritante a llevarme la contraria y poner a prueba mi paciencia. Que era poca, no lo negaré.

—¿De qué va eso? —me cuestionó al ver que, tras leer el contenido del texto, arrugaba el papel hasta convertirlo en una maltrecha bola y lo tiraba sobre la mesa con un gesto que mostraba que mi estado anímico estaba poniéndose a la altura del de Silas.

—Los de la central quieren meter las narices en Pardines. —No hizo falta que especificara mucho más. Silas y yo éramos guardas forestales, pero como no había una comisaría de Policía propia asumíamos, de tanto en tanto, sus funciones dentro del pueblo y no solo en sus alrededores.

Teníamos una pequeña caseta a las afueras que hacía de centro de información para excursionistas y base de control de operaciones, aunque no solíamos pasarnos demasiadas horas allí dentro porque el trabajo burocrático nos repateaba y hacíamos lo mínimo para cubrir los expedientes.

Con lo del excursionista habíamos tenido a la pasma encima durante un par de semanas, pero al final todo había acabado en nada. Afortunadamente. Sin embargo, una delegación especializada en desapariciones y catástrofes naturales había decidido meter también sus narices en el caso. De ahí que el papel hubiera acabado hecho un ovillo sobre la mesa; si hubiera chimenea lo hubiera tirado dentro para que se convirtiera en poco más que un montón de cenizas.

—Que lo hagan. —Daniel se encogió de hombros, como si aquello le importara una mierda. Era el menos temperamental de los tres, pero eso no quería decir que no fuera letal cuando se lo proponía.

—Van a ponernos un interventor —masculló entre dientes Silas. Consiguió no gruñir, pero no porque le faltaran ganas. Si lo hubiera hecho no habría sido una gran tragedia, porque aunque una de las mesas estaba ocupada por un par de vejestorios del pueblo, que se habían aficionado a venir a la taberna de Silas a jugar al dominó mientras bebían una cerveza fría, estaban prácticamente sordos.

—¿Un interventor?

—Un forestal lameculos con algún título que está en un departamento de catástrofes y desapariciones —le contó Silas—. Vendrá a supervisar nuestro trabajo sobre el terreno. No nos piden nuestra opinión o conformidad al respecto, sino que le facilitemos

todo lo que nos pida.

—¿Piensas bajarte los pantalones? —me preguntó Daniel. Le miré como si se hubiera vuelto estúpido. Silas rio por lo bajo—. Me lo imaginaba. Podríamos asustarlo… —Su rostro mostró una expresión traviesa.

—No es buena idea ponerle nervioso y que piense que hay una jauría de lobos hambrientos y rabiosos cerca del pueblo —masculló Silas—. Lo mejor es que hagamos lo que se nos ha pedido, pero voy a tener problemas para no darle un zarpazo a la mínima que se ponga gilipollas.

—¿Ha quedado algún cabo suelto? —Daniel negó con la cabeza y asentí—. Que busque, entonces.

—Pretendes hacer ver que vas a… ¿colaborar? —El menor de los hermanos Ilerdenc reía por lo bajo—. Por favor, Derek, eres incapaz de aceptar la autoridad de nadie, y menos aún la de un capullo burócrata chupapollas.

—Lo que me recuerda que a alguien no le importaría que le hicieran justamente eso. Llevas casi un mes en el dique seco y siendo tú… —se burló su hermano mayor.

Se llevó un gruñido bajo antes de que Silas le respondiera:

—Que te den. —Ignoré sus pullas.

—Intentaré alejarme de la oficina tanto como sea posible —decidí—. Silas, tendrás que ocuparte tú de… —Cogí la bola de papel y la abrí con desgana, pasando mi mano sobre su superficie para extender el papel arrugado sobre la mesa—: M. Anthony.

—Me lo veía venir. —Se encogió de hombros.

—Pórtate bien y no le muerdas —le advertí con gesto serio—. Cuanto antes decida que ya no hay posibilidades de recuperar a ese gilipollas, antes se irá y podremos seguir a lo nuestro.

—Sí, alfa —convino Silas, un poco a desgana.

—¿Necesitas algo de mí? —me preguntó Daniel, dispuesto a hacer lo que fuera necesario, sin titubear. Daba igual lo que le solicitara, ni siquiera me pediría una justificación, en caliente. Acataría la orden y la llevaría a cabo con letal perfección, no solo por el rango que ostentaba sobre él, sino también por los vínculos que habíamos ido forjando con el paso de los años. Aunque, tarde o temprano, acabaría sonsacándome; sabía esperar el momento apropiado para hacerlo, siempre con esa sutileza que le caracterizaba y que hacía que mi autoridad no se sintiera retada, incluso si a veces creo que me ninguneaba.

—Una cerveza bien fría. O, mejor, que sean un par. —Asintió con una media sonrisa lobuna y se levantó para volver a hacerse cargo de la barra. No tardó en rellenar cuatro jarras y traérnoslas a la mesa.

Lo bueno de que Daniel regentara aquel lugar era que Silas y yo

bebíamos gratis, algo que, teniendo en cuenta que para tumbar a un lobo se necesitan un par de docenas como aquella, no es que fuera muy provechoso para el balance económico del negocio. Afortunadamente, los gastos de mantener el bar eran bajos: el edificio había sido de los padres de Silas y Daniel, pero se lo cedieron cuando yo asumí el liderazgo de la manada. Fue entonces cuando mi beta montó, a modo de tapadera, el bar. Lo hicimos rehabilitando lo que había sido un garaje, con la intención de tratar allí los temas de la manada; y, sí, en esas épocas las peleas allí no fueron pocas, de ahí la mala reputación que arrastraba.

Vivimos los tres, en el primer piso, durante algunos años, hasta que la presión de tener a todos los lobos cerca empezó a agobiarme y decidí buscar un lugar en el que aislarme, aunque solo pudiera hacerlo de tanto en tanto. Poco después, Daniel se encabronó con su hermano por todas las hembras humanas que subía al piso para follarse, haciendo que todos tuviéramos que husmear si estaba solo o acompañado antes de convertirnos en lobo, algo que era bastante molesto; de ahí que le animáramos a comprarse una casa de pueblo en la que hacía lo que le venía en gana. Admito que muchas veces acabábamos los tres arriba, como en los viejos tiempos, pero sin humanas que nos jodieran el rollo.

La manada acabó aprendiendo que ese piso era un lugar seguro al que podían acudir cuando y como les viniera en gana. Sabían que encontrarían, como mínimo, a uno de mis betas, así que optaban generalmente por ir allí y no a mi casa, perdida en ninguna parte. Excepto en contadas ocasiones que solían ser, por definición, jodidas.

—¿Quieres que investigue al tal Anthony?

—¿Para qué? —le cuestioné—. Antes de que nos demos cuenta, vamos a tenerlo correteando por aquí.

—Supongo que se hospedará en la casa de Ammaiel —reflexionó Daniel en voz alta—. Le advertiré de que nos avise cuando se ponga en contacto con ella y que husmee entre sus cosas.

—Que sea discreta —le advertí—. Deberíamos avisar a toda la manada. No quiero lobos correteando cerca del pueblo, vamos a limitarnos a controlar el perímetro, y no quiero que nadie se le acerque si no es estrictamente necesario.

—¿No estás exagerando un poco, alfa? —Me encogí de hombros ante la expresión molesta de Silas.

Él era uno de los que disfrutaban correteando a cuatro patas la mayor parte del día. No es que lo hiciéramos dentro del pueblo, porque nuestro tamaño superaba con creces al de un lobo cualquiera y podría despertar un cierto estado de alarma, pero no era raro que alguien nos advirtiera de que había avistado a algún lobo *muy grande* en una excursión o un paseo nocturno.

No es que fuera Silas siempre ese lobo, pero de tanto en tanto le escuchaba preguntarle a nuestro parroquiano si consideraba que ese ejemplar en cuestión era aterrador o si mostraba una mirada inteligente. Cuando le veía esa expresión traviesa en el rostro era señal indudable de que era él quien se había dejado ver usando su forma lobuna. Le gustaba cachondearse del testigo haciendo que alabara o temiera las virtudes del animal que había avistado. Tenía ese punto de arrogante y presuntuoso, pero no solía tenérselo en cuenta.

Siendo realistas, si nos esforzáramos un poco, nadie en el pueblo tendría la más mínima sospecha de la presencia de lobos en los alrededores. Sin embargo, había aceptado y normalizado que hubiera avistamientos puntuales, como había hecho mi padre antes que yo, haciendo que no le dieran demasiada importancia al hecho de ver a uno de los nuestros. Eso era posible porque la manada tenía la premisa de no atacar a nadie del pueblo y que nadie, bajo ningún concepto, debía compartir nuestro secreto con un humano. Eso hacía que la convivencia fuera más o menos fácil, aunque manteníamos una sana distancia con los que no eran como nosotros.

Sociabilizábamos con dos manadas que estaban lo suficientemente lejos como para no tocarnos las pelotas los unos a los otros, pero facilitando al mismo tiempo que los jóvenes encontraran pareja cuando decidían sentar la cabeza y tener cachorros. Los líos de faldas con machos o hembras humanos estaban permitidos, pero teniendo la certeza de que no podrían ser más que eso. Incluso si algunos hubieran deseado hacerlo, la orden de un alfa no puede vulnerarse, así que todos sabíamos cuáles eran los límites que definían nuestras vidas.

Todos, incluso Silas.

—Me ocupo de avisar a la manada de este asunto —intervino Daniel.

—Eres un gran alfa, pero cada vez te estás volviendo más aburrido —protestó su hermano menor—. ¿Seguro que no podemos simplemente ahuyentarlo en vez de colaborar con él?

—Madura, Silas.

Mi beta rio por lo bajo. No es que pensara realmente que esa opción fuera más útil para nuestros intereses, pero le repateaba ser él quien tuviera que jugar al papel de niñera con el forestal que nos iban a enviar y, encima, no poder sacar a su lobo de caza durante el tiempo que estuviera el tipo por el pueblo. Su mirada se oscureció ligeramente cuando añadió:

—¿Sabes?, igual tienes razón… deberíamos *madurar*. —Esta vez fui yo el que gruñó por lo bajo, porque llevaba un par de meses jodiéndome la vida con aquello. No hacía falta que dijera más, porque sabía perfectamente a lo que hacía referencia, pero supongo que tenía ganas de vengarse por la mierda que le acababa de encasquetar—. Los

viejos se están empezando a poner nerviosos y lo sabes. Tienes treinta y dos tacos, va siendo hora de que te busques una loba a la que preñar.

—Deja al margen mi vida personal.

—El problema es que no es solo tu vida, y lo sabes, Derek —me pinchó el cabrón—. La manada necesita asegurar su continuidad.

—Tal vez podríais probar vosotros a buscaros una pareja en vez de juguetear a folletear con la primera turista que pasa —le reté alzando el mentón, recordándole el parentesco que existía entre nosotros y el hecho de que le daba igual si eran rubias, morenas o pelirrojas: si la humana en cuestión tenía buenas tetas acababa metiéndose entre sus piernas, aunque raramente repetía con una misma mujer, creo que para asegurarse de no acabar encariñándose de ella. A las lobas las evitaba, argumentando que siempre estaban acechando para hincarte el diente y emparejarse contigo, algo que para un lobo implicaba un compromiso inquebrantable.

—A mí déjame al margen —protestó Daniel.

—Pues eres el mayor de los tres —remarcó Silas, con esa sonrisa lobuna un tanto siniestra.

—Necesito algo más que una cara bonita y unas tetas generosas para atarme el resto de mi vida a una loba —negó él. A diferencia de su hermano, Daniel solo se acostaba con lobas por una cuestión de principios. Había tenido algún encuentro fortuito, puntual, con un par de lobas del pueblo y había mantenido una relación durante unos cuantos meses con una loba de una de las manadas vecinas, pero creo que aquello hubiera durado mucho menos si no se hubieran visto tan solo los fines de semana. A Daniel no le gustaba que le atosigaran.

No era la primera vez que le oía aquel discurso con un deje de romanticismo; y admito que había usado sus palabras, no textualmente, cuando los viejos empezaron a presionarme con eso de que eligiera esposa para asegurar que hubiera un futuro alfa que guiara a la manada. De eso hacía ya cinco años, lo recuerdo porque aprovecharon la celebración de luna llena de mi primera década como alfa.

Muchos de los lobos que habían jugado conmigo cuando éramos niños ya se habían establecido y tenían sus propios cachorros. De ahí que empezaran a ponerse nerviosos. No negaré que tenían sus motivos. Silas, Daniel y yo éramos la resistencia y, por mucho que me criticaran mis betas, era un ejemplo pésimo en lo referente a las relaciones y a las lobas.

Admito que a veces pensaba al respecto. No sentía la necesidad de marcar a una hembra para que su afecto fuera exclusivamente mío y que fuera la madre de mis cachorros. Más bien al contrario. Me repateaba tener que compartir mi libertad y ese lugar que ahora era

mi hogar y en el que podía aislarme del mundo, de las voces de otros lobos, de las expectativas y las responsabilidades.

Si un día me pasaba algo, Silas y Daniel lo harían bien dirigiendo a la manada, pero eran betas y su autoridad podía ser cuestionada, pese a su ascendencia: eran nietos de la hermana menor de mi abuelo, que también fue alfa tiempo atrás. Mi padre le siguió y yo hubiera sido sumamente feliz si, tras su muerte, hubiera sido su primo, el padre de Silas y Daniel, el que hubiera cogido el relevo de liderar la manada, pero la vida tiene ese tipo de cosas: cuando quiere joderte, lo hace a lo grande; así que heredé, con diecisiete años, una manada de licántropos que parecían no ser capaces de ir a cagar si yo no decía la última palabra, pero estaban más que dispuestos a matarse los unos a los otros si la jerarquía no se reestablecía.

Los lobos tienen esas cosas: cada uno tiene que saber exactamente cuál es su lugar. Si esa estructura está bien definida, las cosas van bien. Tardé mi tiempo en aprenderlo y tuve que dar más mordiscos de los que me enorgullezco, pero la ley con sangre entra, al menos entre los que éramos más bestias que hombres.

Silas y Daniel siempre estuvieron allí, para mí, durante aquellos complicados años. Al menos no tuve que pasar por aquello solo, incluso si el peso de la responsabilidad y la toma de decisiones siempre había pesado sobre mis hombros, como debía ser, porque yo era el alfa, por mucho que me repateara. Sin embargo, en cuanto a lo de la descendencia, mis dos betas descendían del mismo linaje que yo, así que existía la posibilidad de que uno de ellos engendrara a un alfa. Era menos probable que no que lo hiciera yo, siendo realistas, pero no imposible. El problema era que ninguno de ellos tenía más predisposición a tener retoños que yo.

Cuando éramos poco más que unos muchachos, acabábamos bañando en alcohol los días nefastos. No es que me liberara de mis tormentos personales, pero durante unas horas los hacía más llevaderos. Decidí hacer justamente eso aquella noche. Muy maduro por mi parte, supongo. Daniel cerró el chiringuito a eso de las diez, pero los tres acabamos en la barra rellenando nuestras jarras según las vaciábamos, con los gritos de fondo de los hinchas de un partido de fútbol americano que retransmitía la vieja pantalla que colgaba de una de las esquinas del bareto. Los chillidos y el barullo de la televisión nos venían bien porque amortiguaba nuestras propias palabras, las risas y también los gruñidos.

He de admitir que, como alfa, mi vida sería una mierda si mis dos betas no estuvieran a mi lado. Eran lo más parecido a una familia que me quedaba: con ellos podía ser solo yo, Derek. Fuera de aquellas cuatro paredes yo era para todos y cada uno de los miembros de la manada el alfa, a secas; alguien a quien temer y respetar a partes

iguales. Para el resto del pueblo, era Derek Udola, el forestal que llevaba siempre el ceño fruncido y usaba las palabras justas, pero no más. Silas era más accesible, así que en general era él quien solía atender sus demandas. Igual que haría con M. Anthony. Incluso si protestaba, sabía que bordaría el papel. Si no fuera un lobo, tal vez podría haber hecho carrera de actor.

Sí, me había adaptado. A lo que era.

Y a lo que se esperaba de mí.

Hasta que piernas largas vino a Pardines. A joderme la vida.



ME DESPERTÉ con los primeros rayos del sol. Apenas había dormido tres o cuatro horas y aún podía notar el efecto del alcohol sobre mi cuerpo. Di un par de vueltas sobre el enorme colchón que había instalado en la habitación que solía usar cuando me quedaba en casa de Daniel, pero el insomnio me pudo. Una vez más.

Gruñí y dejé que mi forma animal tomara el control. Mi cuerpo se transformó en el de un enorme lobo de pelaje gris y ojos celestes. El cambio me reconfortó. Siempre lo hacía. Sentir que liberaba a la criatura que en realidad era. Salí de la casa de Daniel sin hacer ruido y me alejé del pueblo para adentrarme en el bosque.

Al transformarnos en nuestra forma animal, todo a nuestro alrededor cambiaba. Cuando fingíamos ser humanos, nuestros sentidos seguían siendo superiores, así como nuestras destrezas o nuestra fuerza, pero era en esa versión peluda donde demostrábamos nuestro verdadero potencial y no me refiero únicamente a algo físico. Como lobos, podíamos sentir los pensamientos de todos los miembros de la manada que estuvieran transformados. A veces era solo un rumor de fondo, pero en otras podíamos llegar a mantener conversaciones telepáticas entre nosotros, incluso si varios kilómetros nos separaban. Eso nos ayudaba a cazar, entre otras muchas cosas. Disfrutábamos jugando y el bosque era nuestra única y verdadera casa. O, al menos, lo era para mí.

Sabía que para algunos lobos de la manada las cosas eran diferentes y que se sentían más confortables en una mullida cama que no durmiendo en un lecho de hojas y que preferían una bañera caliente que no un refrescante chapuzón en uno de los muchos arroyos que teníamos en nuestro territorio. Para gustos, colores.

La conexión con la manada se vulneraba con la distancia, pero no nuestros vínculos. Quiero decir que las pocas veces que había ido a alguno de los pueblos vecinos para negociar con los líderes de esos territorios, había observado que mis betas tenían cierta dificultad para proyectar sus pensamientos y que estos llegaran al resto de la manada. Era algo que a mí no me afectaba. Podía proyectar mi voz a través de los vínculos que unían a cada uno de los lobos hasta mi persona. Uno de los muchos poderes que ostentaba como alfa.

Troté junto a Ashira y Dante, una pareja de lobos consolidada hacía un par de años, y recorrimos juntos parte del perímetro antes de desviarme de su ruta e ir al encuentro de Sean y Connor, los mellizos, que apenas tenían quince años, pero apuntaban a ser dos grandes rastreadores. Se colocaron cada uno en uno de mis flancos y corrimos juntos durante una hora. Ese tipo de cosas fortalecían los vínculos que existían entre nosotros, incluso si era irritante escuchar todos y cada uno de sus pensamientos.

Era imposible esconderle nada a un alfa, aunque a mí los pensamientos obscenos de ese par de imberbes sobre las humanas con las que tonteaban en el instituto me importunaban más que otra cosa. Me despedí de ellos dejándoles caer una advertencia sobre lo que les pasaría a sus pelotas si pretendían perder la virginidad con una humana. No serían los primeros cambiantes que en su primer polvo acababan sucumbiendo al instinto de su animal, lo que podía exponernos a todos.

Llegué a casa de Daniel a eso de las nueve. Me colé por la puerta trasera y subí a cuatro patas por la escalera. Silas estaba frente a los fogones, cocinando beicon y huevos. Me transformé frente a él y a ninguno de los dos nos molestó mi desnudez. Me acerqué a la nevera y cogí una botella de leche para darle un par de tragos, sin molestarme en ir a por un vaso, mientras escuchaba que Daniel cerraba el grifo de la ducha. Seguramente me había oído y sabía que quería remojarme antes de desayunar e ir al centro de mando de las afueras de Pardines.

—¿Alguna novedad? —me preguntó Silas mientras rompía los huevos en la sartén con una espátula de madera.

—Haz que los mellizos dupliquen las horas que se pasan recorriendo el perímetro y organízales para que se instalen en Beget o Llaés un par de meses este verano.

Silas levantó la mirada hacia mí y rio por lo bajo antes de llegar a la conclusión obvia:

—Van cachondos.

—Es molesto correr con ellos —admití—. Solo piensan en hembras. Voy a darme una ducha.

No me entretuve y me dirigí al único baño del piso, sabiendo que Daniel estaba ya en su habitación, vistiéndose.

—Si te has puesto cachondo con las guarradas que se les pasa por la cabeza a ese par, ¡dátela bien fría! —Escuché que Silas me decía desde la cocina, entre risas. Le ignoré mientras me metía bajo un chorro de agua templada.

Cuando volví al comedor, ya vestido, los platos estaban dispuestos en la mesa y mis dos betas estaban esperándome para desayunar todos juntos. Esa deferencia no la hubieran tenido con otro lobo de la manada, pero yo era el alfa, después de todo.

Nos despedimos de Daniel para ir a la oficina. El edificio que disponíamos no nos pertenecía, ya que era una de esas propiedades del Estado que nada tenía que ver con la manada. Fue Silas el que me animó a hacer aquello, aunque nunca fue en realidad mi vocación. Preparar las oposiciones juntos fue lo que al final me acabó motivando a hacerlas realmente. El trabajo, en sí, no estaba mal, pero odiaba las jerarquías y el papeleo. De ahí el cachondeo de Silas sobre cómo gestionaría tener a un burócrata en el despacho.

Dejamos el *jeep* a pocos metros del edificio. Algo llamó mi atención. Un rastro. Golpeé a Silas en el brazo mientras caminábamos hacia la puerta de acceso al edificio y vi que él elevaba el mentón ligeramente, tomando consciencia en ese momento de aquel olor a bosque y a manzana verde. Una hembra. Humana. Una turista, supuse, que tal vez se había acercado para preguntar sobre el entorno. Me quedé quieto frente a la puerta del edificio, llave en mano. Ladeé la cabeza, sintiendo como aquel olor me golpeaba de lleno, volviéndose más intenso, mientras me percataba de que alguien había forzado el cerrojo.

Le señalé a Silas la cerradura reventada y se tensó. Era una mierda que en esos momentos no pudiéramos hablar telepáticamente, pero vi como sacaba de la cartuchera la pistola con dardos somníferos, que solíamos llevar encima, capaces de tumbar hasta a un oso. Asentí. Una cosa era una turista de paso, otra, muy diferente, tener un intruso que había entrado a la fuerza en nuestro despacho. No es que allí dentro hubiera nada de valor y no era como que hubiera encontrado a la susodicha metiendo las narices dentro de una de las casas de la manada, pero yo no era de los que dejan que una ofensa de ese tipo pase sin más. Incluso si era una hembra.

Me metí las llaves en el bolsillo y abrí la puerta. Escuché como chirriaban las bisagras, pero era poco probable que una humana pudiera escuchar aquel ruido estando a unos pocos metros. Su olor. Sentí al lobo removerse. Entré con un cabreo considerable, sin esconderme. Recorrí el recibidor en apenas unas pocas zancadas y entré en la sala en la que había un par de mesas de oficina, unos sofás desgastados y poca cosa más. Allí estaba ella. Detrás de mi mesa, con un portátil abierto.

No le sorprendió mi llegada, pero esperaba que mi presencia, por lo menos, la intimidara y, si era tan estúpida como para obviar el peligro que entrañaba enojar a alguien como yo, al menos sí tendría reparos con la pistola con la que Silas le apuntaba. Nada más lejos de la realidad. Tenía unos ojos negros, intensos, que fueron directos hacia los míos. Su expresión indiferente hizo que mi sangre ardiera por dentro. Me estudió, como si fuera yo el que tenía que dar una justificación y no a la inversa.

—¿Quién coño eres? —le espeté.

—Derek Udola, supongo. —Abrió un dosier y vi un papel con mi rostro estampado en él. Fruncí el ceño y supongo que eso le bastó—. Y Silas Ilerdenc. Espero que tengáis una buena excusa, porque, por menos, puedo hacer que os suspendan.

—¿Suspendernos? —cuestionó Silas, sin dejar de apuntarle. No lo haría, probablemente, hasta que yo le dijera lo contrario y, la verdad, por mí como si le pegaba un tiro y conseguía sacarle ese punto petulante a la zorra que se sentaba en mi silla.

—Creo que recibisteis la notificación ayer.

—M. Anthony. —Llegué a la conclusión en el mismo momento que Silas, aunque él seguía apuntándola. Le hice un gesto con el mentón y bajó el arma. Le puso el seguro antes de guardarla en la cartuchera mientras yo daba un paso hacia ella y la acusaba—: Has forzado la puerta de entrada.

—Hay un horario apuntado ahí fuera, pero por lo visto os lo pasáis por el forro. —Me intrigó su arrogancia y ese deje de seguridad que desprendía. Entendía que, dentro de la jerarquía de los forestales, ella estaba por encima de nosotros, pero dudo que una humana hubiera sido capaz de sostenerme la mirada de la forma en que ella lo hacía. Di un par de pasos hacia ella, esperando que se intimidara, pero no lo hizo.

—Teníamos que hacer una ronda —mentí, buscando en su olor un rastro de miedo.

—¿Te piensas que soy gilipollas? —me espetó con dureza. Sentí al lobo removerse inquieto y como mi vello se erizaba. No era tan estúpido como para transformarme frente a ella, pero que me retara de aquella forma me estaba poniendo a prueba. Coloqué mis manos sobre la mesa y me acerqué a ella.

—Solo sé que eres una burócrata y, por tu edad, además ni siquiera tienes experiencia de campo —le solté y vi que eso sí que la había cabreado, pero se tomó su tiempo en contestarme mientras una sonrisa asomaba en sus labios tras estudiarme. Una emoción extraña me embargó. No me importaría tumbarla sobre la mesa y demostrarle quién tenía en realidad la autoridad.

—No me toques los cojones.

—Tú no tienes de eso.

—Cierto, pero no me gusta vanagloriarme de la superioridad de mi género frente a los hombres que se dejan llevar por la testosterona y no por el cerebro.

Sentí que los colmillos ansiaban salir mientras se limitaba a sostenerme la mirada, sabiendo que estaba a punto de perder los papeles; lo que no tenía para nada claro esa niñata era hasta qué punto eso podía comprometer su vida. Fue Silas el que intervino en

ese momento. Me colocó una mano sobre la espalda mientras se situaba a mi lado.

Sentí el deseo de gruñirle, sin saber bien bien por qué, pero agradecí su intervención. Me separé de la mesa y de la víbora que había en ella y me acerqué a uno de los armarios en los que guardábamos los expedientes impresos de la mayoría de los casos de la zona. Silas tomó el relevo, sabiendo que yo estaba en mis límites de tolerancia respecto a la que era nuestra recién llegada interventora.

—No sabíamos que vendría tan pronto señorita Anthony; es un placer tener con nosotros, durante unas semanas, a una compañera tan… agradable.

Imbécil. ¿Unas semanas? ¡Ni muerto!

—Guárdate los cumplidos para tu novia —le soltó y no pude evitar sonreír, incluso si seguía enfadado—. Puedes llamarme Maya.

Me acerqué con el expediente del caso del explorador y lo dejé caer sobre la mesa. Podría haberlo hecho sin que resonara, pero me apetecía llamar su atención. Era eso o enviarla a la mierda. Desvió la mirada de Silas hacia mi persona, pero lo hizo como si verse en esa tesitura le molestara. Disfruté con ello.

—El expediente del excursionista.

—Perfecto, pero ya lo he leído. —Cogió el dosier y me lo tendió para que volviera a guardarlo, como si fuera su títere. Apreté la mandíbula.

Fue Silas el que lo recogió mientras intervenía con un tono amigable:

—Entonces, ¿qué necesitas, Maya?

—Como soy una niñata sin experiencia de campo, igual debería aprender justamente eso. Quiero saber dónde se alojó el chaval, con quién sociabilizó en el pueblo, ver dónde fue visto por última vez y dónde encontrasteis sus cosas. Quiero saberlo todo.

—Claro —murmuró Silas, aunque, la intensidad que había puesto la zorra en cada una de sus palabras nos había erizado a los dos el vello. Solo nos faltaba una burócrata con ansias de ganarse puntos y demostrar su valía—. Puedo acompañarte al hostal de Ammaiel, donde se alojó el chico. Podríamos aprovechar el viaje y llevar tus cosas para que te instales allí, es la única posada en el pueblo.

—Mis cosas se quedan aquí.

—Bromeas —murmuré, nervioso. Que hubiera venido al pueblo ya era suficientemente malo, pero que pretendiera dormir en la base durante su estancia y tuviéramos que aguantarla a todas horas era peor que una pesadilla.

—¿Te parezco, Derek, una mujer que esté bromeando? —Su gesto era duro, pero cómo sonaba mi nombre en sus labios era condenadamente sensual.

—No sabría decirte, carezco de sentido del humor.

—Eso es algo que lamento por ti —sentenció, ladeando la cabeza—. La vida es una mierda, pero si te ríes de ella, hace que sea más llevadera.

Me quedé mirándola. Era joven… ¿cuántos años tendría? Veintipocos, juraría, pero en esos momentos su mirada parecía mucho más adulta y sabia. Como si ella también hubiera sufrido en sus carnes sus propias tragedias. Me descubrí preguntándome cuáles serían.

Se levantó y estudié su cuerpo de infarto. No era delgada en el sentido estricto de la palabra, porque sus curvas eran bastante generosas en los lugares correctos y estaba bastante musculada. Tal vez era una de esas adictas a los gimnasios que imperaban en las ciudades, me dije mientras mi mirada recorría unas piernas que parecían no acabarse.

—¿Vamos? —le dijo a Silas. No era el único cuyos instintos habían despertado frente a la sensualidad de Maya Anthony; y eso me molestó. Mucho. Tal vez estaba un tanto enfermo, pero me excitó ver la pistola que llevaba sujeta a una cartuchera en el muslo derecho y los cuchillos que colgaban de su cinturón.

—La acompaño yo —intervine. Creo que ni Silas ni ella se esperaban que me ofreciera a hacer aquello. Yo tampoco.

—Puedo… —Silas me miró, como si no acabara de entender mi comportamiento.

—Insisto. —Mi beta asintió mientras ladeaba la cabeza, como valorando el repentino interés en complacer a la que venía a supervisar nuestro trabajo. Me lanzó la llave del *jeep* y la cogí al vuelo—. ¿Nos vamos, Maya?

—Eso parece —murmuró entre dientes, evidenciando que ese cambio en el que sería su acompañante no le apetecía especialmente. Dejó un petate en el suelo, pero cogió una mochila que había al lado de la mesa y guardó dentro su portátil. Esperé, pacientemente, algo que no era demasiado habitual en mí. Cuando pasó a mi lado, ignorando mi presencia o la amenaza que podía suponer para ella, su olor me cubrió por completo. Bosque y manzanas verdes. Olía condenadamente bien.

—¿Estás seguro de esto? —me preguntó Silas en apenas un susurro, cuando ella ya había salido. No le contesté mientras le daba la espalda.

Debería mantenerme lo más lejos posible de piernas largas, pero me apetecía hacer justamente lo contrario. Observé su trasero respingón delante de mí, dirigiéndose hacia el todoterreno. ¡Joder! No me importaría empotrarla contra aquella carrocería y hacerla mía. Sonreí. ¿Me aceptaría si se lo propusiera o intentaría meterme un tiro para noquearme? Casi apostaría a que se decantaría por lo segundo y

aquello, en vez de molestarme, me divirtió.

Yo poseía el instinto de un cazador, después de todo.

No me dirigió la palabra durante el trayecto hasta el pueblo, mientras conducía por un camino forestal de tierra y piedras, tomando las curvas un poco más rápido de lo que era aconsejable. Admito que quería que me dijera algo. Que estaba loco, por ejemplo, o que mi conducción temeraria era peligrosa. Lo que fuera. Sin embargo, se mantuvo en el asiento del copiloto, mirando el paisaje, como si nada de aquello le molestara.

Al margen de aquel camino, había un sendero que recorría el bosque y que nos permitía llegar al pueblo en una media hora a un paso ligero y mucho menos a un trote lupino. No había ningún coche aparcado cerca de la base, así que supuse que Maya había llegado a la caseta recorriendo el que sentía como mi bosque. Tal vez habría dejado su rastro en él. Esperaba que Silas avisara a la manada de que piernas largas estaba correteando a su antojo por nuestro territorio y que evitaran cruzarse en su camino.

Aparqué frente a la casa de piedra de Ammaiel. No me sorprendió que saliera a nuestro encuentro, porque el ruido del *jeep* les era familiar a todos los que formaban parte de la manada. Observé a la loba de cabello dorado y mirada celeste. Tendría unos cuarenta años y era tan agradable como hermosa, pero no había encontrado a un lobo con el que le apeteciera formar una familia. Estaba bien que hubiera otros que hubieran tomado esa decisión antes que yo, incluso si a ellos no se les presionaba como a mí.

—Derek. —Estudió a la mujer que me acompañaba y no le pasaron desapercibidas las armas que llevaba.

—Ammaiel, ella es Maya Anthony, ha venido de la central por la desaparición del excursionista. —No necesité darle más información. Ella asintió.

—Me gustaría ver dónde se alojó y, si no te importa, volver a tomarte declaración.

—Ya hablé con la Policía.

—Supongo que entonces no te supondrá un problema hacerlo esta vez conmigo. —Dudo que Maya se diera cuenta de que la mirada de Ammaiel se desvió durante una fracción de segundo hacia mi persona, ni como yo asentí para darle mi consentimiento para que hiciera lo que la guarda forestal le pedía.

—Lo haré, claro.

—Perfecto. —Maya se giró para mirarme—. Me gustaría ver un informe de todo lo que habéis estado haciendo esta mañana antes de presentaros en la base. Uno extenso.

—Pensaba que querrías que te acompañara en tus pesquisas.

—Me basto sola, gracias. —Había un tono burlesco en su expresión.

—No conoces el lugar.

—No es un pueblo precisamente grande.

—Con lo del informe, ¿pretendes castigarnos?

—No voy a negarlo —admitió mordiéndose el labio inferior—. Aún estoy valorando la posibilidad de expedientaros, pero he decidido daros una oportunidad.

—Suena a amenaza.

—No te estoy apuntando con un arma.

—No parecías especialmente azorada al respecto.

—Sé diferenciar una pistola de dardos de una de verdad, y eso que algunos piensan que me faltan horas de campo. —Piernas largas se acercó a mí. Mucho. Tanto que sentí un tirón en la entrepierna y me vi obligado a contenerme para no agarrarla de la cintura y apretarla contra mi cuerpo—. Solo por si te lo estás preguntando… las mías son de las que matan, no de las que dejan a alguien tumbado un rato en el suelo. No me van las medias tintas.

—A mí tampoco —le susurré, aspirando su olor. Ignoró mis palabras y se alejó de mí. Observé como se metía en la cueva de una de mis lobas. Intercambié con esta última una mirada silenciosa antes de dirigirme al vehículo para deshacer el camino y reunirme con Silas.

Tendríamos que planificar cómo organizar a la manada mientras piernas largas anduviera por mi territorio.

Eso, y hacer un puto informe.



EL CAPULLO se marchó tras poner una cara larga al escuchar mi amenaza. Más les valía a ese par presentarme un informe en condiciones o me los sacaría de encima más pronto que tarde. Entendía que, en un lugar como aquel, en el que apenas eran cuatro gatos, esa pareja de forestales camparan un poco a sus anchas, pero tenían que cubrir, al menos, los horarios establecidos en la base que se suponía que coordinaban.

Si solo hubiera estado uno de ellos y el otro estuviera rascándose las pelotas en cualquier sitio, hubiera hecho la vista gorda, pero soy de esas mujeres a las que les gustan el orden, un poco como a mi madre, supongo. Que no cumplieran con sus horarios era una falta grave. Incluso si eran un par de guaperas que me alegrarían la vista durante mi estancia y Derek tenía aspecto de tener un polvazo del mil, era innegable que era un gilipollas.

Admito que son los que me ponen, para qué negarlo, y así me va, todo sea dicho.

La mujer me acompañó hasta una de las habitaciones del hostal. Habían pasado tres semanas desde la desaparición. La Policía se había instalado allí y se habían hecho varias partidas de búsqueda, sin ningún éxito. No es que tuviera muchas esperanzas de encontrarle con vida, pero con un cuerpo me conformaría. Solo quería una causa y me largaría de allí.

No es que el pueblo me produjera alergia, más bien al contrario. Era más pequeño que Dóen, donde me había criado, y mucho menos complicado. Me había largado de allí con la intención de enfriar las cosas con un tipo de esos buenorros, pero cargado de problemas, que llevaba una temporada larga tirándome la caña y que sospechaba que, si seguía así, conseguiría acabar metiéndome en su cama. Mala cosa.

No, no soy de las que huyen de un tío, pero es que Mathew… Mejor poner tierra de por medio.

No pretendía instalarme allí, pero tampoco descartaba pedir que me reubicaran en algún pueblo para rehacer mi vida lejos de la mirada astuta de mi padre y la dulzura compasiva que tanto me irritaba últimamente de mi madre. Solo mi hermana parecía entender la necesidad que sentía de alejarme de todo aquello, incluso si necesitaba, al mismo tiempo, sentir que formaba parte de nuestra disfuncional familia.

Dejé la mochila en un rincón de la habitación y me puse de cuclillas para sacar de su interior un pequeño maletín negro. Lo abrí y busqué una linterna que emitía una peculiar luz azul. Me acerqué a la ventana para correr las cortinas antes de empezar a buscar rastros de sangre y otros productos biológicos en aquel lugar. Sería extraño que encontrara algo que no hubieran detectado los de la científica, especialmente después de que aquella mujer que regía el hostal la hubiera acondicionado para otro inquilino. No parecía de ese tipo de personas que solo pasan el mocho cuando ve sucio un lugar, así que estaba segura de que había fregado a conciencia la habitación.

—Nada de nada —murmuré.

Hubiera sido demasiado fácil, supongo.

Me acerqué a la ventana y la abrí. Vi que había un anciano al otro lado de la calle, junto a la mujer del hostal. Hablaban animadamente. Un pueblo nunca deja de ser eso: un centro de rumores que circulan por el boca en boca y no mediante mensajes de texto. Sonreí, seguramente mi llegada sería la comidilla durante unos días.

Revisé los cajones y la cómoda. Una de las muchas cosas que había aprendido de mi padre era ser meticulosa y hacer acopio de paciencia. Precipitarse, en ocasiones, podía tener consecuencias nefastas. Examiné la habitación de arriba abajo y después me pasé un buen rato inspeccionando el baño que compartían los inquilinos del hostal, pero no encontré nada que fuera relevante.

Sabía que las pertenencias del chico habían pasado a jurisdicción policial. No descartaba indagar dónde habían ido a parar por la comisaría o el juzgado que las custodiase, pero dudaba que mis propias investigaciones pudieran aportar algo sobre lo que habían descubierto los de la científica, que básicamente era poca cosa. Nada relevante, en cualquier caso.

Todo apuntaba a que se había despeñado en algún lugar de aquella área montañosa y boscosa, pero lo cierto era que no dieron con su cadáver, algo que esperaba llegar a hacer con un poco de paciencia.

Me entretuve bastante con el testimonio de la mujer que regía la posada. Se mostró bastante dispuesta a contestar mis preguntas, aunque tenía ese punto de reticencia típico de cuando alguien está acostumbrado a tratar siempre con las mismas personas y se encuentra frente a un desconocido.

Salí del hostal a última hora de la mañana. Me acerqué a la panadería del pueblo y me compré un refresco y un bocadillo. Con ambas preciadas posesiones en mis manos y la mochila a mi espalda, me dirigí al que pensaba establecer como mi puesto de mando. Me adentré en el frondoso bosque que rodeaba el pueblo, sintiendo aquello como algo bastante familiar. La casa de mis padres no era muy diferente a la casa de piedra en la que habían ubicado los forestales su

centro de operaciones: un lugar apartado en el que vivir al margen de todo.

Entré en el edificio como quien ya se ha adueñado del lugar. Que les molestara, me importaba entre poco y menos. Solo estaba uno de los guaperas. El que tenía el cabello con mechones más claros. Silas Ilerdenc.

—¿Y tu compañero? —le cuestioné mientras dejaba mi mochila sobre el sofá y buscaba la basura debajo del fregadero de la pequeña, pero funcional, cocina que había instalada en un extremo de la sala. Tiré la lata vacía y el envoltorio del bocadillo que me había zampado de camino.

—Ha habido un incidente en una granja.

—¿Qué tipo de incidente? —le interrogué sin mirarle siquiera mientras admiraba con ojos golosos una cafetera de cápsulas—. ¿Tienes de esas?

—En el segundo cajón de la derecha —me indicó. Cogí una y la metí en la maquinita, colocando una taza blanca debajo del surtidor. Se escuchó un ruidito y enseguida aquel bendito líquido oscuro empezó a caer dentro del recipiente. Me giré para mirar al forestal y alcé una ceja hacia él—. Unos chavales han abierto el corral de los cerdos.

Sonreí al imaginarme al grandullón intentando recuperar a los animales junto al granjero.

—¿Os ocupáis de ese tipo de cosas? —Creo que mi tono le molestó un poco. Admito que, como forestales, estaba en su jurisdicción todo lo referente a la protección de propiedades rurales, pero perseguir cerdos… A mí que no me buscaran para eso.

—Intentamos ayudar en todo lo que está en nuestras manos.

—¡Qué par de agentes más modélicos! —No le pasó desapercibido mi tono sarcástico.

—¿Has encontrado algo interesante hasta el momento?

—No. —Ahora era yo la que estaba poniéndose de morros—. Mañana me gustaría que me llevarais al lugar en el que encontrasteis su mochila.

—Aún nos daría tiempo a acercarnos.

—Prefiero tener más horas con luz —negué y Silas se encogió de hombros. Me giré para hacerme con el café antes de dirigirme a la mesa que me había adjudicado. Me acerqué a la mochila para sacar mi portátil y el cargador y, una vez colocados ambos, me senté allí, dispuesta a revisar toda la documentación que tenía sobre el caso—. Esta mañana le he pedido a Derek un informe.

—Sobre nuestra ronda de esta mañana.

—No lo veo sobre mi mesa.

Se levantó y observé que su espalda era ancha. Un tío fuerte, de

esos que en un abrazo te envuelven por completo.

—¿De verdad pretendes expedientarnos? —me preguntó mientras se acercaba y dejaba un dosier sobre mi mesa. Fue suave y su voz sonaba sensual. Supongo que no era la primera mujer a la que pretendía engatusar con su encanto.

—No estabais en vuestro puesto de trabajo a la hora correspondiente y habéis increpado a un superior. Tendría mis motivos.

—Derek no sabía que tú eras M. Anthony, en primer lugar, así que supusimos que eras una delincuente.

—Su tono no ha sido el adecuado una vez nos hemos presentado.

—Su tono… Cabe decir que tu tono tampoco ha sido especialmente amistoso.

—Lo dice el que me apuntaba con una pistola.

—De dardos.

—Lo sé, pero es igual de molesto.

—Esta es la mesa de Derek y, aunque tu rango es superior al nuestro, digamos que podría haber sido un tanto molesto encontrarte en ella.

—¿La ha pagado él con sus pagas? —Silas frunció el ceño y negó con la cabeza—. Lo suponía. ¿Algo más que quieras decirme?

—¿Sobre lo de antes? —Se quedó en silencio antes de mirarme con una sonrisa traviesa en el rostro—. Solo he de comentarte que no tengo novia.

—¿Ese dato crees que tiene algún tipo de relevancia?

—Dímelo tú.

—Vuelve a tu mesa. —Rio por lo bajo al ver que ponía los ojos en blanco, pero hizo lo que le dije.

Cogí el dosier para estudiar la ridícula excusa que se habían inventado sobre su falta de puntualidad. La verdad es que no me importaba mucho, porque había decidido darles una oportunidad. Necesitaba su ayuda para cosas básicas, como encontrar la ubicación de la mochila del chico y orientarme por unos bosques que me eran, de momento, desconocidos. Sabía que si los ponía en mi contra me ganaría bastantes enemigos en el pueblo, porque en los sitios pequeños tienden a ser muy protectores con los suyos. Una cosa es que quisiera marcar mi autoridad sobre ese par de neandertales, otra, muy diferente, abrirles un expediente interno y ponerme trabas a mí misma en la investigación que me había llevado hasta allí.

Derek se plantificó a media tarde. Por el olor, tuve la certeza de que los cerdos no habían sido una coartada absurda, sino un problema

real. Conseguí no reírme al respecto mientras él me miraba desde el marco de la enorme estancia que hacía las funciones de despacho, *office* y sala al mismo tiempo. Saludó a Silas con la cabeza y luego le escuché subir por la escalera de madera hacia el piso superior. Allí había un baño completo y una habitación que hacía de enfermería. Dudaba si pasar la noche en esa camilla o decantarme por el sofá, que tenía un aspecto bastante mullido. Cualquiera de los dos lugares sería más cómodo que hacer lo propio en el suelo.

Cuando bajó, lo hizo con el cabello húmedo y con ropa limpia: una camiseta oscura y unos tejanos desgastados que le sentaban al condenado de maravilla. Se acercó a mi mesa con las manos en los bolsillos y supe que tenía intención de esforzarse en mejorar las cosas entre nosotros. Quizá aquel trabajo le gustaba más de lo que me pensaba y estaba dispuesto a tragarse su orgullo de machito pueblerino.

—¿Has leído el informe?

—Lo he hecho, pero dudo que lo hayas escrito tú.

—Era algo que nos afectaba a ambos —intervino con voz conciliadora Silas—. Derek suele llevarse la peor parte del trabajo de campo y a mí… me encanta hacer el papeleo.

Miré a Silas, porque jamás había oído a alguien decir algo así. Su aspecto parecía inocente, como si dijera aquello de corazón. Era un guaperas con aire de bribón y un mentiroso consolidado. Más me valía tener cuidado con ese, porque intentaría colármela más pronto que tarde. Me centré en Derek. Era más bruto, pero estaba claro que no se callaba lo que pensaba y eso, aunque irritante, me gustaba. Mejor saber en qué terreno estás jugando.

—¿Le gusta? —le pregunté. Sin dejar de mirarme, una pequeña sonrisa ladeada, un tanto arrogante, apareció en su rostro.

—Para nada.

—¿Y por qué lo hace?

—Mis informes serían demasiado escuetos.

—Déjame que me lo imagine; si lo hubieras redactado tú, pondría algo así como «el motivo por el que hemos llegado tarde no es de tu incumbencia».

—Podría ser un buen ejemplo, sí. —Por una vez, no había esa hostilidad franca en su mirada, pero no sería tan estúpida como para pensar que éramos aliados. Ambos sabían que la única opción, si no querían que la mierda les salpicara, era llevarse bien conmigo. No eran tan estúpidos, después de todo.

—De momento voy a pasar por alto lo de esta mañana, pero mañana a las ocho os quiero a los dos aquí y os aconsejaría que no llegarais tarde.

—No sé qué pretendes que haga aquí, sin una mesa en la que

trabajar.

—No te preocupes, que ya tengo en mente lo que vamos a hacer tú y yo mañana.

—Deberé declinarla si se trata de una propuesta indecente. —Tardé unos segundos en encajar sus palabras, pero levanté una mano para hacerle una peineta, a modo de respuesta. Sonrió al ver cuan cordial me mostraba tras soltarme aquello.

—Iremos de caza.

Su rostro se oscureció ligeramente.

—¿Qué se supone que vamos a cazar?

—Pistas. Quiero ir andando hasta el lugar en el que se encontró la mochila del chico.

—¿A pie? Estamos hablando de varias horas.

—Quiero seguirle los pasos, ver qué camino recorrió, si hay marcas de animales salvajes o de otros excursionistas por la zona. Lo que sea.

—¿Sabes rastrear? —Elevó una ceja, como si no acabara de creerse aquello.

—Tal vez sí, tal vez no. Quizá necesito de tu *gran* experiencia de campo para eso en concreto.

Vi como apretaba la mandíbula mientras Silas reía por lo bajo, en su escritorio.

—Eres joven. ¿Cuántos años tienes?

—¿Por qué debería responder a esa pregunta?

—Porque no hacerlo podría hacerme pensar que escondes algo. Ostentas un cargo importante.

—Y te preguntas con quién me he acostado para llegar hasta aquí. ¡Qué propio de un tío pensar eso! —Admito que me irritaba aquello, pero ya había sufrido ese tipo de especulaciones antes. Derek era, sin embargo, el primero que tenía los cojones de poner esas dudas sobre la mesa. No sabía si al hacerlo estaba ganando puntos para que le diera la paliza de su vida o, por el contrario, acabaría ganándose mi respeto.

—¿Vas a contarnos tu historia?

—La verdad es que no. —Me recosté contra el respaldo de la silla—. Solo te diré que follaba de fábula y, si ya has acabado, puedes largarte.

Asintió. Vi que tenía los puños apretados y supe que, por gusto, me hubiera soltado alguna estupidez más, pero fue capaz de callarse a tiempo. Silas cerró su portátil y se despidió de mí sin mediar palabra. Esos dos se entendían bien y, como equipo, era algo bueno, aunque los roles de cada uno estaban demasiado definidos y hacía que perdieran cierta versatilidad.

Me quedé un par de horas detrás del portátil leyendo informes y contestando correos electrónicos. Había pasado unas semanas en la

ciudad antes de que el caso del excursionista desaparecido hubiera llamado mi atención. Durante esas semanas, me había comprometido a revisar varios protocolos de emergencias, pero no tenía intención de quejarme.

Ya era de noche cuando salí del centro de mando, dispuesta a ir al pueblo a comer algo. Ahora que había descubierto que disponía de microondas, cafetera y una pequeña nevera, quería encontrar el tiempo para ir a comprar cuatro cosas para tener allí, porque no podía tirar de una aplicación para que me trajeran unas *pizzas* o algún combo de comida asiática.

La vida en la ciudad también tiene su qué, después de todo.

Me adentré en el bosque con un frontal sobre la cabeza, pero no llegué a encenderlo. La luna estaba en fase creciente e iluminaba tenuemente todo lo que me rodeaba. Mi hermana me había enseñado a vivir y disfrutar del bosque de una forma mucho más íntima, motivo por el que las luces estridentes de un foco solían molestarme más que otra cosa. Aunque siempre las llevaba encima porque a veces eran necesarias: en noches sin luna el batacazo podía ser épico; pero hoy no era una de esas.

El pueblo estaba más muerto que durante el día. Tenía esperanzas de que el tendero estuviera abierto, pero no me sorprendió encontrarlo cerrado a cal y canto. Vi un pequeño restaurante de aspecto intimista con luces anaranjadas y escuché las risas que sonaban dentro. Pasé de largo. No me apetecía tener que sociabilizar y tampoco era momento de ser una borde con los lugareños.

Vi un bar de esos cutres, donde se esconden los borrachos a llorar sus penas con una cerveza en sus manos. Simplemente perfecto. Abrí la puerta y me encontré con un local de escasa iluminación y varias mesas. Solo dos estaban ocupadas: en una se encontraban tres varones jóvenes y, en la otra, dos más ancianos. Ignoré sus miradas llenas de curiosidad mientras me dirigía a la barra. Había un hombre con el pelo recogido en una coleta en la nuca y una barba incipiente que le daba un toque de morbo, y eso que no soy mucho de barbas.

Me senté en un taburete, bajo su atenta mirada.

—¿Qué se puede comer aquí?

—¿Un día complicado? —me cuestionó con una expresión cómplice.

—Depende de cómo consideres tener que tratar con un par de orangutanes.

Su risa me sorprendió, pero también la expresión alegre que iluminó su rostro.

—En ese caso, puedo ponerte en la plancha una hamburguesa y un par de huevos.

—Me gustas —le dije con una expresión coqueta y él me obsequió

con una sonrisa ladeada. Me dejó allí, disfrutando de mi propia compañía, mientras me preparaba el plato prometido.

—¿Te gusta la cerveza artesanal?

—Soy más de refrescos, pero si la haces tú, como me has caído bien, haré una excepción.

Rellenó un par de jarras. Dejó una frente a mí y dio un sorbo de la otra mientras me miraba.

—Así que tú debes de ser Maya.

—Ajá.

—¿No te sorprende que sepa quién eres? —inquirió, como si estuviera decepcionado de que no le preguntara al respecto.

—Este pueblo tiene apenas trescientos habitantes. Creo que es posible que sepas hasta la talla del sujetador de la abuela que vive en la casa de enfrente.

Se rio al escucharme. Acercó un taburete para sentarse frente a mí, al otro lado de la barra.

—Intuyo que no vienes de la gran ciudad.

—Crecí en un pueblo, aunque ahora paso temporadas en la ciudad por el curro.

—Eres una jefecilla o algo así, por lo que he oído.

—Se me da bien dar por el culo, sí. Me pega bastante lo de dar órdenes.

—Pues no eres la única por aquí a la que le va ese rollo… —Su mirada se dirigió a la puerta. Hice un mohín al ver quién estaba allí. Derek, el capullo mayor, y Silas, el gran mentiroso adulador del reino. Genial. ¡Y yo que me había metido allí para estar un rato tranquila! No era mi día.



ALLÍ ESTABA ELLA. Coqueteando con Daniel en la barra.

Uno de los viejos, el que fue uno de los betas de mi padre, me había interceptado de camino al pueblo. Supongo que la llegada a Pardines de Maya les había puesto nerviosos. No les gustaba tener extranjeros en nuestro territorio. En eso, al menos, coincidíamos.

Había tenido que tranquilizarlo, pero me molestaba tener que hacerlo.

Apreté los puños y clavé mi mirada en la suya mientras me acercaba a ellos. Creo que mi beta pudo sentirlo, porque recogió un vaso vacío y se alejó de ella con la excusa de limpiarlo en el fregadero.

—¿Qué haces aquí? —le cuestioné, usando mi autoridad de alfa. Ese era mi territorio y que ella estuviera allí me quemaba por dentro. Su olor. Cerca de aquel puñado de lobos.

—Cenar. —Me sostuvo la mirada con esa facilidad que era sumamente irritante.

—¿Está libre? —le pregunté señalando el taburete que había a su lado.

—Si te miento no quedaría bien, ¿verdad?

—Me has dicho cosas peores a lo largo del día.

—Y eso que me he callado muchas.

—No eres la única.

—Puedes sentarte —aceptó, elevando la jarra hacia mí.

Daniel colocó una cerveza frente a mí, sin que yo se la pidiera, mientras me preguntaba:

—¿Habéis cenado? —Negué con la cabeza.

Silas se acercó a la barra y cogió la caña que le tendía su hermano; me miró de refilón y se alejó de la barra para sentarse en la mesa que solíamos ocupar. Debería reunirme con él, pero me quedé allí, junto a ella. Para controlarla. Ese era mi territorio. No me gustaba que metiera esa nariz respingona en él. Me trastocaba su olor.

—Veo que te has entendido bien con Daniel —indiqué y cuando ella frunció el ceño señalé con el mentón a mi beta.

—¿Bromeas? Me ha salvado de morir de inanición. Le adoro.

Sentí que el lobo se removía inquieto y que quería… aún no tenía del todo claro qué quería el cabrón.

—Si has estado despotricando de nosotros, debo decirte que es el hermano de Silas.

—¿En serio? —Su sorpresa era real y se suavizaron sus rasgos, normalmente duros—. No se parecen demasiado.

—No, la verdad es que no.

—La próxima vez, preguntaré antes de llamaros orangutanes en tal caso.

—¿Orangutanes?

—Sois demasiado grandes para que os pueda poner el calificativo de chimpancés.

—Así que chimpancés… —murmuré, divertido. Agradecí con un gesto el plato que Daniel me sirvió. Cogió otro par de platos, repletos de comida, y se fue a sentar junto a su hermano. Maya titubeó y vi que su jarra estaba vacía—. ¿Quieres más?

—Déjale que cene tranquilo —negó bajando la voz. Sonreí, porque era la primera vez que no parecía una arpía implacable. No me importaría ser yo al que tuviera en consideración, pero que fuera uno de los míos no se sentía tan mal. Cogí la jarra y manipulé el surtidor desde mi asiento antes de colocarla frente a ella, rellena de nuevo—. ¿Por qué será que sospecho que no es la primera vez que haces eso?

—Porque eres una chica lista.

—El pelota, por norma general, es Silas.

—Bebe y calla. —Hizo un mohín, pero, tras encogerse de hombros, siguió mis órdenes y me sentí pletórico porque, por una vez, lo hiciera.

Empecé a comer en silencio, bajo su mirada curiosa, mientras ella bebía con sorbos pequeños, pausados, y acababa de vaciar el plato que había frente a ella. Vi que al poco de hacerlo, bostezaba.

—Será mejor que vuelva a la base.

—Podrías quedarte en el hostal —opiné. Mejor tenerla en el pueblo. Había muchos más lobos que podrían controlar sus movimientos que si se instalaba en nuestro pequeño centro de mando.

—Un paseo me vendrá bien.

—¿Pretendes ir a pie? —Me sorprendió. Lo admito. Llegar a la base era un juego de niños para los que eran como nosotros, pero ella era humana y apenas conocía el terreno.

—Es la idea, sí —admitió y se giró para mirar a Daniel—. ¿Me cobras?

Mi beta me miró.

—Invito yo —sentencié y ella se giró para mirarme.

—¿Pretendes con eso que te dé las gracias?

—Sería un gesto bonito por tu parte, sí.

—Sabes que no voy a hacerlo. —En ese momento, el perfil de su rostro estaba ligeramente iluminado y pude ver la sonrisa traviesa que

había en su mirada.

—Ni que te hubiera pedido un beso —la provoqué y ella empezó a reír.

—Buenas noches, Derek. —Saltó del taburete. Dejé la comida que me quedaba en el plato.

—Te acompaño con el *jeep*.

—Prefiero caminar.

—¿No podrías ser un poco menos terca? —le cuestioné.

—Podría, pero no me apetece.

—En tal caso tendré que acompañarte —mascullé, molesto, y me despedí de mis betas—: Nos vemos mañana.

—Que no se os haga tarde, que a las ocho en punto hemos de estar en la base —se burló Silas mientras la seguía fuera del local. Dudaba que ella hubiera podido escucharle, pero lo cierto era que no me importaba que se nos alargara un poco. Esa mujer era fuego en estado puro y me apetecía quemarme un poco.

—Mira, en serio, no hace falta que me acompañes. Vas a tener que deshacer el camino más pronto que tarde.

—Si esa es tu forma de advertirme que no me vas a invitar a pasar la noche contigo, puedo vivir con ello.

—¿En serio piensas que me acostaría contigo después de lo gilipollas que has sido durante todo el día?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Ni muerta.

—Perfecto. ¿Podemos ir ya hacia la base? Se hace tarde.

—Preferiría ir sola.

—¿Tanto me detestas? ¡Apenas me conoces! —Me hervía la sangre por su indiferencia y su rechazo. ¿Qué pensaba que me diría? ¿Que quería tenerme desnudo entre sus piernas? ¡Iluso!

—Es pronto para responder a eso. Me gusta tu franqueza, pero algunos de tus comentarios son para cogerte de las pelotas y apretar fuerte.

—Vigila que igual me gustaría.

—¡Vete a la mierda, Derek!

—Me he pasado la tarde rebozándome en ella, no me viene de nuevo. —Nos sostuvimos la mirada y, de repente, Maya empezó a reír a carcajadas. Sí, lo de los cerdos le había encantado a la muy bruja. Le sonreí. Estaba preciosa bajo la luz tenue de la luna.

—Yo… Creo que me caes bien —admitió tras aquel arranque.

—Pues disimulas bien.

—Vete a dormir. Nos vemos mañana a las ocho.

—Allí estaré. —No insistí de nuevo en acompañarla y dejé que entrara, sola, en el camino. No es que pensara que pudiera pasarle algo malo, pero el terreno era irregular y ni siquiera había encendido

el frontal que llevaba sujeto al cinturón.

Dejé que se alejara antes de adentrarme en el bosque. Me saqué la ropa y la dejé en un recoveco antes de lanzarme tras sus pasos convertido en lobo. Escuché el rumor de algunos lobos que cubrían el perímetro, pero no me acerqué a ellos. Me limité a seguir sus pasos a una distancia prudencial. Si se caía de bruces no podría acudir a socorrerla siendo un lobo y hacerlo en mi versión humana, pero en pelotas, dudo que fuera una idea mucho mejor. Tentadora, sí. Eso sí. Me gustaría que sus ojos me miraran ardiendo de deseo. Sus labios sobre mi piel y sus manos sobre mi miembro hinchado. Anulé esos pensamientos antes de que alguno de los lobos que cubrían el perímetro pudiera percibir el tono de estos.

Afortunadamente, llegó sin incidencias a la base.

Debería haberme marchado entonces, pero me quedé allí mientras seguía con la mirada las luces que se encendían y apagaban según ella deambulaba. Acabó decantándose por pasar la noche en el sofá del despacho. Ese en el que yo me había echado más de una gustosa siesta y tenía mi olor. Mi sofá. Mi territorio. Su olor a bosque y manzanas ácidas fundiéndose con el mío. Me estremecí de deseo. ¡Joder! A este paso tendría que darme un baño en el arroyo o aliviarme con mi mano antes de acostarme.

Escuché que hablaba entre susurros. Me acerqué, pero como las puertas estaban cerradas solo pude escuchar palabras sueltas mientras hablaba por teléfono con alguien. Su tono era mucho más amable y, aunque podría tratarse de cualquier persona, un runrún molesto se instaló en mi vientre mientras valoraba la posibilidad de que fuera su novio el que estaba al otro lado de la línea. Gruñí, sintiendo una necesidad voraz crecer en mi interior. Quería hacerla mía.

La proximidad de Gorka y Elias, dos de los viejos, me hizo reaccionar: lo último que me interesaba era que pudieran percibir el calentón que llevaba. La llegada de Maya había removido parte de la mierda de la manada y era una persona *non grata*, aunque a mí me gustaría tenerla desnuda debajo de mí, aun sabiendo que tirármela era una condenada estupidez y, a diferencia de los mellizos, yo no era un imberbe ansioso por su primer polvo.

Sabía que ese par de ancianos gruñones no se acercarían demasiado, porque, aunque tiempo atrás habían ostentado el rango de betas dentro de la manada, cuando era mi padre el que la lideraba, ahora acataban mi autoridad. No diré que solieran hacerlo de buen grado, pero no era como que tuvieran muchas más opciones. Igual que yo tenía que joderme y lidiar con sus egos o con la influencia que ejercían sobre parte de mi manada. Nos tolerábamos porque, en el fondo, nuestro objetivo era el mismo: proteger la manada y preservarla, pasara lo que pasara.

Le había enviado un mensaje de texto a Silas para que me pasara a buscar a un kilómetro de la base de operaciones. Tras dar vueltas durante un par de horas alrededor del edificio, como si fuera un adicto en pleno síndrome de abstinencia que está planteándose hacer la mayor gilipollez de su vida para conseguir una puta dosis de droga, había conseguido largarme de allí e ir hasta mi casa. Allí alargué la ducha tanto tiempo como necesité para aliviar mis ansias, incluso si seguía sintiéndome vacío e insatisfecho.

Conseguí templar mi carácter, aunque me sentía un prisionero en un lugar que antes siempre había sido mi refugio. Nunca había sentido ese tipo de ansiedad antes y, la verdad, hubiera preferido que siguiera siendo una desconocida, porque quemaba por dentro. Apenas había dormido un par de horas antes de lanzarme a la carrera en dirección a la base; me había paseado como un chucho en celo alrededor del edificio, buscando los matices de su olor, hasta que se había acercado la hora que había acordado con Silas.

Escuché el ruido del todoterreno, agazapado entre los árboles. Silas derrapó antes de frenarlo por completo. Abrió la puerta del conductor y salió de dentro con un par de piezas de ropa en la mano. Salí de mi escondite: un gran lobo gris oscuro de mirada celeste y porte arrogante. Silas bostezó mientras me miraba.

—Sinceramente, teniendo en cuenta que dejaste la cena a medias, daba por sentado que tenías intención de pasar la noche acompañado.

Le gruñí, enojado, porque era como reavivar el fuego que me abrasaba por dentro. Me había pasado varias horas recreándome con cómo sería hacer justamente eso. Tal vez debería plantearme seducirla, en realidad, para aplacar esa necesidad física que había despertado en mí. Un buen polvo. Y, con un poco de suerte, me la sacaría de la cabeza después de eso.

Dejé de gruñir mientras me transformaba; Silas me lanzó unos tejanos y una camiseta limpia, que cacé al vuelo con la mano, ya convertido en humano.

—Aprecio demasiado mis testículos. —Silas se rio al escuchar aquel comentario. Me puse los *jeans*, sin molestarme que no me hubiera traído algo de ropa interior. Hubiera sido mucho peor tener que presentarme ante ella en pelotas—. ¿Has recogido la ropa que dejé en el camino?

—Se lo he encargado a Daniel. —Esperó a que hubiera acabado de vestirme y me miró con gesto satisfecho—. He de admitir, alfa, que esa cosita que tenemos en la base me pone bastante caliente.

Me limité a mostrar una mirada cabreada mientras le gruñía. Me lanzó las llaves del *jeep* y se dirigió a la puerta del copiloto, sin darse

cuenta de que me temblaba la mandíbula. Apreté las llaves de metal dentro de la palma de mi mano. ¡Joder! Maya era el tipo de mujer de Silas: una humana de cuerpo esbelto pero generosos pechos que estaba de paso.

Entré en el coche, intentando contener la rabia que sentía. Afortunadamente, yo era el alfa.

—No te quiero cerca de Maya.

—Creo que me ordenaste hacer justamente lo contrario hace dos días, alfa. —Me sonrió mientras ladeaba la cabeza, como si encontrara todo aquello sumamente divertido.

—Olvídate de follártela.

—¿Te preocupa que le guste demasiado y quiera instalarse en la base ostentando un rango superior al nuestro? —se burló mi beta.

—Más bien me estoy planteando hacer los honores.

—¿En serio? —Silas empezó a reírse a carcajadas.

—Le tengo ganas. —Eso era admitir solo la punta del iceberg, pero no me apetecía compartir la mierda de noche que había pasado con él.

—Así que te planteas tirártela.

—Es humana. —Silas se encogió de hombros; a él le traía sin cuidado ese detalle en concreto cuando elegía una hembra con la que acostarse. De hecho, prefería a las humanas porque eran menos posesivas y siempre elegía entre las que estaban de paso.

Mis costumbres eran diferentes. Había tenido algún encuentro sexual con humanas antes de convertirme en el alfa de Pardines; fue durante esa etapa tras la adolescencia en la que tienes especial interés en probar cosas diferentes. Mi conclusión, tras experimentar un poco, era que las lobas tenían más aguante y que hacérmelo con humanas acababa sabiéndome a poco, así que solía aprovechar mis visitas a las manadas vecinas para elegir alguna loba dispuesta con la que entretenerme, pero nunca repetía con la misma, no fuera a focalizar su interés en mi persona. Por el mismo motivo, hacía años que no me acostaba con una hembra en Pardines. No tenía interés en que los viejos dieran por sentado algo que no era. Que tenía interés en asentarme. En reclamar a una hembra. En crear una familia. Nunca antes había sentido esa necesidad.

Aparqué frente al edificio. Apreté los labios mientras mis nudillos se blanqueaban por la presión que ejercía sobre el volante. Su rastro. No debería de llamarme tanto, en realidad. Pero lo hacía. La deseaba. Con urgencia. Como si fuera una maldita droga. ¿Qué coño me pasaba?

Quizá algo estaba removiéndose en mi interior. Tal vez el lobo había decidido que era el momento de hacer eso cuya mera idea siempre nos había repateado. Elegir a alguien con quien compartir mi carga. Intenté desviar mi atención y pensar en alguna de las lobas con

las que me había acostado en los últimos años. No es que fueran muchas, algo que, de por sí, ya era bastante patético. Aquellos recuerdos se me antojaban borrosos y descoloridos, a diferencia de la nitidez con la que podía evocar la mirada oscura de Maya o esos matices a bosque que arrastraba su olor y que me hacían recordar lo que sentía cuando me refugiaba en mi casa. Mi miembro se sacudió. Tenía un puto problema.

—He pensado sobre lo que dijiste.

—¡Será que no digo cosas a lo largo del día!

Escuché que bajaba del todoterreno. Me tomé mi tiempo en girar el contacto para parar el motor. Abrí la puerta y, al salir, me quedé buscando un movimiento detrás de alguna de las ventanas. Podía olerla, pero no verla. Desearla, pero no tenerla.

—Da voces. Que vengan algunas lobas de las manadas vecinas, las que puedan ser apropiadas.

—Apropiadas para…

—Un revolcón o, si me tientan, formar una familia, lo que sea.

—¿Y ese cambio de actitud? —inquirió mi beta, estudiándome.

—Tal vez quiero contentar a los viejos.

—Lo dudo. —Entrecerró los ojos para estudiarme. Gruñí.

—Piernas largas me pone duro. —Silas soltó un par de carcajadas.

—¡Pues tíratela! Con el carácter que tiene, creo que no te decepcionará. Hay humanas que son de lo más fogosas.

—¿Y qué pasa si me gusta?

—La gracia del sexo es disfrutarlo —se burló mi amigo.

—¿Te has planteado alguna vez dar el paso? ¿Atarte a una loba? —le cuestioné. El rostro de Silas se volvió más sobrio.

—La verdad es que no —admitió, haciendo una mueca—. Sé que es una putada que te presionen para tener descendencia más pronto que tarde, pero mira la mayoría de los lobos de nuestra edad que están felizmente vinculados. Igual te sienta bien.

—Llevas presionándome una eternidad y ahora me miras como si fuera de camino al matadero. —Mi beta me sonrió.

—No pensaba que fueras a ceder, la verdad.

—No tenía intención de hacerlo, pero quizá me faltaba una motivación.

—¿Nuestra interventora *sexy* de piernas largas te llama?

—Por decirlo de alguna manera.

—Igual los viejos le acabarán agradeciendo que interfiriera en nuestros asuntos, después de todo —se burló. Le gruñí, porque sabía que la tenían cruzada y en el punto de mira. Nadie le pondría la zarpa encima porque había dado órdenes al respecto, pero no me gustaba que anduvieran cerca de ella.

Recorrimos la mitad de la distancia que nos separaba del edificio,

pero antes de entrar, Silas me cogió del hombro con un gesto cómplice.

—Date un capricho antes de sentar la cabeza. No recuerdo la última vez que te ha apetecido meterte entre las piernas de una hembra sin que ella no las haya abierto primero, delante de ti, para tentarte. —Silas no mentía.

Era algo natural para una loba sentirse atraída por un alfa. La mayoría de mis últimos encuentros sexuales habían sido tras corretear con lobos de otras manadas, cuando visitaba su territorio. No era extraño que alguna de sus hembras intentara llamar mi atención para separarme del grupo antes de transformarse, sin mostrar pudor alguno por su desnudez, con la intención de seducirme. Silas a veces bromeaba con que sería descortés por mi parte que no las aceptara, aunque si la loba en cuestión intentaba repetir aquel tipo de maniobra, optaba por hacer justamente eso.

—Acostarme con Maya sería la peor de las ideas.

—Esas, a veces, son las mejores —aseguró con una mirada triunfal—. Diviértete un poco y cuando se largue convocaré a las lobas. Sabes que tus pretendientas serán un tanto acaparadoras, no queremos una omega del montón para que lidere la manada el día de mañana. Que se peleen entre ellas no me preocupa, pero mejor que tu antojo ya no esté por nuestro territorio.

—Deberías estar feliz de que haya accedido a plantearme lo de buscar pareja y, durante unos días, al menos, dejar de tocarme los cojones.

—Estoy dispuesto a que sea ella la que haga esto último. Cuando te sepa a poco, ya buscaremos a alguien más apropiado con quien compartir el resto de tu vida.

Quise contestarle, pero se adelantó y abrió la puerta del edificio.

—Llegáis cinco minutos tarde. —Gruñí mientras mi miembro volvía a cobrar vida propia. Silas rio por lo bajo y supe que había sentido el cambio en mi olor. El deseo que me consumía como la pólvora. Tendría que buscar ropa interior compresiva para que mi erección no acabara siendo visible a simple vista.



ENTRARON en procesión. Silas en primer lugar y Derek después de él. Admito que parecían el poli bueno y el poli malo de una de esas pelis de bajo presupuesto del domingo a la tarde: uno lucía ese punto de seductor pillo que está dispuesto a atraparte con sus palabras para desvelar todos tus secretos y el otro tenía ese gesto duro y tenso que me hacía pensar que si pasaba una cerilla por encima de su piel prendería al momento.

—Había una vaca parada en medio del camino forestal.

Miré a Silas y levanté la mano para hacerle una peineta. Rio por lo bajo, haciendo que pusiera los ojos en blanco. Era mi segundo día con ellos, pero como si llevara toda la vida. Soy de las que calan rápido a las personas.

—Nos vamos de paseo —indiqué levantándome de la silla. Derek salió de la sala y oí que la madera de la escalera crujía bajo su peso. Hice recuento mental de todo lo que había encontrado arriba: material para hacer curas, un armario que habían rellenado con su ropa y cuatro utensilios de higiene personal. Las armas estaban cerradas bajo llave en un armario de la sala en la que estábamos.

Volvió mientras yo me estaba colocando un cuchillo dentro de la bota. Me observó con atención. Creo que le molestaba mi existencia. A mí también la suya, así que estábamos en tablas.

—Tengo un montón de papeleo atrasado —intervino Silas mientras Derek se colocaba el chaleco de guarda forestal y el cinturón con las pistolas. Admito que se le ajustaba bien pese a que era bastante corpulento. Era de esos hombres con brazos gruesos y musculosos, de los que tienen buenos genes y no un montón de esteroides y horas en el gimnasio. Admito que su barbilla cuadrada tenía un punto hostil y que era condenadamente *sexy*. Como capullo le ponía una matrícula, pero de *hot*, muy a mi pesar, otra.

—¿Tienes intención de escaquearte? —le pregunté, cruzándome de brazos sobre mi propio chaleco de seguridad.

—Lo mío es el papeleo. Derek es el hombre al que le va el trabajo de campo…

—Que te den —le espeté—. Ya puedes prepararme un resumen de todo lo que documentas mientras estamos fuera.

—Por supuesto, *jefa*.

No me pasó por alto el tono burlesco que había usado en esa última

palabra, pero decidí no tenérselo en cuenta. Pasé al lado de Derek y me permití rozarle en un gesto un tanto arrogante y altivo por mi parte; era demasiado tentador mostrar mi superioridad frente a su desbordante masa de testosterona.

—Haz esas putas llamadas ya que estás —le ordenó Derek a Silas.

—Tan mal…, ya veo —sonó a burla, aunque no pillé la broma—. Ya sabes lo que opino…

Salí al exterior, ignorando los tira y afloja de esos dos. Derek no tardó en reunirse conmigo. Lo observé. Era condenadamente atractivo, para qué negarlo. Creo que le gustó que lo estudiara, así que intenté poner cara de cabreo, incluso si le había dado un buen repaso, cuando me dirigí a él:

—¿Tengo que sacar los mapas cartográficos o vas a hacer gala de que conoces la zona no solo de boquilla?

—¿Siempre te despiertas de tan mala leche?

—Solo cuando mis subordinados llegan tarde.

—Era eso o sacrificar una vaca, lo que implicaría más horas de papeleo.

—¿Ahora resulta que tú eres el bromista y no Silas?

—Puedo ser muchas cosas al mismo tiempo, Maya. —Admito que me estremecí al escuchar el tono ronco de su voz masculina pronunciar mi nombre.

—Tu faceta de capullo ya la conozco, a ver con qué más me sorprenderás…

—¿Tuviste algún contratiempo para llegar a la base anoche?

—No, aunque no sé si es interés por mi seguridad el motivo de tu pregunta o el placer lascivo de recriminarme que necesitaba de un hombre «de verdad» para que me acompañara por el camino.

—Se me ocurren cosas más lascivas que un «te lo dije». —Su mirada se volvió oscura y tremendamente sensual. Opté por reírme.

—¿Vamos? —Se limitó a asentir sin dejar de mirarme con algo que pretendía ser indiferencia. Si mis tetas le llamaban la atención, aún no estaba del todo segura. Es posible que prefiriera usar sus manos para estrangularme antes que entretenerse sobeteándolas. Una pena, ciertamente.

Comenzamos a caminar juntos y nos adentramos en el bosque. No tardamos mucho en localizar una senda marcada con dos líneas, una blanca y una amarilla, en el tronco de un árbol.

—Este es el camino que suponemos que siguió el excursionista —me indicó. Asentí y me acerqué a la marca. Habíamos deambulado poco más de una hora, en silencio, algo que le agradecía.

—Me alegro de que Silas no haya venido —le dije mientras sacaba un mapa del bolsillo trasero de mis pantalones. Busqué en mi reloj las coordenadas en las que estábamos y marqué un punto rojo en el mapa

tras localizar nuestra ubicación. Levanté la mirada para encontrarme a Derek observándome, tenso. Sus ojos parecían más oscuros, como si el cielo azul que podía verse en ellos se hubiera convertido en una tormenta.

—¿Por algún motivo en concreto? —me cuestionó.

—Nos hubiera jodido el paseo hablando de cualquier cosa, tiene pinta de que es de los que no se callan ni durmiendo.

—Un poco de razón sí tienes —admitió. Su expresión se relajó un poco mientras se acercaba a un árbol y apoyaba su costado sobre él—. ¿Qué estamos buscando exactamente?

—Rastros.

—¿De algún tipo en concreto? —Se limitó a mirarme mientras empezaba a pasearme por aquella zona, poniéndome de cuclillas de tanto en tanto, estudiando no solo lo que se veía a simple vista, sino lo que podía verse solo si lo buscabas.

—Si se despeñó, tendríamos que encontrar un cadáver.

—Es un territorio irregular con mil recovecos —declaró con voz neutra.

—Cierto. —Continué buscando huellas, raspaduras, lo que fuera. Me mordí el labio inferior antes de tirar la toalla. Por el momento—. ¿Seguimos?

—Como desees.

Continuamos avanzando por la misma senda durante un par de horas. Derek se movía con confianza por el bosque, algo que, para qué negarlo, me gustó. Yo me había criado en un pueblo y me había pasado más horas en el bosque que sobre el asfalto, bien fuera con mi hermana mayor o con mi padre. Mi madre era un mundo aparte, una urbanita que lucía faldas de tubo, amaba los zapatos de tacón y pocas veces podías pillarla sin usar maquillaje.

Escuché un ruido. No es que el bosque, de por sí, fuera un lugar silencioso, pero el instinto de la cazadora hizo que me llamara la atención. Me paré. Derek me seguía a un par de pasos. Los acortó para colocarse a mi lado. Le puse una mano sobre el pecho mientras fruncía el ceño e intentaba captar algo. Lo que fuera. Al menos mi acompañante se quedó en silencio, observándome.

Me arrepentí de no haber cogido algún sensor de temperatura para detectar cualquier fuente de calor que nos rodeara, uno de esos muchos artilugios que llevaba en el petate, pero como se trataba solo de una toma de contacto, me había decantado por ir ligera de equipaje, aunque no de armas. Eso nunca. Bajé la mano cuando consideré que se trataba de una falsa alarma, aunque admito que no había sido una sensación desagradable tener al capullo tan cerca.

—Sigamos.

Asintió, pero aprovechó que el sendero era más amplio para

colocarse a mi lado.

Curiosamente, su presencia no me molestaba. O no demasiado que, siendo yo, era decir mucho. Tal vez era porque no pretendía rellenar el silencio con palabras vagas y conversaciones absurdas, o quizá porque, al igual que yo, parecía estar disfrutando de la caminata, no tanto por la compañía, sino por la influencia relajante de aquel mundo verde que nos rodeaba.

Nos paramos un par de horas después cerca de un hermoso prado repleto de flores salvajes. Nos sentamos a la sombra de un árbol que parecía dispuesto a velar por aquel paraje. Abrí el mapa y marqué nuestra posición. Había memorizado las coordenadas donde se encontró la mochila del explorador; no se había separado demasiado del camino que estábamos siguiendo nosotros, pero eso no significaba necesariamente que lo hubiera seguido. Las posibles huellas habían sido borradas por el paso de los días, así que solo podía suponer que lo había recorrido. Solo eso.

Le di un trago a mi cantimplora y me saqué una barrita energética.

—¿Quieres? —Derek negó mientras bebía de una botella.

—No eres una principiante —me soltó cuando acabé de comer.

—Nunca he dicho que lo fuera, pero creo que tiendes a dar las cosas por sentadas.

—No puedes negarme que es llamativo que a tu edad ocupes un cargo de responsabilidad.

—Empecé pronto.

—¿En qué sentido?

—Siempre supe qué quería hacer —le conté, sorprendiéndome a mí misma—. Mi padre también es forestal, así que oposité a los dieciséis. Llevo diez años metida en esto; tres más que tú, así que tiene su sentido que ostente un rango superior.

—Veo que te has leído mi ficha.

—Me gusta saber con quién trabajo.

—¿Qué es lo que más te gusta de todo esto? —me preguntó—. Además de darles caña a… ¿cómo nos has llamado esta mañana? Tus subordinados.

—Esa parte está bien —admití con una sonrisa, y me sorprendió ver que me la devolvía—. Me gusta el trabajo de campo. Buscar un rastro, hacer hipótesis y descubrir qué sucedió en realidad.

—¿Y qué hay del bosque? Es la primera vez, desde que has llegado, que pareces relajada.

—Forma parte de mí —le contesté—. No sería capaz de vivir en una gran ciudad por mucho tiempo. Mi madre… ella es la típica urbanita, no importa si va a comprar el pan, pero te juro que parece una diva. —Derek parecía divertido con mi explicación.

—Así que dejó la ciudad por un forestal —tanteó Derek. Le sonreí,

incluso si la historia de mis padres era un poco más compleja que eso—. Fue tu padre el que hizo que amaras todo esto.

—Él es un cazador. Lo lleva en la sangre.

—¿Qué le gusta cazar? —me cuestionó con curiosidad. Me encogí de hombros.

—Lo que se tercie —sentencié con un punto de indiferencia—. ¿Tú cazas?

—Mentiría si dijera que no.

Le sonreí; se sentía bien. Ese punto de complicidad era agradable, incluso si no era tan divertido como cuando nos tirábamos la caballería el uno al otro. Derek no se intimidaba y estaba a la altura, lo que lo convertía en un oponente digno. Y eso tenía su morbo.

Dejamos allí nuestro momento de confesiones y seguimos avanzando. Debatimos juntos sobre cuál era el trayecto que con mayor probabilidad habría tomado el excursionista para llegar hasta el punto en el que se encontraron sus pertenencias. Me encontré disfrutando de su compañía.

—Es aquí.

—¿Estás seguro? —le pregunté. Asintió, pero su rostro se había ensombrecido—. ¿Qué recuerdas?

—¿A qué te refieres?

—¿Dónde estaba la mochila? En el informe ponía que la tienda estaba plantada —murmuré mientras deambulaba por el lugar hasta encontrar la marca punzante de una estaca—. ¿Estaba aquí?

Derek asintió.

—Eres buena.

—Suelen decirme que estoy buena, más que el que soy buena, creo que me gusta más esto último.

Vi que su expresión se relajaba un poco mientras me miraba. Una sonrisa ladeada acabó apareciendo en su rostro.

—También estás buena.

—Gracias por confirmarme que no sufres una deficiencia visual, ya tenía mis dudas —bromeé mientras le daba la espalda y revisaba el terreno. Me dejó trabajar, en silencio, durante un buen rato.

—Si me dices qué buscas, tal vez podría ayudarte.

—Pensaba que preferías seguir mirándome el culo.

—En algo tenía que entretenerme. —Hizo que me riera, porque daba por sentado que lo negaría. En realidad, no le había prestado la más mínima atención desde que me había puesto a husmear por allí como si fuera un sabueso. No tengo el olfato de uno de esos, pero sí un instinto natural.

—Damos por sentado que se despeñó —empecé, tras ponerme de nuevo de pie y sacudirme el polvo de encima de los pantalones. Me acerqué a él, cogí mi cantimplora y le di un trago—, pero si tenía un

campamento montado, tendríamos que haberlo encontrado en el perímetro extendido en el que se hizo su protocolo de búsqueda.

—¿Qué otras posibilidades barajas?

—Una desaparición —admití—. Podría haberse encontrado con un merodeador.

—¿Un secuestro? —Me miró como si hubiera perdido parte de mi credibilidad. A mí plim.

—Es una posibilidad, sí. Tampoco sería una locura pensar en un ataque animal, pero lo normal es que se hubiera encontrado el cuerpo despedazado.

—Un poco macabro.

—El número de ataques y muertes de reses por parte de osos y lobos no es despreciable.

—No estamos hablando de una oveja extraviada.

—Extraviado, este chaval, sí que estaba. O está, de hecho.

—Es un juego de palabras muy forzado.

—Vete a la mierda. —Le golpeé en el pecho, sobre el chaleco, y rio por lo bajo. Su risa era melódica, incluso si tenía un tono grave y muy masculino.

Su gesto relajado pasó a tensarse mientras centraba sus ojos azules sobre los míos. Había un algo allí, entre nosotros. De esos que sabes que no van a aportarte nada bueno, pero que hacen que tu corazón palpite. Hay mujeres listas y las hay a las que nos gustan los problemas. Y Derek era de ese tipo de gilipollas que van cargaditos de ellos. Quizá por eso me atraía.

—Si quieres que lleguemos a la base antes de que anochezca, sería interesante que no te demores demasiado.

—Supongo que tienes razón —murmuré, muy a mi pesar—. Creo que la próxima vez me acercaré con el *jeep* y montaré un pequeño campamento en esta zona.

—¿Un campamento?

—Quiero estudiar los alrededores y eso me llevará un tiempo.

—¿Y qué hay del secuestrador y las bestias salvajes? —bromeó él.

—Nunca duermo sin un arma cerca.

—Vas de dura, ¿eh?

—Podría tumbarte si me lo propusiera.

—Igual hasta me gustaría. —Su mirada se volvió oscura. Creo que ya no estábamos esforzándonos en ver quién era el más chulo en el barrio. Seguramente me ruboricé, porque me vino un calor de mil demonios.

—El problema es que querrías repetir, y no soy de esas —le solté, alzando el mentón, sin dejar que ese algo que había despertado en mi interior con su insinuación ganara la partida. Yo estaba por encima de un buenorro que se cree irresistible.

—¿Nadie te espera en su cama?

—Esperarme, más de uno. Otra cosa es que a mí me venga de cara. —Sus ojos brillaron, divertidos.

—Así que no tienes pareja.

—¿Para que me corte las alas? Casi que paso.

—¿No vas a preguntarme si estoy comprometido o me acuesto con alguien en concreto?

—¿Por qué se supone que debería interesarme tu vida personal?

—Por el mismo motivo por el que, tal vez, a mí me interesa la tuya. —¿Tal vez? ¿Cómo diablos habíamos acabado hablando de eso?

—No me interesa saber a quién te follas, aunque igual podría preguntarte por Daniel… —Vi cómo se tensaba, el rictus severo de su mandíbula. Si seguía apretando de aquella forma, acabaría partiéndose un diente. La idea le había sentado de culo y admito que soy una arpía y lo había soltado buscando algo en esa línea. Los tíos así de dominantes son muy predecibles. Aquello me hizo pensar en Mathew.

—¿Así que te pone Daniel? —me cuestionó, aún con esa tensión contenida y una mezcla entre rabia y decepción tiñendo su rostro.

—La verdad es que se le ve majo, pero no es mi tipo.

—¿Y cómo es tu tipo?

—No sabría decirte. El día que encuentre a uno que valga la pena, te respondo. —Creo que quería decirme algo, pero optó por callarse. Mejor, quizá—. Será mejor que empecemos a deshacer el camino.

—Si acortamos por el bosque nos ahorraremos varios kilómetros.

—Cuenta conmigo.

—¿No vas a poner en duda mis aptitudes como guía?

—No me preocupa, conozco las mías.

Me miró con un gesto oscuro mientras reía por lo bajo. Vi cómo se humedecía el labio inferior y admito que, por gusto, le hubiera dado un buen mordisco. Me pilló pensando eso y fue como si hubiera sido capaz de leerme la mente. No sé si llegué a sonrojarme, pero admito que me sentí un tanto acorralada. Derek me ponía y era como si, de repente, él fuera consciente de ese detallito de nada.

—¿Sabes qué? Igual tú sí eres mi tipo. —Me dio la espalda, dejándome allí, a solas con una mala respuesta en los labios. Dejé que tomara la delantera durante el camino de vuelta para estudiarle y deleitarme con las vistas.

A ver quién era más capullo, podíamos jugar los dos.



LLEGAMOS a la base con la puesta del sol. Habíamos recorrido de un tirón varios kilómetros y me sorprendió que Maya no protestara por el ritmo que le impuse. Quería ponerla a prueba, para qué negarlo, pero cuanto más rascaba debajo de la superficie, más me atraía. Tenía madera de líder, cuerpo de ninfa y las agallas de un alfa. Además, era astuta e inteligente, pero eso último no tenía por qué ser algo bueno. De hecho, podía llegar a suponer un problema para la manada.

—Voy a darme una ducha.

—Silas me ha dicho que ha dejado alguna cosa para cenar —le advertí cuando se dirigía hacia las escaleras de madera. Se giró para mirarme.

—¿Vas a quedarte?

—No me esperan en ningún sitio.

—A mí tampoco. —Se encogió de hombros y me dio la espalda.

Miré aquellas nalgas que me ponían caliente en cuanto mi atención se fijaba en ellas. No me importaría tenerla a cuatro patas, desnuda, y clavarme justo en medio de ellas. Alejé ese pensamiento, un tanto obsceno, pero que no era la primera vez que cruzaba por mi mente en lo que llevábamos de día.

Me acerqué a la pequeña nevera y me encontré un par de botellas de vino tinto y algunas bandejas de precocinados. No disponíamos de fogones, pero sí de microondas, así que era lo más parecido a una comida digna que mi beta podría habernos ofrecido. Saqué una de las botellas de vino y la descorché mientras el microondas daba vueltas con la bandeja de una fideuá en su interior.

Por lo visto, estaba decidido a darme un empujoncito para que me diera el capricho. No podía criticarle, porque hacía mucho que no me permitía algo así. Siempre hacía lo que era más adecuado para la manada, desde hacía muchos años. Era el alfa, después de todo.

Elegía cuidadosamente las lobas con las que me acostaba para evitar crear conflictos dentro de mi familia y eso implicaba sofocar mis ansias con mis propios medios en la mayor parte de las ocasiones que me apetecía desfogarme un rato. Nunca me había importado, en realidad. No es que el sexo no me atrajera o no lo disfrutara, pero cuando el peso de tantas personas recae sobre tus hombros, ese tipo de

placeres pasan a ser secundarios. Silas siempre me decía que debería acostumbrarme a las humanas que estaban de paso. Cumplían sus funciones y solían ser agradables de trato. Maya era desafiante durante un noventa por ciento del tiempo. El otro diez… era mucho peor.

Sentía que me quebraba por dentro cuando sus ojos conectaban con los míos y me sonreía. Cuando su olor cambiaba, sutilmente, haciéndome saber que en sus momentos de debilidad también le interesaba como hombre. Era raro que bajara sus defensas, pero lo hacía cuando hablaba de su familia y eso me hacía sentir vulnerable. Envidiaba su normalidad. La forma en la que sus ojos brillaban al hablar de sus padres. ¡Joder! Querría que hablara así de mí. Querría… marcarla. Para que todos lo supieran. Que la reconocía. Incluso si no podía ser cierto. No podía serlo. Era humana. Y yo un lobo. Ella jamás podría reconocerme. Ser mi igual. La manada jamás la aceptaría y yo jamás podría explicarle la verdad. Mi realidad. Y la mierda que arrastraba a mis espaldas.

Cuando entró en la sala, cubierta solo con ropa deportiva, tuve que hacer acopio de mi autocontrol para no abalanzarme sobre ella. Sus pezones estaban erguidos y eran perfectamente visibles a través de la camiseta de algodón que cubría su torso. Intenté centrarme en sus ojos negros mientras le tendía la otra copa de vino.

—¿Celebramos algo?

—Que estamos vivos. —Me miró atentamente mientras cogía la copa. Le dio un largo sorbo sin dejar de observarme.

—Lo veo. —Acercó la copa para brindar conmigo—. He visto que hay ropa arriba. ¿Soléis quedaros a dormir aquí?

—Días como hoy, sí.

—¿Días en los que os pasáis el día vagando por el bosque con una rastreadora frustrada?

—¿Frustrada? —Dejé la copa sobre la encimera para abrir el microondas y servir el precocinado entre los dos platos. He de decir que el olor era agradable.

—Sigo con las manos vacías.

—Tal vez mañana —intenté animarla, incluso si al hacerlo me estaba perjudicando—. ¿Hasta cuándo tienes intención de quedarte para localizar el cuerpo?

—Me han dado como máximo un par de semanas. —Debería alegrarme. En unos días piernas largas desaparecería de mi vida. Ella y la problemática que suponía tener a la manada contenida durante su presencia. Un lobo nos había acompañado parte del trayecto, pero tenía la corazonada de que ella había podido detectarlo, de alguna manera, cuando nos había hecho parar a medio camino con el ceño fruncido y expresión preocupada. No podía confiarme con ella. Bajar

mis barreras.

Ella tenía que irse.

Pero, tal vez, Silas tenía razón. Mi instinto estaba despertando. El deseo de establecerme. De ligar mi esencia a la de otra persona. Lo había hecho con ella, cierto, pero eso no podía ser por otro motivo que las circunstancias. Ella no era una loba, pero sí una mujer formidable. Y deseable. Muy deseable.

—Aún hay tiempo. —Asintió, pero no parecía muy convencida. No quería mentirle. Decirle que encontraría algo que, en realidad, era improbable que llegara a localizar.

—Esto está bueno.

Sonreí al ver su aspecto entre sorprendido y satisfecho. Me gustaba ese punto inocente que solía lucir en su rostro. Si supiera con quién estaba comiendo en realidad. Si supiera qué era la persona que le acompañaba. Coloqué mi plato frente al de ella, en la mesa de Silas, y le rellené la copa de vino que ya estaba prácticamente vacía.

—¿Qué hay de ti?

—¿En qué sentido?

—¿Por qué te metiste en esto? —Abrió los brazos englobando todo lo que nos rodeaba. Los mapas en las paredes, los armarios con los uniformes y mucho más. Todo lo que era ser un forestal. ¿Qué podía contestarle? Nunca había sido mi vocación, en realidad, pero había aprendido a disfrutarlo.

—Silas me arrastró. —Que me hubiera sincerado con ella creo que me pilló desprevenido. No solía hacerlo, pero con ella se sentía algo natural. Al menos esa verdad sí podía dársela.

—Me imaginaba que algo había —admitió—. Vi que opositasteis el mismo año en el mismo sitio y que los dos crecisteis aquí, en este pueblo.

—¿Nunca dejas que nada te sorprenda? —le cuestioné. Que nos había estudiado ya me lo había dicho, pero que hubiera reparado en ese tipo de detalles demostraba que no se había limitado a darles un vistazo a nuestras fichas.

—Hay sorpresas y sorpresas —repuso—. Me gusta estudiar el terreno que piso.

Asentí. Alcé la copa y brindamos de nuevo. Bebí su contenido y rellené, en este caso, la mía. Miré el líquido rojizo. No tenía la obligación de hacerlo, pero me sorprendió que me apeteciera compartir con ella algo más que una cena maridada con un buen vino.

—Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía diecisiete años —le conté. Vi que su mirada expresaba algo que podría traducirse en pena. No es que me gustara inspirar ese tipo de emociones, pero quería que ella entendiera esa parte de mi vida. La única que sí podía compartir con alguien que no pertenecía a mi

especie—. Silas y yo éramos algo así como carne y uña, ya para entonces. Somos primos segundos, de hecho: mi abuelo y el suyo eran hermanos. Ellos me acogieron.

Se quedó en silencio, observándome, sin presionarme ni emitir palabras vacías de condolencias que no podía sentir por quien no había llegado a conocer. Sin embargo, había respeto en su mirada y tuve la sensación de que ella podía entenderlo. Quizá por eso añadí:

—Hubo una época que quería hacer muchas cosas. Aspiraba a viajar, a ver el mundo. Quería estudiar, aunque aún no tenía muy claro el qué. —No solo había perdido a mis padres en aquel accidente. Mi infancia. Mis sueños. Mis aspiraciones. Lo perdí todo.

—Tardaste un tiempo en opositar. —No era una crítica, sino una mera exposición de los hechos.

—Lo de mis padres… complicó bastante mi vida. Durante un par de años pasé de los estudios, empecé a aceptar trabajillos por el pueblo y con eso fui sobreviviendo, hasta que Daniel se independizó y montó el bar. Silas y yo nos fuimos a vivir con él y vivimos los tres juntos, en el piso que hay encima de su taberna, durante un tiempo.

—Puedo imaginaros, con veintipocos y un tirador de cerveza a vuestra disposición las veinticuatro horas del día —bromeó. Le sonreí.

—Esa parte estaba bien, sí —admití—. Supongo que necesitaba hacer algo más. Fue Silas el que estuvo mirando lo de las oposiciones para entrar en la formación de guarda forestal. Él sabía que a mí siempre me ha gustado el bosque. Protegerlo de furtivos y de que se haga un mal uso de él, la verdad es que me gusta.

—Es un buen curro —convino Maya—. Piensa que hay gente que se pasa el día encerrado entre cuatro paredes, ordenador mediante, sin levantar el culo de una maldita silla. Somos unos afortunados.

—Lo somos.

Vi como vertía lo que quedaba de la botella de vino entre ambas copas. Me levanté y cogí la segunda. Si al final aquello nos iba a llevar a algún lado, o si me iba a acabar o no arrepintiendo era un tema en el que no tenía intención de pensar.

—¿Tienes hermanos?

Negué con la cabeza antes de decantarme por desviar la atención de mi persona para centrarla en la suya.

—Háblame de tu familia.

—No sé qué más contarte. Ya sabes que mi padre es un forestal y mi madre una urbanita de los pies a la cabeza. Tengo una hermana mayor. Es veterinaria, como nuestros tíos. Dóen es un pueblucho, pero comparado con el vuestro, parece Las Vegas.

—Eso ha dolido —bromeé.

—Tienen bastante trabajo porque hay muchos ganaderos, además de abuelas con predilección por los gatos y los periquitos. Y gatos que

se comen periquitos, eso también.

Se la veía relajada cuando hablaba de ellos.

—Así que tus tíos también viven allí.

—Y mi abuela por parte de madre; mi abuelo falleció hace unos años —me contó y parecía triste al recordarle—. La familia de mi padre es complicada. Son bastante nómadas, digamos. Solemos quedar con ellos en la ciudad, de tanto en tanto, pero tampoco es que tengamos mucho contacto.

—Las familias grandes siempre incluyen enredos.

—Correcto. —Me miró con esos ojos negros que decían tantas cosas mientras bebía de su copa. Volví a rellenarlas—. Siento lo de tus padres.

—Gracias.

—Creo que lo has hecho bien —me dijo. Elevé una ceja, a modo de pregunta—. No ha tenido que ser fácil, pero te has construido un futuro y una buena vida.

—¿Eso suena a un elogio?

—Lo es, pero no quita que sigas siendo un capullo arrogante.

—Eso me suena a las típicas verdades que sueltan los borrachos.

—Solo voy bebida, se necesita algo más de dos botellas de vino para tumbarme —aseguró con una sonrisa mientras alzaba su copa. Me reí mientras acercaba la mía para volver a hacerlas tintinear. Me deleité con el sabor del vino mientras ella hacía lo mismo.

—¿Tan bebida como para arrepentirte mañana si nos acostamos juntos?

—Eso depende.

—¿De qué depende? —le cuestioné, inhalando cómo su olor se teñía de mil matices. Me deseaba, podía notar aquellos cambios en su rastro. La hembra que ha decidido seducir al macho, incluso si este ya había caído en sus redes.

—De si el polvo valiese la pena.

Me mordí el labio inferior. Me estaba retando y eso me estaba volviendo loco. Mi cuerpo deseaba demostrarle hasta qué punto acostarse conmigo marcaría un antes y un después. Mi erección palpitó, sabiendo que cada vez había más posibilidades de que le diera rienda suelta a su ansiedad de encajarse en aquella hembra en cuestión. Su olor decía muchas cosas, pero lo mejor de todo es que su respuesta no había sido un no.

—Supongamos que sí. —Maya empezó a reírse mientras me estudiaba con la mirada ligeramente turbia. Su olor se volvía más intenso. Su deseo, también.

—Tal vez podría planteármelo si acordamos que mañana ninguno de los dos recordará nada de todo esto.

—¿Amnesia transitoria? —Sus labios se curvaron en una amplia

sonrisa.

—Algo así. —Vacié el resto de mi copa de vino, sintiéndome ansioso y nervioso al mismo tiempo. ¡Joder! Mía. Silas era el cabrón más listo del mundo y, desde luego, después de esta le debía una.

—Me vale. —Me levanté y vi que se tensaba. En vez de acudir a su encuentro, pese a que me moría de ganas, recogí los platos de la mesa y los llevé al fregadero.

Cuando volví junto a ella, quedaban solo dos dedos de vino en su copa. La cogí y le di un largo sorbo, manteniendo el licor en mi boca mientras ella protestaba. Me agaché mientras colocaba mi mano sobre su nuca para impedirle la retirada. Busqué sus labios con los míos y me encajé sobre su boca para compartir con ella el resto del vino mientras mi lengua buscaba la suya con la desesperación de la excitación que me quemaba por dentro. Supongo que no se esperaba aquello, porque parte del vino resbaló por las comisuras de sus labios, dejando un rastro hacia su cuello y también delineando el valle entre sus pechos.

—Sería un desperdicio… —murmuré mientras empezaba a besarle la comisura de los labios, intercalando mi lengua y besos húmedos en aquel recorrido descendente hacia sus generosos senos.

Inhalé el aroma que había entre ellos mientras el sabor de su piel mezclada con los restos de vino despertaba los sentidos del lobo. Tenía que contenerme, porque la deseaba de tantas formas y de tantas maneras, que la noche se nos quedaba corta. Si ella fuera una loba… Sentí mis caninos presionando para alargarse, para marcarla como mi compañera. Nunca antes me había pasado con una mujer, ni siquiera mientras tenía mi propio orgasmo, que era el momento más habitual en el que la esencia del lobo se hacía con el control de nuestro cuerpo.

Silas tenía razón. Tenía que buscarme una compañera más pronto que tarde, pero, hasta ese momento, me merecía a esa mujer. Compartir con ella aquella noche. Hacer que gimiera entre mis brazos mientras nos entregábamos el uno al otro.

Maya se levantó y me cogió con fuerza del pelo, obligándome a que dejara de lamer la curva de sus senos. No estaba acostumbrado a que me pusieran condiciones, pero no pude protestar cuando su boca capturó la mía y su beso ardiente compensó con creces su falta de sumisión.

Sus manos buscaron el margen de la camisa para tirar de ella; le ayudé a que me la sacara por la cabeza y me estremecí con el contacto de la piel de sus palmas sobre mi pecho. Me empujó hacia el sofá y le seguí el juego. Me dejé caer en él, quedando sentado, mientras ella se quedaba frente a mí, de pie. Se mordió el labio inferior y apenas fui consciente de estar ronroneando.

Se sacó la camiseta de tirantes de color negro sin dejar de mirarme,

como si quisiera tener la certeza de que verla haciendo aquello me ponía cachondo. ¡Vamos si lo hacía! Llevaba un sujetador negro, sin encaje ni pretensiones. Me sentiría menos culpable si lo hacía pedazos.

Avanzó hasta donde yo estaba y colocó una pierna sobre el asiento del sofá, a mi lado, doblando la rodilla. El olor de su feminidad me estaba volviendo loco. Tuve tentaciones de acercarme a ella. Meter mi cabeza entre sus piernas y comérmela de todas las formas posibles. Se inclinó hacia mí, haciendo que sus pechos bascularan ligeramente frente a mí. Una condenada provocación. Gruñí, dispuesto a contenerme. A demostrarle que no era ella quien tenía el control de la situación, incluso si parecía llevar la batuta. Empezó a destensar los cordones de los botines militares que llevaba, como si no tuviera prisa.

—Supongo que esto no voy a necesitarlo —admitió mientras sacaba un puñal de su interior. ¿Quién en su sano juicio llevaba un puñal dentro de una bota?

—El resto de la ropa, tampoco —mascullé, entre dientes. La sonrisa lasciva que me regaló hizo que me tensara y tirara de ella para obligarla a sentarse encima de mí y de la erección que llevaba rato esperando que alguien le hiciera caso.

—¿Esto es lo que me imagino que es? —ronroneó como si fuera una loba. Su mano buscó mi miembro y lo presionó. Vi una expresión lujuriosa en sus ojos—. Ya lo creo que sí…

—Era una de tus condiciones —le recordé, dejando que su mano se moviera libremente por encima de la protuberancia que había dentro de mis pantalones—. Haremos que valga la pena.

La volteé para colocarla estirada sobre el sofá. Creo que le sorprendió mi fuerza y mi agilidad, porque no había sido capaz de buscar un punto medio. Lo que yo era. Un alfa. Un lobo. Que deseaba a esa hembra. Con vehemencia.

Busqué el cordón que anudaba su pantalón y, tras desatarlo, tiré de aquella cinturilla con ansiedad, arrastrando también su ropa interior, con intención de poder deleitarme con su piel. En otras ocasiones habría sido más paciente. Hubiera controlado mis propias necesidades o intereses, pero en esos momentos apenas era capaz de mantenerme cuerdo. Su olor… Fui a buscarlo. Sus manos buscaron mi cabello mientras enterraba mi cabeza entre sus piernas y ella separaba los muslos para darme un mejor acceso.

No sé si fue buena idea aquello, porque si su olor me embriagaba, catarla desató el caos en mi interior. Empecé a succionar con fuerza mientras ella se arqueaba. Mis dedos buscaron entre sus pliegues y acabaron introduciéndose en su interior. Sentí la presión que había en sus paredes y supe que hacía tiempo que no estaba con un macho. Empecé a mover mi mano mientras ella se contorsionaba, presa de una locura frenética que estaba desencadenando aquella fricción en su

interior. No pude parar hasta que se corrió y me sentí… ¡Joder! Nunca me había sentido tan bien. Algo que era absurdo, porque seguía totalmente empalmado y con la sed del lobo ardiendo dentro de mi cuerpo.

—Joder —mascullo ella cuando dejó de convulsionar, como si pudiera leer mi mente.

Sonreí mientras le contestaba:

—No, eso es lo que vamos a hacer ahora. —Me levanté de un salto para abrir el cierre de mis pantalones y acabar de desnudarme. Me observó con avidez. Incluso si la intensidad de su olor estaba mezclada con el del orgasmo que acababa de consumirla, sentí como su deseo se encendía de nuevo.

—Me toca a mí —me advirtió levantándose. La miré, sin tener del todo claro a qué se refería. Las lobas eran dominantes, pero asumían mis directrices sin que, muchas veces, requirieran palabras. Maya… ¿Qué diablos pretendía hacer?

Me empujó de nuevo contra el sofá, volviendo a sentarme en él. Se desató el sujetador y la visión de sus pechos hizo que mi miembro diera una sacudida. Había sido un desconsiderado por no prestarles más atención. Lo haría después. Los compensaría de una u otra forma.

Maya se arrodilló frente a mí, sin dejar de mirarme, excitándome sin llegar a tocarme.

De acuerdo, podía imaginar qué pretendía hacer. Tragué saliva. Su mano cogió mi miembro y sus labios se acercaron a mí. No era la primera mamada de mi vida, pero jamás había sido algo tan condenadamente erótico. Cuando me rodeó con su boca, todo mi cuerpo se tensó por el placer que era capaz de despertar en mi interior. Gruñí mientras los colmillos se me alargaban. Tensé el cuello y enredé una mano en su cabello, solo para sentirla, porque dejé que fuera ella la que marcara su propio ritmo.

—¿Y si me follas? —gruñí, consumido por el deseo de enterrarme en su cuerpo.

—Podríamos negociarlo —me dijo tras liberar mi miembro de su boca, pero moviendo aún su mano en toda su extensión.

Se levantó y bajé el mentón para mirarla. Sus ojos negros estaban llenos de fuego. Pasión en estado puro. Colocó las rodillas a ambos lados de mi cadera. Busqué sus nalgas con mis manos y le acaricié el trasero.

Colocó las manos a ambos lados de mi rostro, en el reborde superior del sofá y, sin dejar de mirarme, empezó a descender para buscarme. Sentí la calidez de su cuerpo rozar la punta de mi miembro. Deslicé mi mano para dirigirlo hacia ella y gruñí cuando, sin previo aviso, ella se empaló con un movimiento brusco. Vi como su cuerpo se tensaba, una mezcla de excitación y dolor. Busqué sus senos y empecé

a frotar y pellizcar sus pezones mientras ella comenzaba a adaptarse a mi tamaño. Sentí que tenía una contracción alrededor de mi miembro y eso hizo que la pellizcara con más fuerza. Ella gimió de dolor, pero decidió castigarme moviéndose un par de veces encima de mí. Gruñí, porque quería más. Mucho más. Nos sostuvimos la mirada, como si nos retáramos el uno al otro. Estuve tentado de alzarla y tomarla contra la pared; marcar mi propio ritmo, pero por un motivo que aún no alcanzaba a comprender, me quedé allí, en un pulso de poder, y me limité a pellizcarle de nuevo un pezón, haciendo que se irguiera y expusiera su cuerpo desnudo. Mi miembro se sacudió en su interior mientras el lobo ansiaba marcarla.

—Maya… —Se humedeció los labios y, sin dejar de mirarme, empezó a moverse encima de mí con sacudidas bruscas que hacían que me hundiera en su interior. Gruñí, porque eso era justamente lo que necesitaba.

Empezó a jadear cuando el ritmo se volvió intenso. Mis manos se quedaron sobre sus caderas, ayudándola a que se encajara lo más profundo posible cada vez que caía sobre mí. Gemía mientras la excitación nos consumía. Supe que estaba a punto de correrse de nuevo y dejé que siguiera su propio ritmo, la necesidad de su cuerpo, disfrutando de cada segundo, hasta que sentí cómo tenía una contracción brusca alrededor de mi miembro hinchado. Su cuerpo empezó a temblar encima de mí y vi su mirada perdida, turbia, cuando encontraba su culminación de nuevo.

La tumbé con cuidado en el sofá, sin desencajarme de su interior. Busqué su boca para besarla con avidez, sin darle tiempo a recuperarse de su orgasmo, porque me consumía la necesidad de correrme en su interior. Empecé a moverme dentro de ella con un ritmo voraz. El ruido de mis embestidas resonaba a mi alrededor mientras ella gemía y gritaba con hambre y desesperación. Su excitación no tardó en volver a ponerse a la par de la mía. Gruñí mientras gruesas lágrimas caían por su mejilla, presa de una vorágine de placer como jamás antes había experimentado. Yo tampoco. Gruñí mientras dejaba que mi simiente se volcara en su interior. Nunca antes había hecho algo así. Nunca me había permitido un desliz de aquel tipo.

Caí sobre ella, preso de una necesidad cegadora. Su olor. Busqué la curva de su cuello, pero antes de cometer el mayor error de mi vida, clavé mis caninos, ligeramente más largos de lo que sería habitual para un humano en esos momentos, contra la tapicería desgastada de cuero. Algo dentro de mí se rompió, la necesidad de hacerla mía y no haber culminado ese acto. Tardé unos segundos en ser capaz de recomponerme.

Nunca antes…

—¿Estás bien? —le pregunté, volcando mi peso hacia un lado para no aplastarla con mi envergadura, pero sin decidirme a abandonar su cuerpo. Sin desear romper ese contacto. La única cosa que, en esos momentos, seguía uniéndonos.

—Has cumplido con las expectativas —me dijo a trompicones, riéndose por lo bajo. Me sentí en casa. Me acerqué a ella para besarle la punta de la nariz.

—Era la primera parte de nuestro acuerdo. —Intentó moverse debajo de mí, así que, muy a mi pesar, me vi obligado a salir de su interior—. Yo no debería haberme… ¿Usas algún método anticonceptivo?

—¡A buena hora lo preguntas! —se burló ella mientras bostezaba. Pasé un brazo a su alrededor y me coloqué totalmente de lado, intentando que cupiéramos los dos en un espacio que era ínfimo. La otra opción era levantarme y largarme de allí. Eso sería lo más inteligente, probablemente, pero era lo último que tenía intención de hacer.

—No me has contestado.

—¿Te estás imaginando un minitú y te estás asustando?

—Dudo que fuera como yo —negué, intentando que no notara la pena impresa en aquella afirmación.

Si ella fuera una loba, en esos momentos sería mía. Para siempre. Mi compañera. La madre de mis cachorros. Sí. ¡Joder! Nada me gustaría más que un miniyo creciendo en su vientre, pero eso era algo imposible. Era humana. Un dolor sordo me quebró por dentro ante aquella emoción totalmente nueva que me dejó confuso y un tanto aterrorizado. Desearla así y saber que jamás sería posible. La apreté contra mi cuerpo y busqué el olor de su cuello. Sentí que, pese a la pena, su proximidad me reconfortaba.

—Puedes dormir tranquilo, hace años que tomo la píldora.

—Es bueno saberlo.

—Estaría bien que te plantearas llevar condones encima o un día tendrás un susto —me advirtió.

—Da igual lo que diga, ¿verdad? Vas a estar cachondeándote de mí y de que me haya precipitado así hasta el infinito y más allá.

—Solo esta noche, mañana sufriré amnesia, ¿recuerdas?

—Cierto —susurré, acariciándole el brazo desnudo—. Igual estaría bien dormir un rato.

—Aquí estamos un poco apretujados. —No podía no darle la razón, pero tampoco prescindir de ella. No esa noche. ¿Cómo lo había llamado Silas? Un capricho. Tenía derecho a darme un capricho. Y eso incluía ver cómo se dormía entre mis brazos, que su olor se mezclara con el mío y pudiera fingir, durante unas horas, que mi vida me pertenecía y que Maya podía formar parte de ella.

—Cuando estés dormida, estiraré una esterilla en el suelo y dormiré allí lo que quede de noche. —Asintió. Tenía los ojos cerrados y su respiración se estaba volviendo más pausada, igual que su pulso.

Me quedé despierto, mirándola, toda la noche.

Estaba jodido.

No había estado equivocado: ella era mi tipo. Mi todo.

Me sentía en calma, pero sabía que después vendría la tormenta.

No podía elegirla a ella, incluso si me sentía en paz con su cuerpo entre mis brazos y pletórico de que mi olor cubriera cada centímetro de su cuerpo, sabía que Maya jamás podría ser mía de la forma en la que deseaba. De la forma en la que me hacía sentir completo. Ella era humana. Y yo un hombre lobo. Un alfa con unas obligaciones para con los suyos.

Las leyes de la manada pesaban sobre mí. Jamás podría contarle lo que yo era. Los secretos que arrastraba. Ella no podría engendrar en su vientre al que sería el futuro alfa de la manada, incluso si la posibilidad de tener descendencia con ella me había hecho estremecer, y no de espanto. ¡Joder! No me podía exponer a que llegara a la manada otro lobo como aquel que, años atrás, tuve que enfrentar. La manada necesitaba una garantía de continuidad. Los viejos tenían razón, por mucho que me quemara por dentro.

Maya era humana y jamás sería mía de la forma en la que yo desearía.

Aun sabiendo todo eso, no quería a ninguna otra.

Y esa realidad era aterradora.



ME DESPERTÉ en el mismo sofá, en pelotas, y con las piernas enlazadas a las de Derek. Fue un despertar extraño, porque el dorso de su mano estaba acariciando uno de mis senos y mi pezón estaba erecto, pero no creo que fuera por el frío precisamente. Era como si mi mente funcionara solo a medio gas; me había quedado dormida junto a él, después del que posiblemente recordaría como el mejor polvo de mi vida, para despertarme deseándole de nuevo.

—¿Aún sigues aquí?

—Para nada, aún estás durmiendo. —Sus ojos mostraron una mirada ardiente y me arrastró contra él, colocándose encima de mí. No dejó de mirarme mientras descendía para buscar con su boca mi pecho. Me arqueé. Desde luego, no pensaba despertarme así.

Me mordí el labio inferior mientras él seguía excitándome. No había la urgencia que habíamos compartido anoche, pero estaba bien también aquello más pausado y sin tanta premura. Nos pudo el vino, supongo.

—¿No se suponía que hoy habríamos olvidado lo de anoche?

—¿Pasó algo?

—Que bebimos cantidades ingentes de vino. —Escuché como reía por lo bajo mientras ronroneaba, al mismo tiempo, contra mi piel.

—No recordaba eso, ¿ves?

—Lo que veo es que… —Sentí cómo su miembro se abría camino dentro de mi cuerpo—. Joder…

—Es la idea, sí, excepto que mientas y finjas que no te apetece.

—El gilipollas aquí eres tú, no yo, pero que esto no sea un precedente. —Gemí mientras empezaba a moverse lentamente, haciendo que deseara que intensificara la fricción entre nuestros cuerpos.

—¿Un precedente? —me susurró en la oreja y, tras hacerlo, empezó a mordisquearme el lóbulo sin dejar de pujar contra mí con movimientos suaves y contenidos, como si bailáramos un vals después de pasarnos la noche a base de música dura electrónica.

—No somos follamigos —le advertí mientras me arqueaba contra él—. De hecho, ni siquiera somos amigos.

—¿Tienes muchos de esos?

—Amigos, unos pocos.

—¿Y de los otros?

—Alguno, tal vez.

—Ah, ¿sí? —Sus ojos brillaron mientras me miraba, con sus brazos a ambos lados de mi cuerpo, sosteniendo su peso, mientras su cadera ascendía y descendía lentamente, haciendo que cada movimiento se sintiera como una dulce y terrible tortura—. ¿Te lo hacen así?

—Suelen ponerse manos a la obra en vez de… ¡mierda! —Me tensé, sintiendo que la excitación empezaba a tomar el control de mi cuerpo tras una embestida dura que me había dejado sin aliento.

—Me pasaría el día entero haciéndotelo, ¿sabes? —Gruñí y él se rio, pero sus ojos se oscurecieron—. Tienes suerte de que en media hora Silas estará por aquí y no quiero que nos encuentre así.

—Qué considerado por tu parte.

—Así que supongo que tendremos que… —Me embistió con fuerza y convulsioné ligeramente contra su cuerpo; no esperó a que se lo pidiera y comenzó a mover la cadera con fuerza y rapidez, haciendo que el mundo desapareciera y que solo fuéramos él y yo. Jamás me había sentido arrastrada de aquella forma, incapaz de tomar el control, sintiendo que todo fluía entre nosotros como tenía que ser, sin forzarlo.

Derek era el mejor amante que había tenido en mi vida, pero eso no significaba que no fuera consciente de que acostarme con él había sido una pésima idea.

Aunque, como ya la había cagado, supongo que no tenía sentido negarme a repetirlo a esas alturas.

Me largué de la base en cuanto Silas puso un pie dentro. Derek estaba arriba, dándose una ducha. Había declinado su oferta de meternos dentro juntos porque tenía mis dudas de cómo podía acabar aquello y sabía que en algún momento aparecería el otro forestal por la central.

No es que tuviera la necesidad de huir del lugar del conflicto, pero había pospuesto demasiado preocuparme por cosas banales, pero sustancialmente importantes, como ese detalle insignificante de llenar la mininevera o encontrar un sitio en el que lavar mi ropa.

Admito que la posibilidad de pasarme el día fuera de la base y evitar a Derek tampoco estaba de más. Nunca me había liado con alguien del trabajo y jamás me habría planteado hacerlo en el lugar de este. No podía mentirme y decir que no había valido la pena, igual que era absurdo fingir que ese tipo no despertaba mi interés. Tenía ese punto de tipo duro, un diálogo que era de lo más entretenido y no se intimidaba con mi personalidad ni mi mala leche. Por no decir que en la cama…

No podía permitirme fantasear con él, incluso si llevaba media mañana haciéndolo, mientras preguntaba por todos lados por el excursionista desaparecido y recababa información que no tenía muy claro si sería en realidad útil o no.

Estaba allí de paso. Y lo que había acaecido no es que tuviera la pinta de ser el inicio de una relación, sino más bien un aquí te pillo, aquí te mato… y así unas cuantas veces.

Que poder instalarme en el pueblo, si quisiera, podría. Quiero decir que, por rango, me habían ofrecido en varias ocasiones establecerme para controlar un perímetro de seguridad, igual que hacía mi padre en Dóen. Dudo que a Derek le hiciera gracia aquello. Tenerme mangoneando por allí un tiempo indefinido. Una cosa era que nos hubiéramos acostado juntos bajo la premisa de si te he visto no me acuerdo, pero si las cosas se volvían raras, en un par de semanas, a lo sumo, desaparecería de su pueblo y de su vida.

Tampoco era que me quisiera establecer en un sitio y, desde luego, no lo haría por un folleteo. De hecho, ni siquiera debería estar pensando en eso, incluso si lo estaba haciendo. Sin comentarios. Les echaría la culpa a las hormonas, o lo que fuera.

Llevaba tiempo disfrutando con el papel de nómada porque, al final, siempre tenía un hogar al que volver en el que me esperaban mis padres y el resto de la familia. Mi hermana Ona, mis tíos… y, sí, también Mathew. A estas alturas, aquello ya debería de ser agua pasada, pero supongo que era de ese tipo de espinillas que se te quedan clavadas. Siempre que volvía a casa, tarde o temprano, él acababa dejándose caer, como quien no quiere la cosa.

Decidí pasarme por la gasolinera del pueblo a llenar el depósito del *jeep* antes de comer algo y comprar provisiones para los días que me quedaban. Tenía que mirar las previsiones climáticas para planificar la acampada que pretendía hacer para buscar cualquier indicio del paradero del excursionista. O de su cadáver. Lo que fuera.

—Lleno —le pedí al hombre calvo que regía el lugar. Me apoyé sobre el lateral del coche mientras él cogía la manguera del surtidor.

—¿Ha habido suerte con lo del chico ese, agente?

—De momento no. La gente de aquí tampoco es que tuviera mucho interés por él, me parece. —No pretendía ser crítica, pero era evidente que, como en muchos pueblos pequeños, había personas de mentalidad más bien cerrada, de esas que miran a los que consideran turistas o extranjeros de reojo y con suspicacia. No es que todos fueran así, pero llevaba unas cuantas miradas que parecían molestas porque respirara el mismo aire que ellos. Nada que me viniera de nuevo. La autoridad, en muchos sitios, no es bien vista. Sin embargo… siempre existe alguien dispuesto a hablar. Más de la cuenta.

—Aquí hay mucha gente un poco cerrada —admitió el hombre con

aspecto culpable—, pero yo soy de los que piensan que el turismo nos hace mucho bien al pueblo.

—Vengo de un pueblo un poco más grande que este —le conté, como si se tratara de una confidencia—. Sé lo que es ese punto clasista que a veces existe entre los que han nacido allí y los que son avenidos, pero ese chico se pasó varios días en el hostal, me parece casi imposible que no se relacionara con nadie en especial durante su estancia.

—Relacionarse, lo hizo —me dijo con una sonrisa ladeada—. Le vi un día besuqueándose con alguien, pero de refilón, no sabría decir quién era ella.

—¿Besuqueándose? —Eso era algo que no había escuchado hasta el momento.

—Sé seguro que era él, porque llevaba un jersey de color rojo muy estridente, pero no les presté mucha atención. Ya se sabe que la juventud…

—¿Cuándo fue eso?

—Creo que un día o dos antes de que desapareciera —repuso tras reflexionarlo.

—¿Podría ser alguna amiga que viniera a visitarlo? ¿Alguien que no fuera del pueblo?

—Podría, claro —admitió—, pero no recuerdo haber visto otra cara nueva días antes de que viniera la Policía y los rurales de los pueblos vecinos para hacer las maniobras de búsqueda. No lo sé. ¿Cree que podría ser importante, agente?

—Cualquier información puede tener su utilidad.

—No se me ocurrió…

—Está bien —le aseguré al hombre, que parecía sentirse culpable por un posible error que, en el fondo, dudaba que tuviera mucho que ver con la desaparición del chico en medio del bosque. Sin embargo, pensaba añadirlo al informe y tal vez no estaría de más intentar localizar a la muchacha en cuestión. Tal vez había hablado con ella sobre dónde pretendía ir o quizá conocía algún detalle de su vida que pudiera orientarnos hacia algún posible enemigo en potencia. Sí, lo más probable era que no hubiera sido más que un accidente, pero siempre hay otras posibilidades. Algunas un tanto siniestras.

Le pagué antes de conducir el *jeep* hasta el edificio en el que Daniel había instalado su taberna. Abrí la puerta y me encontré con un ambiente un tanto lúgubre y oscuro en comparación al radiante sol que atizaba en el exterior. No me venía mal un poco de esas vibraciones un poco más introspectivas.

Me acerqué a la barra y me senté allí. Daniel apareció al poco por una puerta que daba al lateral de la barra. Ladeó la cabeza mientras se acercaba, como si me estuviera estudiando. Se acercó al surtidor y

rellenó dos jarras de cerveza. Colocó una frente a mí y de la otra dio un largo sorbo. Era un tipo atractivo, pero lo cierto era que no me ponía ni la mitad que Derek. Intenté ahuyentar de mi mente a mi fugaz amante para centrarme en algo más productivo: me moría de hambre.

—Tienes aspecto de no haber dormido demasiado.

—Menos de lo que me gustaría —admití, haciendo una mueca. Sus ojos brillaron con algo parecido a la diversión—. ¿Qué tienes para comer que sea así rápido?

—¿Rápido? ¿Tienes prisa?

—En realidad, no, pero tampoco quiero que me cojas manía y tengas que currar ahora que el local está vacío.

—Por eso no te preocupes. —Me sonrió—. Creo que te vendría bien algo contundente. ¿Un par de hamburguesas con algo de verde?

—Compro.

—Dame cinco, diez minutos a lo sumo.

—Los que necesites.

—A la cerveza invita la casa y, porque eres tú y me caes bien, te dejo que la rellenes si te la acabas.

—¿Puedo reservarme ese ofrecimiento para otro día? Ayer noche bebí demasiado, hoy creo que después de esta me pasaré al agua.

—¿Bebiste sola? —me preguntó tras darme la espalda y acercarse a la plancha que había en un extremo de la pared de detrás de la barra.

—¿Sonaría muy patético si te respondo que sí?

—La mayoría de los que vienen a mi bar hacen justamente eso.

—En tal caso, sí.

—Ya veo.

—Ajá.

—¿Qué tal con Derek? —Me subieron los colores y di un pequeño brinco en el taburete mientras miraba la ancha espalda de Daniel—. Me dijo que habíais ido a buscar pistas sobre el chico que se perdió en el bosque.

¡Mierda! Eso. Sí, claro. Por un momento había pensado que les había contado a Daniel y Silas lo que había pasado entre nosotros. Tampoco tenía por qué no hacerlo, después de todo, pero lo cierto era que yo no tenía un argumento válido para justificar por qué le había mentido a Daniel. Supongo que no tenía ganas de compartirlo con nadie. No porque me arrepintiera o me avergonzara, sino más bien porque aún no tenía del todo claro qué sentía al respecto. Me gustaría conocerle un poco mejor y, para qué negarlo, fantaseaba un poco con la posibilidad de volver a acostarme con él antes de marcharme del pueblo. No lo haría por un tema de principios y por no acabar confundiendo un polvo con algo más con aires de relación. Follar es fácil. Las relaciones, no.

—No encontré nada —le conté, un poco a mi pesar.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —me cuestionó dejando un plato repleto de comida frente a mí.

—Volver allí. Está claro que no pudo esfumarse, en algún lugar tiene que haber algo que nos lleve hasta él.

—¿Crees que sigue con vida?

—Es poco probable —negué—, pero estaría bien saber qué pasó.

—No te gusta dejar las cosas a medias.

—No.

—¿Y qué hay de las relaciones?

—A eso le llamo un cambio de registro en una conversación.

—Una mujer bebiendo sola un jueves a la noche da para hacer muchas suposiciones.

—¿Y si fuera un hombre?

—Supongo que, entonces, también. —Apoyó los codos sobre la barra y me sonrió. Podría aparentar un coqueteo, quizá, pero algo me dijo que no lo era.

—Aún no he encontrado a la persona adecuada.

—¿Aún?

—Soy una romántica. —Me encogí de hombros porque me importaba una mierda si él pensaba que era una debilucha, una soñadora o una ilusa, pero yo había crecido en un ambiente atípico, en muchos aspectos. No podía no creer en ello—. Formo parte de una especie en extinción que cree en esas cosas: en el amor y en relaciones que no se miden a corto plazo.

—Eso es bonito.

—Pensaba que intentarías burlarte de mí.

—No, más bien me sorprende.

—Mis padres no podrían ser más diferentes y, sin embargo, se aman. Cuando naces en un entorno así, es imposible contentarte con menos.

—¿Y si no encuentras a ese «él»?

—No me va mal sola.

—¿Nunca has estado en una relación?

—Yo no he dicho eso.

—No funcionó, entonces.

—Era apenas una adolescente y lo que él quería era incompatible con lo que quería yo.

—Las cosas se ven con una perspectiva diferente cuando nos hacemos mayores.

—¿Qué hay de ti? —Sonrió, pero parecía triste.

—Es complicado.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Supongo que también estoy esperando eso.

—¿Sabes que somos dos ovejas negras en un mundo que juega en tonos *colirinchi*?

—Dudo que ninguno de los dos seamos unos santos. Sabemos cómo disfrutar nuestra independencia.

—Cierto. —Alcé mi jarra de cerveza, parcialmente vacía, hacia él—. Brindemos por eso.

Estaba acabando de comer cuando el teléfono empezó a vibrar en mi bolsillo. Lo saqué y vi el nombre de Ona en la pantalla.

—Es mi hermana. —Me levanté de un salto y me alejé de la barra para tener un poco de intimidad—. Aquí yo.

—*Me dijiste que me llamarías anoche* —me recriminó a modo de saludo.

—Lo importante es que siga viva, ¿no?

—*¿Te has vuelto a meter en problemas?* —me preguntó aquello sin sonar demasiado preocupada.

—No de ese tipo, esta vez.

—*¿Entonces?*

—Uno de los forestales de aquí, que es un gilipollas. —Se quedó en silencio, como si intentara leer entre líneas. Escuché que reía por lo bajo.

—*Te gusta.*

—Sabes que son mi debilidad —cedí, en un impulso de contarle a alguien lo que había pasado con Derek—. Me he acostado con él.

—*Ahora entiendo que no encontraras el momento de llamar a tu padre y a tu querida hermana* —se burló—. *Llevas apenas unos días, no has perdido el tiempo, enana.*

—Es de esos tíos que se veía venir que valía la pena.

—*¿Así de bien?*

—Créeme que sí.

—*¿Y dices que tiene un amigo?* —Escuché que se reía al otro lado de la línea—. *¿Hermanos macizorros? ¿Algún primo?*

—Alguno hay —afirmé tras mirar de reojo a Daniel, que estaba de espaldas, limpiando vasos en el fregadero—. Si te puedes escaquear, igual me vendría bien tenerte cerca este fin de semana.

—*Me gustaría, pero no te prometo nada. Tendría que hablar con el tío Lucas, porque les había dicho que me ocuparía de las urgencias este fin de semana.*

—Perfecto, si es así, me lo tomaré como un sí.

—*Eso es porque eres una nenita mimada y consentida por todos.*

—¡Mira quién fue a hablar! —Ona se rio con ganas. Me gustó escucharla y fui consciente de que hacía demasiado tiempo que no pasaba por Dóen. Más de un mes en que no había estado en mi casa,

con mi familia.

—*Te echo de menos.* —Supongo que no era la única que había llegado a esa conclusión.

—Y yo a ti.

—*Mathew ha preguntado por ti.* —Sabía que ella no lo hacía para fastidiarme, pero sentía cierta debilidad por su compañero de clase y pocas cosas le harían más feliz que vernos juntos. Otra vez.

—Qué ilusión…

—*Nolan le ha dicho que, si no te deja en paz, le cortará las pelotas.* —Ahí fui yo quien se rio. Con ganas. Mi mejor amigo era de la edad de Ona y Mathew, pero tenía ese punto de matón, incluso sin pretenderlo, que hacía que todos le tuvieran un respeto casi reverencial en mi antiguo pueblo. Mathew y él habían tenido alguna que otra bronca cuando empezamos a salir porque sentía celos por la relación que manteníamos Nolan y yo, y luego, cuando le dejé, las cosas empeoraron. De ahí que decidiera largarme de Dóen y empezar con los forestales tras opositar por mi cuenta.

—Dime que no ha acabado como el rosario de la aurora.

—*No, la verdad es que podía haber sido mucho peor*. —Lo que implicaba que nadie había acabado con un labio partido y cubierto de puntos.

—Me alegro, entonces.

—*¿Quieres que les diga algo?*

—Hablé con Nolan hace un par de días y a Mathew… dile que estoy bien. —Al menos se merecía eso, ¿no?

—*¿Le cuento que te has tirado a uno de los forestales?*

—Esa parte podrías omitirla —le dije entre dientes.

—*No es que él haya sido un santo estos años, pero no voy a mentirte: sigue igual de obsesionado contigo como el día en que se dio cuenta de que te salieron tetas y no eras solo una mocosa que siempre nos intentaba seguir a todos lados.*

—¡Genial!, será que no ha llovido…

—*Que le evites no ayuda.*

—Que intentara joderme la vida, tampoco.

—*Ya le conoces…*

—Estoy por tirarme a Nolan solo para que me deje en paz de una vez por todas.

—*No creo que se quejara de que le utilices* —se burló mi hermana y puse los ojos en blanco—. *Finge que estás con alguien. El forestal buenorro ese, por ejemplo.*

—Paso de que acabe husmeando por aquí.

—*Espero que tu forestal esté cachas, en ese caso.*

—Lo está —admití, recreándome en la imagen de su cuerpo desnudo. Me mordí el labio inferior—. Pero no es nada serio, así que

mejor vamos a dejarle tranquilo y tú intenta no promulgarlo a los cuatro vientos.

—*Esa sería otra opción, pero mucho menos divertida.*

—¡Mira que te gusta el drama…! —mascullé, molesta—. Eres igual que mamá.

—*Me lo tomaré como un halago.*

—Por una vez, no pretendía serlo. —Sonreí.

—*Algún día tendrás que hablar con él, y lo sabes.*

—Odio cuando te pones de su parte.

—*Claro, claro… Será que no te he cubierto el culo infinidad de veces* —me recordó ella.

Sabía que estaba preocupada. Hasta que yo no solucionara mi historia con Mathew, mi lugar en Dóen estaba un poco en tierra de nadie y había pasado tiempo suficiente como para que aquello se nos hubiera enquistado a todos. Diez años, nada más y nada menos.

El problema con Mathew era que a veces le detestaba, pero, cuando la debilidad me podía, era a él a quien acababa acudiendo de nuevo. Ona tenía razón en que yo tenía parte de la culpa, pero es que mi ex era tan gilipollas como deseable.

Para cuando todo me explotó en la cara, llevábamos saliendo más de un año. Lamentablemente, recuerdo aquella época como la más feliz de mi vida. Empezamos a salir cuando yo tenía quince años y, aunque Mathew me sacaba cinco, siempre intentó adaptarse a mi ritmo y no a lo que a él le gustaría compartir conmigo.

Siempre existió cierta rivalidad entre él y Nolan, y sabía que mi mejor amigo le había amenazado un número indefinido de veces con que se las vería con él si me la jugaba y me hacía daño, pero Mathew nunca tuvo intención de hacerlo, así que, a su manera, estaban bien. Fue después, cuando decidí acabar con esa relación y me vi incapaz de superarla si él andaba cerca, cuando decidí opositar para forestal y me largué de Dóen para rehacer mi vida.

Nolan le culpó de que me hubiera marchado y de ahí que la relación entre ellos hubiera empeorado. Intenté mediar a favor de Mathew, porque fui yo la que se asustó hasta el punto de plantarlo todo, pero Nolan no atendía a razones, incluso si mi ex no hizo más que exponer todo lo que tenía planeado para nuestro futuro: una casa, una vida apacible en el pueblo que me había visto crecer, con las mismas personas de siempre, y un buen número de hijos. Me acojoné.

A mi favor diré que acababa de cumplir los dieciséis y me abrumó que él lo tuviera todo tan claro cuando yo solo ansiaba dar un paso más y acostarnos juntos. De hecho, fue cuando le dije que quería hacer el amor con él cuando me soltó aquel discurso sobre casarnos cuando cumpliera los dieciocho y poder así formalizar nuestra relación, seguido de todo el resto. La diferencia entre nuestras dos

realidades y cómo percibíamos aquella relación me pudo.

—Lo haré, algún día.

—*¿Esperas a que él desista y siente la cabeza?*

—Podría ser.

—*¿Y si eres tú la que decide sentarla?*

—Ya sabes lo que pienso al respecto.

—*Ya no tienes dieciséis años. Igual podrías darle otra oportunidad.*

—A estas alturas, creo que me odia.

—*Nada que no pueda solucionarse con un polvo de reconciliación.*

—Y una soga atada al cuello.

—*Eres una chunga.*

—Y por eso me quieres.

—*Eso sí.*

—Tengo que colgarte.

—*Pórtate bien, enana.*

—Hasta pronto, zorra.



NO VOLVIÓ en todo el día a la base. Que no es que Pardines fuera tan grande como para que se escondiera de mí eternamente; y estaba dispuesto a que mi camino y el suyo se cruzaran durante el fin de semana, porque me sentía inquieto y un tanto rabioso porque ella estuviera intentando esquivarme cuando lo que yo quería era volver a enterrarme en su cuerpo.

Fingí cierta indiferencia respecto a lo que había pasado entre nosotros con mi beta, pero Silas no era tan estúpido como para no notar que me pasé el día oteando el aire, esperando que ella volviera y consolándome con el olor que desprendía aquel sofá desgastado en el que habíamos estado retozando.

Aguanté estoicamente sus bromas a primera hora, pero pronto se volvieron cansinas y le marqué con un gruñido que lo que había pasado con Maya era un tema que no quería que volviera a sacar sin que le autorizara a hacerlo.

Por una vez, envié a Silas a hacer lo que se le ocurriera, fuera de la base, y me quedé allí, a solas, esperando a que ella volviera. Con mi beta cerca no podría intentar hablar con ella.

Quería conocerla, descubrir un poco más sobre su vida, antes de volver a seducirla y acostarme, de nuevo, enredado entre sus piernas, aquella noche. No saber si conseguiría o no mi objetivo me irritaba, pero que no hubiera vuelto me creaba ansiedad.

Abandoné la base convertido en lobo. Me escondí entre los matorrales y me quedé allí, agazapado, esperando a que volviera. Lo hizo con la puesta de sol, varias horas después del que se suponía que era nuestro horario. Estaba claro que quería evitarme y eso me molestaba.

Podía entender que se sintiera incómoda después de lo que habíamos compartido, a fin y al cabo, se suponía que era algo así como mi jefa y la había sometido a mis embestidas con la necesidad de saciar el apetito voraz que el lobo sentía por ella. ¿Quizá debería haber sido un poco más comedido? No parecía disgustada mientras la tomaba y el placer teñía su mirada, una vez detrás de otra.

¿Se sentía cohibida por el desenfreno que habíamos compartido?

No quería que dejara de ser fuego en estado puro, que agachara la

mirada en vez de enfrentarme con esa fuerza que latía en su interior, que dejara de ser ella.

La presencia de un lobo acercándose hizo que me tensara. Lo último que me faltaba era que uno de los viejos me encontrara en ese estado de agitación. Reconocí quién era por el patrón de su mente, antes incluso de percibir su rastro. Daniel. Eso solo podía significar que Silas se había quedado en la taberna y que enviaba a un mediador. Al mayor de mis betas se le daba bien eso.

Cuando llegó se colocó a mi lado, rozando mi lomo con el suyo, para demostrarme su proximidad y su apoyo. Lo que él era para mí. Lo que siempre había sido. Incluso cuando había perdido a mis padres.

—*Hueles a ella* —gruñí, sin poder evitar sentir un ramalazo de rabia y celos. Era una hembra libre y eso me enojaba.

—*Se pasó por la taberna a comer.*

—*No sueles abrir a mediodía.* —Me giré para enfrentarle, sus ojos azules eran neutros, indiferentes.

—*Las rejas no estaban bajadas y dudo que ella sepa cuáles son mis horarios.* —Su respuesta sonó en mi cabeza y aunque me molestaba haber estado allí todo el día, esperándola, mientras mi beta gozaba de su compañía, no podía culparle por ello, igual que no podía exigirle a ella que volviera a mi encuentro—. *Me pareció feo echar de patitas a la calle a tu chica.*

—*No es mía.*

—*Huele a ti, a estas horas eso es la comidilla de la manada. Elias se ha pasado y no quieres oír lo que ha llegado a soltarme.*

—*Puedo follarme a quien quiera.*

—*Nadie puede negarte eso y sospecho que habéis pasado una noche bastante movidita: tenía un hambre voraz.* —Ronroneé por lo bajo, porque de eso, en concreto, me enorgullecía un poco. Nos quedamos así, uno al lado del otro, en silencio. Me estiré en la mullida cama de hojas y Daniel hizo lo propio, a mi lado.

—*¿Llevas todo el día aquí?*

—*No me había planteado que después de lo de anoche me fuera a evitar.*

—*Tal vez la abrumaste. No es una loba.*

—*No, no lo es* —admití, muy a mi pesar.

—*Me sorprende que sigas aquí.*

—*Dime algo que no sepa.*

—*¿No has tenido suficiente de ella?*

—*Sí. Y no.*

—*Eso no tiene mucho sentido.* —Le gruñí, a modo de respuesta—. *Puedo entender que no te saciara, pero lo que no puedo entender es que sigas aquí. Me hace pensar que te gustaría volver a cruzar ese portal si ella estuviera dispuesta a repetir lo de anoche.*

Me levanté y gruñí por lo bajo, empezando a dar vueltas alrededor del lugar en el que estábamos. Daniel se limitó a observarme, estirado sobre su vientre.

—*¿No vas a negarlo?* —me cuestionó.

—*¿Para qué mentirte?*

—*¿Quieres acostarte con ella otra vez?* —Creo que ni siquiera él tenía del todo claro qué significaba eso. Jamás me había comportado así.

¿Cuánto tiempo tardaría Daniel en llegar a la única conclusión posible? Gruñí mientras volvía a su lado, para estirarme junto a él. Me dejé caer, sintiéndome confundido e irritado y decidí ponérselo fácil.

—*El resto de mi vida. Quiero acostarme con ella el resto de mi vida. Estuve a punto de reclamarla como mi pareja.*

El lobo de Daniel convulsionó a mi lado. Creo que tardó su tiempo en recuperar el control de su cuerpo tras el impacto que supusieron mis palabras.

—*¡Joder, Derek, es humana!*

—*Lo sé* —mascullé, sintiéndome como si solo fuera una mierda.

—*Es posible que tu lobo esté despertando y quiera emparejarse* —murmuró mi beta, teorizando sobre la marcha y añadió levantando la mirada para fijarla en mis ojos—: *Tú también lo piensas, ¿verdad? Por eso le has dicho a Silas que avise a las otras manadas para ver qué lobas están disponibles.*

—*Quiero pensar que es eso* —admití, porque la otra opción era patética—. *Anoche podría haber cometido el mayor error de mi vida.*

—*Ni siquiera sabemos si eso es posible, siendo ella humana, pero no importa: no lo hiciste. Tu lobo es libre, no está atado a ella.* —Volví a levantarme y continué dando círculos. Daniel tuvo la paciencia de esperar a que fuera capaz de hablar con él.

—*El problema es que me gustaría haberlo hecho, Daniel. Quema. No puedes imaginarte la de veces que me he planteado entrar en la base, volver a enredarme con ella y dejar simplemente que pase.*

—*¿Y después?* —Me miró. Gruñí—. *La manada jamás la aceptaría. Lo que tú eres… ¿cómo pretendes pasar el resto de tu vida junto a alguien a quien deberás mentir cada mísero día de tu existencia? Jamás serías feliz con una humana, Derek, seamos realistas.*

—*Lo sé.*

—*El alfa está despertando en ti; los ancianos dijeron que llegaría un momento que sentirías la necesidad de emparejarte, de tener cachorros que pudieran liderar la manada* —argumentó mi beta—. *Ella ha coincidido en espacio y tiempo, pero cuando encuentres a la loba apropiada el interés que sientes por Maya pasará a ser algo pasajero, por mucho que ahora sientas que te atormenta.*

—*¿Y si te equivocas?* —le pregunté, con el corazón cerrado en un puño.

—*Es humana. No puedes vincularte a ella.* —Gruñí y el pelaje de Daniel se erizó. Era humana, sí. Nadie en la manada podía emparejarse a uno de ellos y, menos aún, alguien como yo, del que se esperaban tantas cosas y del que dependía el futuro de todos. ¡Joder! Daniel esperó a que el cabreo se me pasara; no era bueno tentar a un alfa en un subidón—. *Será mejor que te mantengas lejos de ella hasta que lleguen las lobas, lo sabes, ¿verdad?*

—*Estoy aquí, no dentro, reclamándola*. —Daniel asintió.

Nos quedamos en silencio.

Para cuando volví a su lado, el calor de su cuerpo me reconfortó. Mi familia. Mi manada. Lo que yo era. No podía cometer un desliz como aquel. Marcarla. Reclamarla como mía. Vincular a mi lobo a una hembra que jamás entendería lo que yo era. Alguien que no podría corresponderme, marcándome también como suyo.

Junto a ella siempre estaría incompleto.

Lo sabía, pero después de poseer su cuerpo, no podía negar el deseo irracional de poseer su esencia. Si fuera una loba… sería mía. Y yo suyo. Me traería sin cuidado quiénes fueran sus ascendentes, si eran omegas o acaso alfas. Nadie podría interferir en mi decisión. Pero era humana. No podía permitirme amarla. Incluso si algo dentro de mí había despertado y parecía dispuesto a hacer justamente eso.

—*Ahora entiendo por qué tu olor en ella era tan fuerte. Nunca antes habías dejado un rastro tan evidente tras acostarte con una hembra.*

—*No debería gustarme que todos lo sepan, ¿verdad?* —le susurré mentalmente, molesto por esa sensación de orgullo y placer de que todos supieran que nos habíamos acostado juntos y que serviría para ahuyentar a otros machos a acercarse a la que, en esos momentos, era mi amante. Incluso si internamente deseaba que fuera mucho más que solo eso.

—*A estas alturas toda la manada sabe que te acostaste con ella, no dudes que alguno de los viejos aparecerá en algún momento para darte su opinión al respecto.*

—*Mientras no sepan toda la verdad, no tienen nada en mi contra. No he quebrado ninguna de nuestras leyes.*

—*No lo sabrán* —me prometió Daniel—. *Eres un alfa. Nadie puede tenerte en cuenta que seas dominante y posesivo con una hembra. Silas lleva años acostándose con humanas, después de todo.*

—*Pero yo no.* —Dejé que mi mirada buscara la ventana detrás de la cual estaba el sofá en el que sospechaba que Maya estaba durmiendo—. *Lo que hará que los viejos la tengan, aún más, en su punto de mira.*

—*Eso nunca es bueno.*

—*Si se acercan a ella, si la tocan…*

—*No lo harán* —aseguró Daniel. Me estudió—. *Creo que has de saber*

que hay *alguien en su vida.* —Me tensé y me giré para contemplarle temblando ligeramente, incapaz de contener la necesidad de eliminar esa posible amenaza—. *Escuché que hablaba con alguien, creo que era su hermana.* —Asentí con intención de que continuara—. *Un tal Mathew. Creo que tuvieron algo y no sé bien bien qué pasó, pero él aún la tiene en el punto de mira.*

—*¿Por qué me cuentas eso? ¿Quieres que descargue mi ira y frustración en él?* —le cuestioné, sintiendo la tentación de hacer justamente eso. Daniel negó con la cabeza.

—*Ella puede tener una buena vida. Lejos de aquí. De lo que somos.*

—*¿Y si ese tipo es un capullo?*

—*Al menos es como ella.* —Gruñí, porque era difícil argumentar contra eso—. *¿Y si nos vamos a correr un rato?*

Acepté su proposición a regañadientes. El deseo que me quemaba por dentro no se atenuó por mucho que nos alejamos de la cabaña y la fatiga tardó más tiempo del habitual en hacer mella en mí. Nos replegamos a la madrugada. Si Daniel no hubiera estado a mi lado, me hubiera podido la necesidad de ella y mis pasos me hubieran conducido, de nuevo, a la base en la que sabía que la encontraría. Sin embargo, su presencia me hizo mantener la cordura que, a solas, me faltaba. Fuimos a su casa y tras una ducha me obligué a acostarme. Nunca me había sentido tan vacío y necesitado. ¡Era tan diferente a lo que había vivido la noche anterior!

Me estremecí al pensar qué podría haber pasado si no hubiera sido capaz de desviar aquel mordisco cuando mi cuerpo se lanzó contra su cuello para formalizar lo que era, para un lobo, un enlace que mantendría el resto de su vida. Si lo hubiera hecho… Desconocía cuáles serían las consecuencias. Cómo gestionaría aquello o cómo afectaría a la manada. La única cosa que sabía era que en esos momentos yo sería suyo y ese pensamiento me excitaba y emocionaba en partes iguales.

¡Joder!

Ni siquiera tenía intención de quedarse más allá de unos días. Ni qué decir de cuál era el motivo por el que había acudido a mi territorio. Lo nuestro era un imposible. Pero nunca había deseado algo con tanto ahínco.

No conseguí dormir; me limité a dar vueltas en la cama pensando en ella. Mi miembro se hinchó cuando recordé su cuerpo desnudo y la pasión que habíamos compartido. Me alivié en la ducha, recreándome en los recuerdos de su boca rodeando mi miembro. Me enojaba necesitar que fuera ella mi amante, incluso en mis pensamientos; intenté alejarla de mi mente y desahogarme mientras evocaba recuerdos de alguna otra de las amantes que había tomado antes, pero, aunque me forcé a hacerlo, sus rostros cambiaban y volvían a ser

los ojos negros de Maya los que me miraban desafiantes mientras su boca se deslizaba sobre mi gruesa envergadura con un apetito voraz, despertando también el mío.

Sabía que mis betas eran perfectamente conscientes del motivo por el que me había demorado en la ducha, pero ninguno dijo nada al respecto. Debería acostarme con alguna de las lobas en cuanto llegaran. Si no para vincularme a ellas, en un primer encuentro, al menos para tener la certeza de que podía volver a disfrutar del sexo con alguien sin que sus recuerdos interfirieran.

—Podríamos ir a pescar —propuso Silas con un tono conciliador. Supuse que Daniel y él habían estado hablando; y aunque sabía que mi beta callaría la mayor parte de las confesiones que con él había compartido, sí le habría advertido que era importante tenerme entretenido hasta que llegaran las lobas, no fuera que acabara cometiendo una estupidez.

Una como ir al encuentro de Maya.

No tenía claro que volviera a aceptarme como amante después de darme esquinazo el día anterior, y tampoco era tan mezquino como para intentar someterla con la intención de colmar el deseo físico que sentía por ella y calmar la ansiedad que me quemaba por dentro. Además, si volvía a acostarme con ella, ¿sería capaz de contener el deseo del lobo y limitarme a gozar de su cuerpo? Ese que deseaba reclamar como mío…

—Está bien. —Tardé mi tiempo en responder porque estaba perdido en mis propios pensamientos; no me pasó desapercibido que mis betas estaban en silencio, esperando mi respuesta.

—¡Perfecto! —Silas intentó sonar animoso, aunque la mirada que le lanzó a su hermano no tenía esas vibraciones. Escuché el ruido de las patas de un lobo subiendo por la escalera. Estuve tentado de largarme de allí y que Silas y Daniel se ocuparan de lo que fuera que necesitaba, pero aún no había acabado de desayunar.

Ailor entró jadeando. Me miró de reojo con expresión preocupada, agachando las orejas, antes de transformarse. Era un buen omega, pero la influencia del tocapelotas de su padre, uno de los viejos, hacía que no disfrutara especialmente con su compañía.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Silas. La respiración de Ailor era agitada mientras se incorporaba, sin importarle estar desnudo frente a tres hombres.

—Hay un lobo —murmuró Ailor—. Ha cruzado el perímetro de la manada.

—¿Hembra? —cuestionó Silas y él asintió. Me miró con una expresión triunfante en el rostro, como si todos nuestros problemas hubieran sido resueltos—: Será alguna de tus pretendientas.

—Yo… no lo creo —negó el lobo.

—¿Y eso? —Se tensó al escucharme.

—Se ha escabullido entre nuestras patrullas. No quería ser interceptada.

—Eso no puede ser bueno —murmuró Daniel.

—¿Hacia dónde ha ido?

—El problema es que… —Mi omega se estremeció al ver que fruncía el ceño y se apresuró a contestarme—: La forestal está en el bosque.

—Maya. —Gruñí mientras me levantaba. Di un paso hacia el hombre—. ¡Habla!

—Creemos que iba a su encuentro…

—De caza —murmuró Silas, acabando su frase.

Empecé a convulsionar. Ignoré los jirones de ropa que cayeron a mi alrededor mientras me lanzaba a la carrera al exterior. Escuchaba voces, pero se me antojaron lejanas. No tardé en oír el rumor de los murmullos de Daniel y Silas, intentando llegar a mí ya como lobos. No los escuché. En mi cabeza solo estaba la imagen de Maya y un ruido sordo, pulsátil, como si oyera las propias pulsaciones de mi corazón, ese que tal vez sangraría si lo hacía también el de esa humana. No era mi pareja vinculada, no debería sentirlo así, pero lo hacía. Ignoré el rumor de la manada para centrarme en mi carrera. Me adentré en el bosque a una velocidad que difícilmente un lobo, uno que no fuera un alfa, podría igualar.

Cada minuto, cada segundo, podía marcar la diferencia. Gruñí y me obligué a seguir avanzando, corriendo, pese a que los músculos me dolían por el esfuerzo titánico al que los estaba sometiendo. Encontré el todoterreno de Maya aparcado en el lateral de un camino forestal, cerca del sendero que habíamos recorrido juntos. Conseguiría interceptarlo en menos de una hora si conseguía mantener ese ritmo. Intuí que su intención era seguir con sus pesquisas sobre el chico y que ese era el motivo de que estuviera en el bosque, en esa zona, un sábado por la mañana. ¡Joder! ¡Era condenadamente terca!

Encontré sus rastros. El de la loba y también el de Maya. Empecé a acortar la distancia que me separaba de ellas. Me sorprendió la velocidad con la que Maya corría por el bosque, saltando entre las piedras, consciente, seguramente, de que no podía dejar de hacerlo o la loba que la seguía de cerca acabaría precipitándose sobre su cuerpo. Agradecí a los cielos que hubiera podido escapar de mi igual durante el tiempo suficiente como para que intercediera y le salvara la vida. Eso era lo único que importaba en esos momentos.

Me lancé contra la loba. No era que esperara cogerla de improviso, así que no me sorprendió que se girara en el último momento para enfrentarme. La golpeé con violencia con mi cuerpo, para desestabilizarla. Sus colmillos buscaron mi cuerpo, pero conseguí

esquivarla y arremetí, tras fintarla, consiguiendo encajar mi mandíbula en su cuello.

Escuché dos golpes, sordos, y un dolor lacerante me sobrevino, obligándome a liberar a mi presa de mi agarre. Gruñí, furioso, mientras algo me quemaba. Me giré para enfrentar a la loba y el corazón dejó de latirme al ver que se acercaba a Maya. Fue entonces cuando vi que esta última sostenía una pistola con ambas manos, apuntándome, y me miraba con expresión furiosa. La sangre caía por mi lomo y sentí que una de mis patas traseras tenía pequeños espasmos.

—Nadie se mete con mi hermana, capullo —me soltó, sin dejar de mirarme.

Eso no tenía sentido. No podía tenerlo. Esa posibilidad me impactó más que las dos balas que albergaba mi cuerpo. ¿Maya me había disparado? Para proteger ¿a quién exactamente? La loba no podía ser su hermana. Era una loba. Y ella era humana.

Vi como mi congénere se transformaba en su versión humana. Me estremecí. Maya ni siquiera se había inmutado. La loba me observó y ladeó la cabeza. Aquello no tenía sentido. ¿Tal vez estaba soñando? ¡Menuda mierda de pesadilla!

—Apesta a alfa —sentenció la loba tras apretar los labios y se tapó la boca mientras empezaba a reír, a carcajadas—. Y a ti.

Maya dejó de prestarme atención para centrarse en la loba.

—Vete a la mierda.

—En serio.

—¡No!

—Pues va a ser que sí.

—¡Joder! —Gruñó mientras soltaba varias palabrotas, una detrás de la otra, antes de centrar su atención en mi persona. Ahora ella lo sabía. Lo sabía, ¿no? Le sostuve la mirada, sin importarme el arma que llevaba encima—. ¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora?

—Podrías empezar bajando el arma.

—Aún no tengo claro si no sería mejor matarlo.

—No descargues tu rabia en él.

—Te ha atacado —argumentó ella.

—Creo que pretendía protegerte.

—Y una mierda.

—Igual tú también le gustas. —Sonó a burla, pero me gustó lo que no decía. ¿Significaba eso que Maya le había dicho que yo le gustaba? Me hubiera alegrado si no estuviera hasta cierto punto rabioso por no entender nada. Y por el hecho de que me había clavado dos balas y se había quedado tan pancha. No había pizca alguna de remordimiento en su rostro. Gruñó, pero bajó el arma, le colocó el seguro y la devolvió a su cartuchera.

—Que te den, Ona.

—No se lo tengas en cuenta —me dijo la loba, conteniendo a duras penas la risa—. Está rabiosa porque se ha acostado con un lobo.

—¡No sabía que era un lobo! —protestó Maya y me lanzó una mirada llena de rabia. Incluso si sabía lo que yo era, no es que hubiéramos mejorado mucho respecto a cuando no lo sabía.

—Pues no es uno cualquiera, un alfa, hermanita, puestos a meter la pata, no se puede negar que te gusta hacértelo con uno bien grande.

—A este paso, a quien voy a meterle un par de balas en el culo es a ti.

La loba se volvió a reír antes de dirigirse de nuevo a mí: —Perdona, es que esto es… muy divertido —soltó de golpe—. Mi hermana tiene el *jeep* no muy lejos de aquí, si te ves con ánimos de llegar hasta allí para que no tengamos que cargarte, prometo sacarte las balas.

Ignoré a la loba desnuda y la sensualidad que desprendía para centrar mi mirada en Maya. *Hermana*. Eso no tenía ningún sentido, aunque tampoco era normal que se mostrara tan tranquila dadas las circunstancias. Me sentía ligeramente vulnerable porque ahora ella conocía mi secreto... no solo el mío, por lo visto. Maya arrugó la nariz mientras se sentaba y me estudiaba. Sí, lo haría, pero solo si ella me lo ofrecía.

—Ona es veterinaria, no es la primera vez que hace algo así.

—Las hay de gatillo fácil —se burló de nuevo la loba y no pude evitar gruñirle, una advertencia de que no me gustaba que se metiera con ella. Que debería estar más enojado con Maya que no con la loba, pero el instinto es solo eso. Un instinto.

—*Id al centro de mando de los forestales* —les ordené a Silas y Daniel, sintiendo que estaban aproximándose a nuestra actual ubicación. Que Maya me hubiera disparado era algo un tanto molesto, pero no tenía claro si Silas y Daniel tendrían mi paciencia si decidía recibirlos de la misma forma.

—*¿Estás bien?*

—*¿Qué hay de la loba?*

—*Aún no lo tengo claro, pero no creo que ella sea un peligro real.* —Intenté calmar su nerviosismo.

—*Estás herido.* —Ese era Daniel.

—*Eso ha sido cosa de Maya.*

—*¿Maya?*

—*No lleva armas de fuego de atrezo, pero no me ha dado en ningún órgano vital.*

—*¿Y pretendes volver a la base con ella?*

—*Así es.*

—*Podemos montar partidas de caza y localizar a la loba.*

—*No es necesario. Va a acompañarnos.*

—*Lo que dices no tiene sentido.*

—*Pues créeme que lo que dicen ellas, menos.* —Corté mi conexión con ellos. No podía explicarles algo que ni siquiera yo entendía.



ERA UN PUTO LOBO.

Derek.

Tendría que haberle metido el tiro por el culo, para comenzar.

Cuando llegamos al vehículo, le bajé la trampilla de la parte posterior para que pudiera saltar dentro. Lo hizo con ese porte orgulloso y altivo de los que se creen superiores, y, una vez dentro, me observó con esos ojos azules, cristalinos, mientras yo cerraba la compuerta dando un portazo. Decir que estaba cabreada era quedarse corto.

Mi hermana me recriminó que condujera como una demente, pero ni que fuera la primera vez que hacía algo así. ¡Que le dieran a Derek! Esperaba que acabara golpeándose con alguna de las paredes laterales y le doliera tanto como a mí. Porque sí, también me sentía herida. Lo que había pasado entre nosotros había sido increíble y llevaba pensando en él desde entonces. Para joderme después y que ahora resultara que era un lobo. Un alfa.

Me sentía estafada.

Derrapé cuando llegamos frente al centro de mando de los forestales. Ese en el que habíamos estado follando como dos animales. ¿En qué diablos estaba pensando? Solo podía decir a mi favor que no lo sabía. De él… supongo que era de esos. De los que buscan entretenimientos rápidos con los que sofocar sus ansias. No quería pensar más allá de eso, pero había un excursionista desaparecido, Derek era un lobo y, de momento, no había rastro de su manada.

Me mordí el labio inferior mientras salía del vehículo y daba un portazo, enfadada. Abrí la trampilla para que Derek bajara. Lo hizo aún en su forma lobuna, con un salto condenadamente elegante. Su pelaje gris era hermoso, incluso si estaba teñido en algunas zonas por la sangre que había ido perdiendo. Sabía demasiado de los lobos como para preocuparme más de la cuenta. Sobreviviría, como mi cabreo.

Se colocó frente a mí, la espléndida silueta de un macho joven, más grande de lo que cabría esperar para un lobo. Un alfa, claro. Para mierda, me metía en ella hasta el fondo.

Vi como alzaba el mentón y oteaba el aire antes de transmutarse allí en medio. Supuse que tenía la certeza de que estábamos solos, pero el solo hecho de que se atreviera a mostrarse frente a mí, lo que él era, me enojaba. Apreté los puños, enfadada, mientras sucedía

aquello. Creo que aún anidaba en mi corazón una pequeña esperanza. Algo así como que Ona se hubiera equivocado con su olor, mi rastro mezclándose con el suyo después de lo que habíamos compartido en el sofá que había en el edificio que quedaba a mi espalda.

Pues no.

Derek estaba frente a mí. Sus ojos azules brillaban con fiereza. No tengo claro si en esos momentos deseaba matarme, por el detallito ese de que le había disparado, o por la sorpresa de que su secreto me importaba un comino y me sorprendiera todavía menos.

—Conduces de pena —me soltó, sin dejar de mirarme.

—¡Que te jodan!

—Eso justo…

—¡Cállate! —corté a mi hermana, que había decidido intervenir en nuestra conversación, mientras veía una sonrisa traicionera asomar al rostro de Derek. Los miré a los dos deseando poseer el poder de volatilizarlos.

—¿Necesitas ayuda para caminar? —le preguntó a Derek. Ona se había puesto unos tejanos cortos y una camiseta mía que llevaba de muda dentro del coche, pero Derek estaba en pelota picada, mostrando un cuerpo de infarto que había saboreado a conciencia y que aún me sabía a poco. Me encontré mirándolo, y eso aún me cabreó más.

—Esto escuece un poco —murmuró él.

Sabía que las heridas que recibían cuando estaban en su versión lobuna no las sentían tan vívidas como cuando estaban en su versión humana. La mayoría de mi manada solía mantenerse como lobo cuando estaban heridos para hacer su curación más llevadera. Sí, digo mi manada porque, aunque yo era humana, había crecido entre lobos.

—Maya… —Ona se acercó a Derek y le pasó un brazo por la cintura, como si estuviera dispuesta a ayudarle a caminar hasta llegar a la casa.

—A mí no me mires, que siga siendo un chucho y podrá caminar solo.

—Teniendo en cuenta que le has disparado…

—No pienso disculparme por eso. —Crucé los brazos sobre mi pecho mientras retaba a mi hermana con la mirada.

—No lo hagas, pero ayúdame a cargarlo.

Maldije por lo bajo, pero acabé acercándome a ellos. Derek pasó un brazo por encima de mis hombros y le agarré de la cintura. Que estuviera desnudo no me ayudó a hacer más llevadero el trayecto, pero, con un poco de suerte, ahora que estaba en su versión humana, no podría oler cómo me afectaba su proximidad y su recuerdo.

—Arriba hay una enfermería —le indiqué a Ona. Mi hermana asintió.

Ayudamos a Derek a subir los escalones y cuando llegamos a la habitación, se tendió en la camilla sin protestar. Por la forma en la que nos observaba, no creo que le pasara desapercibida la complicidad que existía entre nosotras o el hecho de que no era la primera vez que Ona sacaba una bala mientras yo la asistía.

—Dale conversación mientras le saco las balas —me pidió mi hermana.

—No me apetece —refunfuñé por lo bajo.

—Teniendo en cuenta que has estado a punto de matarme, me merezco, al menos, una explicación. —La expresión de Derek era acusatoria.

Ona rio por lo bajo mientras le respondía:

—Si mi hermana hubiera querido matarte, créeme que ya estarías muerto.

—Y no serías el primero. —Derek y yo nos sostuvimos la mirada, la tensión entre nosotros se hizo evidente. Nadie dijo nada hasta que se escuchó el ruido de la primera bala golpeando una bandeja de metal. Derek tenía la mandíbula tensa y me pudo un poco la preocupación—. ¿Vas bien?

—No sabría decirte, es la primera vez que me sacan una bala del cuerpo.

—¿En serio? —le cuestionó Ona usando un tono alegre. Derek la miró de reojo y, por su expresión, creo que se planteaba que mi hermana estuviera medio loca. O del todo—. Voy a por la segunda. ¿Puedes contenerlo?

—No voy a moverme.

—Eso lo dices ahora —murmuré a regañadientes mientras colocaba mi pecho sobre él y cogía con mis manos sus muñecas, presionando su cuerpo contra el mío. Escuché que gruñía por lo bajo. Los alfas son capullos a nivel infinito. No lo digo tanto por el tío Lucas, sino por otros alfas con los que había coincidido. Nolan era un caso aparte. Su historia era complicada, y eso le hacía único.

Ona se tomó su tiempo en sacarle la segunda bala. No me dijo nada, pero en cuanto volví a escuchar el repiquetear del metal me separé de Derek. Una de sus manos agarró mi muñeca en un gesto que delataba que la velocidad que poseía no era del todo humana. Lo cierto era que si hubiera querido evitar mi bloqueo, hubiera conseguido hacerlo, pero no había puesto resistencia alguna. Más bien al contrario. Juraría que había notado su nariz rozando mi cabello.

—¿Y esos? —Ona ladeó la cabeza antes de que yo fuera capaz de escucharlos. Derek me liberó de su agarre antes de que Silas y Daniel entraran en la enfermería. Estudié sus rostros. Sus ceños fruncidos, su expresión cauta pero también amenazadora. La manada, al final, sí estaba dando la cara.

—Sus betas, supongo —le dije a mi hermana.

—¿Derek? —Daniel alzó el mentón y supe que estaba analizando aquel olor que no le era conocido. El cabrón tenía que saber que había estado con Derek cuando le había mentido y le había dicho que me la había pasado sola. No tanto porque el alfa hubiera compartido con él ese tipo de información, pero en tema de rastros y olores corporales, los lobos son un portento. Era imposible que no supieran, en esos momentos, que mi hermana era una loba.

—Pues sí tenías razón con eso de que estaban buenos. Deberías haber sospechado que alguno andaba a cuatro patas solo por eso —soltó la muy zorra mostrando una amplia sonrisa—. Voy a darme una ducha. ¿Te ocupas tú del alfa mientras tanto?

—Que se ocupen ellos —me negué, cruzándome de brazos.

—Dudo que tengan tu experiencia.

—Dudo que requiera de atención especializada, solo han sido un par de balas.

—¿Un par de balas? —La mirada de Silas se oscureció.

—No me toques los ovarios o te meto una a ti en todo el rabo. —Los dos betas me estudiaron. Su expresión era fría.

—Maya… —Ona me lanzó una mirada enfadada, de esas que me hacían recordar que seguía siendo mi hermana mayor y yo una niñita consentida.

—No es mi alfa —la reté.

—¿Quieres que llame a Lucas y se lo cuente… todo? —Ahí le gruñí, poniéndome a la altura de los animales que me rodeaban. Ona sonrió, sabiendo que había conseguido salirse victoriosa. Se giró para enfrentar a los dos betas, como si hiciera aquello a diario—. Mi hermana se ocupará de vuestro alfa hasta que se recupere, podréis contar con él mañana o, como muy tarde, pasado. Hasta entonces, lo mejor es que no se mueva demasiado.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Silas, ladeando la cabeza, mientras Daniel se limitaba a estudiarla.

—Ona Anthony —se presentó—. Mi apellido originario es Mason, pero el padre de Maya se casó con mi madre y me adoptó siendo un cachorro.

—Sois realmente hermanas —murmuró Derek, observándonos.

—Por parte de madre, aunque también nos crio el mismo padre —le conté.

—¿Humano? —cuestionó Silas. Asentí.

—Vuestro alfa necesita descansar. Ya habrá tiempo para ponernos al día más adelante, ¿no os parece? —Miró a Derek. Sabía que esos dos no se irían de allí ni que se pusiera a bailar la conga en pelotas: solo lo harían si su alfa les instaba a hacerlo.

—Ocuparos de las patrullas. —Daniel asintió y le colocó la mano en

el hombro a Silas, que no parecía demasiado ilusionado de dejar a su alfa a solas conmigo y mi hermana. Algo que tenía su sentido, porque había estado a punto de matarlo.

—Me voy a dar una ducha —añadió Ona, acompañando a los lobos a la puerta. Me encontré allí, a solas con Derek. Sus ojos buscaron los míos.

Mataría a mi hermana.

Algún día.

Cogí un taburete y lo coloqué en el extremo más alejado de la camilla, recosté la espalda contra la pared mientras le miraba. Esperó a que me instalara para interrogarme:

—¿No vas a darme ninguna explicación más?

—¿Una explicación? Eres tú el que se ha abalanzado contra mi hermana, yo solo me he limitado a defenderla.

—¿En serio me recriminas eso?

—Lo hago. Tiene tus colmillos marcados en el hombro.

—¡Joder, Maya!, no lo saques de contexto —me soltó enfadado—. Un lobo de la manada me ha advertido que una loba se había adentrado en nuestro perímetro y que te seguía los pasos como si hubiera salido de caza. Mi prioridad era salvarte el culo y no, no me he planteado que esa loba fuera una pariente tuya.

Le miré. Había una vehemencia en sus palabras que me hizo sospechar que, durante unos minutos, incluso había temido por mi vida. Ona tenía razón: había venido a socorrerme después de todo. ¿Se sentía obligado a hacerlo porque estaba dentro de su territorio? ¿Por lo que había pasado entre nosotros? Eso me recordó el motivo por el que había ido allí: en muchas ocasiones, ese tipo de incidentes, desapariciones fortuitas en medio del bosque, no eran casuales.

—¿Soléis jugar a cazar humanos?

Me gruñó antes de contestarme.

—¡Vete a la mierda!

—No me has respondido.

—¿En serio me estás preguntando eso?

—Quizá te sigo pareciendo una niñata, pero no tienes ni puta idea de las cosas que he visto. Así que, sí, te lo estoy preguntando: ¿soléis cazar humanos?

—No, no lo hacemos —escupió aquello con un tono amargo—. Igual en tu mente somos bestias infames, más animales que no hombres, pero no somos monstruos.

—Hay de todo, eso puedo asegurártelo. —Nos sostuvimos la mirada y finalmente cedí—: Los descendientes de Hati suelen ser lobos solitarios, pero no sería la primera vez que se establecen en algún pueblo y siembran el caos en sus alrededores.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Violaciones, asesinatos… te aseguro que esos pueblos no son precisamente idílicos para establecerse. Son monstruos.

Se quedó en silencio, observándome.

—¿Es eso lo que piensas de mí?

—Si pensara que eres uno de ellos, ya estarías muerto. Ona no te ha mentido, nunca he errado un tiro. Solo quería abatirte para darte una oportunidad de justificarte, antes incluso de saber que eras tú.

—Que fuera yo… ¿marca alguna diferencia?

—Me jode que seas un lobo.

—¿Por qué?

—Me prometí a mí misma que jamás me acostaría con un lobo.

Derek se quedó en silencio, mirándome. Sus ojos se volvieron un tono más oscuro y sentí que entre nosotros fluía una atracción tan malsana como antinatural. Me quedé en el lugar en el que estaba, los brazos cruzados sobre mi pecho, ignorando lo que despertaba en mi interior y decidiendo que prefería odiarle. Me haría la vida mucho más fácil.

—Vives entre lobos.

—Sí.

—¿Me tienes miedo?

—Teniendo en cuenta que tengo un arma cargada, el que debería tener miedo aquí eres tú.

Derek rio por lo bajo, sin dejar de mirarme. Tardó un tiempo en volver a iniciar la conversación, como si reflexionara sobre todo lo que habíamos hablado.

—¿Quién es Hati?

—¿No conoces la leyenda?

—No te lo estaría preguntando, en caso contrario.

—Es ridículo que sea yo quien tenga que contártelo.

—Un poco, sí, pero déjame decirte que es probable que no me crea ni una palabra de lo que me digas.

—Demostraría que, además de capullo, eres estúpido.

—¿Sabes que, por menos, un alfa puede enojarse?

—¿Sabes que, en realidad, me importa una mierda?

—Háblame de la manada de tu hermana.

—Mi manada.

—No eres un lobo.

—La verdad, no sé por qué pierdo el tiempo hablando contigo.

—Eres una humana que se ha criado entre lobos, entiende que me pique la curiosidad. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, creo que nos vendría bien sincerarnos. —Me tomé mi tiempo, porque no tenía claro si se refería al revolcón o al hecho de que le había disparado. Tragué saliva, porque pese a la distancia, la presencia de Derek, no me dejaba indiferente.

Ona había tenido el decoro de colocarle una sábana encima, después de sacarle el segundo proyectil, pero tenía el pecho descubierto. Ese que había acariciado con mis manos y saboreado con mi lengua… Mejor seguir hablando que no dejar que mis ojos vagaran por su cuerpo desnudo y recordara lo que era sentir su calidez contra el mío.

—Hati y Sköll eran dos lobos que descendían de Loki según la mitología nórdica —comencé antes de que mi olor cambiara y él pudiera percibirlo—. Del primero se dice que adoraba a la luna y que era un ser violento y despiadado, mientras que el segundo apreciaba la luz del sol y su carácter era más benevolente. Ambos acabaron poblando la Tierra y se cruzaron con otros lobos, creando los lobos fenrir.

—Nunca había oído hablar de ellos.

—¿En serio? —Derek negó con la cabeza, parecía atento a mis palabras, pero si luego se las pasaría por el forro, no sabría decir. En cualquier caso, yo sabía que aquella historia no era una vieja leyenda descolorida—. De acuerdo, ¿por dónde iba? Los lobos fenrir, los descendientes de Hati y Sköll, poseían capacidades mágicas, pero supongo que el bosque al final se les quedaba pequeño y, a medida que pasaron los siglos, muchos de ellos acabaron buscando el contacto con el ser humano y, en algunos casos, acabaron vinculándose a ellos y convirtiéndose en un único ser. Ese es el inicio de cada uno de los linajes de los que son… como tú.

—Suena más a mito que a leyenda.

—Lo dice el que puede dar vueltas sobre sí mismo persiguiéndose la cola. —Alcé una ceja y la comisura de los labios de Derek se inclinó.

—Eres alguien sorprendente.

—Si te sirve de consuelo, a mí por poco me da un síncope cuando Ona me ha dicho quién era el lobo.

—Que no me tengas miedo me gusta, pero que no respetes mi autoridad, no tanto.

—Alfa tenías que ser. —Puse los ojos en blanco—. Descansa. Ona puede ser un coñazo y cuanto antes te recuperes, antes podrás ir a jugar con tus lobitos.

—Podrías fingir que no te molesta que esté aquí.

—A mí plim dónde estés.

—¿Y si me apetece estar en el sofá de abajo, contigo?

—No diré que no estuvo bien, pero no me acuesto con lobos.

—¿Y eso?

—Soy una mujer con principios.

—Unos un tanto peculiares —opinó estudiándome—. ¿Puedo preguntarte otra cosa?

—¿Un alfa pidiendo permiso? —Me lanzó una mirada enojada y le

sonreí. ¡Era tan fácil irritarle ahora que sabía dónde más le dolía! Asentí—. Suelta.

—Daniel te escuchó hablar de un tal Mathew. —Arrugué la nariz e hice un mohín—. ¿Es un lobo?

—¡Bingo!

—¿Qué pasó con él? —Parecía tenso.

—Estuvimos saliendo algo así como un año. —Derek frunció el ceño y vi como la tensión se acumulaba en su rostro. Si no quería que le respondiera, que no hubiera preguntado—. Las cosas no acabaron bien.

—¿Y qué ha sido de él?

—Sigue en Dóen, donde lo planté. Hemos tenido nuestros más y nuestros menos durante estos años.

—¿En qué sentido?

—Le partió la cara a un tipo que llevé a casa de mis padres con el que llevaba saliendo medio año y nos enrollamos un fin de año que estaba medio borracha, aunque un buen amigo intervino antes de que la cosa se fuera de madre, afortunadamente. —No creo que Derek necesitara que le diera tantos detalles, pero una vez empezaba a hablar se me hacía difícil parar—. Ese tipo de cosas.

—Ya veo. —Se quedó en silencio antes de fijar su mirada en la mía y añadir—: ¿Te acostaste con él? ¿Es por eso por lo que no quieres hacerlo de nuevo conmigo?

—No, no me acosté con él —le contesté enojada—. Y que te quede claro que, aunque estés bueno y tengas un toque de capullo arrogante que, tal vez, y solo tal vez, me pone, no significa que vaya a volver a bajarme las bragas sin más.

—Estoy dispuesto a bajártelas yo —ronroneó desde la camilla con mirada audaz. Me arrancó una sonrisa, no puedo negarlo.

—Sigue soñando.

—Quiero volver a tenerte desnuda entre mis brazos.

—Ni de coña.

—No soy de pedir las cosas dos veces, Maya, ¿estás segura de que quieres rechazarme?

—Pues va a ser que sí: eso es justamente lo que estoy haciendo.

—Si fueras una loba…

—¿Me someterías? ¿Crees que caería rendida bajo la mirada del apuesto macho alfa? —Gruñó, enojado, porque creo que sabía que estaba en lo cierto. Sería raro que una loba despreciara las atenciones de alguien con su estatus. Imposible, no, pero improbable, sí, era un hecho—. Es una suerte, entonces, que no sea tu omega sumisa, alfa. Lo siento, Derek, pero no eres nada para mí. Fue un buen polvo. Fin.

—Eres una humana insignificante, un entretenimiento temporal mientras elijo la que será mi pareja para el resto de mi vida, pero, ya

ves, no me hubiera importado tenerte gimiendo entre mis brazos de nuevo como una omega. Las humanas, a los lobos, no nos aguantáis el ritmo. —Su mirada se oscureció y lanzó aquellas afirmaciones como si fueran veneno puro. ¡Hijo de puta!

—Perfecto, tomaré eso como que estamos bien. —Me gruñó al escuchar mi tono indiferente y, tras hacerlo, desvió la cabeza y cerró los ojos. Miré el perfil de su rostro, las angulaciones masculinas que le definían. Era atractivo y sensual. Lo que era esperable para alguien con su estatus. Un alfa.

La loba que lo cazara sería afortunada.

Incluso si era un capullo, sus habilidades en la cama compensaban el resto.



ME DESPERTÉ a media mañana. Sentí una tirantez y abrí los ojos de forma brusca, recordando todo lo que había pasado y dónde estaba.

Vi a la loba jugueteando con un bolígrafo. Vestía ropa de Maya y eso había hecho que diera por sentado que ella sería la primera persona que vería al despertar. Admito que me había decepcionado encontrar a su hermana con un montón de papeles impresos encima de las piernas. Busqué el rastro de su hermana y, aunque era reciente, supe que ya no estaba en el edificio.

—¿Y Maya?

—Un «buenos días» hubiera sido más apropiado. Es domingo, por si te interesa. —Ignoré su tono y me incorporé tras anudar la sábana alrededor de mi cintura. Las heridas estaban prácticamente cerradas y apenas sentía la piel tensa en la zona de los impactos, pero me molestó la mirada inquisitiva que me lanzó la loba—. Has curado más rápido de lo que me pensaba. Cosas de alfas, supongo.

Se levantó y me lanzó una bolsa deportiva. La abrí y vi que, entre varias piezas de mi ropa, estaba mi teléfono y un neceser.

—Ha venido uno de tus betas esta mañana —me informó—. Me pidió que te dijera que había llegado una de las lobas.

Gruñí, a modo de respuesta.

—Me parece muy interesante todo lo que me ha estado contando… —Ahí consiguió captar mi atención.

—¿De qué estamos hablando exactamente? —Sonrió, como si se supiera victoriosa.

Me fijé en ella por primera vez, incluso si la había tenido desnuda frente a mí, apenas había reparado en la loba porque toda mi atención había estado centrada en Maya y en cómo le traía sin cuidado enfrentarse a alguien de mi naturaleza.

Sus rasgos tenían un algo que me recordaban a los de Maya y era una loba. Sería la candidata perfecta, pero no me atraía lo más mínimo. Una idea un tanto descabellada me había asaltado anoche, tras las revelaciones sobre la familia de Maya: ¿quizá mi lobo la había elegido realmente a ella?

Incluso si era humana, su madre tenía que ser una loba, teniendo en cuenta quién era su hermana. Sangre de lobo tenía que correr por

sus venas. Esa justificación no bastaría para satisfacer a la manada, pero había hecho que me replanteara muchas cosas. La posibilidad de que no fuera producto del azar, como Silas y Daniel habían sugerido, sino que fuera ella, y solo ella, la que mi lobo aceptaría como su pareja, pese a que Maya me había rechazado enérgicamente cuando me había ofrecido a continuar siendo su amante. Esa parte en cuestión era algo que debería solventar si no conseguía sacármela de la cabeza de alguna forma.

—Querías contarme algo y te estoy escuchando —le advertí, demostrando que la paciencia no era una de mis virtudes.

—Al final sí vas a tener ganas de hablar un rato —se burló—. Tu beta me ha contado que estás en proceso de apareamiento y que van a venir algunas lobas de otras manadas de la zona porque tenéis la extraña costumbre de mantener los linajes puros.

—En nuestro territorio está prohibido confraternizar con humanos.

—¡Pues no sé cómo se llamaría a eso de tirarte a mi hermana! —Se rio, evidenciando que no le molestaba que hubiera sucedido, más bien al contrario—: Me lo contó por teléfono, pero este lugar apesta a vosotros. —Sonrió antes de añadir con un tono travieso—: No creo que fuera algo rápido.

—Una cosa son unos cuantos revolcones, otra muy diferente una relación. —Me ceñí a la realidad a la que estábamos sometidos en la manada—. Por ley no podemos exponer nuestra condición ante los humanos y eso imposibilita formar familias híbridas.

—Entiendo. —Se encogió de hombros, como si lo respetara, pero no estuviera del todo de acuerdo—. ¿En qué lugar deja eso a mi hermana, entonces?

—En ninguno.

—Es bueno saberlo, porque hubiera jurado que te hacían chiribitas los ojos cuando la miras. —Le gruñí, porque esa acusación no podía ser más precisa. No se intimidó—. En tal caso, deberías ir a entrevistar o lo que sea que se supone que vas a hacer con tus *pretendientas*. Es ridículo, ¿sabes?

—¿Ridículo? —Acabé de ajustarme los pantalones y pasé la cabeza por dentro de una camiseta. La observé.

—¿Cómo lo hacéis? ¿Vienen un montón de lobas moviendo el rabito a ver si pillan al alfa? —Se rio y le gruñí de nuevo. Bajó el tono, porque incluso si no pertenecía a mi manada, yo era un alfa—. No he dicho nada; si a ti te vale, supongo que está bien. Eres tú el que ha de elegir a su compañera, después de todo.

—Si has acabado…

—Solo una cosa más —me pidió tras dirigirse a la puerta—. Has dejado tu olor impreso en mi hermana y eso tardará días en desaparecer. No tengo ni idea de cómo les sentará eso a tus

pretendientas, pero igual estaría bien que avisaras a Maya. Igual ella te importa una mierda, quizá no, aún no estoy del todo segura, pero lo que sí puedo decirte es que no te conviene tenernos de enemigos y si alguien le hace daño, intervendremos.

—¿A quién te estás refiriendo exactamente? —Crucé mis brazos sobre mi pecho, desafiándola. Alzó el mentón, demostrando que tenía ese algo que caracterizaba a Maya. Una carencia absoluta de sentido común.

—A nuestra manada.

—Maya no es una loba —sentencié con dureza.

—Igual eres tan ególatra que no eres capaz de ver más allá de eso, pero Maya forma parte de nuestra familia y si le pasa a algo… No sería la primera manada a la que hacemos desaparecer del mapa.

—¿Es una amenaza?

—Sí.

—¿Quién has dicho que eras? —La miré con un gesto despectivo. Vi que fruncía el ceño, intentando negar mi autoridad. Me sorprendió que fuera capaz de hacer aquello. Las lobas de otras manadas jamás me habían intentado retar, quizá porque ya les estaba bien contentarme.

—Ona Anthony —repuso, porque una orden directa como aquella, viniendo de un alfa, un lobo inferior no podía negarla, incluso si no pertenecía a mi manada—. Lucas Mason, el líder de la manada, es mi tío. Piensa lo que quieras, pero no miento.

Asentí, autorizándole a marcharse. Lo hizo. Escuché que bajaba las escaleras y salía al exterior del edificio. Me calcé y cargué la mochila con el resto de mis cosas sobre un hombro. Antes de salir del edificio, entré en la estancia que nos hacía de despacho. Observé aquel sofá en el que el olor de ambos estaba aún impregnado. Cerré los ojos antes de darle la espalda.

Cada manada es única, supongo. Estaba claro que la mía no tenía mucho en común con la de Maya, pero todo tenía sus ventajas y sus desventajas.

Que ella supiera lo que yo era me abría un amplio abanico de posibilidades. Demasiadas. Era tentador creer que podía haber un nosotros. Que me rechazara, en el fondo, me facilitaba las cosas, porque dudaba de poseer la voluntad suficiente como para renunciar a ella si me pidiera que me quedara a su lado. Si ella suspirara por ser mi amante o por convertirse, con el tiempo, en mi pareja. Algo que no era descabellado, si en el lugar en el que se había criado eso era algo posible. Alguien como nosotros. Pese a nuestras diferencias.

Alejé aquella idea. Era una locura. La manada necesitaba un alfa. Alguien que continuara con mi labor cuando yo ya no fuera capaz de hacerlo.

Pero una loba no necesitaba estar vinculada a un macho para quedarse en cinta.

Era algo retorcido.

Muy retorcido.

Pero la idea fue cobrando fuerza en mi interior.

Si ella mostrara interés en quedarse a mi lado haría lo que fuera necesario para que la manada siguiera adelante siempre y cuando Maya pudiera quedarse a mi lado. ¿Imposible? Quizá. Ella me había rechazado y yo era un alfa. No valía la pena darle más vueltas.

No debería humillarme de aquella forma, fantaseando con que teníamos un algo cuando ella no había dado muestra alguna de querer mantener algún tipo de contacto conmigo. Me había rechazado de malas formas, como si le asqueara siquiera la idea de volver a acostarse conmigo, no tanto por miedo, sino por el hecho de que no le interesaba confraternizar con los que eran como yo. ¡Joder! No se suponía que yo tuviera intención de hacerlo con las que eran como ella, si yo había estado dispuesto a hacer una excepción, ¿no podría ella hacer lo mismo? El sexo que habíamos tenido había sido brutal, y estaba seguro de que eso no era más que la punta del iceberg de lo que podíamos llegar a compartir si nos abriéramos a esa posibilidad. Crear un nosotros.

Salí de la base sintiendo la rabia y la decepción de quien ha sido despechado. Quizá por eso no fui consciente de la furgoneta que había aparcada a pocos metros ni de los ojos astutos que me estaban estudiando hasta que me encontré prácticamente frente a ellos. Apreté la mandíbula y me acerqué a los viejos, no era bueno cabrearlos.

—¿Un fin de semana complicado, hijo? —me cuestionó Ian. A su lado estaban Gorka y Elias, los que habían sido los betas de mi padre.

—Podría decirse.

—¿La loba que ha salido de la cabaña es una de tus pretendientas? —Me limité a negar con la cabeza antes de darles algún tipo de respuesta.

—Consideradla una invitada de nuestra peculiar supervisora.

—¿Esa que te has estado cepillando? —Ese era Elias. Hizo un chasquido que evidenciaba su descontento al respecto.

—¿Algún problema con qué hago en mi tiempo libre?

—A mí me preocupa más lo que acabas de decir —murmuró Gorka, estudiándome—. ¿Qué pinta la forestal con una loba?

—Resulta que son parientes. —Disfruté del pequeño placer de ver la estupefacción en sus rostros.

—¿Qué quieres decir? —Ian era el más moderado de los tres viejos. Era de esos lobos que siempre están pendientes de todos, pero no en el mal sentido. Aunque tenía madera de beta y era un primo carnal de mi padre, prefirió mostrar siempre un perfil bajo, de omega,

quedándose al margen de la jerarquía de poder de la manada. Nunca tuvo hijos, así que recordaba tenerlo por casa cuando era poco más que un cachorro. Al convertirme en alfa, nos distanciamos, pero de los tres era el que menos me daba por el culo.

—No se rigen por las mismas leyes que nosotros. Por lo visto, las relaciones con humanos no están vetadas. La forestal y la loba comparten la misma madre.

—Eso es repulsivo.

—Te aseguro que la parte de follarte a una humana no está tan mal —se burló Gorka ante la rigidez de Elias. Dudo que este último se hubiera acostado en su juventud con alguien que no fuera una loba. Era un clasista.

—Ya ves, viejo, no soy el único que de tanto en tanto puede sentir cierta debilidad por una de ellas.

—Tú deberías predicar con el ejemplo —me acusó Elias. Claro, eso, yo era el alfa, y si alguien estaba en el punto de mira de toda la puta manada, era el menda.

—Míratelo por el lado bueno —le contesté, retándolo con la mirada—. La que me he tirado por lo visto es medio loba. A tus ojos debería de ser un atenuante.

Me gruñó y esa no se la pasé. Le repuse de igual forma y se vio obligado a apretar la mandíbula y callarse su mierda para él.

—Me he acostado con ella y, si me apetece, volveré a hacerlo. Asúmelo. Nuestras leyes no dicen que un lobo libre no pueda tener sexo con quien cojones le venga de cara.

—Nuestras leyes prohíben que alguien como ella sepa de nuestra existencia.

—Tienes mi autorización para ir a hablar con el alfa de su manada, pero dudo que quieras exigirle responsabilidades a él. —Elias se removió inquieto, mientras yo le sostenía la mirada—. Perfecto. Mis indicaciones siguen siendo las mismas: nadie va a acercarse a Maya, bajo ninguna circunstancia. Está bajo la protección de la manada durante su estancia, igual que la loba, su hermana.

—¿Has olvidado el motivo que la ha traído hasta aquí? —me cuestionó Gorka.

—No.

—Perfecto, entonces creo que todo lo que teníamos que comentarte ya está dicho —sentenció este último. Asentí y él me miró con una expresión neutra, forzando una sonrisa en su rostro, mientras Elias se removía, porque estaba claro que quería joderme un poco más, pero aún no sabía bien bien cómo hacerlo—. Nos alegramos de que hayas decidido, al fin, elegir una loba para formar una familia y tener descendencia. La que se ha instalado con Ammaiel parece encantadora. Estamos seguros de que encontrarás a la candidata

apropiada entre las pretendientas que vengan.

Asentí, aunque lo último que me apetecía era elegir a una loba. Si fuera por mí, me quedaba con piernas largas. Me giré para alejarme de ellos, y Elias se envalentó al verme de espaldas, incluso si sabía que podría oírle.

—Es un insulto para su futura esposa que esa doña nadie camine por el pueblo arrastrando su olor. Para lo que la quería, podría haberse buscado una prostituta en cualquier pueblo de los alrededores. —Me giré en un movimiento brusco y le cogí de la camisa para retorcerla después en mi mano. Sus ojos se dilataron por la sorpresa, pero no se amedrentó. Le sostuve la mirada y me contuve de decirle todo lo que me gustaría. Ya había demostrado más de lo que debería con aquel arrebato. No me beneficiaría que ellos sospecharan lo que sentía por Maya, incluso si nada importaba en realidad, porque no había posibilidades de que creáramos un nosotros.

—Si quieres criticar mis acciones, hazlo a la cara. No eres el primer lobo que intenta atacarme por la espalda y ya sabes qué le pasó al último.

—Era solo una opinión desafortunada —se apresuró a intervenir Ian, mientras Elias y yo nos sosteníamos la mirada. Su hijo había apoyado a ese lobo en concreto y nuestras leyes no son permisivas con los traidores.

—Una que debería haberse callado —declaré con voz dura.

—Sí, alfa. —Elias cedió, aunque la rabia brillaba en sus ojos. Le solté.

—¿Tienes alguna duda que quieres que te resuelva o puedo dar por zanjado este tema?

—¿Te la follas a cuatro patas? —Le partiría la cara. Cualquier día. Mi paciencia tenía límites y Elias llevaba años rozándolos.

Se había ganado la simpatía de muchos de los lobos de la manada a lo largo de los años, pero tras perder a su único hijo, incluso si este último se había ganado a pulso su destino, su carácter se había vuelto hosco y lleno de resentimiento. Si le toleraba era porque, en parte, me pesaba lo que había sucedido. La culpabilidad es una jodida compañera de viaje.

—Gracias por la sugerencia, si se tercia, pienso probarlo. —Deslicé mi mirada a Gorka.

—Hazlo —intervino antes de guiñarme un ojo—. Es posible que cualquiera de tus pretendientas esté más que receptiva a ese tipo de cosas; es bueno saber qué tipo de amante va a ser el que será tu compañero.

—No es un mal consejo —opinó Ian, que igual que Gorka pretendían relajar los restos de tensión que había en el ambiente—. Disfruta eligiendo a tu loba, Derek.

Asentí, aunque no tenía interés alguno de disfrutar de ninguna de mis pretendientas por el momento. Más bien me había propuesto evitarlas, al menos, hasta conseguir que mi mente no me recreara el cuerpo desnudo de Maya cada vez que mi miembro se empalmaba.

Fui a casa de Daniel y evité pasar por el centro del pueblo. Quizá debería avisar a Maya por si se cruzaba con la loba que había venido a Pardines, pero supuse que su hermana haría los honores, después de todo. No debería preocuparme por ese tipo de cosas. Maya no era nada mío. Muy a mi pesar.

Sí, era cierto que mi olor estaba impreso en ella, pero ni siquiera eso me tranquilizaba.

Era mi perdición.

Ansiaba volver a tenerla entre mis brazos y redescubrir su cuerpo de todas las formas posibles. Anulaba mi sentido común y conseguía sacarme de mis casillas, pero nunca me había sentido tan vivo como cuando ella estaba a mi lado. El calentón lo llevaba en la sangre desde que se había cruzado en mi camino, desde el momento en el que su olor de bosque y manzana verde me había atizado despertando mi interés, pero lo que me preocupaba era esa necesidad de que no me bastaba solo eso. ¡Si hasta me había pasado la noche en vela, encandilado, mirándola y sintiendo lo perfecto que se sentía tenerla a mi lado!

Mitad lobo.

¿Podía eso justificar lo que me estaba pasando?

Entré por la puerta trasera y subí al primer piso. Daniel estaba allí, pero no había señales de Silas. Me dejé caer en el sofá.

—Tienes mejor aspecto.

—Físicamente, sí, pero he visto a los viejos esta mañana.

—¿Tan encantadores como siempre?

—En su línea.

—¿Te han dicho que ha llegado una loba? —Levantó la mirada antes de añadir—: Me refiero a una que viene con intención de contentarte y no una que dice ser la hermana de una humana.

—Me han animado a follármela a cuatro patas después de recriminarme que me haya liado con Maya, así que no estoy de humor. —Acepté la lata de cerveza que me ofrecía—. ¿No te crees lo de que son hermanas?

Se sentó a mi lado y se tomó su tiempo antes de responderme:

—No conocemos a ninguna manada en la que se permita ese tipo de licencias.

—Que no significa que no las haya.

—Eso es cierto, pero es imposible que se trate de una manada grande si no acotan con quién se relacionan. Su futuro es acabar extinguiéndose.

Asentí. No podía negar aquello. Maya era la prueba de que en la unión entre una loba y un humano la genética jugaba en nuestra contra.

—A los viejos se les ha puesto el pelaje de punta.

—¿Qué les has contado? —Vi que se había puesto rígido.

—El parentesco de Maya con la loba y el hecho de que ella sabe lo que somos —le conté—. No tenía intención de cavar mi propia tumba confesando que piernas largas además de empalmado, me tiene babeando hasta el punto de que el lobo quiere reclamarla como su pareja.

—Si caes, sabes que te acompañaremos. —La mirada de Daniel transmitía muchas cosas. Esa lealtad incondicional que nos unía, no tengo claro si por nuestros rangos o simplemente por la amistad y todo lo que habíamos compartido a lo largo de los años.

—Mejor nos centraremos en la loba. Háblame de ella.

—Silas se la ha llevado a correr por el perímetro, para que vea un poco nuestro territorio —empezó Daniel—. Es *sexy*: rubia, mirada aguda y unas buenas tetas. Es la hija menor de un alfa. Sus dos hermanas ya están vinculadas y su hermano menor es un alfa; por lo que he oído, se espera que sea él quien guie a su manada cuando sea necesario.

Genial. Otro pringado. Pensé en la loba. No me importaba si se sentía insultada cuando supiera que el alfa al que pretendía cazar se acostaba con una humana, pero sí que pretendiera tomar cartas en el asunto. No era algo descabellado.

—Quizá deberías quedarte cerca de Maya durante el proceso de selección.

—¿Yo? —Me miró, frunciendo el ceño—. ¿Cómo de cerca?

Le gruñí, un ardor quemándome por dentro. Daniel colocó ambas manos con las palmas expuestas en señal de no querer problemas y conseguí controlarme.

—Huele a mí —sentencié—. No quiero cerca de ella a una loba celosa.

—Ni a un macho, por lo visto —advirtió mi beta.

—Eso nunca. Es mía. —Daniel ladeó la cabeza.

—¿Así de mal seguimos?

—Peor —le confesé—. Me transformé delante de ella y ni siquiera se inmutó, ¿sabes?

—¿Eso fue antes o después de que te disparara?

—Después. —Sonreí, porque aquello era una montaña de absurdos, pero su recuerdo conseguía enternecerme un poco—. Que sepa lo que

somos no me ayuda a dejar de desearla; aviva, más bien, una absurda ilusión que no puedo controlar.

—Como absurda, la situación. Eso es innegable.

—Piénsalo, Daniel, si es cierto que son hermanas… Su madre tiene que ser una loba y eso implica que ella es algo así como medio loba —le solté de improviso—. ¿Y si realmente es ella? ¿Y si la he reconocido antes de saber cuál era su ascendencia?

—Derek, eso es poco probable y, aunque lo fuera, ¿cómo narices pretendes hacer que funcione? Huele a humano, por mucho que sea medio lo que tú quieras. No es como nosotros. Jamás podrá vincularse a ti ni darte cachorros, por no decir que, si haces algo así, los viejos intervendrán y sabes que eso puede acabar dividiendo a la manada. No sería la primera vez.

—Lo sé —gruñí, enojado. Arrugué la lata vacía con la mano antes de lanzarla hacia la basura—. Tal vez podría engendrar en una loba, dar a la manada un alfa, pero mantener a Maya a mi lado al mismo tiempo.

—¿Estás hablando en serio? —Daniel estaba atorado.

—No, supongo que no. ¡No lo sé! —mascullé, pasándome las manos por el cabello—. Solo sé que la quiero a ella.

—¡Joder, Derek! Algo así no acabaría bien, y lo sabes. Se le tirarían encima tarde o temprano, lo mejor que puedes hacer por ella es facilitarle la vida y animarle a que se largue.

—Largarse no sé, pero está más que dispuesta a rechazarme. Es una locura. Que sepa lo que soy y sea capaz de encararme, pero, en cambio, no quiera intentar algo.

—¿Has hablado con ella de todo esto?

—Más o menos.

—¿Qué le has dicho exactamente?

—Que quería volver a acostarme con ella.

—Superromántico, ya veo —se burló mi beta.

—Da igual. Me soltó que no se acuesta con lobos y me rechazó con una frialdad que me cabreó y dolió a partes iguales.

—Suena a una mala excusa.

—Más bien a una mala experiencia.

—¿Crees que ha estado liada con un lobo antes? —Creo que era lo último que Daniel se esperaba, pero asentí.

—Eso parece. Más vale que no me cruce con él, porque te juro que nunca le había tenido tantas ganas a alguien. Sé que es estúpido y mezquino, pero la siento como si fuera mía y solo pensar en otro macho, en otro lobo, cerca de ella, reclamando sus atenciones, me pone enfermo.

—Que no te corresponda igual es lo mejor, si te ha calado tan dentro. —Me puso una mano sobre el hombro, mientras yo agonizaba.

—A veces desearía que la noche que nos acostamos hubiera perdido el control y la hubiera reclamado —le confesé. Mi beta me miró con una mezcla de pesar y pena—. Estaría hecho, sin más. Le hubiera escondido lo que soy, pero habría intentado crear algo con ella sin importarme una mierda que no fuera una loba.

—Lo que sientes no es solo físico, ¿verdad? —Asentí con la cabeza, admitiendo lo que era una realidad.

Aquella mujer me fascinaba y me atraía en muchos aspectos. Apenas la conocía, cierto, pero jamás había deseado tanto poder pasar tiempo con alguien para hacer justamente eso. ¿Qué comida le gustaba? ¿Qué música solía escuchar? ¿Cómo había sido su infancia? Lo poco que había conseguido sonsacarle en nuestra excursión, me sabía a poco. Quería más. Quería conocerla a ella, centímetro a centímetro, mientras disfrutaba también de su compañía y de su cuerpo.

—Llevo quince años sometiendo mis propios intereses a la manada, he hecho cosas… —Miré a Daniel, él asintió—. Por primera vez en mi vida, hay algo, alguien, que me hace sentir vivo. Entiendo que no es igual para los dos, que ella no puede reconocerme de la forma en la que yo lo hago, pero me gustaría que al menos pudiéramos tener una oportunidad.

—Mierda, Derek. No sé qué decirte.

—No hay nada que decir, en realidad. Ella es humana y ahora me detesta. Fin del problema. He de tragar con ello. Es solo que me cabrea desearla así y no poder tenerla.

—Quizá deberíamos posponer lo de las lobas —opinó Daniel—. En este momento vas a actuar de forma precipitada porque, en realidad, no te importa una mierda con quién de ellas acabas vinculándote.

—Empiezas a entender mi situación.

—Hablaré con Silas. —Negué con la cabeza.

—No vale la pena posponerlo: Maya se irá en unos días. Es mejor que las lobas se aclimaten a nuestro territorio y, una vez ella se haya marchado, haré lo que todos esperan que haga, igual que he hecho siempre.

—Antes de que tomes una decisión precipitada, quizá deberíamos investigar a su manada. Aún tengo la esperanza de que congenies con alguna de las lobas, pero si realmente has encontrado en ella tu alma gemela… No tengo claro que emparejarte con una loba al azar, si te estás enamorando de Maya, sea una buena idea.

—¿Y qué me propones? Ni siquiera ha aceptado volver a ser mi amante.

—A ver, pongámonos en lo peor —sentenció mi beta—. Si ella estuviera dispuesta a ser tu pareja, ¿la reclamarías?

—Si me aceptara… No sé si sería capaz de renunciar a ella.

—Menudo marrón —masculló Daniel, frotándose la frente—. Vale, dame un tiempo. Sonsacaré a la hermana. Intentaré saber más sobre su manada. Si las parejas híbridas a ellos les funcionan, quizá a ti también podría valerte. De momento no has roto ninguna de nuestras leyes porque ella, después de todo, ya sabe algunas cosas de los que son como nosotros.

—Sabe todo y un poco más.

—¿Qué quieres decir?

—Sabía que como lobo somos más fuertes y me dio la sensación de que se había criado entre ellos, como si realmente formara parte de la manada —le conté—. Es posible que ahora desconfíe de nosotros, si tenemos en cuenta el motivo por el que vino aquí.

—Ese es un buen argumento para que no quiera acostarse contigo.

—Me estuvo hablando de una leyenda sobre lobos lunares y lobos solares. Una estupidez, seguramente, pero por la forma de contármelo, se me erizaba el vello escuchando con qué devoción lo hacía.

—¿El vello? Yo creo que era otra cosa —se burló mi beta señalando mi entrepierna. Le sonreí. Sí, para qué negarlo.

—Hazlo, indaga sobre Dóen, pero seamos sinceros. Incluso si consiguiera seducirla y ganármela, los viejos jamás la aceptarán. —Daniel no tuvo la deferencia de fingir que esa posibilidad existía. Ambos sabíamos que su máxima era asegurar un nuevo alfa para la manada. Maya jamás cumpliría con sus expectativas.

—No sé qué opción me gusta más: mi alfa vinculándose a una humana que le atrae o a una loba que le importa una mierda. Tienes razón, hagas lo que hagas, estás de mierda hasta las orejas.

—Podrías ser un poco más considerado y no recrearte en ello. —Escuché como alguien subía corriendo las escaleras, de dos en dos.

Uno de los machos de la manada entró en el comedor. Tenía la cara roja como un tomate y temblaba ligeramente. Se giró para mirarnos con expresión inquieta y respirando con dificultad antes de darnos un mensaje:

—Hay un lobo.

—¿Un lobo?

—En la gasolinera.

—Un lobo en la gasolinera —recopiló toda la información Daniel—. No me lo digas… no es de la manada.

—No.

—¿Maya tiene más hermanos? —me preguntó con una sonrisa traicionera en el rostro.

—No, que yo sepa.

—Pues el lobo estaba preguntando por ella —nos advirtió el omega.

Me levanté del sofá y miré a mi beta. No necesité mediar palabra para hacer que me siguiera. Bajé las escaleras enojado. Un macho. En

mi territorio. Preguntando por mi hembra.

—¿Vas a contármelo?

—Podría ser Mathew —escupí.

—¿El tipo ese del que hablaba el otro día? ¿Es un lobo? —Parecía sumamente sorprendido y, al ver mi gesto furioso, supo que se avecinaban problemas—. ¿Qué pretendes hacer?

—Solo quiero informarle de que ya no está disponible.

—En realidad, lo está. —Empujé a mi beta y le mostré los colmillos—. No era la respuesta correcta, eso está visto. De acuerdo. Vamos a enfrentarnos a ese capullo en medio del pueblo a base de mordiscos y zarpazos si es lo que quieres, alfa.

—Vete a la mierda —le dije mientras avanzaba en esa dirección.



HABÍA UN TODOTERRENO de aspecto militar con una rueda de recambio en la parte posterior repostando. Algunos lobos de mi manada se habían acercado para verle, aunque lo hacían de reojo. Sentía que el pulso me latía en las sienes, pero no tenía más opción que contenerme, incluso si sentía la rabia del lobo y el deseo de acabar con él creciendo en mi interior.

Era un hombre joven, de unos treinta. Cabello negro, ligeramente ondulado, espalda ancha y porte arrogante. Había algo en él que hizo que, al margen de mi mala predisposición, recelara de su persona al instante. Sentí que se me erizaba el vello de los brazos, antes incluso de llegar junto a él para observarle, con el ceño fruncido, mientras sacaba la manguera del depósito del *jeep*. O estaba muy cerrado dentro de su mente o le importaba una mierda que Daniel y yo hubiéramos ido a increparlo. La primera opción, siendo un lobo, era poco probable; la segunda, despreciar la amenaza de un alfa, era ser más gilipollas que cualquier otra cosa.

—¿Estás de paso? —le pregunté usando mi rango en aquella cuestión. Daniel se colocó a un par de pasos de distancia, cubriéndome la espalda.

El lobo alzó la mirada y dos ojos azules, fríos como el hielo, me estudiaron.

—Depende de lo que se tercie.

—No nos gustan los forajidos.

—¡Nunca lo hubiera dicho! —Me miró de reojo, con una burla impresa en su expresión.

—Vas a marcharte. —Dejé que mi esencia llegara hasta él. Elevó el mentón mientras me estudiaba. Ladeó la cabeza y en vez de mostrarse sumiso, mostró una sonrisa retadora.

—Tus mierdas de alfa no me afectan —me soltó como si tal cosa. Daniel se tensó a mi espalda mientras yo apretaba con fuerza los puños, conteniendo a mi lobo—. Dile a tu manada que no me toque los cojones o me ocuparé de que una delegación de cazadores se dedique a purgar tus bosques.

Fue entonces cuando lo supe: él también era un alfa. Uno cuya frialdad nada tenía que ver con la volatilidad que solía

caracterizarnos. Empecé a gruñir por lo bajo, porque era un extraño y acababa de amenazarnos. Nunca había tenido del todo claro si eso de los cazadores que coleccionaban pieles de licántropo era algo real o solo eran historias que se contaban a los cachorros para aterrorizarlos y garantizar que fueran prudentes al realizar las transiciones. Por la dureza de su semblante, sospeché que él sí creía en ellos. Tal vez su manada se había cruzado con un grupo de esos demonios armados, quizá solo pretendía asustarme. Le sostuve la mirada, en un pulso de autoridad, cuando una voz femenina acaparó toda mi atención:

—¿¿Nolan?? —Toda mi tensión se centró en Maya mientras ella se acercaba dando unas pocas zancadas. Su rostro estaba iluminado con una gran sonrisa. Un dolor sordo, lacerante, me golpeó en el pecho al ver que se lanzaba al encuentro del intruso y cómo él la rodeaba con sus brazos. Esa familiaridad hizo que el pulso se me desbocara y convulsionara ligeramente, obligándome a contener al lobo, mientras empezaba a gruñir por lo bajo, incapaz de aceptar que fuera otro macho el que la tocaba.

Daniel dio un paso hacia mí y sentí su cuerpo en contacto con el mío. Una forma silenciosa de advertirme de que no estaba solo y ayudarme a controlar a la bestia, que en esos momentos estaba removiéndose en mi interior, dispuesto a reclamar a su hembra.

Vi como el lobo la alzaba y ella colocaba sus manos sobre sus hombros. Empezaba a verlo todo de un color rojizo y la necesidad de lanzarme contra él me estaba quemando. Sentía a Maya como si fuera mía, incluso si jamás pudiera serlo. Aceptar que llevara una vida normal, con un humano, era una idea que se me atragantaba, pero podría sobrellevarlo si me intentaba convencer de que era la mejor opción posible. Que un lobo pusiera sus manos sobre ese cuerpo que sentía que me pertenecía, era otra historia. Jamás sería capaz de aceptar algo así.

—¿Qué diablos haces aquí? —le cuestionó ella; ni siquiera había reparado en mi presencia y eso dolía.

—Tengo cuatro días libres.

—¿En serio? —Vi que él asentía mientras la depositaba en el suelo y cómo su nariz aleteaba mientras percibía matices diferentes en su rastro. Frunció el ceño, como si algo le hubiera sorprendido. Eso me relajó un poco. Ahora él lo sabía. Mi olor. En ella.

—¿Está Ona aquí? —Si era capaz de percibir ese rastro tan sutil de su hermana, era imposible que no hubiera notado que toda ella estaba impregnada del mío.

—Llegó ayer.

—No me dijo nada, supongo que los dos queríamos sorprenderte —declaró con voz neutra, sin demasiada entonación. La colocó a su lado y le pasó un brazo por la cintura. No me gustó aquello. Esa

tendencia absurda a mantener una proximidad poco apropiada con la que era mi amante, porque a esas alturas tenía que saber que estábamos juntos—. ¿No me vas a presentar a tu amigo?

—Él es Derek, uno de los forestales del pueblo. —Señaló a mi beta—. Daniel, el hermano mayor del otro forestal.

—¿Sabes que son de los míos? —Vi que la estudiaba al decir aquello, como si no tuviera claro cómo le afectaría aquella información.

—Lo descubrí ayer, sí, gracias. —Hizo un puchero y se sonrojó, pero me miró de refilón. Me mantuve donde estaba, pero por gusto hubiera acortado aquella distancia para atraparla entre mis brazos y estampar mis labios sobre los suyos. Era eso o matar al hombre que la tenía agarrada. Cualquiera de las dos opciones me venía bien.

—Hueles a él. —Elevé el mentón. Sí, me gustaba que mi olor estuviera impreso aún en ese cuerpo que había sido mío y que él lo supiera, aunque más me gustaría poder volver a disfrutar de ella. Ahora. Siempre. Joder, lo que fuera. Me quedé tenso, esperando escuchar su contestación.

—A mi favor diré que no sabía lo que él era.

—¿Te refieres a lo de que le gusta correr a cuatro patas o al hecho de que es un alfa?

—Muy gracioso —masculló entre dientes, pero sus ojos volvieron a buscarme de refilón.

—No sé por qué, pero intuyo que os conocéis —intervine, con un deje molesto. El lobo parecía divertido con la incomodidad de Maya. No sé si eso decía mucho de él, pero lo que a mí me importaba era dejar las cosas claras.

—Creo que no hemos empezado con buen pie. Soy Nolan. —Me sorprendió tendiéndome la mano, pero mantuvo a Maya a su lado con el otro brazo. La acepté antes de observar la proximidad que había entre ellos con una expresión irritada. Era imposible que no hubiera entendido el mensaje que acababa de darle, pero decidió ignorarlo y no la liberó de su contacto.

—De Dóen, supongo. —El lobo asintió. Miré a Maya, enojado aún por la familiaridad que mostraba con ese macho, con el hecho de tener a un alfa que me retaba en mi territorio y, también, por las emociones que ella despertaba en mí—. ¿Algún pariente más que quieras traer a mi territorio?

—En realidad, no, pero puedo ser creativa. —Miró al lobo—. ¿Qué tal los mellizos?

—Yo me decantaría por Amanda.

—¡Y una mierda! —soltó Maya, entre risas, mientras una expresión traviesa asomaba al rostro del lobo.

—¿Tienes miedo de que me guste? —le solté, deseando que los

celos la consumieran, al menos, la mitad que a mí en ese momento. Alzó una mano y me hizo una peineta, pero sus ojos se quedaron fijos sobre los míos y me deleité con la sensación de volver a ser el centro de su atención.

—Amanda es nuestra alfa —intervino Nolan con aspecto divertido y añadió con un ronroneo—: Ella siempre sabe más de lo que dice, así que por lo visto Maya esconde algo…

—¡Que te den! —Odiaba la proximidad entre ellos casi tanto como su complicidad.

—¿Qué hay de aquello de no liarte con lobos? —le cuestionó, como si quisiera hurgar en la herida.

—No cuenta. No sabía que lo era.

—Ya verás cuando Mathew se entere. Va a enloquecer —se burló el lobo mientras yo gruñía por lo bajo al escuchar ese nombre.

—¿No podríais simplemente no contárselo?

—Depende de lo que gane por guardarte el secreto —repuso el lobo y la miró con expresión traviesa. Di un paso hacia adelante.

—No me gusta cómo suena eso —intervine, con una advertencia en mi mirada. Nolan ladeó la cabeza, estudiándome.

—¿A ti te gustaría que él lo supiera?

—Me importa una mierda quién sepa con quién me acuesto.

—Supongo que hay lobos más territoriales que otros, pero algunos se vuelven de lo más cabezotas cuando quieren reclamar a una hembra. —Cerré el puño con fuerza, sintiéndome expuesto y, al mismo tiempo, incapaz de negarlo.

—Fue hace una eternidad, ¡va siendo hora de que madure! —masculló Maya entre dientes, molesta, mientras el alfa reía por lo bajo.

Me quedé en estado de *shock*, observándola. ¿Hacía una eternidad? ¿De qué coño estaba hablando? La realidad me golpeó con dureza. Nolan no se refería a mí, incluso si había dado en el clavo. Sí, quería reclamar a Maya y casi me arrepentía de no haberlo hecho cuando había tenido la ocasión, incluso sabiendo que sería meterme en la mayor mierda de mi vida. Ni siquiera ese atípico alfa podría negar un vínculo de ese tipo. ¡Joder! Maya me había contado que había estado saliendo con ese lobo, Mathew, pero eso no tenía nada que ver con lo que Nolan acababa de insinuar. ¿Había pretendido su exnovio vincularse a ella?

—Puedes quedarte en la posada —intervine, dirigiéndome a Nolan.

—Se quedará conmigo —me contradijo Maya. Me tensé y la miré con ansias asesinas.

—No creo que sea apropiado.

—¿Tienes miedo de que me lo tire en el mismo sofá en el que me acosté contigo?

—No te acuestas con lobos, ¿recuerdas? —ronroneé mientras la miraba como si fuera mi presa. Que, en parte, lo era.

—Igual, si me siento sola, me olvido de ese detalle en concreto. —Alzó el mentón y me retó con la mirada. En esos momentos no sé si preferiría zarandearla o volver a hundirme entre sus piernas. Probablemente me decantaría por lo segundo.

—En tal caso, ven a buscarme a mí, que ya sé cómo te gusta que te lo hagan.

Maya levantó una mano y me hizo una peineta. Le gruñí por lo bajo, pero vi cómo le temblaba el pulso y su respiración se agitaba. Su olor cambió y supe que la posibilidad le agradaba y excitaba a partes iguales. Tal vez quería detestarme, pero lo cierto era que ella también me deseaba. Ronroneé, sin dejar de mirarla, disfrutando de aquellos cambios que experimentaba su cuerpo. La presencia de Daniel me ayudó a controlar la necesidad que sentía de llegar hasta ella y besarla hasta que su voluntad pereciera frente a sus propios instintos. Volvería a ser mía. Necesitaba creer en aquello, porque no hacerlo, me volvía inestable.

Me centré en el lobo.

—La gente del pueblo está bajo nuestra protección, aunque ellos ignoran nuestra existencia y queremos que así siga siendo. Si no sabes ser discreto o pretendes crear problemas, ya tardas en largarte —le advertí y él asintió. Desplacé mi mirada hacia Maya antes de volver a centrarla en él—. Lo que tenemos entre manos no es algo idílico, pero, mientras huela a mí, no te aconsejo que la toques si no quieres que haya represalias.

—Tocarla, la tocaré como si fuera mi hermana, pero follármela, como que no, puedes estar tranquilo. Quizá debería amenazarte o algo, pero lo cierto es que Maya es capaz de reventarte las pelotas si intentas propasarte sin su consentimiento, así que tú mismo si quieres jugar con fuego, Derek. —Su mirada parecía más divertida que no retadora, esta vez. Inclinó la cabeza hacia mí y yo hice lo mismo. Creo que el cabreo de Maya estaba a la altura del mío.

—Nos vemos pronto —le dije tras demorarme un segundo más de lo apropiado en sus carnosos labios.

—No si puedo evitarlo. —Gruñí al escuchar su contestación, pero les di la espalda con la intención de largarme de allí antes de hacer una estupidez. Algo así como llevármela a rastras y obligarla a pasar el resto del fin de semana, desnuda, conmigo. Tal vez así saciaría aquella ansia que sentía el lobo.

Nos habíamos alejado unos pocos metros cuando escuché que el alfa le decía:

—Te has metido en la boca del lobo, Maya.

—Muy gracioso, Nolan.

—Te quiere en su cama.
—Es un lobo.
—No creo que sea de los que aceptan un no por respuesta, teniendo en cuenta que apestas a deseo en cuanto te mira. Por mucho que te pongas en plan guerrillera y hagas ver que le desprecias, sabe que te pone. Es como si tuvieras un cartel entre las tetas en el que hay un: «por ti estoy dispuesta a abrirme de piernas».
—Vete a la mierda.
—¿Tan bueno estuvo en la cama que quieres repetir?
—¡Déjame en paz!
—Si no es con este, podrías darle una oportunidad a Mathew.
—¿Pero qué os pasa a ti y a mi hermana últimamente? ¿Os habéis compinchado para taladrarme el cerebro hasta que le dé una segunda oportunidad?
—Yo solo quiero que mi mejor amiga sea feliz. No puedes negarme que tú y Mathew estabais bien. Además, ya no eres una cría y Mathew sigue sin vincularse a nadie: no hace falta ser muy listo para saber que aún te está esperando.
—Me he acostado con Derek y resulta que es un lobo. ¡Genial! Fin de la historia. No hace falta que a raíz de esto intentes planificar el resto de mi vida, gracias.
—Sabes que no suelo meterme, pero a toda esa panda de medio novios mojigatos humanos con los que has estado te los meriendas cuando quieres —opinó él—. Estaría bien que encontraras a alguien con más temperamento, capaz de retarte y llevarte la contraria, que sea o no un lobo me parece secundario, al fin y al cabo, tiendes a pasarte las jerarquías por el forro. Eres capaz de mangonearme hasta a mí, pese a ser un alfa.
—Eso es porque me tienes consentida.
—Cierto.
—Solo dime que le darás una vuelta. Ya no puedes venirme con eso de que no te acuestas con lobos, porque no solo ya lo has hecho, sino que, además, presiento que te ha gustado. —Sonreí con expresión orgullosa al escucharle decir aquello—. Preferiría que le dieras una segunda oportunidad a Mathew, porque me gustaría tenerte otra vez en casa, pero entiendo que lo que él busca no es un polvo rápido. Igual no te vendría mal desmelenarte un poco con este alfa, para quitarte del cuerpo esa absurda obsesión tuya antisexo y antirrelaciones con lobos. Tómatelo como algo temporal, un experimento; él estaría más que dispuesto.
Escuché atentamente mientras entraban dentro del todoterreno, deseando que ella cediera a su propuesta de desmelenarse conmigo. Lo de temporal… eso ya lo discutiríamos más adelante.
—Déjalo, ¿quieres? —Eso no era un no rotundo, ¿no?

—Por ahora, pero no creas que no pienso seguir hurgando en la herida. —Escuché como sonaba el motor tras girar la llave de contacto—. ¿Has descubierto algo sobre el chico?

Hizo que el motor rugiera y se alejaron de la gasolinera.

Eran demasiadas cosas para asimilar en tan poco tiempo. ¡Joder!

Mathew, su ex, era un puto lobo que había pretendido vincularse a ella.

Tenía un alfa corriendo por mi territorio, uno al que aún no tenía claro si deseaba matar por la proximidad y complicidad que mostraba con Maya o, por el contrario, agradecerle que me hubiera tirado un cable. Porque la había animado a que volviera a acostarse conmigo, ¿no?

Cuando levanté la mirada, vi que Daniel estaba a mi lado, observándome.

—Las cosas, por lo visto, aún podían complicarse más —murmuró.

—Maya es un puto problema andante.

—Por una vez estamos de acuerdo.

Asentí y me alejé del bullicio que había rodeado la gasolinera, así como quien no quiere la cosa. Todos esos lobos tenían que haber escuchado mi enfrentamiento con el alfa y, también, la proposición que le había hecho a Maya. Ofrecerme libremente a ella, de forma indefinida. A los viejos eso les encantaría y no tardarían en tirárseme encima. Al menos había sonado más a un antojo de un buen polvo que no a un «te quiero a mi lado por el resto de mi vida». Era un triste consuelo, porque me conformaría con lo primero, pero lo que en realidad deseaba era lo segundo. Estaba jodido.

Llegamos a la puerta de delante del bareto de Daniel. Afortunadamente, la reja no estaba puesta, porque en esos momentos creo que me hubiera dado por montar una pataleta y tirarla abajo. Muy maduro por mi parte. Entramos en el local y no me sorprendió encontrarlo vacío. Los pocos parroquianos que lo frecuentaban solían hacerlo a última hora, igual que los lobos.

Daniel se metió detrás de la barra y me sirvió un *whisky* sin que se lo pidiera. Bebí un par de sorbos mientras reflexionaba sobre todo lo que acababa de pasar.

—Nolan no es el alfa de Dóen. ¿Su hijo? ¿El futuro alfa?

—Es extraña la familiaridad que hay entre ellos. —Gruñí ante la afirmación de Daniel, pero asentí al mismo tiempo.

—Ona me advirtió que su tío era el alfa. Lucas Mason, si no recuerdo mal. Tal vez son primos.

—Eso podría justificar que se muestre tan cercano a ella pero que no quiera… —Gruñí y Daniel dejó la frase a medias. Incluso si Nolan había asegurado que su interés en ella era fraternal, que anduviera cerca de Maya no me gustaba. Era un lobo joven, apuesto y con esa

aura de alfa que nos hacía ser hasta cierto punto el objeto de deseo de cualquier hembra, incluso si no lo buscábamos.

—Como la toque… —¿Y si ella se decidía buscar su compañía? Era probable que me hubiera dicho aquello para cabrearme, porque, aunque no podía tener ni la más remota idea de lo que despertaba en mi interior, a ningún lobo le gustaría que otro macho tocara a una hembra con la que se acostaba y que aún llevaba su rastro. ¿Qué pasaría si ella intentaba tentarle? Dudaba que nadie en su sano juicio fuera capaz de rechazarla. Destilaba sensualidad por cada poro de su piel. Ni siquiera aquel alfa. Eso me cabreaba. Que fueran primos no era un impedimento para que acabara acostándose con ella.

—Esperemos que se ajuste a lo que le hemos pedido.

—Más le vale, porque si no, incluso si ese alfa no ha roto ninguna de nuestras leyes, va a haber un enfrentamiento directo. Me irrita la familiaridad con la que trata a mi mujer.

—¿Ahora es tu mujer?

Daniel elevó una ceja y le gruñí antes de contestarle:

—Desde luego, no va a vincularse a otro lobo. La siento como mía.

—Un lobo no puede vincularse a una humana —tanteó Daniel, observándome.

No tengo claro si quería tranquilizarme con el hecho de que ese tal Mathew no podría establecer un vínculo recíproco que implicaría que Maya jamás amaría a otro macho que no fuera él, o si pretendía recordarme que yo tampoco podría hacer lo propio. Sí, podía sentirla como mía, pero ella nunca me pertenecería. Y eso me estaba empezando a volver loco.

—Podríamos hacer una prueba, solo para saber si estamos en lo cierto —le propuse a Daniel con una sonrisa traviesa y me golpeó en el brazo antes de hacer un mohín.

—Ni se te ocurra, alfa, no la jodas antes de hora. Si quieres joderla, ya me entiendes, tú mismo, pero intenta contener ese instinto tuyo de ser su machito hasta que tengamos al menos un plan.

—Mucho me pides.

—Si no puedes controlar los colmillos, limítate entonces a controlar lo que te cuelga, ya sabes que la mayoría de los lobos se vinculan a medio orgasmo.

—Ella no parecía demasiado receptiva —me lamenté, incluso si había notado esas notas de deseo en su olor antes de que me alejara de ellos.

—¿Crees que es cierto eso de que ese tal Mathew pretendía reclamarla? ¿No será un farol?

—¿Un farol para qué?

—Para ponerte nervioso. —Valoré aquella posibilidad.

—Dudo que Maya sepa lo que despierta en mí.

—¿Y él?

—¿A cuántas humanas se ha tirado Silas? —rebatí usando un argumento bastante plausible.

—Eso es cierto, pero nunca habías dejado un rastro tan fuerte en una de tus amantes.

—Eso él no lo sabe.

—Cierto, pero la manada sí. Hay quien ya se estaba empezando a poner nervioso antes de lo de la gasolinera. Ahora los rumores van a correr como la pólvora.

—Nadie podrá negar que Maya ya sabía que existen los licántropos antes de llegar al pueblo, después de recibir a ese tipo con tanta efusividad. —Intenté ser optimista, aunque me repateaba la presencia del lobo en cuestión en mi territorio, especialmente si pretendía dormir con ella—. He respetado las leyes, así que si los viejos vuelven a tocarme los cojones por con quién me acuesto, tendrán la respuesta que se merecen.

—Está bien que les contaras lo de Maya y Ona. La presencia de este nuevo pariente suyo reforzará tus argumentos. —Vi que había algo que no decía.

—Pero…

—No les gustará la posibilidad de que en su manada lo que os lleváis entre manos tú y ella podría llegar a convertirse en una relación. —No le contesté—. Te conozco. Te lo estás planteando. Y si eso me asusta a mí, Derek, imagínate al resto. —Podía entenderle, pero no prometerle algo que no contradecía mis propios instintos. Sí, me lo estaba planteando. Lo único que me refrenaba era el hecho de que ella no lo sentía de la misma forma. Si lo hiciera… joder, no tenía ni idea de qué sería capaz de hacer. ¿Enfrentarme a los viejos? ¿Dividir de nuevo a la manada? ¿Volver a derramar sangre sobre aquel suelo en el que había dado mis primeros pasos?

—Fuiste tú quien me habló de Mathew por primera vez, ¿qué oíste exactamente?

—No puedo decirte mucho. Oí que hablaba con su hermana y, por lo que escuché, di por sentado que era el típico chico enamoradizo que llevaba detrás de ella desde que era un muchacho. No me planteé que fuera un lobo que pretendía vincularse a… tu mujer. —Me miró al decir aquello y ronroneé, porque sonaba condenadamente bien. Creo que pretendía complacerme—. Sabes que esto es un poco absurdo, ¿verdad?

—¿Dos lobos deseando a una misma mujer? No es tan raro.

—Si añades a la ecuación que la mujer en cuestión no es una loba, sí.

—Si ella y Ona son hermanas por parte de madre, Maya tiene que ser algo así como una híbrida —sentencié, aferrándome a esa

posibilidad. Era un tanto absurdo, pero algo debía de haber en ella que hacía que nuestros lobos la reconocieran como a su igual. Esa posibilidad le daba un punto de coherencia a mi debilidad por ella—. Quizá al ser híbrida, aunque ya no sea una loba, sí hay un remanente en ella que puede despertar nuestro interés. Tal vez este tipo de situaciones no son tan raras en manadas en las que las cosas se hacen diferentes y no se preservan los linajes puros.

—Estás metiéndote en un terreno peligroso —me advirtió Daniel, porque al margen de lo que hicieran en Dóen, nuestras leyes no apoyaban ese tipo de comportamientos—. Híbrida o no, es en esencia humana. Si ese lobo se hubiera vinculado a ella, jamás podría amar o desear a otra mujer. Estaría encadenado a ella mientras que Maya… Sabes que los humanos son volátiles. Sus relaciones vienen y van, nada garantizaría que ella se quedara el resto de su vida a su lado.

—Es una apuesta arriesgada, sí —admití, reflexionando sobre las palabras de mi beta. No creo que mi amigo se refiriera únicamente a Mathew, en esos momentos. Era el único que conocía la sed que sentía por unirme a ella. Para condenarme, a sus ojos. Tenía razón. Era consciente de que todo lo que me decía era indiscutible.

—Una con unas perspectivas muy malas. No voy a entrar en todos los motivos por los que es la peor de las ideas.

—No hace falta, los conozco. —Me bebí de un trago el contenido del vaso y lo acerqué a mi beta, que lo rellenó de nuevo.

—Si necesitas salir a correr, puedo acompañarte.

—Lo que necesito es ir a su encuentro para ponerla debajo de mí y dejar que esta mierda que me quema por dentro se vuelva solo un rumor mientras gime mi nombre.

—Sabes que su primo interferiría si te presentas en la base como un cavernícola haciendo el *unga-unga*, dispuesto a llevártela tirándole de los pelos. No sé tú, pero un enfrentamiento directo contra otro alfa es otra mala idea.

—Tengo peores, ahora mismo, rondándome por la cabeza. —Levanté la mirada y creo que vio una mezcla de tristeza y rabia, entrelazadas, asfixiándome.

—Admito que la de vincularte a una humana está en el top de la lista de «el licántropo flipado del año». —Consiguió hacerme sonreír, pero la posibilidad de que se me escapara y otro macho pudiera ser su compañero era insoportable. ¿Y si fuera un humano? Tal vez sería más llevadero, no estaba seguro. Recordé lo que me había contado, algo sobre que Mathew le había dado una paliza a un novio que llevó al territorio de la manada. Supongo que a mí también acabaría dominándome ese fuego que me quemaba por dentro y acabaría haciendo lo mismo. Mientras la sintiera así, jamás sería capaz de aceptar no ser yo el hombre que disfrutara de su cuerpo y acabara

durmiendo a su lado cada noche.

—Más le vale a ese tal Mathew no pasarse de visita por aquí, porque en estos momentos me gustaría matarlo.

—Vamos a intentar calmarnos y no matar a nadie, que ya suficientes problemas tenemos. Si no quieres salir a correr, intentaremos solucionarlo a base de copas. —Me colocó una mano sobre el hombro y nos sostuvimos la mirada. La pena se hizo un poco menos pesada.

—Es bueno tenerte de amigo.

Rellenó mi vaso y se colocó uno frente a él, dispuesto a compartir conmigo parte de aquel duelo. Bebimos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Rondaría la cuarta copa cuando me preguntó:

—¿Quieres que te diga lo que pienso del otro alfa? —Supongo que estaba un poco menos tenso, aunque igual de rabioso, así que asentí—. Creo que le has caído bien.

—¿Cómo has llegado a esa absurda conclusión?

—No ha intentado matarte, te ha advertido de que hay otro lobo que la está cortejando y además la ha animado a seguir follando contigo.

—De lo último no me quejo —admití.

—Me lo imagino. —Daniel rio por lo bajo—. A mí, personalmente, me gusta más que sigas de una pieza, pero cada uno tiene sus prioridades, supongo.

—No sería la primera vez que enfrento a un alfa. —Aquel recuerdo oscureció nuestras miradas. Fue al poco de la muerte de mis padres, cuando la manada y mi autoridad aún era más que cuestionada. No supimos cómo, pero llegó al pueblo un lobo solitario con un sutil rastro de alfa, pero grandes y siniestras aspiraciones. Las cosas se complicaron. La poca inocencia que me quedaba la perdí una noche de luna llena.

—Te estaba probando —me dijo—. Es posible que no te dieras cuenta, pero se notaba a millas que te irritaba su proximidad.

—No pretendía fingir que no lo hacía. Ella aún está cubierta con mi olor, tendría que haber respetado, al menos, eso.

—También podrías haberle dicho que era tu mujer, ya puestos —se cachondeó Daniel. Sonreí. Sonaba bien escuchar a alguien decir aquello—. Total, todos hemos oído como le ofrecías a Maya que fuera a buscarte cuando quisiera.

—¿Y?

—Siendo tú, esa oferta dice mucho, y lo sabes.

—Me importa una mierda.

—No, si ya, y eso es un puto problema. —No le repuse, porque tenía razón.

12

NOS PUSIMOS AL DÍA los tres. No tuvimos interrupciones molestas por parte de los dos forestales en cuya base de operaciones acabamos instalándonos para pasar lo que quedaba del domingo.

Admito que me decepcionó un poco que Derek no acabara metiendo la nariz en nuestros asuntos; tener a dos lobos extraños correteando por su territorio debía de molestarle tanto como si le hubiera salido un sarpullido en el miembro, pero se contuvo de venir a marcarnos. Más de lo que ya había hecho en la gasolinera, me refiero. No es que disfrutara con el cabreo monumental con el que se había ido, pero es lo que tiene el karma, lo que das se te devuelve. A mí me irritaba lo que él era, porque, tal y como Nolan había conseguido sonsacarme, Derek me atraía más de lo que debería, a él que un alfa hubiera venido a visitarme y se pasara por el forro su autoridad. Los dos estábamos jodidos, pero no en ese plan guay con un sofá de por medio, sino en uno de esos agujeros negros de mierda en los que algo te explota en la cara.

Le había asegurado a Nolan que ese repentino interés en el forestal tenía muchos más números de haber sido motivado por todo lo que me había hecho sentir a base de aquellos polvazos brutales que no porque lo nuestro se hubiera cocido a fuego lento. Apenas nos conocíamos y sospechaba que a Derek lo que le iban eran los fuegos artificiales y no esas insulsas chispas de interés mal definido que va *in crescendo* a medida que pasa el tiempo. Es la diferencia del que busca algo intenso y rápido, explosivo, y quien siente el deseo de conocer a alguien y no solo su cuerpo.

Esa maldita noche compartida había despertado en mí una malsana curiosidad por su persona, pese a que sabía perfectamente en qué contexto estábamos antes de descubrir ese detallito de nada, lo de que correteaba de tanto en tanto a cuatro patas y que su arrogancia mucho tenía que ver con el hecho de que era el maldito alfa. Casi que mi curiosidad ya estaba saciada. Casi.

No mejoró mi estado anímico cuando Ona me contó que Derek tenía que aparearse con una loba y le estaban eligiendo candidatas adecuadas. Nolan criticó que tuvieran ese tipo de costumbres con mirada un tanto siniestra, mientras que yo argumenté que, teniendo en cuenta que era el alfa, si quisiera, podría plantarse y negarse por sus cojones. Nadie pudo negarme aquello. El poder de un alfa, en una

manada, difícilmente era cuestionable. Aunque tanto su manada como con las que socializaban se rigieran desde la prehistoria por una leyes arcaicas y rígidas, estaba en su mano cambiarlas. Que no lo hiciera solo podía hacer que llegara a una conclusión obvia: que ya le estaba bien hacerlo. Que le importaba una mierda el quién y que se aparearía con la primera loba que cumpliera con sus expectativas. Supongo que compensaría la carencia de amor con buenas dosis de sexo. Más de una sería feliz con eso, supuse.

En cualquier caso, eso de que tendría que sentar la cabeza sin comerlo ni beberlo, explicaba muchas cosas. Por ejemplo, lo gilipollas que fue cuando me soltó eso de que yo solo había sido para él un entretenimiento. En ese momento me había cabreado, lo admito, pero si lo pensaba con frialdad, un poco de diversión era precisamente lo que yo había buscado aquella noche. No debería haberme molestado, pero era innegable que lo hacía. Quizá lo que me cabreaba era no habérselo dicho yo primero.

Entendía perfectamente que se hubiera querido desfogar con la primera cara bonita que se le hubiera cruzado antes de emparejarse con una loba; no podía criticarle eso. Ya era suficientemente jodida esa tendencia de los lobos a vincularse a una persona para toda su vida, como para hacerlo por obligación. No debería ser así. En Dóen las cosas no funcionaban así, pero cada manada es un mundo y que en la de Derek hubiera normas no era tampoco mala cosa. Garantizaba que se cumplieran unos mínimos que facilitaban la convivencia y limitaba la autoridad del alfa, algo que podía llegar a ser muy peligroso si ese rol lo ostentaba una persona poco apropiada. Un lobo de Hati. No sería la primera vez. En una de esas rescataron a Nolan cuando era poco más que un crío mi padre y mis tíos.

Ona había conseguido sonsacar a Silas y nos contó que hacía tiempo que la manada presionaba a Derek para que tomara esposa y tuviera cachorros con la esperanza de que engendrara algún alfa. Llevaba posponiéndolo tanto como le había sido posible, pero mi mala fortuna jugaba de nuevo en mi contra y mi llegada al pueblo había coincidido con la llegada de las lobas a las que Ona llamaba *pretendientas*, entre risas. Supongo que por eso había pasado aquello. Había decidido apurar ese último momento de libertad antes de acabar esposado con unos grilletes, un mordisco o un anillo, lo que fuera. Yo era la mujer que estaba de paso, una humana que no tenía por qué enterarse de la misa la mitad.

Y, por lo que a mí respectaba, no me importaba ese papel, pero no tragaría si estuviera en su pellejo.

Nos acercamos a cenar al pueblo.

No es que hubiera mucho donde elegir, así que acabamos decantándonos por un local con aspecto rústico y un horno de leña en

el que había una carta bastante variada. Había pasado delante del restaurante un par de veces y siempre había gente dentro, así que supuse que era una apuesta segura.

—Me he dejado el móvil en el *jeep* —nos dijo Nolan tras rebuscar en sus bolsillos—. Vengo en un par de minutos.

—Si son tres, te quedas sin vino.

—Sigue soñando. —Me removió el pelo en un gesto casual antes de separarse de nosotras.

Una mujer cincuentona de sonrisa radiante y rostro alegre se acercó a nosotros para acompañarnos a una mesa. Nos dio conversación antes de comentar cuatro detalles sobre el menú y liberarnos de su presencia. No diré que fuera molesta, pero estaba claro que esa no era una loba, porque era acogedora como la que más, algo que no parecía ser algo que caracterizara a la manada de Derek.

Mi hermana se excusó para ir al baño y me quedé allí, dejando que mis ojos vagaran por el menú, cuando un ruido seco, sobre la mesa, llamó mi atención. Había una mujer de ojos brillantes y pelo rubio mirándome como yo lo hacía con las acelgas hervidas que me hacía mi madre de niña. Al lado de su mano estaba el centro de mesa y supuse que lo había cogido y dejado caer sin demasiados miramientos para que el ruido me asustara, supuse. Que eso no quiere decir que hubiera logrado su cometido. Leí más allá de su mirada. Esa expresión de soberbia y de superioridad me hizo saber que, a diferencia de la cincuentona que regentaba el restaurante, la tipeja que había frente a mí era una loba. Una cabreada. Genial. Lo que me faltaba para acabar el día.

—Creo que no nos conocemos. —Desplazó su mirada hacia el centro floral. Acarició el pétalo de una de las flores que había en el jarroncito y casi esperaba que la despedazara, pero en vez de hacer eso, volcó de nuevo su atención en mi persona—. Soy Inda, la prometida de Derek, creo que con él sí que has coincidido.

La miré.

¿Prometida?

Sería gilipollas.

Derek no había perdido el tiempo, después de todo. Mentiría si negara que saberle vinculado a una loba me hirió un poco. O un bastante. Me había propuesto volver a pasar otra noche juntos y aunque me había negado por el cabreo que llevaba por eso de que era un lobo, la propuesta, en frío, era condenadamente tentadora. Saber que había tardado unas pocas horas en prometerse y, seguramente, en tirarse a otra, era un tanto humillante.

No es que pensara volver a liarme con él, pero supongo que lo nuestro ya era historia. De hecho, ni siquiera había habido un *nuestro*, ni una relación ni un nada definido. Sin embargo, hubiera agradecido

que se tomara unos días antes de tomar esa decisión, lo justo para que yo me largara de allí y no tuviera que vivirlo en primera persona. Eso hubiera sido un detalle por su parte.

Vi una mirada triunfal en su rostro. Algo absurdo e innecesario. Excepto que todo aquello no fuera más que una farsa cuyo objetivo era hacer que me sintiera como una mierda, algo que, hasta cierto punto, estaba consiguiendo. ¿Quizá no era más que la rabieta de una de sus pretendientas al saber que el alfa al que pretendían cazar tenía un algo con una humana cualquiera? Si estaban prometidos, eso debía de joderle un mazo.

No debería considerarme un peligro para sus intereses, porque Derek buscaba una loba con la que emparejarse, pero lo cierto era que, por lo que me había dicho mi hermana, su olor era fuerte en mi persona. La loba frente a mí tenía que saber que nos habíamos acostado y aunque yo tenía unas buenas tetas, no correteaba a cuatro patas cubierta de pelo, así que no era una candidata elegible.

Que tampoco es que quisiera serlo, que conste.

Ladeé la cabeza, valorando cuáles eran sus intenciones, hasta decantarme por la posibilidad de que me quisiera joder la vida. Si estaban o no prometidos era un detalle menor. A joder al vecino, podíamos jugar las dos. Sonreí, alzando el mentón.

—Pensaba que eras morena —le solté, con una mirada inocente—. ¿O tal vez eres rubia de bote?

—¿Morena? —Frunció el ceño y creo que se estaba planteando que otra loba se le había adelantado en cazar al alfa, mientras yo contenía, a duras penas, la risa. Acabó dándose cuenta de que le estaba tomando el pelo y eso no le gustó. Lo noté por el tono amargado con el que añadió—: Tal vez eres alguien importante entre los forestales, pero a las que son como tú, yo me las meriendo.

—Creo que te sería indigesta.

—No tienes ni idea de con quién te estás metiendo, vas a arrepentirte de esto.

Vi como una mano masculina se colocaba sobre su hombro antes de ver el rostro de Nolan asomando por detrás de ella, porque era un tipo condenadamente alto. La loba se estremeció y sus pupilas se dilataron, asustada, cuando se giró para contemplarle. La esencia del alfa, la dureza de su mirada y la expresión enojada hicieron que se achicara al instante. Ya no había rastro alguno de los humos con los que se había crecido mientras me amenazaba.

—Ya se iba —le aseguré a Nolan.

—¿Es eso cierto? —le cuestionó mi amigo usando su influencia de alfa sobre ella.

—Yo…

—Estás de suerte de que haya interferido antes de que Maya te

parta la cara por tu insolencia, porque sospecho que te merecías, al menos, eso. —Nolan podía ser un chungo; era capaz de hacer que hasta los delincuentes de las zonas malas de la ciudad evitaran cruzarse con él pese a ir vestido con ropa cara y un reloj de lujo. Cuando quería, destilaba ese algo que decía a gritos que era un tipo al que era mejor no incomodar. No hacía falta ser un lobo para presentir eso—. Vas a irte, ¿ha quedado claro?

—Sí. —Nolan la liberó de su contacto y se sentó a mi lado.

Colocó su brazo sobre el respaldo de mi silla, en un gesto casual pero que, al mismo tiempo, era posesivo: una clara advertencia de que estaba bajo su protección. Supongo que lo primero era inevitable dada su naturaleza de lobo alfa y lo segundo innecesario por la mía. No era el primer lobo con el que discutía.

La loba se humedeció los labios mientras miraba a Nolan como si fuera la guinda más jugosa de un enorme pastel. Creo que quiso decirle algo, pero al final prevaleció la orden del alfa y se largó de allí, dejándonos solos.

Ona aprovechó el momento para sentarse frente a nosotros.

—No me lo digas, una de las *pretendientas*.

—¿Cuántas locas de esas andan sueltas por el pueblo? —cuestionó Nolan mientras observaba cómo salía del local.

—De momento una, pero creo que esperan que lleguen tres más. ¿Estás pensando en dejar eso del celibato? —Nolan puso los ojos en blanco, porque no era de los que gruñían, por norma general, aunque esta vez Ona se lo estaba ganando a pulso—. Sería un plan sin fisuras. Tú entretienes a esas lobitas ansiosas de que les metan el rabo y así Maya aprovecha estos días que le quedan aquí beneficiándose al otro alfa, que por mucho que diga, le sigue teniendo bastantes ganas.

—¿Oyes algo? —le pregunté a Nolan.

—Un murmullo, como si alguien hablara a lo lejos.

—Eso me parecía. —Mi hermana me dio una patada por debajo de la mesa y empecé a reír.

—Dirás lo que quieras, pero te gusta el lobo —sentenció.

—Me gustaría si no lo fuera —cedí, al menos, en eso.

—Lo veo un tanto volátil para ser un alfa —intervino Nolan—. Creo que Maya le gusta más de lo que dice y eso le está volviendo inestable o…

—¿O qué? —inquirí.

—O deberíamos ir con cuidado, que no resulte que al final vaya a ser un chucho peligroso.

—Me decanto por la primera teoría, pero con eso de que solo se vinculan entre lobos, no puede plantearse algo en serio con Maya —opinó mi hermana tras mordisquear un trozo de pan—. No poder elegir a tu pareja es como para cabrear a cualquiera.

—¿Hola? Estoy aquí delante y yo tampoco me planteo nada serio, gracias por preguntarme.

—¿Verdad o prueba?

—¿En serio vamos a jugar a eso ahora? —mascullé entre dientes, porque pese a que era uno de nuestros juegos favoritos cuando éramos niñas, había llovido mucho desde entonces, pero Ona solía sacarlo a colación cuando quería hacerme un tercer grado. Piqué, como siempre, y sus ojos brillaron con malicia—. Verdad.

—No sé por qué le sigues el juego si sabes que va a ponerte en un compromiso —opinó Nolan.

—Tú eres un alfa, puedes decirle que no y quedarte tan pancho.

—No tiene autoridad sobre ti —remarcó Nolan.

—Te recuerdo que es mi hermana mayor. —Ona sonrió cuando vio que hacía una mueca.

—Si no fuera un lobo, ¿te gustaría volver a liarte con él?

—No estuvo mal.

—Eso no es un no. —Ona sonrió con aspecto vencedor y me decanté por callarme porque no podía contradecirla. Si no fuera un lobo… el problema era que sí lo era.

—¿Verdad o prueba? —contrataqué.

—Verdad.

—¿Cuándo vas a decirle a Lucas que quieres largarte del pueblo? —Nolan se tensó y miró a mi hermana mientras se recostaba contra su asiento.

—¿Nunca? —Gruñó antes de añadir—: Estoy buscando un plan para hacerlo con estilo.

Nolan rio por lo bajo mientras negaba con la cabeza, como si dudara de que fuera capaz de encontrar la motivación para hacer ese giro radical en su vida. Mi hermana había seguido los pasos de nuestro alfa, su tío, y había estudiado Veterinaria. Todos dimos por supuesto que se quedaría en Dóen y le ayudaría en el centro veterinario que regentaba con su mujer, pero por lo visto le apetecía cambiar de aires, aunque no tenía las agallas para decírselo a Lucas.

Estaba a punto de contestarle con alguna burrada cuando Nolan se tensó. Busqué con la mirada qué había llamado su atención y Ona hizo lo mismo. Había una loba joven de dieciséis o diecisiete años a pocos metros de nosotros. Parte de su cabello oscuro ocultaba la mitad de su rostro, pero no necesité ver la totalidad de su cara para saber que el miedo la teñía mientras empezaba a convulsionar y sus piernas temblaban. No sabría decir a quién miraba, si a Nolan o a mí, porque estábamos juntos. Lo que no daba margen de duda es que estaba en un estado de *shock*.

—No muerdo —soltó Nolan con un tono frío y cortante, creo que molesto por su comportamiento y la chica soltó los platos, sin mediar

palabra. El estruendo de la cerámica rompiéndose al chocar contra el suelo hizo que fuera el centro de atención de todo el local mientras nos daba la espalda y salía corriendo.

La mujer que nos había asignado la mesa intentó interceptarla, pero ella se zafó sin demasiada dificultad y desapareció por la puerta por la que nosotros habíamos entrado. La responsable se quedó quieta, sorprendida con su comportamiento. No necesité que me lo confirmaran, pero esa cincuentona no era una loba. La chica, en cambio, tenía puntos de haberse sentido cohibida por la imponente aura de alfa de Nolan.

Tras recuperarse del sobresalto, la mujer que dirigía el negocio comenzó a dar órdenes a las otras dos camareras antes de acercarse a nuestra mesa con gesto culpable.

—Lamento lo ocurrido —nos dijo, como si no acabara de entender exactamente cuál había sido el problema. Admito que Nolan puede ser un tanto intimidador cuando se lo propone, pero, por una vez, tampoco es que pudiera culparle—. Ha tenido problemas en casa y lleva unos días que no acaba de ser ella. Pediré que pasen vuestro pedido antes que el del resto de mesas, enseguida os lo traeremos.

—No pasa nada, todos tenemos días —le aseguró Ona, regalándole una generosa sonrisa; para cuando la mujer se fue, se giró para mirarnos—. Creo que no están acostumbrados a que otros alfas vengan de visita.

—Son cerrados y ella es muy joven e impresionable —opiné, asumiendo que la chica que se había dado a la fuga era una loba.

—¿Estás quitándole mérito a mi varonil presencia?

—Que te den.

Disfruté de su compañía durante la cena.

Nunca he sentido la necesidad de los lobos de formar parte de algo más grande, pero sí disfrutaba de la complicidad de ese tipo de momentos. Supongo que no era la única. Ona y Nolan conectaron al poco de que este último llegara a Dóen. Al principio era un niño asustadizo y mi hermana tomó un cierto rol protector con él, pero en un ambiente seguro, Nolan no tardó en demostrar que su lobo era un alfa y al final los papeles se invirtieron y se convirtió en la sombra que siempre velaba por la loca de mi hermana y, cuando yo nací, asumió el mismo rol entre controlador y protector, un tanto paternal, incluso si yo no era una loba.

A Lucas nunca pareció importarle ese ascendente tan fuerte que poseía, más bien al contrario. Creo que muchos de los lobos de la manada pensaban que, con la adolescencia, acabaría liado con una de nosotras. Nada más lejos de la realidad.

Nolan era como un hermano mayor y creo que él jamás nos pondría una mano encima. Yo tampoco me imaginaba retozando con él, y eso

que le había visto en pelotas y era un ejemplar de hombre digno de ser admirado. Era una verdadera lástima que estuviera cerrado en banda a lo de «confraternizar» con mujeres, no tanto porque yo tuviera intención de acostarme con él, sino porque era una pérdida para muchas de mis congéneres. Solidaridad femenina. Soy buena gente, en el fondo.

Su determinación venía de la mierda que había vivido de niño. Le rescataron junto a un grupo de lobas de una manada en la que los machos abusaban de todas las formas posibles de ellas y sus condiciones eran precarias. El alfa descendía de un lobo de Hati, organizaban combates clandestinos, prostituían a sus lobas y mataban a la mayoría de los cachorros si eran machos; a las hembras las dejaban vivas para poder abusar de ellas a partir de la adolescencia. Una verdadera mierda de peña.

Suponemos que sus primeros años de vida fueron complicados, aunque él nunca nos había hablado de aquella época y ni siquiera sabíamos qué recordaba y qué no. Tampoco era un tema que tuviéramos ganas de sacarle a colación a Susan, su madre.

Yo sospechaba que ese era uno de los motivos por los que Ona tampoco acababa de decidirse a largarse del pueblo. Había llevado mal mi huida del pueblo, que mi hermana hiciera lo mismo sería un golpe bajo. Lo cierto era que, aunque formaba parte de la manada, solo se relajaba por completo con nosotras. El porqué de esa conexión no sabría decirlo, pero era una realidad que todos habíamos asumido, hasta el punto de que cuando Lucas quería que rectificara algo de su comportamiento, solía acudir a nosotras para que intercediéramos. Nolan podía tener un pronto un tanto chungo y por eso era el más contenido y frío de los lobos que conocía: no dejaba que su lobo tomara el control porque se podía ir de madre sin comerlo ni beberlo.

Que los mandamases de la manada hubieran adaptado su forma de tratarle demostraba hasta qué punto le apreciaban. Querían que se sintiera cómodo entre ellos, aunque nadie dudaba que la estrategia de cómo tratar a Nolan y evitar un enfrentamiento directo era cosa de Amanda, nuestra alfa. Esa loba siempre sabía mucho más de lo que decía, aunque fingía no hacerlo para que no te sintieras intimidado con sus peculiares habilidades.

—¿Vamos a beber algo? —propuso Ona en cuanto salimos a la oscuridad de la noche. Apenas unas pocas farolas iluminaban el pueblo, dándole unos tonos anaranjados y un aspecto un tanto bucólico. Me sentía mejor en ese tipo de ambientes rurales que no en el bullicio nocturno de la gran ciudad.

—Aquí no es que haya muchos sitios para hacer eso un domingo a la noche —murmuré.

—Estaba pensando en la taberna de Daniel.

—¿Desde cuándo sabes tú que tiene una taberna? —le cuestioné y Nolan rio por lo bajo.

—Me dijiste que había tíos buenorros, no pienses que me he olvidado de esa parte.

—¿Vas a intentar ligarte a uno de los betas de Derek? —protesté, enfadada.

—Iría a por el alfa, pero ese ya tiene dueña.

—¿Crees que realmente esa perra es su prometida?

—¿La que te ha encarado en el restaurante? —Chasqueó la lengua—. ¡Qué va! Me refería a ti. Ese macho se ha preocupado de que apestes a él; créeme que una vez le supo a poco, si no no hubiera dejado ese rastro. Aún no sé por qué no aceptas su propuesta de tener un rollito juntos mientras estés en el pueblo, teniendo en cuenta que te gusta a rabiar.

—Porque es una pésima idea. Y no me gusta a rabiar.

—Ya, claro.

—Lo sabré yo, ¿no?

—A ti no sé cuánto te gusta, pero no creo que me hubiera amenazado si tú no le gustaras. No quiere a ningún otro macho cerca de ti y eso, enana, es bastante sospechoso siendo un lobo. —Nolan hoy por lo visto quería hurgar en la herida.

—Lo que yo decía, te tiene ganas. Y tú a él. ¡Qué gran tragedia! —Golpeé a mi hermana en el brazo.

—Desde luego, no es que él no se lo dejara claro: le dijo que si se sentía sola le buscara, y no creo que fuera para hacer manualidades juntos.

—Gracias, Nolan, por tu interesante aportación —ironicé mientras intentaba hacerle desaparecer con la mirada.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó mi hermana a Nolan—. ¿Será tan tozuda como para desaprovechar esta oportunidad?

—No me acuesto con lobos.

—Técnicamente, te has acostado con uno —opinó Nolan, conteniendo la risa.

—Ya me entiendes.

—No todos quieren marcar a una hembra con el primer polvo, ¿sabes? Mathew es un caso aparte porque él no te quería solo para unas cuantas noches de sexo loco y carente de significado.

—Y Derek me quiere solo para eso, ¿no?

—¿Él? No tengo ni idea de qué quiere, pero sí sé que lo que te tiene a ti encandilada no es su sonrisa, sino algo grande y duro que le cuelga entre las piernas.

—¿La cola? —cuestionó Nolan que estaba partiéndose de la risa.

—Gracias por hacerme sentir como si fuera una perra —le dije a mi hermana tras hacerle una peineta.

—Un poco lo eres, para qué negarlo. ¿Vas a decirme que no quieres un poquito de eso?

—Tener una hermana para esto —mascullé entre dientes.

—No le veo el problema, en serio. Entiendo que te agobiaras con Mathew y su obsesión con comprometerse contigo…

—Tenía dieciséis años.

—Vale, sí, eras una cría. Pero es que Derek lo único que quiere es un buen revolcón y sabes que no va a darte la lata más allá de eso. La mayoría de los lobos rehúyen del compromiso, aunque nos gusta mucho el sexo. —Se rio por lo bajo y supe que pretendía pasar una noche de lo más entretenida—. Te tocó el único lobo obsesionado en hacer las cosas bien, ¡ya ves qué mala suerte la tuya!

—Zorra.

—Ahora ya no eres una cría —intervino Nolan y me lanzó una mirada acusatoria—. ¿Tan malo sería acabar sentando la cabeza con un lobo?

—¿Por qué hemos pasado a hablar de Mathew?

—Yo me refería a Derek. Sois dos adultos y hay química entre vosotros; creo que os sabríais llevar.

—Nuestra relación maduró después de que le metiera dos balas en el cuerpo —me cachondeé.

—¿En serio hiciste eso?

—Culpable. —Nolan empezó a reír a carcajadas.

—Va a acabar gustándome ese tipo. ¿Sabes qué? —le preguntó a mi hermana—. Me apetece esa copa. No seas estúpida y disfruta de lo que sea que os traéis entre manos.

—Os recuerdo que sus *pretendientas* andan por el pueblo.

—Si fueras una loba, te aseguro que no habrían hecho llamar a ninguna de esas.

—Lo que sea —murmuré, reflexionando cuán contradictoria podía llegar a ser conmigo misma.

Entendía lo que Ona no había llegado a decir: que tal vez Derek se plantearía algo conmigo si fuera una loba. Algo serio, me refiero. Me estremecí. Yo no estaba buscando eso. Y menos con un lobo. Pero, por extraño que fuera, en vez de sentirme aliviada, me molestó saber que jamás me consideraría su igual. Era un comportamiento un tanto inmaduro por mi parte, porque había plantado a un lobo que sí lo hacía y que pretendía vincularse a mí, pero ahora, en cambio, me irritaba que Derek me considerara solo como un entretenimiento con el que finiquitar su libertinaje. Como si eso me supiera a poco. ¿Bipolaridad? ¿Nivel madurativo de una lagartija? Correcto.

13

CUANDO ENTRAMOS EN EL LOCAL de Daniel, todos los presentes se tensaron mientras nos observaban. No me intimidé porque Ona y Nolan me cubrían los flancos, pero estaba claro que había más lobos que humanos y que nuestra presencia en el local no les agradaba.

Daniel estaba en la barra y nos miró con ojos curiosos y Silas, sentado en una de las mesas, se había girado para observarnos. El único que ignoró nuestra llegada fue Derek, que permaneció impasible, dándonos la espalda y centrando su atención en la copa que tenía delante.

—¿En la barra? —ronroneó Ona y Nolan se limitó a asentir. A veces tenían esas cosas, cada uno asumía su rol, incluso si no se daban cuenta de que lo estaban haciendo.

Nos acercamos a Daniel, pero Ona se quedó a medio camino porque Silas le había dado un repaso de arriba abajo y ella no es de las que dejan escapar la oportunidad de pasárselo bien. Puse los ojos en blanco al verla contonear su cadera frente a Silas y me decanté por ignorarla y seguir a Nolan a la barra. Me senté en uno de los taburetes y mi mejor amigo ocupó el que había a mi lado.

—¿Qué os pongo? —Nolan me miró y asentí.

—Un par de ron con cola.

—¿Y para ella? —nos preguntó Daniel señalando con el mentón a Ona.

—Que se espabile —repuso Nolan con una mirada un tanto insolente.

—Lo más probable es que consiga que tu hermano la invite, así que tú tráenos lo nuestro que Ona se basta sola —añadí.

Asintió antes de coger dos vasos y colocar unos cuantos hielos dentro. Vertió una buena cantidad de ron en su interior y los dejó frente a nosotros, junto a las latas de refresco.

—No me he presentado antes, soy Daniel Ilerdenc. —Le tendió la mano a Nolan y él la aceptó.

—Nolan.

—¿A secas? —le cuestionó Daniel.

—Nolan Mason, oficialmente. —Ese era un tema complicado, el del apellido de Nolan. En primer lugar, porque nadie tenía la certeza de quién era su padre, ni siquiera su madre, Susan. En segundo lugar, porque Nolan se negó a seguir usando el apellido del que había sido su

antiguo alfa, así que Lucas acabó haciendo un montón de papeleo para fingir que era el padre biológico de Nolan y las dos jóvenes lobitas que rescataron. Les dio una nueva identidad y una nueva vida. Algo que, la verdad, se merecían.

—¿Son todos de la manada? —pregunté a nadie en concreto y fue mi amigo el que asintió—. Ya veo que soy el patito feo del local.

—Yo no diría exactamente eso. —Me estremecí al escuchar la voz de Derek.

Me giré para observarle. Se sentó en el taburete que había libre a mi lado, tras mirarme de una forma que me hizo sentir un hormigueo en el vientre, premonitorio. Si él pudo o no percibirlo no sabría qué decir, porque desvió su mirada en dirección a Nolan e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Apestas a alcohol —opiné.

—Debería estar arriba durmiendo la mona —intervino Daniel, con una media sonrisa que parecía un punto paternal—. Lleva bebiendo desde esta tarde; creo que pretende descubrir si los lobos podemos acabar con un coma etílico o no.

Derek miró a Daniel y se encogió de hombros.

—¿Y eso? —le pregunté a Derek, estudiándolo.

—Llevo un mal día.

—¿Cómo de malo? —le cuestionó Nolan. Los ojos azules de Derek se desviaron de su copa para centrarlos en los de mi amigo.

—Como que tengo a un alfa correteando por mi territorio sin que lo haya invitado.

—Pues en ese caso mejor estar sobrio —bromeé.

—Invítame y dejará de ser un problema —le contestó Nolan, con expresión neutra, como si todo aquello le resbalara—. Es bueno establecer nuevos contactos. Alianzas. Ampliar nuestros puntos de mira. No es que tenga autoridad en mi manada, pero Lucas Mason, nuestro alfa, siempre me ha escuchado.

—Es cierto que siento curiosidad por vuestras… costumbres —cedió. Su mirada se desplazó hasta mi persona. Se humedeció los labios en un gesto casual, pero que fue condenadamente *sexy*, antes de volcar de nuevo su atención en mi amigo—. Que ella sepa de nosotros es algo que, aquí, sería impensable.

—No nos regimos por las mismas tradiciones, eso es algo obvio —sentenció Nolan y lo estudió antes de añadir—: Quizá te interese conocer las nuestras; igual hasta te gustan.

—Los viejos no son muy dados a hacer cambios —advirtió Derek y creo que aquello le pesaba—. Conocerlas, en cualquier caso, sería interesante para entender… vuestras peculiaridades y jerarquías.

—Estaría dispuesto a hacer de interlocutor.

—Bienvenido a mi territorio, Nolan, en ese caso. Eres libre de

correr con los míos.

—Es un placer, Derek. —Nolan le tendió la mano por delante de mí y Derek la aceptó. Me estremecí porque aquello no me lo esperaba. Que pudiera haber cierto grado de complicidad entre ellos. Los lobos eran criaturas, de base, cerradas. Muy celosos con los suyos: sus cachorros, sus territorios y su manada.

Derek parecía dispuesto a que Nolan husmeara entre ellos, como un igual, durante su estancia aquí. Una muestra de buena voluntad.

—Creo que es mejor tenerte de aliado que de enemigo —admitió Derek, con una media sonrisa lobuna. Mi amigo le sonrió.

—No lo sabes bien —murmuré, sintiéndome extrañamente bien de repente. Los ojos de Derek me buscaron y tras separar su mano de la de Nolan, la dejó reposar sobre mi muslo. Di un pequeño respingo, pero su atención estaba en la copa que se estaba llevando a los labios con la otra mano. Elevé una ceja, pero me ignoró. Lo cierto era que la calidez de su mano, sobre mi pierna era agradable, así que decidí no montarle un número cuando, en el fondo, me gustaba ese contacto. Sentirle.

—Estábamos hablando de tu mierda de día —decidí presionarlo.

—Eso…

—¿Acaso tiene algo que ver con la rubia de piernas largas que hemos conocido antes de cenar? Parecía encantadora. —A Nolan algún día le cortaría las pelotas. No es que hiciera mucho uso de ellas, si me ceñía a su situación, pero digo yo que le dolería igual.

—Silas la ha estado paseando por la zona.

Derek supo a quién se refería mi amigo, así que me planteé que la loba no se hubiera marcado un farol. Estúpido por mi parte sentir su mano sobre mi pierna como una pequeña victoria, incluso si tal vez él ya tenía dueña. Si se vinculaba a ella, *cuando* se vinculara a ella, seguramente ya no tendría interés en otras mujeres. Quizá estaban prometidos, pero estaba claro que no había dado aún ese paso.

—¿Como si fuera un perrito faldero? —me cachondeé. Levantó la mirada para fijarla en mis ojos y mostró una sonrisa ladeada—. ¿Sabes que se ha presentado como tu «prometida»?

—¿Y eso te ha molestado?

—Para nada, pero sus amenazas, un poco. —Vi cómo se erguía y su mano se cerraba sobre mi muslo. El brillo del alcohol desaparecía, como si el lobo hubiera sido capaz de tomar el control—. Más que una loba, creo que es una zorra, pero teniendo en cuenta a mi hermana, no soy quién para criticarla.

En esos momentos ella y Silas estaban saliendo por la puerta del local; me escuchó pese a la distancia y se giró para mostrarme una peineta antes de largarse de allí con el lobo. Ni Nolan ni yo dudábamos de qué estaría haciendo con él durante lo que quedaba de

noche.

Derek desvió la mirada en dirección a Nolan. Su expresión se había vuelto dura.

—¿Hay algo que deba saber?

—¿Sobre los gustos sexuales de Ona? —le cuestionó mi amigo antes de añadir con una media sonrisa—: Le dejará seco.

—La loba. ¿La ha amenazado? —gruñó. Había rabia en su mirada.

—Nada importante. Maya no es de las que se dejan intimidar —respondió Nolan y creo que eso no le tranquilizó en absoluto. Coloqué mi mano sobre la suya, encima de mi pierna. Sus dedos se separaron para enlazarlos con los míos. Su tensión era evidente, pero ahora no parecía a punto de estallar en un ataque de cólera. Los alfas suelen ser un tanto explosivos y, aunque su capacidad de control es buena, bajo los efectos del alcohol no tenía muy claro cómo se comportaría y no quería acabar haciendo de mediadora o pegándole un par de tiros, otra vez, para intentar contenerlo.

—De eso, en concreto, ya me he dado cuenta.

Nolan rio por lo bajo antes de añadir:

—Creo que la has calado.

Derek no le contestó y sus ojos buscaron los míos. Sentí sus dedos presionar mi mano, no con violencia, pero sí con el deseo de saber que aquello era real. Nuestras manos unidas. Él y yo, allí, juntos, de nuevo.

—¿Cuántas de esas llevas? —le pregunté señalando con el mentón su copa.

—Más de las que debería.

—Asumir responsabilidades nunca ha sido lo mío —admití con media sonrisa, teniendo la absurda necesidad de reconfortarle—. No soy quién para criticarte.

—¿Criticarme el qué exactamente?

—Que hayas cedido a vuestras costumbres. Se supone que ya has elegido una candidata, ¿no?

—¿Quieres la verdad? —Ladeó la cabeza.

—Estaría bien, sí.

—La he evitado desde que llegó. —Me escondí detrás de mi copa porque la mirada de Derek era demasiado caliente. Había calado a la loba, después de todo, pero no tenía claro si me hubiera facilitado la vida que, en realidad, ya estuviera comprometido. ¿En qué situación nos dejaba entonces eso?

—No te pierdes nada —opinó Nolan.

Derek se tensó y escuché un ronroneo que no prometía nada bueno. Se quedó en su asiento, más rígido de lo que había estado hasta ese momento. Vi como Daniel y Nolan se giraban para mirar en dirección a la puerta del bar. No me sorprendió que se abriera. Los lobos tienen

unos sentidos más finos que los que no éramos como ellos.

Tres hombres entraron en el local. Eran ancianos, pero algo en su porte me dijo que no solo eran lobos. Había algo más.

—Coge tu copa. Arriba estaremos más tranquilos.

No es que sea de las que acatan una orden sin tocar primero un poco los cojones, pero algo en la tensión de Derek hizo que me callara y me limité a apretar los labios. Miré a Nolan mientras Derek se levantaba, ignorando a los recién llegados.

—Vete con él. Estaré bien.

—Prometo acompañarle hasta que cerremos —intervino Daniel y me guiñó un ojo, como si quisiera quitarle hierro a la situación, pero yo no era tan estúpida como para no notar la tensión que podía sentirse en el ambiente—. Si luego te apetece, podríamos salir a dar una vuelta.

—No suelo manifestarme como lobo si hay cerca desconocidos, pero gracias igualmente. —Buscó algo en sus tejanos y me lanzó las llaves de su *jeep*—. Cuando acabe, me daré un paseo hasta la base; no te esperaré despierto como hace tu padre, así que tú misma.

—Nos hablamos. —Acepté la mano que Derek me tendía.

Nos metimos por una puerta trasera y cruzamos un almacén para llegar a una escalera por la que subimos al piso superior. No tenía muy claro qué me encontraría, pero lo cierto era que era un comedor de aspecto agradable, sofás mullidos, una televisión plana enorme y una mesa con seis sillas que nada tenían que ver unas con las otras, como si las hubieran ido añadiendo sobre la marcha.

—¿Vas a contármelo?

—¿El qué exactamente? —me cuestionó Derek tras sentarse en un sofá, dejándome un espacio generoso para que hiciera lo propio a su lado.

—Quiénes eran esos tres —le contesté a la vez que tomaba asiento. Le observé mientras daba un sorbo a mi copa. Me estudió hacerlo, y la proximidad entre nosotros se me hizo más evidente.

—Tres de los viejos.

—Los que quieren que elijas a una loba.

—Los mismos.

—Me imagino que no deben de estar muy contentos conmigo.

—Es conmigo con quien tienen un problema. Siempre lo han tenido. Viene de lejos.

—¿Por qué? —Derek dejó el vaso sobre la mesita y se recostó en el sofá. Vi como se pasaba la mano por el frondoso cabello oscuro.

—Dos de ellos eran betas de mi padre. Su muerte nos pilló a todos desprevenidos.

—¿Cazadores? —le pregunté. Negó con la cabeza.

—Un accidente de tráfico.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me exigieron que ocupara su lugar, pero pretendían seguir siendo mis segundos.

—Pero elegiste a Silas y a Daniel.

—Lo hice, consiguiendo que se cabrearan y pusieran a parte de la manada en mi contra.

—¡Qué majos!

—Desacreditaban mis decisiones y en aquella época… ni siquiera yo tenía claro si eran buenas, si somos realistas. Era poco más que un crío. Nos dividimos, mi autoridad no podía ser negada, pero sí cuestionada. Los lobos acudían a ellos cuando tenían un problema y mi autoridad era ninguneada.

—Algo cambió, ¿no?

—No sé si debería contarte esto.

—¿Por qué?

—Lo que pasa en la manada, se queda en la manada.

—A mí tu manada, la verdad, es que me la suda —le solté y vi como se encabritaba. Le coloqué una mano sobre el pecho y su mirada descendió hasta ese punto, para recorrer después el trayecto de mi brazo y seguirlo hasta llegar a mi rostro—. Pero si es algo que fue importante para ti, si sacar la mierda puede hacer que te sientas mejor, puedes contar conmigo, entonces.

—¿Significa eso que no te importo una mierda?

—Estoy aquí, ¿no?

—Otro alfa llegó a Pardines dispuesto a hacerse con el control de la manada.

—Joder… ¿De dónde salió? —Pensé en las manadas que decían que solían frecuentar; quizá el alfa de una de ellas decidió intervenir antes de que las desavenencias entre el joven alfa y los antiguos betas de su padre pudiera acabar complicándose.

—Elias, uno de los viejos, tenía un hijo. Un tipo algo problemático desde niño, pero empeoró después de irse a la ciudad. Creo que allí se vino arriba. Drogas, sexo, peleas… se decantó por la mala vida, pero como apenas ponía un pie en Pardines mi padre no intervino. No sé cómo lo conoció, pero sí sé qué tipo de persona era.

—¿Y el viejo apoyaba el comportamiento de su hijo? —Derek negó.

—No, no lo hacía, pero era su hijo, después de todo. El resumen sería que trajo al pueblo al lobo con el que solía desfasarse para que me sometiera. Creo que le había prometido que se convertiría en su beta.

—Por lo que dices, ese alfa bien podría ser un descendiente de Hati. Son muy dados a los vicios y a cometer abusos.

—Los enfrentamos. Silas y Daniel estuvieron a mi lado, pero el hijo de Elias no fue el único que decidió apoyar a aquel extraño.

—No debió de ser fácil.

—No lo fue. Tras aquello, maduramos. Nos instalamos los tres aquí. —Abrió los brazos para englobar aquel lugar que había sido su casa tiempo atrás—. Los viejos aceptaron mi autoridad, pero siempre están allí, marcando un camino que no siempre es el que yo desearía seguir, pero sé que, aunque podría enfrentarlos y someterlos a mi voluntad de alfa, eso podría volver a dividir a la manada.

—Y no quieres que eso vuelva a pasar. —No me contestó, pero le dio un largo trago a su vaso hasta vaciarlo. Lo depositó sobre la mesa antes de volver a recostarse en el sofá. Colocó su mano sobre mi rodilla y la acarició.

—Hay otras cosas que sí que me gustaría que volvieran a pasar. —Estábamos solos. ¿Qué diablos quería yo?

—Supongo que no te refieres a que te meta dos balas en el cuerpo.

—Estaba pensando más bien en ser yo el que metiera algo en el tuyo —ronroneó tras inclinarse hacia mí y rozar mi cabello con su rostro, demorándose para inhalar mi olor. Que hiciera aquello me excitó y supuse que él fue consciente de ese cambio, porque su mano empezó a moverse sobre mi pierna. Me mordí el labio inferior.

O me largaba de allí o sabía perfectamente qué acabaría pasando.

—No me acuesto con lobos. —No tengo claro si se lo decía a él o me lo decía a mí misma.

—Teniendo en cuenta que conmigo ya te has acostado, creo que podrías considerar lo nuestro como una excepción a esa norma.

—Tienes a una loba más que dispuesta en algún lugar del pueblo, podrías irte a pasar la noche con ella.

—¿Te molesta que solo puedas ser una fugaz aventura antes de que siente la cabeza?

—Nunca tuve intención de que fuera otra cosa.

—Hay veces en las que las cosas pasan, sin más. Yo tampoco tenía interés en sentar la cabeza.

—¿No puedes negarte?

—Negarme volvería a dividir a la manada —murmuró, rozándome el lóbulo de la oreja con su aliento—. Mi deber es asegurar el futuro de la manada, darles un alfa. Lo que pasó tiempo atrás… alguien con un poco de sentido común deberá sucederme algún día.

—Lamento que tengas que hacerlo.

—Yo también.

—¿Cuándo tomarás esa decisión?

—No lo sé. Ahora solo puedo pensar en que quiero tenerte entre mis brazos de nuevo, perderme por tu cuerpo hasta que vuelvas a correrte con mi miembro clavado en tu interior.

—Si pretendes ponerme cachonda, lo cierto es que lo estás consiguiendo.

Ronroneó y se acercó a mí. Sentí su aliento acariciarme y cómo atrapó el lóbulo de mi oreja entre sus dientes. Su mano ascendió por mi muslo hasta llegar a mi entrepierna. Comenzó a trazar círculos allí, haciendo que me estremeciera, presa de la excitación.

—Créeme que lo sé.

—Estás medio borracho.

—En estos momentos estoy sobrio y sé perfectamente qué quiero.

—¿No será una complicación que volvamos a liarnos cuando estás en proceso de elegir una loba?

—Mi vida ya es complicada de *per se*. Prefiero pensar en el ahora y en lo que está a punto de pasar entre nosotros. Tú y yo. —Dejó de rozar con su mano aquella zona sensible entre mis piernas, que empezaba a humedecerse, para cogerme del mentón. Lo hizo con suavidad, algo que me sorprendió—. No sé qué nos deparará la vida mañana, pero sí sé que, en estos momentos, quiero fundirme contigo. Un nosotros. Aunque sea solo en nuestra imaginación. Nada más importa.

Sus ojos se clavaron en los míos mientras, lentamente, sin liberar mi mentón de su contacto, sus labios descendían hasta contactar con mi boca. Me besó con suavidad y hasta diría delicadeza. Mis labios le respondieron con cierta inseguridad. Era un lobo y esta vez no tenía ninguna excusa con la que justificarme. Un nosotros. Sonaba bien. Incluso si era algo que jamás sería real. Me tendría que bastar esa noche. Nos tendría que bastar. Le besé. Mis labios se abrieron a él y mi lengua se introdujo en su boca, ansiosa de su contacto. Se estremeció y sus brazos rodearon mi espalda haciendo que al poco el beso se volviera ardiente. Pasión y fuego, deseo y prohibición; unidos en un mismo momento.

—En mi habitación —gruñó Derek cuando me saqué la camiseta, dispuesta a desnudarme para él. Me arrastró entre besos, aplastándome contra la pared en varios puntos del camino, comiéndome mientras sus manos recorrían todo mi cuerpo.

Sus besos se volvieron cada vez más ardientes y su necesidad, y la mía, nos cegaban. Acabé tendida en una amplia cama, con Derek encima, besándome y mordiéndome por todo el cuerpo. Me estremecí cuando sus dedos empezaron a penetrarme mientras su boca jugueteaba con uno de mis pezones al mismo tiempo.

—Vas a volverme loca.

—Bienvenida a mi mundo —me soltó con un ronroneo, mordiéndome después con fuerza, haciendo que gimiera.

—Derek.

—¿Sí, Maya?

—Te quiero dentro. —Escuché que reía por lo bajo.

—Me gusta cómo suena eso —ronroneó—. Que sepas que

normalmente el que da órdenes soy yo, pero contigo me siento magnánimo y no me importa que seas la única excepción. Mi perdición.

—La perdición del alfa —bromeé mientras me volteaba sobre el colchón, me encontré con su torso sobre mi espalda. Deslizó una mano entre mi abdomen y el colchón hasta llegar a mi clítoris y empezó a friccionarlo mientras me mordía en la oreja y yo me arqueaba furiosa de que no tuviera en cuenta mi petición. Sus rodillas empujaron ligeramente las mías y alzó un poco mi cadera usando el brazo con el que me estaba tocando. Noté algo que se abría camino en mi interior con una estocada profunda que hizo que gimiera al sentirlo encajado dentro. Escuché como gruñía con fuerza, como si aquello le afectara tanto como a mí.

—Yo también te quiero… sentir de todas las formas posibles, Maya. Eres mía. Esta noche, eres mía. —Sus manos agarraron mi cintura mientras empezaba a moverse en mi interior con movimientos duros, marcando un ritmo que era enloquecedor.

Grité y acabé mordiendo el cojín mientras explotaba un orgasmo que me dejó viendo lucecitas de colores. Sentí que su miembro convulsionaba y un momento después Derek se dejaba caer sobre mí. Empezó a besarme la espalda con una ternura que me emocionó y sorprendió a partes iguales. Aquella ternura, después del desenfreno con el que me había tomado, como si no tuviera que fingir ser algo que no era, moderarse. Era un lobo y sus necesidades eran más exigentes que las de un humano, igual que su fuerza o su resistencia.

—¿Estás bien? —ronroneó con suavidad, sin dejar de besarme.

—Bien follada —murmuré, entre dientes. Escuché como reía por lo bajo y me uní a él. Aquellas sacudidas me hicieron ser muy consciente de que aún seguía encajado en mi interior y no parecía tener intención de dar por saciada su necesidad.

—No sé si dejarte descansar un rato.

—Tú no sé, pero lo de allí abajo parece que tiene vida propia.

—No sabes cómo —bromeó Derek.

Se movió y sacó lentamente su miembro, como si no le apeteciera hacerlo. Su ausencia me hizo sentir vacía y me estremecí. Interpretó aquello como que tenía frío, así que tras estirarse a mi lado, me arrastró hacia él y tiró del edredón para cubrirnos a ambos con él. Sus ojos me estudiaban mientras su boca buscaba de nuevo mis labios. Pretendía ser un beso suave, apenas un roce, pero me encontré besándolo de nuevo con vehemencia. Escuché que ronroneaba mientras nuestro beso se intensificaba. Aproveché que estaba tumbado para colocarme encima de él, a horcajadas. Sus ojos brillaron mientras mis manos recorrían su pecho desnudo y separaba mis labios de los suyos.

—¿Así que te has quedado con ganas de más? —me provocó mientras guiaba mi cadera sobre él. Colocó su miembro con una mano mientras yo pujaba contra él, haciendo que volviera a colmarme. Su entrada fue suave, como si mis entrañas se hubieran acostumbrado a su envergadura. Se mordió el labio inferior mientras sus ojos me miraban con hambre voraz mientras comenzaba a moverme encima de él con oscilaciones sensuales.

—No veo que te estés quejando.

—¿Quejarme de que me cabalgues? No soy tan estúpido como para no disfrutarlo. Hazme tuyo. —Le sonreí, con malicia, mientras seguía moviéndome sobre él. Sus ojos clavados en los míos, sus manos sobre mi cadera, acompañándome en cada vaivén.

Mi ritmo era mucho más pausado que el que él había marcado antes, pero no pareció molestarle. Cerré los ojos, dejando que el placer me consumiera en cada movimiento. Cuando empecé a convulsionar sobre él sus manos me agarraron con fuerza, presionando mi cuerpo contra el suyo y sentí que no tardaba en volver a derramarse dentro de mí mientras gruñía de satisfacción.

Me dejé caer contra su pecho y me acogió entre sus brazos. Empezó a acariciarme la espalda mientras aspiraba mi olor, recordándome al lobo que habitaba en él. En esos momentos, ni siquiera me importó. Derek y yo compartíamos algo. No tenía claro el qué, pero no tenía sentido negarlo.

Nunca me había sentido así con alguien.

Como si todo estuviera en su lugar cuando nuestros cuerpos desnudos conectaban como si solo fuéramos uno.



DANIEL NO SUBIÓ al piso y, tras cerrar el local, a saber dónde acabó pasando la noche para darnos un poco de intimidad. Tendría que agradecérselo, tarde o temprano. Apenas habíamos dormido unas pocas horas cuando el despertador de Maya sonó a las seis de la mañana. Masculló varias palabrotas antes de conseguir dar con su teléfono y apagarlo.

—Es pronto —opiné, viendo cómo caminaba desnuda por mi habitación. Se me ocurrieron varias posiciones con las que podríamos entretenernos el tiempo que nos sobraba. O todo el día, si estaba dispuesta.

—Suelo hacer un poco de ejercicio cada mañana, antes de desayunar —me explicó mientras bostezaba y se estiraba de nuevo a mi lado. La atraje hacia mí. Su olor me volvía loco. La mezcla de mi rastro de lobo con esa frescura que ella arrastraba con matices de bosque—. Creo que después de lo de esta noche, puedo darlo por hecho.

—Ahora entiendo tu extraordinaria resistencia —bromeé y me gané un golpe en el hombro. Me reí ante su espontaneidad.

Había estado tentado de marcarla, durante toda la noche, cada vez que mi cuerpo culminaba dentro del suyo. Había perdido la cuenta; la necesidad de marcarla me instaba a volver a tomarla y aunque el sexo era brutal, seguía sabiéndome a poco. Queríamos más. La queríamos a ella, y no solo al placer que sentíamos adentrándonos en su cuerpo.

En algún momento, a lo largo de la noche, algo cambió. La consciencia de que no era solo un buen polvo, sino que también implicaba emociones que mantenía reprimidas. Si eso era algo que compartíamos o solo yo sentía esa conexión, no sabría decirlo. Ya no era solo sexo o, tal vez, nunca lo fue. En cualquier caso, ahora era consciente de esa diferencia y eso lo cambiaba todo.

Le había hecho el amor en posiciones de lo más imaginativas para asegurar que su cuello se mantuviera lo más lejos posible de mí, porque el deseo de reclamarla era cada vez más fuerte. No podía permitirme cometer ese desliz, incluso si tampoco me sentía capaz de prescindir de ella. Con o sin marca, la sentía como si fuera mi mujer. No creo que un vínculo entre nosotros fuera algo posible y sabía que

no podríamos vivir una relación de la misma forma, pero era innegable cómo se encendía su cuerpo con mis caricias y la facilidad con la que se adaptaba a mis necesidades, como si pudiera percibirlas de alguna forma, como si ella también pudiera sentir que había algo entre nosotros que iba más allá del deseo físico.

—Creo que hoy me permitiré dormir un poco más antes de ir a la base.

—¿Vas a ponerme una falta si me tomo la mañana libre?

—No me digas que eres de esos tíos que se tiran a la jefa para conseguir ciertos privilegios.

—Tenerte en mi cama ya es privilegio suficiente.

—Pelota. —Me arrancó otra carcajada.

—Solo un poco de favoritismo. Tengo que cerrar algunas cosas de la manada.

—Así que por eso Silas se ocupa de la morralla de oficina. —Asentí. Había temporadas, más complicadas, en las que mi beta asumía la mayor parte del trabajo de los dos porque yo tenía otras obligaciones con la manada—. Vale, pero no te lo tomes como una costumbre.

Una costumbre. Esa palabra sonaba condenadamente bien. Me imaginé cómo sería si ella se instalara allí, en Pardines. Tenerla abrazada cada mañana. Saborearla cada noche. Ella entendería mis altibajos, la responsabilidad que pesaba sobre mis hombros y cómo funcionaba el mundo en el que yo había crecido, incluso si no podía formar parte de él porque era humana. Podría acostumbrarme a eso, a tenerla a mi lado, en mi territorio, hasta el fin de los tiempos.

—¿Llevabas bien lo de vivir en una manada siendo humana? —le pregunté mientras le acariciaba el brazo desnudo. Estaba jodido. Necesitaba encontrar una forma en que lo nuestro pudiera funcionar, pero mi responsabilidad con la manada y que se negara a mantener una relación con un lobo eran dos grandes trabas que no tenía claro cómo sortear.

—Es lo único que he conocido —repuso tras tomarse su tiempo—. Con seis años me llevaron a un colegio normal, de humanos, en la ciudad que cae más cerca de Dóen. Fue un fracaso.

—¿Por qué?

—Les dije a mis profesores que mi hermana mayor era una loba. —Me quedé en silencio, esperando que me contara su historia. Con una orden directa de un alfa, un cachorro no puede simplemente decir según qué; errores como ese justificaban las leyes por las que nos regíamos, esas que nos negaban la posibilidad de que ella y yo formáramos algo mucho más grande. Me estremecí ante la posibilidad de tener descendencia con ella—. Cuando me di cuenta de que había metido la pata, hasta el fondo, me decanté por cambiar la versión, así que les dije que era una zorra. Eso lo empeoró; llegaron a plantearse

que fuera prostituta y abrieron un expediente, así que mi padre tuvo que mover algunos cables para parar la investigación.

—Os fue por los pelos. —Sonreí, aunque sentía una cierta pena bajo el pecho. Sabía que, si algún día Maya engendraba un hijo mío, la manada jamás lo aceptaría. No arrastraría, al menos, mis responsabilidades. No tendría la obligación de desposar a una loba por la que nada sentía y negarse su propia felicidad. Sería libre para decidir cómo sería su vida y su futuro. Eso atenuaba un poco el dolor de saber que no sería un lobo y que no le reconocerían dentro de mi mundo.

—Lo de que fuera a un colegio normal era cosa de mi madre. A mi padre, que fuera salvaje le encantaba. Al final acabé tutorizada por la misma loba que daba clase al resto de los cachorros de la manada. Siempre sentí que era una de ellos.

—¿Hay otros como tú?

—¿En qué sentido?

—Humanos que vivan entre lobos y llevan vidas más o menos normales.

—Mis abuelos, pero también hay algunos matrimonios mixtos, aunque son una minoría. Lo habitual es que los lobos busquen lobas, seamos realistas. Un poco como os pasa a vosotros, hay mucha reticencia a exponer frente a un humano la existencia de la manada o vuestra naturaleza, así que si quieren emparejarse a una humana, Lucas tiene que darles su consentimiento primero.

—¿Y si él se negara?

—Lucas no es de los que imponen a un lobo una decisión como esa sin darle, al menos, unos argumentos válidos. Tiene sus propios medios para asegurar si esa persona es o no la adecuada; de hecho, suele delegar en Amanda, su pareja, ese tipo de cosas.

—¿No es un poco arriesgado que delegue algo tan delicado como eso?

—Amanda es una loba excepcional… no puedes llegar a imaginarte hasta qué punto. Es mucho más empática y sabe gestionar mejor ese tipo de conflictos que Lucas, cuyos modales a veces son bruscos y tiende a ser un poco impulsivo, ¿no sé a quién me recuerda? —Reí por lo bajo.

—Supongo que es una situación en la que difícilmente llegaré a encontrarme, porque nuestras leyes prohíben ese tipo de relaciones.

—Entiendo que receléis, pero ¿no es un poco radical? Quiero decir que obligar a un lobo a negar lo que siente por alguien, tampoco es la mejor de las ideas.

—¿Por qué crees eso?

—Podéis volveros inestables, seamos realistas —me contestó y añadió levantando el mentón para mirarme—: No sería la primera vez

que un lobo acaba cortando los lazos con la manada y se convierte en un lobo solitario. Tal vez ese alfa del que me hablaste ayer… Desconfía de los lobos que no saben estar dentro de una jerarquía, suelen ser peligrosos. Las leyendas que hablan mal de vosotros existen por algún motivo.

—Nunca he oído que un lobo pueda llegar a hacer eso —murmuré, sorprendido. Era extraño que ella supiera tantas cosas de nosotros, aunque no tenía claro si aquellas historias eran reales o solo leyendas que se contaban en su manada y que no tenían fundamento alguno. Como aquello de los lobos del sol y los de la luna que pretendía dividirnos en dos grupos: los que éramos socialmente hábiles y los que eran poco más que unos depredadores o unos carroñeros.

—Solo es posible si el lobo tira con fuerza y el alfa decide liberarse de ese vínculo.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Porque, en esos casos, no hay muchas más opciones. Tú, mejor que nadie, deberías entender a qué me refiero. —Sus ojos mostraron una inteligencia viva en ese momento. No le había llegado a contar qué había sucedido exactamente cuando el hijo de Elias y un par de lobos más de la manada acompañaron a aquel extraño para acabar con mi vida. No hacía falta. Ella lo sabía. La sangre que había teñido mis tierras. Las vidas que había sesgado, incluso si lo hice en defensa propia. Cómo los instintos del lobo habían tomado el control y nos convertimos en poco más que animales. El instinto de proteger a los que eran mi familia, porque sentía el vínculo que tenía con todos y cada uno de los miembros de la manada.

—¿Nolan es vuestro primo? —le cuestioné, cambiando de tema.

—No, ¿de dónde has sacado esa idea?

—Ona dijo que su tío era el alfa y Nolan es un alfa.

—Su historia es complicada. Él y su madre fueron rescatados de otra manada; los acogieron antes de que yo naciera.

—¿Y vuestro alfa tiene cachorros?

—Tres, para ser exactos, todos ellos alfas también. —Vio que fruncía el ceño y añadió—: En Dóen eso nunca ha sido un verdadero problema. Lucas era el hermano menor, pero hubiera asumido el rol de alfa igualmente, porque su hermano mayor tenía aspiraciones más académicas. Se pasó su vida en la ciudad y fue allí donde conoció a mi madre de hecho. Lucas, en cambio, era feliz allí, en el pueblo, no me lo imagino en ningún otro lugar. —Se tomó un momento, como si reflexionara al respecto—. Cuando llegue el momento, veremos quién se queda en Dóen y quién quiere establecerse en otro lugar. No es obligación del primogénito, ¿sabes? El objetivo es que la persona que tenga que continuar dirigiendo a la manada lo haga por vocación, no por obligación.

—¿Y qué hay de Nolan? Él también es un alfa. —Sonaban demasiado bucólicas aquellas afirmaciones. Quería creer en ellas, pero era tan diferente a como yo lo había vivido que hacerlo dolía.

—No tiene ese tipo de ambiciones, pero siendo un alfa siempre tiene la opción de separarse de la manada y buscar su propio camino, aunque dudo que tome esa dirección.

—¿Y qué hay de ese lobo? Tu ex. Mathew.

—Ya te conté más o menos. Chica conoce a lobo buenorro. —Derek gruñó por lo bajo, haciéndome reír—. Eh, que me tienes en pelotas en tu cama, digo yo que sobra el gruñido.

—Prometo comportarme, pero me gustaría saber qué pasó.

—¿Por?

—Incluso si me he convertido en una excepción, me llama la atención esa terquedad tuya de no acostarte con un lobo, algo que es raro, teniendo en cuenta que te has criado entre ellos.

—¿Preferirías que lo hubiera hecho? —me retó con una sonrisa traviesa, sabiendo que, siendo lo que era, caería de bruces en su trampa.

—Mejor no me preguntes qué preferiría —ronroneé. Mi mirada se oscureció mientras la apretaba contra mi cuerpo. Era mi mujer. Esa certeza me quemaba por dentro. Que no podía tenerla como a mí me gustaría, otra.

—Mathew tiene la edad de Nolan y Ona. Siempre andaban juntos de cachorros, y yo era la hermana pequeña pelma que se dedica a tirarles de la cola —le conté con cierta nostalgia—. Un verano él se fue a pasar unos meses al extranjero y a mí me salieron tetas. Cuando volvió, dejó de mirarme como si fuera una niñata. Empezamos a salir, pero era complicado.

—¿Porque era un lobo?

—Eso era un problema, supongo, pero al principio lo que más chocaba era la diferencia de edad. Yo tenía quince y él veinte, nuestros ritmos no eran bien bien los mismos.

—¿Se propasó contigo? —Intenté que mi voz sonara neutra, incluso si sentía la bilis subiéndome bajo el esternón.

—Nunca —negó, tranquilizándome solo en parte—. Para los dieciséis, cuando llevábamos más de un año juntos, decidí que estaba preparada para dar un paso adelante, así que le dije que quería acostarme con él.

—¿Y qué pasó?

—Me soltó que quería vincularse a mí y que no estaba seguro de poder contenerse si nos acostábamos juntos, así que estaba dispuesto a esperar a que cumpliera los dieciocho años y fuera mayor de edad. Una boda exprés, un buen polvo, una vida apacible en Dóen y muchos cachorros. —Suspiró—. Me acojoné.

Me quedé en silencio, acariciándola, reflexionando sobre aquello. Así que era cierto lo que Nolan había dicho: Mathew había pretendido tomarla como pareja para el resto de su vida, justo como yo desearía hacer, y eso fue lo que la alejó de él. Mejor que no lo olvidara y que aprendiera de los errores de ese muchacho. Que eso no significaba que fuera a dejar de sentir a Maya como lo hacía.

—¿Puede un lobo vincularse a un humano? —le cuestioné. Esa era una gran pregunta.

—Puede, sí.

¡Joder! Si la hubiera mordido estaría encadenado a ella el resto de mi existencia. Si los rumores eran ciertos, eso haría que mi lívido se volviera inexistente y podría encontrarme en un compromiso para cubrir a una hembra que pudiera darle un cachorro a la manada. No podía permitirme ese desliz, incluso si sabía que jamás otra me haría sentir tan vivo como lo hacía ella. Debería conformarme en tenerla así, entre mis brazos, desnuda, sintiéndola mía incluso si solo lo era en parte. Temporalmente. Hasta que partiera. Y mi corazón se quedaría en Pardines hecho añicos. Inestable, sí. Sospechaba que el duelo no sacaría la mejor versión de mí mismo.

—Así que no llegaste a acostarte con él.

—Nops. En general sois obstinados y en cuanto a lo de emparejaros… Yo no soy una posesión de nadie.

—¿Nunca has deseado formar una familia? ¿Asentarte en algún lugar? —Conseguí callarme a tiempo de delatarme.

—Sí, claro. Me gustaría compartir mi vida con alguien, pero mi mundo es complicado. Un humano no podría entender parte de lo que soy. No podría compartir la historia de mi vida con él y ya sabes que cuando hay secretos, al final las cosas se van a la mierda.

—Quizá tendría más sentido que te quedaras con un lobo. —Conmigo, por ejemplo.

—¡Joder! ¿Tú también estás con esa gilipollez de que vuelva con Mathew? —Gruñí y me giré, para colocarme sobre ella.

—Para nada. —Descendí lentamente para buscar sus labios y besarla con vehemencia. Por gusto, me decantaría por su cuello y acabaría mordiéndola para vincularme a ella, eso que sabía que sería la mayor cagada que podía hacer en vida. Me separé ligeramente para mirarla mientras añadía—: Estaba pensando en nosotros. No puedes negarme que nos entendemos bien. —Una sonrisa ladeada asomó en su rostro, aunque no parecía feliz. Al menos, sus brazos seguían rodeando mi cuerpo y no parecía tener intención de alejarme.

—Te recuerdo que te han preparado una corte de lobas para que elijas una.

—Podría posponerlo durante algún tiempo.

—Suena como retrasar algo que sabes que va a pasar. —No supe

leer si aquello lo decía con un deje de tristeza o si, por el contrario, se aferraba a ello para liberarse de mí. La atracción y sintonía que existía entre nosotros era evidente, y al menos eso no lo había negado, pero se suponía que ella estaba de paso.

Después de contarme lo del lobo, exponerle abiertamente todo lo que sentía y lo que me gustaría era cavar mi propia tumba. No podía contarle que quería que me acompañara el resto de mi vida y que desde aquella primera vez había sentido el deseo de marcarla para que fuera mía. Algo que, por lo visto, podría haber sucedido si hubiera sucumbido a mis instintos, pese a que ella jamás podría corresponderme porque siempre sería libre. Jamás me pertenecería porque el vínculo no le afectaría de la misma manera. Y su carácter volátil dudo que me facilitara la tarea de retenerla a mi lado todo el tiempo que yo desearía.

Encajé aquello: vincularnos a la que sería nuestra compañera de vida para nosotros era una liberación, mientras que Maya lo vivía como si en su cuello se ciñera una soga que limitaba su libre albedrío. Lo sabía y lo entendía, pero yo no podía evitar seguir deseándola de esa forma. Incluso si jamás iba a poder corresponderme o, al menos, no como lo haría una loba.

¿Estaba dispuesto a vivir solo de esas migajas? ¿A negarme la posibilidad de encontrar a alguien que me amara con el mismo deseo ferviente que yo sentía en esos momentos?

Quizá el tiempo me traería la paz que en esos momentos no sentía.

Me importaba una mierda los pros y los contras. La quería a ella.

No podía usar palabras que me delataran o la asustaran, así que volví a hacerle el amor, lentamente, deseando que el movimiento rítmico de nuestros cuerpos unidos pudiera transmitirle lo que yo no era capaz de expresar en voz alta. Y que, con un poco de suerte, acabara correspondiéndome y aceptándome.

Pese a ser un alfa.

Y tener que emparejarme a una maldita loba.

No era estúpido: las probabilidades no estaban de mi parte y no podía culparla, pero al menos podía disfrutar de ese momento. Tenerla temblando debajo de mí, estremeciéndose con el vaivén de nuestros cuerpos unidos mientras mi olor impregnaba su piel. Mi mujer. Ahora y siempre, pese a que no podía permitirme marcarla y ella nunca aceptaría vincularse a un lobo, por mucho que yo deseara hacerla mía.



CUANDO SE FUE, la estancia me pareció vacía. Habíamos acabado hablando de historias de nuestras respectivas infancias y aquello me hizo sentir una calidez extraña. Los recuerdos. Su vida. La mía. Entrelazándose.

Supe que Daniel debía de andar cerca de la casa, porque al poco de que saliera Maya del edificio, apareció él cargado con una bolsa repleta de bollería caliente.

—No tenía claro si os ibais a quedar aquí o continuaríais en la base —bromeó tras dejar la comida en la mesa y dirigirse a la cafetera. Me senté en la mesa y abrí el paquete—. No sé si es bueno o malo que hayas acabado a solas en el piso.

—Le he pedido la mañana libre.

—Bien debe de haber ido la noche para que tu peculiar jefa haya aceptado —opinó Daniel, aunque estaba preocupado.

—Por lo visto, un lobo puede vincularse a un humano, pero no lo sé por experiencia personal, puedes estar tranquilo —le informé tras sentarme en la silla. Vi que soltaba un suspiro, como si ese miedo le hubiera estado atizando desde que nos dejó a solas anoche—. Gracias por controlar el local. ¿Te dieron problemas los viejos?

—Creo que por gusto me hubieran dado un sermón, pero Nolan no les dio pie a hacerlo. Se quedó hasta que cerré, sospecho que para asegurarse de que nadie os molestaba. Aprecia a Maya. Si la jodes, es posible que te encare.

—¿Qué voy a joder si apenas tenemos nada?

—Es que no puedes tener un algo con ella, Derek, lo sabes. Por mucho que en su manada las cosas sean diferentes, la nuestra no está preparada para un cambio como ese, y menos con los viejos dando por culo con lo de que asegures darle un alfa a la manada.

—Lo sé —afirmé antes de añadir—: Durante toda mi vida he hecho todo lo que se esperaba de mí. Sé cuáles son mis obligaciones, pero necesitaba estar con ella.

—¿Sí? —No parecía muy convencido—. ¿Volver a estar con ella ha bajado tu interés en sus huesos? —Creo que cruzaba los dedos, como si deseara fervientemente que mi respuesta fuera afirmativa.

—No.

—Derek…

—Una cosa no quita la otra. Sé que Maya está de paso, pero me gustaría poder seguir viéndola.

—No creo que te refieras solo a tomar un café en un local. La casa apesta, ¿cuántas veces te la has tirado?

—Solo te diré que ha dejado a mi lobo satisfecho. ¡Joder, si hasta en eso es perfecta!, incluso siendo humana.

—Vale, obviemos la parte del sexo. Tienes una idea y creo que es mi deber escucharla para decirte que es pésima.

—Por eso no tengo intención de contártela.

—Me asustas.

—No voy a vincularme a ella.

—¡Gracias a todos los santos, los lobos antiguos, la luna y a quien los parió!

—Pero tampoco voy a vincularme a una loba.

—Retiro lo dicho. No me lo digas, volvemos al punto en el que estábamos. —Daniel se recostó contra su asiento—. No vas a aceptar a ninguna de las lobas.

—Eso depende.

—No te sigo.

—Ni falta que hace. —Me levanté, *croissant* en mano, y le dejé allí plantado.

Era un mal plan. Que conste que lo sabía, pero no perdía nada por probarlo.

Unos cuantos insultos, un mordisco o un zarpazo a lo sumo, nada que no fuera controlable, al fin y al cabo, yo era un alfa. A los viejos aquello les pondría el pelaje de punta, pero si cumplía la ley, tampoco podían enfrentarse abiertamente a mí. Y sabía cómo hacerlo para no romperlas. Los secretos de la manada seguían en la manada. Maya sabía de nuestra realidad por los lobos de Dóen, pero no por mí. Sí, le había contado parte de lo que había pasado tiempo atrás, pero me había callado lo que no podía ser contado a un extraño. Que ella hubiera llegado a la única conclusión obvia, conociendo cómo funcionaba nuestra jerarquía, era otra cosa. Que no se hubiera alejado de mí, sabiendo lo que había hecho, me hacía saber que ella era más fuerte que la mayoría de las hembras con las que me había cruzado. Tal vez lo suficiente como para aceptarme.

Salí a la calle y alcé el mentón. Cerré los ojos para concentrarme en los olores que me rodeaban. No tardé en sentir un rastro que no me era del todo nuevo, porque ya lo había identificado con la intención de evitarlo, para ser exactos. Esta vez, en cambio, lo seguí.

La encontré sentada en una de las mesas de la pequeña terraza que tenía una de las panaderías del pueblo; una que regentaba un matrimonio de lobos con un cachorro de apenas seis o siete años. La

estudié mientras me acercaba. Admito que era *sexy* a rabiar y creo que ella lo sabía. Captó mi olor y me buscó con la mirada. Vi cómo deslizaba lentamente las gafas de sol por encima de su aguileña nariz en un gesto hasta cierto punto provocativo. Acorté la distancia, deseando que, tal y como Daniel había presupuesto que sucedería, algo en mí despertara: la esperanza de que su mera presencia eclipsara el malsano interés que despertaba en mí Maya. Nada más lejos de la realidad, maldije mientras la observaba.

El olor de su cuerpo se tiñó de matices y supe que estaba dispuesta a aceptarme para ser mi compañera o para probar si nos entendíamos sexualmente. Lo que fuera. Estaba decidida a llamar mi atención y eso estaba bien. Que a mí no se me levantara pese a su mirada lujuriosa dudo que tuviera algo que ver con el maratón de sexo de aquella noche, porque si fuera Maya, problemas tendría para contenerme y no arrastrarla hasta una esquina para besarla y tocar sus pechos turgentes como si fuera un condenado adolescente. Algo cambió en mi olor y, aunque quien motivaba esos matices de deseo no era la mujer que había frente a mí, sino mi propia imaginación, ella lo malinterpretó y se lamió el labio inferior en una condenada invitación que me pareció vomitiva.

—¿Está libre?

—Para ti, siempre, alfa. —Me forcé a sonreírle. Coloqué la silla frente a ella antes de tomar asiento. Me molestaba esa sensación de que ella, igual que las que la seguirían, no tenía un mínimo interés en mi persona, pero sí en el rango que ostentaba.

—No he tenido tiempo para presentarme, soy Derek. Me gustaría que me hablaras un poco de ti, si te apetece. —Dejé que tomara la voz cantante. La escuché, incluso si por gusto lo que estaría haciendo era interrogarla sobre qué le dijo a mi mujer el día anterior y, ya puestos, la amenazaría con que si volvía a incomodarla tendría que responder frente a mí. Sin embargo, esa no sería la mejor forma de iniciar una relación y no debía olvidar que mi principal objetivo era conseguir que aceptara la proposición que tenía que hacerle, así que me obligué a obviar el incidente.

Hice como que me interesaba por su vida y su manada. Cuando me preguntó por mis aficiones y prioridades, interesándose en mi persona, decidí que era el momento de jugar mis cartas.

—Ya sabes que, dada mi edad y mi rango, se espera de mí que forme una familia y asegure que haya un nuevo alfa que pueda liderar la manada el día de mañana.

—Estoy segura de que, con la pareja adecuada, no tendrás ninguna dificultad en cumplir con ese cometido. Necesitas una mujer fuerte que provenga de un linaje en el que también haya otros alfas, como es mi caso. —Batió las pestañas en un gesto entre sumiso y provocador.

—Una apuesta segura —opiné y ella levantó la mirada para sonreírme.

Era hermosa y su linaje jugaba a su favor. Deseé que sucediera algo. Un milagro. Que mi lobo despertara y su instinto de poseer a una hembra volviera a mostrarse, sin embargo, esa loba me era totalmente indiferente, igual que me había sucedido al encontrarme con la hermana de Maya en pelotas en medio del bosque el día que me había disparado. Solo podía pensar en ella. En Maya. Era poco probable que hubiera vuelta atrás. Un lobo elige a una sola compañera a lo largo de su vida y yo ya había elegido a la mía.

—Así es. —Se mordió el labio inferior y tuvo la osadía de colocar su mano sobre la mía, encima de la mesa. Su contacto me asqueó. No pude evitar otear el aire para asegurarme de que Maya no anduviera cerca. Sabía que tendría que hablar con ella e intuía que se pillaría un soberano cabreo. Si iba a conseguir ablandarla o no era algo que tendría que descubrir por mí mismo y me preocupaba más que si esa loba aceptara o no mi proposición.

—¿Eres ambiciosa? —le cuestioné.

—Seré una buena alfa. —Asentí, supuse que no mentía.

Mi beta me había dicho que estaba más que dispuesta a convertirse en mi pareja y ser la alfa de la manada; que solo tendría que chasquear los dedos y metérsela. No era un secreto que vendrían otras candidatas con linajes parecidos al suyo y que yo era el único alfa de nuestra edad que aún no había encontrado pareja en la comunidad de la que formaba parte mi manada. De ahí el interés de todas esas lobas con aires de grandeza: si no era conmigo, deberían asumir que acabarían vinculadas con un beta o con un omega.

—Creo que nuestra mutua compañía nos podría ser agradable, pero lo cierto es que de momento no siento el interés de vincularme. Con todo, incluso si no despierta esa necesidad en mi lobo, tengo intención de tomar una esposa igualmente porque no puedo posponer eternamente mi obligación de darle a la manada un alfa que pueda garantizar su continuidad.

—Te entiendo —me dijo—. Aunque el deseo del lobo de vincularse a una hembra es algo que suele suceder en la intimidad de una alcoba. Quizá, si quisieras, podríamos ver hasta qué punto podemos llegar a entendernos…

Podía decirse más alto, pero no más claro. No es que los lobos se vincularan con la primera pareja con la que se acostaban, pero sí era habitual que esa conexión llegara en el momento de culminar el acto sexual.

—Supongo que es algo que tendré que experimentar con la que acepte ser mi esposa y, en caso de que ese vínculo llegue a surgir, deberé cambiar algunas de mis costumbres como, por ejemplo, el

hecho de que tengo intención de mantener a mi actual amante más allá de mi compromiso con la manada o mi futura esposa.

—¡¿Perdona?! —No llegó a atragantarse, pero retiró su mano de encima de la mía y supe que le había sentado como si le hubieran pisoteado el rabo. Sonreí: ya estaba dicho. ¡Y qué bien sentaba! Era liberador.

—¿Con cuántos lobos te has acostado sin necesidad de vincularte? —le cuestioné y ella se sonrojó ligeramente. Lo justo para que pareciera que eran menos de los que, realmente, debía de haber disfrutado—. No pido algo muy diferente a lo que ya has estado haciendo, solo que en este caso el objetivo, al margen del propio placer, sería quedarte en cinta y engendrar un alfa que nos diera continuidad.

—¿Y qué ganaría yo? —me cuestionó, asqueada, removiéndose inquieta en su asiento. No estaba preparada para lo que estaba oyendo, pero me traía sin cuidado.

Lo que estaba diciendo era algo poco habitual entre los nuestros, pero no imposible. Sabía de algunos lobos que tras perder a sus parejas habían mantenido relaciones, más o menos estables, con lobas que estaban en su misma situación, sin que llegara a formarse un vínculo entre ellos. Dejé que me estudiara antes de continuar.

—Estoy dispuesto a convertir en la alfa de la manada a mi esposa, pero no a prescindir de la que es mi actual amante; ella no es más que una humana que no puede darme cachorros y que nunca aceptarían en la manada, así que la posición de la que elija como mi alfa jamás podría verse comprometida. —Su rictus me dijo lo que necesitaba saber: despreciaba la propuesta que le estaba haciendo, pero lo que no tenía del todo claro era si lo hacía con más o menos vehemencia que la ambición de convertirse en la esposa de un alfa. Incluso si este mantenía una amante.

—¿Quieres decir que pretendes seguir acostándote con esa…?

—Vigila tus palabras. —Mi autoridad como alfa llegó hasta ella. Por el olor que desprendió su cuerpo, creo que eso la excitó. Para gustos, colores.

—Sí, alfa.

—Eres una loba interesante, pero no llamas mi interés más allá de lo que han hecho otras antes. —Aquello hizo que se tensara; no es que me importara especialmente, pero decidí adularla un poco—. Eres atractiva e inteligente y tu linaje es intachable; creo que juntos podríamos darle a la manada un líder fuerte, pero entiendo que la situación es poco convencional. Si no estás dispuesta a aceptar esas condiciones, eres libre de irte en cuanto desees.

—¿Vas a rechazarme así, sin más?

—No te estoy rechazando, te estoy dando la oportunidad de decidir

por ti misma. Entendería tu enojo si fuera algo que pretendiera ocultarte, pero ya ves que no tengo intención de mentir a mi pareja.

—No, solo quieres follarte a otra.

—Entiendo que no es justo, y si por mí fuera te daría la misma libertad, pero tu descendencia deberá llevar mi sangre para que nadie pueda negarle su autoridad dentro de la manada. Ese es el motivo por el que estás aquí, después de todo. Supongo que necesito una loba ambiciosa y pragmática y no a una soñadora que se aferre a vivir una ridícula historia de amor. Solo tú sabes qué tipo de loba quieres ser. —Incliné la cabeza, a modo de despedida.

Levanté la mano y señalé la mesa y luego a mi persona. La loba que regía aquel lugar asintió, sabiendo que me hacía cargo de la cuenta de aquella mesa, aunque estaba pálida y prácticamente temblaba. Sabía que nuestra conversación sería escuchada y que mi comportamiento sería criticado con dureza. Sí, podría haberle pedido que me acompañara a un lugar solitario, para el deleite de los viejos, pero no tenía intención de esconderme. Mis condiciones eran esas: la loba que pretendiera cazarme tendría que aceptarlas.

Sabía que soltarle aquello a una loba era una mala idea, no tenía la más mínima duda, pero incluso si sabía que no podría tener una bonita historia de amor por todas mis circunstancias, estaba dispuesto a contentarme con un premio de consolación. No podía casarme con la mujer a la que amaba; ni tampoco vincularme a ella, pero esperaba que, aunque Maya me enviara de entrada a la mierda, quizá podríamos encontrar a medio o largo plazo un punto intermedio. Uno en el que ella y yo mantuviéramos un lo-que-fuera lejos de mi territorio o del suyo, en un lugar en el que solo fuéramos ella y yo, sin obligaciones ni responsabilidades. Un remanso de paz en el que pudiera ser simplemente Derek y no la mierda de alfa en la que la mala suerte me había convertido. Desearía retenerla a mi lado, pero aceptaría que lo nuestro se convirtiera en algo fortuito, ocasional; escapadas fugaces en las que lo que me hacía sentir me ayudara a no perder la coherencia y a recordarme que no estaba tan mal seguir vivo.

Aceptaría sus condiciones. No quería perder sus libertades y se negaría a que la reclamara, algo que no podía permitirme si pretendía cubrir a una loba para que nos diera un alfa, pese a que esa idea, tener que tirarme a alguien que no fuera ella, se me atragantaba sin necesidad de que el vínculo se hubiera formalizado. Quizá porque me ponía enfermo la idea de saberla en brazos de otros machos, algo que era consciente de que, tarde o temprano, sucedería.

Era lamentable que estuviera dispuesto a aceptar solo ese pedazo de su vida cuando lo que en realidad deseaba era entregarle la totalidad de la mía, pero no podía cambiar mis circunstancias y el

hecho de que ella no era una loba. De la misma forma, sabía que no podría vincularme a otra que no fuera ella.

Me desnudé en cuanto me adentré lo suficiente en el bosque. Cogí mi ropa con la boca, antes de emprender una larga carrera para dirigirme al único lugar que me representaba y en el que podía ser solo yo.

Marqué un ritmo frenético, desestimando la llamada de fondo de los pensamientos de los que eran mis lobos. Me sentía furioso contra ellos. Era por su culpa que mi vida no me perteneciera y no pudiera tener el futuro que realmente deseaba. Uno en el que Maya y yo pudiéramos mantener una relación, no diré convencional, pero una relación después de todo y no esa mierda que estaba dispuesto a pelear para poder conservar aunque fuera solo un pedazo de lo que podría llegar a ser.

Quería despertarme enredado a ella cada mañana.

Envejecer a su lado.

Cuando llegué a mi casa, estaba sin aliento.

Observé el edificio de piedra y madera con un toque de orgullo. Mi hogar. Mi refugio.

Me transformé para abrir la puerta y entrar en una sala diáfana en la que destacaba una enorme chimenea. Sonreí, allí apenas había llegado la tecnología. No disponía de electricidad ni de agua corriente, pero eso nunca me había parecido un inconveniente. Me gustaba la calidez del candil y la llama de las velas iluminando aquella estancia de escasos muebles, pero mucha personalidad. Tenía un generador eléctrico que usaba solo ocasionalmente para recargar el teléfono o la *tablet*, pero poco más. Por desgracia, no solía pasar demasiado tiempo allí, ocupado como estaba con la manada y el trabajo como forestal.

Me sorprendí a mí mismo imaginándome a Maya, desnuda, allí. Jamás había traído a una mujer a mi casa y ahora me sentía inquieto, deseando hacer justamente eso. Dejaría que los rumores circularan e iría a su encuentro a la noche, después de dejarles claro a la manada cuáles eran mis condiciones.

A Maya tarde o temprano tendría que contarle mi intención de mantener con ella el contacto, pero sin que sonara a que pretendía cortarle las alas y que estaba desesperado por retenerla a mi lado. ¿Aceptaría mi proposición de seguir viéndonos, aunque fuera ocasionalmente?

¿Qué debería responderle si me preguntaba cómo afectaría eso a mi supuesta determinación de elegir esposa entre las lobas? Una relación abierta; sonaba más creíble que la propia verdad, algo que era hasta patético. Por lo poco que la conocía, sospechaba que eso la ahuyentaría menos que si le contaba en realidad cuál era mi situación: que no pensaba vincularme a nadie que no fuera ella y que estaba

dispuesto a joderme el resto de la vida para poder tener unas migajas de lo que ella me hacía sentir.

Daniel entró en el edificio.

—¿Te has vuelto loco? —me gritó.

—Vigila tu tono. —Gruñó al sentir la amenaza impresa en aquellas tres palabras.

—Toda la manada está hablando de ti, de cómo has herido el ego de una de tus pretendientas, la hija de un alfa, y de qué coño tiene de especial esa humana.

—Bien.

—¿Bien? ¿En serio crees que eso está bien?

—Si has acabado, puedes irte. —En vez de hacer eso, gruñó de nuevo y se dejó caer en un sofá, enfrente del que yo ocupaba. Dejé el libro a un lado y le miré, esperando que continuara.

—Si ella se entera, va a odiarte. La has dejado como si fuera tu puta.

—Estuvo saliendo con ese lobo, Mathew, durante más de un año. Él le dijo que quería formalizar su relación y marcarla, pero ella se acojonó y le plantó. Sabe lo que significa una vinculación para nosotros, pero ella no es una loba, Daniel. No puedo ofrecerle nada, así que no puedo pedirle que se quede conmigo.

—¿Y de esa reflexión has decidido decirle a una de tus *pretendientas* que aceptarás como pareja a la que te permita mantener a Maya como tu tentempié?

—Entiendo cuáles son las necesidades de la manada, pero también cuáles son las mías. Perdí a mis padres con diecisiete años, y, desde entonces, he olvidado cuáles eran mis sueños o el hombre en el que me quería convertir. He perdido la poca humanidad que me quedaba por la manada, Daniel. He matado y hasta he disfrutado haciéndolo, porque la seguridad de los nuestros siempre ha sido prioritaria. Lo he dado todo y nunca he pedido nada a cambio. Hasta ahora. No voy a renunciar a Maya, Daniel, estoy enamorado de ella y pienso aferrarme a lo que quiera darme.

—¿Y cuando decida dejarte?

—No será la primera vez que pierdo a alguien a quien quiero. Cuando llegue ese momento seguiré adelante, como hice cuando me quedé solo y, igual que entonces, sé que tanto tú como tu hermano estaréis a mi lado, apoyándome.

—¿Y si es más pronto que tarde?

—Quiero creer en lo contrario.

—Está bien, hermano, veremos cómo capear a la manada. Más nos vale vigilar a los viejos, este giro en los acontecimientos no va a gustarles.

—Lo que opinen los viejos me trae sin cuidado.

—No debería; sabes que pueden complicarnos la vida más de lo que nos gustaría. No debes subestimar su autoridad y cómo pueden influenciar a los nuestros.

—Solo con que una de las lobas acepte mis condiciones y asegure que la manada goce de un nuevo alfa para seguir con esta mierda, no tendrán nada que tirarme en cara. Mantendré a Maya lejos del pueblo, no me quedaría tranquilo con los viejos correteando cerca de ella.

—Y pretendes escaparte para reunirte con ella de tanto en tanto.

—Es la idea, sí. —Suspiré antes de recostarme en el sofá—. ¿Te parece lamentable?

—Más bien desesperado, pero entiendo que la amas y que eso no puedes controlarlo. Lo único que lamento, Derek, es que creo que te mereces más que eso. —Sus palabras me emocionaron, porque ambos sabíamos que lo que yo deseaba en lo más profundo de mi ser era algo que jamás podría tener. Por la manada, sí, pero también porque Maya jamás podría corresponderme como a mí, y a mi lobo, nos gustaría.

16

A SILAS le corté en cuanto llegué a la oficina con un «tu no preguntas y yo hago lo propio». Rio por lo bajo y me guiñó un ojo. Yo no podía saber si apestaba a mi hermana o no, pero conocía lo suficiente a la susodicha como para conocer la respuesta.

Nolan me había dejado una nota conforme a que se iba a corretear por la zona, algo que solía hacer cuando era de día, por llevar la contraria al resto del mundo y también a sus instintos.

Me quedé allí, haciendo trabajo de oficina y pensando, lo admito, en Derek. En lo que habíamos compartido aquella noche. De todo lo que habíamos hablado y, también, lo que no habíamos llegado a decir, aunque creo que ambos éramos conscientes de que conectábamos. Joder. Si solo nuestros caminos se hubieran cruzado hacía un par de años, podríamos haber tenido un poco de tiempo para nosotros. ¿Y si aceptaba su propuesta? La posibilidad de que atrasara lo de comprometerse con una loba para que tuviéramos un poco de tiempo.

No era que yo quisiera sentar la cabeza; me bastaba con pensar en una relación a corto o medio plazo, pero sabía que, a la larga, Derek no se conformaría solo con eso. En primer lugar, porque era un alfa y, como tal, suelen ser dominantes y posesivos cuando deciden que quieren a una mujer. Que no era que Derek me quisiera a mí en un sentido romántico, incluso si había insinuado algo que iba mucho más allá de unas pocas noches de lujuria desenfrenada y conversaciones hasta las tantas de la madrugada.

Estaba dispuesto a desafiar a esos viejos de aspecto un tanto siniestro para posponer lo de su enlace para que tuviéramos un tiempo. Él y yo. Eso sonaba a un nosotros. Unos meses o, tal vez, unos años en los que disfrutar juntos de la vida. ¿Por qué no le había dicho que pensaría en ello? Quizá porque me daba pánico que acabara calando demasiado adentro y luego fuera más difícil dejarle marchar para que acabara con otra. Lo nuestro tufaba a fracaso, incluso si no disponía del olfato de un lobo.

Ona me pidió que la acompañara al pueblo a tomar algo después de cenar a base de precocinados en la base. Que Nolan no hubiera vuelto no me gustaba especialmente, pero tampoco debería de sorprenderme. Igual que el hecho de que Ona andaba con el mentón en alto, olfateando por todos lados. Sabía perfectamente que andaba detrás de Silas.

—¿Una copa? —Puse los ojos en blanco.

—Vamos. —Cedí porque no había visto a Derek en todo el día y, aunque sonara patético, aspiraba a volver a encontrármelo.

—¿Tienes intención de quedarte a dormir aquí? —me preguntó cuando estábamos frente al local.

—No me lo había planteado; supongo que no. —Tampoco es como que Derek me hubiera invitado—. Nolan tarde o temprano aparecerá por la base y preferiría estar allí por si necesita algo.

—Mañana es luna llena. —Asentí, con eso todo estaba dicho.

Cuando entramos en el local no fui tan estúpida como para no notar que algo había pasado. No era que los lobos me hubieran acogido de forma demasiado amistosa hasta ese momento; de hecho, una vez descubrí que en el pueblo había lobos, jugaba a determinar quién lo era en función de si desviaban la mirada cuando yo andaba cerca. Esa noche, sin embargo, me encontré con que en una de las mesas estaban sentados esos tres lobos, los viejos, como solía llamarlos Derek. Uno de ellos empezó a gruñirme y escuché como esa amenaza evidente contra mi persona la secundaban algunos de los lobos sentados en otras mesas.

Maya haciendo amigos.

Mi hermana se colocó a mi lado mientras avanzábamos hasta la barra, ignorándolos. Nos miramos con una expresión dura, porque la hostilidad que había a nuestro alrededor era evidente y eso no pintaba nada bueno. Quizá lo más inteligente era largarnos de allí, pero somos cabezotas por definición y no entendía ese cambio de comportamiento. Tampoco que en la barra no estuviera Daniel, sino Silas.

—¿Y tu hermano?

—Con Derek. —Me miró y dejó que sus ojos vagaran alrededor de las mesas, observando a los lobos allí sentados con una advertencia en su mirada. Consiguió que los gruñidos fueran *in decrescendo*, pero no era tan estúpida como para confiarme—. ¿Qué os sirvo, preciosas?

Lo de preciosa era más para Ona que no para mí, porque centró su atención en su persona mientras decía aquello.

—Un par de cervezas. —Silas nos colocó un par de jarras frente a nosotras y, tras hacerlo, se secó las manos antes de coger el teléfono.

—Buenas, alfa. Quizá te gustará saber que tu chica está aquí. —Alcé una ceja, mirándole. El lobo se encogió de hombros.

—No soy su chica —mascullé, molesta.

—Os acostáis juntos y hueles a él, llámalo como quieras. —Puse los ojos en blanco, pero no pude rebatir aquello.

Quizá por eso los lobos estaban así de gilipollas. Yo era la intrusa que estaba haciendo que su alfa tomara una desviación del camino que le había sido dictaminado. ¡Que les jodieran a los viejos! ¡Solo

faltaría que Derek no pudiera acostarse con quien le viniera en gana! ¿Que me jodía que tuviera que casarse con una loba? Sí, para qué negarlo. Es difícil aceptar que el tío que te gusta acabará con otra, vaya bien o vaya mal lo que os lleváis entre manos, pero podía entender la mierda esa de sus leyes.

Me sumí en mis propios pensamientos mientras Silas y Ona empezaron a cacarear y tontear al mismo tiempo. Era casi divertido. Pero me sentía desplazada. Tenía ganas de ver a Derek, pero admito que el cordial recibimiento que había tenido me recordaba que existía un condenado abismo entre nosotros. No me gustaba que la vida decidiera por mí. Ni las leyes de un puñado de viejos lobos pasados de tuerca.

La puerta se abrió y me giré con la esperanza de que fuera él.

No tuve suerte. Era la loba de piernas largas y melena rubia que me había enfrentado en el restaurante, aunque esta vez Nolan no estaba cerca para pararle los pies y supe que me tendría que bastar con mi encanto y buen saber hacer.

Entró haciendo que sus pasos resonaran en el suelo del local. Me quedé observándola y fui consciente de que todos los lobos centraban sus miradas en ella. Creo que eso le gustó. Ser el centro de atención. Dejó que la admiraran antes de acortar la distancia que nos separaba y plantificarse delante de mí. Dudo que sus intenciones fueran buenas, pero ese extra de soporte que acababa de recibir hizo que se viniera arriba. Era evidente que a ella la aceptaban por lo que era mientras que mi presencia, o mi mera existencia, en cambio, les repateaba a los viejos y al resto de la manada.

—Derek va a ser mío —me advirtió señalándome con el dedo.

—Bien por ti. —Creo que no se esperaba que le soltara algo así.

—Cuando se haya acostado conmigo…

—Inda, creo que todo esto sobra. —Fue Silas el que intervino. Había estado tan atenta a la loba y al resto de la manada que no había visto que el beta de Derek había salido de detrás de la barra y estaba acercándose a nosotras.

—La que sobra aquí es ella. —Me jodió que varios lobos la vitorearan, lo admito. Vi de reojo la sonrisa llena de satisfacción de los viejos y eso me pudo. Tenía intención de no meterme en problemas, en serio. Pero es que los problemas a veces me llaman. A gritos.

—Mira, yo he venido aquí a beber, así que no me toques los ovarios y vete con tus gilipolleces de loba caza alfas a alguien que tenga la paciencia para escuchar tus lamentos. Mira que he crecido entre lobos, pero nunca he conocido a una loba tan patética.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. Déjame en paz. No quieres meterte con la persona equivocada, créeme. —La loba empezó a convulsionar

mientras varios machos a nuestro alrededor gruñían. Escuché un gruñido elevándose por encima de todos ellos; era Silas intentando poner orden.

—¿Crees que porque le guste follar contigo le importas? No formas parte de esto, puta. No eres nadie. —Que me insultara me traía sin cuidado. Los lobos que me rodeaban eran otra historia. Nueve en total, si daba por sentado que Silas no se decantaría por atacarme por la espalda. Algo que tampoco era un imposible, pero tenía el comodín de Ona, así que supuse que si intentaba jugármela, ella le interceptaría.

—Interés en formar parte de esta mierda de manada, ninguno, puedes estar tranquila, pero creo que no soy la única que está de paso. Dudo que Derek quiera a su lado a una perra como tú. —Hizo un movimiento brusco para abofetearme, pero intercepté su mano usando mi antebrazo. Su fuerza no era del todo humana, pero yo tampoco era una forestal cualquiera.

Vi la sorpresa tiñendo su rostro y no perdí el tiempo: cogí su antebrazo y tiré de él con fuerza para hacerla trastabillar y, antes de que fuera consciente de qué había pasado, yo ya había saltado del taburete para inmovilizarla, forzando su brazo contra su espalda en un ángulo que hizo que chillara y me gruñera al mismo tiempo.

Escuché como algunas sillas eran apartadas con un movimiento brusco y vi que Silas se adelantaba, como si estuviera dispuesto a enfrentar a aquellos lobos que pretendían auxiliar a la loba que tenía incapacitada.

—Ha intentado golpearla, mi hermana tiene derecho a defenderse —argumentó mi hermana, colocándose al lado de Silas que estaba emitiendo un gruñido bajo. No era el único. Uno de los viejos no parecía achicarse.

—No quiero problemas, pero te aviso, lobita, quien juega con fuego, se quema. —Observé a los lobos que nos rodeaban. La mayoría habían vuelto a sentarse en sus mesas, como si al final la autoridad de Silas prevaleciera, aunque no apoyaban que se hubiera puesto de mi parte. Tres contra nueve no era la peor de las situaciones posibles en la que nos podíamos encontrar, decidí.

Empujé a la loba, pero no llegó a caer al suelo. Esos bichos tienen una agilidad que no podía por menos que envidiarles. Se giró para mirarme, la rabia latía en sus ojos, pero no me intimidó. Le pudo el orgullo o, tal vez, el animal que habitaba en ella.

Se lanzó de nuevo contra mí. Esquivé un intento de directo bastante ridículo y contrataqué con un cruzado seguido de un gancho y un directo que impactó en toda su jeta. Su nariz empezó a sangrar. Sonreí.

—¿En serio quieres más? A este paso vas a perder tus pocos

encantos.

¿Que me podía haber callado? Sí, por supuesto, pero es que es imposible no sentir cómo te sube la adrenalina cuando estás en un momento así.

Supe que las cosas se iban a ir de madre cuando me sonrió. Apenas escuché la puerta de detrás de la barra abrirse. Miré de refilón, porque sabía que el caos estaba a punto de desatarse frente a mí, pero necesitaba saber si debía proteger también ese flanco. Eran Derek y Daniel. Lo gracioso era que los dos estaban en pelotas, así que supuse que habían llegado como lobos y el jaleo del local les había llamado la atención hasta el punto de no perder el tiempo en ponerse unos desgastados tejanos.

Vi como la loba frente a mí convulsionaba. Estaba segura de que no quería jugar a que le tirara un palo. Ignoré el gruñido feroz que escuché a mi espalda. Era Derek. Incluso sin verlo, simplemente lo sabía. Confiaba en él. Incluso si la manada estaba formada por un grupo de gilipollas y frente a mí había una de esas candidatas que, tal vez, se había llegado a plantear elegir como esposa.

—Esto es cosa de Maya —intervino mi hermana—. Si quieres ganártela, primero tendrás que aprender a respetarla.

Supuse que se dirigía a Derek, pero la verdad era que apenas les presté atención, porque la loba saltó contra mí. Conseguí desviar su mordida golpeándola en el cuello y me dejé caer para usar la energía del propio salto de la bestia para lanzarla lo más lejos posible de mí. No se lo esperaba. Salió volando y acabó golpeando contra una mesa. Escuché gruñidos, cómo la madera crujía al romperse. Dos lobos se levantaron, alejándose de la loba que acababa de incorporarse.

No tardó en volver a lanzarse contra mí. No pude evitar que una de sus zarpas me rasgara el brazo, pero no llegué a sentir el dolor por la emoción del combate. Escuché un rugido mientras rodaba sobre ella, evitando su mordida, hasta que vi la oportunidad de hacerme con su cuello. No tuve piedad mientras la inmovilizaba con una llave y, finalmente, quedó totalmente a mi merced. Tensé mi agarre y bloqueé su vía respiratoria, poco a poco, hasta conseguir que no pudiera hacerse con una bocanada de aire. Pataleaba y gemía, pero no aflojé mi agarre hasta que prácticamente había perdido el conocimiento. Cuando la sentí convulsionar, la liberé. Me sorprendió que nadie hubiera intervenido porque, si hubiera querido, le habría arrebatado la vida. Se quedó tirada en el suelo, jadeando, intentando recuperar el aliento. Aproveché para hacerme con el cuchillo que llevaba en el botín. Solo por si acaso.

—Tócame los ovarios otra vez y te abriré en canal, ¿ha quedado claro? —Me dirigí a la loba antes de alzar la mirada, y el cuchillo, en dirección a los lobos que estaban a mi alrededor. Aquellos que me

habían gruñido al entrar y que parecían dispuestos a ayudar a esa arpía en lo que se terciara—. ¿Alguien más quiere jugar a joderme la vida? —Nadie se movió—. Perfecto. Si alguien vuelve a gruñirme o trata de intimidarme, seré yo la que inicie la pelea, pero ya no seré tan compasiva. Detesto a los carroñeros. —Me giré para mirar a Derek y añadí, enfadada—: Controla a tu puta manada.

Sus ojos azules me miraban con una intensidad que no supe interpretar. O tal vez no quise. Dio un paso hacia mí, pero Ona intervino y le puso una mano en el pecho. Aquello a Derek no le gustó, vi que le gruñía, pero mi hermana ignoró su amenaza.

—La conozco, no es un buen momento. Yo me ocupo.

—¿Cómo diablos ha conseguido tumbarla? —masculló Daniel, que estaba al lado de Derek, en estado de *shock*.

—Se ha criado con lobos —repuso mi hermana, mirándome. Elevé una ceja y me encogí de hombros antes de darles la espalda a ese montón de lobos y largarme de allí.

Si Ona quería mentirles, allá ella.

Nolan no vino aquella noche, pero Ona no tardó en dar señales de vida. Mejor ella que no Derek, seamos realistas. En ese momento no sabía cómo comportarme con él, ni tampoco qué esperar después de aquel enfrentamiento. La tipeja era estúpida, pero no dejaba de ser una invitada suya, mientras que yo no pintaba nada en Pardines y su manada me despreciaba. Era una estúpida por fantasear con él. Con un nosotros. Nunca me había mentido y sabía qué podía y qué no podía darme. Soy así de gilipollas, siempre quiero lo que me está prohibido. Si algún día me decantaba por sentar la cabeza, tal vez debería escuchar los consejos de Ona y darle después de todo aquel tiempo una oportunidad a Mathew. Después de ese algo con Derek, era consciente de que jamás me había sentido así con otro tío. No tenía que fingir ser algo que no era, ni mentirle sobre las personas a las que quería. Sí, incluso si mantener una relación con un lobo no era algo fácil, por eso de que eran territoriales, posesivos y un poco cromañones; por lo visto era lo que me encajaba. O quizá era Derek que se esmeraba en que todo fuera fácil para contrarrestar la mierda que acumulaban los suyos.

A Ona no le sorprendió encontrarme sentada en las escaleras del porche del edificio con una infusión humeante en la mano. Se sentó a mi lado, en silencio, como si esperara a que fuera yo la que iniciara la conversación. Me tomé mi tiempo, porque no me apetecía hacerlo, pero al final supuse que, por mucho que lo demorara, tendría que afrontar el discurso de rigor de mi hermana mayor.

—Siento si te he jodido el plan de esta noche.

—No te preocupes por eso. ¿Necesitas algún punto? —Negué—. A ese lobo le gustas mucho. —No le contesté, ¿para qué negarlo? Ya todo daba igual—. Aunque su manada te odia.

—¡Qué perspicaz!

—Eso es porque les asusta que le gustes demasiado. Para ellos esto es nuevo. No están acostumbrados a que un lobo y una humana puedan tener una bonita historia de amor.

—Nunca he aspirado a tanto como eso.

—Podrías ganártelos. —Ona me ignoró, mientras reflexionaba en voz alta.

—¿Con qué finalidad?

—Él también te gusta. —Ladeé la cabeza para mirar a mi hermana. Me conocía lo suficiente como para que no valiera la pena fingir. Sí, Derek me gustaba.

—No vale la pena el esfuerzo —decidí.

—¿Y cómo lo sabes?

—Casi prefería cuando querías que me volviera a liar con Mathew.

—Con él estabas bien, pero Derek consigue avivar tu fuego.

—No sé si eso es algo bueno.

—Para la loba esa, desde luego que no. —Me golpeó con cuidado el costado mientras reía por lo bajo—. Has estado espléndida.

—Por un momento he pensado que acabarían lanzándose todos contra mí.

—Silas y yo hubiéramos intervenido y lo sabes.

—Igualmente, estábamos en inferioridad de condiciones.

—Si el resto te duraban lo mismo que la *pretendienta*, nos hubiéramos apañado. —Sonreí.

—Supongo que sí. —Me quedé en silencio, rememorando lo que había pasado, hasta que le pregunté con un nudo en el estómago—: ¿Ha dicho algo?

—¿Derek? —Asentí—. Estaba muy cabreado.

—Puedo entenderlo…

—No, enana, no estaba enfadado contigo. Si por él fuera, creo que le hubiera arrancado los ojos. Ha expulsado a la loba de su territorio, así que Silas se ha ofrecido a llevarla en coche esta noche, para que vuelva a instalarse con su manada.

—Eso no les gustará a los viejos.

—¿El trío calavera con cara de ciruela? —Me reí ante aquella descripción, pero asentí—. No, no les ha gustado, pero Derek estaba que sacaba humo, así que han sido lo suficientemente inteligentes como para no tocarle las pelotas. Hoy no hubiera aguantado según qué tonterías. No sé por qué esos tres tienen algún tipo de autoridad en la manada.

—Dos de ellos eran los betas de su padre. Él tomó el control siendo muy joven y el traspaso de poder no fue fácil.
—Entiendo.
—¿Crees que se meterá en problemas con la otra manada?
—No creo. —Se encogió de hombros—. Ella se ha transformado frente a una humana, algo que aquí se considera un agravio severo, por mucho que tú sepas de nuestra naturaleza. Que se acueste contigo no atenta contra sus leyes, y si han de pedirle responsabilidades a alguien por el hecho de que sabes de nosotros, estoy segura de que Lucas y Amanda estarán más que encantados de dárselas. —Reí por lo bajo al escucharle decir aquello. Amanda conseguiría poner patas arriba aquella manada de costumbres arcaicas en un abrir y cerrar de ojos—. Además, no creo que ella disfrute recreando el momento en que una enana la noqueó.
—Ya no soy una canija.
—No, ya no. Eres toda una mujer, de armas tomar, de hecho. Alguien valiente, capaz de cambiar el mundo o, al menos, a una manada un tanto cerrada. Dale una oportunidad a Derek, lo vuestro podría llegar a funcionar y a este pueblucho le vendría bien un poco de tu color para contrarrestar todo ese mundo de grises.
—No hay un nuestro ni oportunidad que darle a nadie.
—He visto cómo te mira. No va a dejarte ir por las buenas, Maya.
—No quiero hablar de eso.
—Eso significa que, en el fondo, sabes que tengo razón. Está enamorándose de ti. ¿Por qué crees si no que están todos los lobos que trinan? Seguro que lo notan y eso hace que estén comportándose como unos gilipollas hostiles. Tienen miedo de que acabe eligiéndote a ti.
—¿Silas te ha dicho algo?
—Ese no suelta prenda en lo referente a su alfa, pero creo que está bastante claro. Tiene sentido que esa bruja haya venido a desafiarte porque te consideraba una posible amenaza.
—Eso es absurdo.
—Te recuerdo que Silas le ha dicho a Derek que «su chica» estaba en el bar cuando hemos llegado.
—No estamos juntos.
—Yo solo digo que quizá deberíais hablar antes de empezar con la parte del sexo la próxima vez.
—Tal vez no haya una próxima vez.
—No sé si considerar eso una estupidez o un acto de cobardía.
—Eres una zorra. —Mi hermana sabía herirme donde más me dolía.
Sí, huir de Derek y de lo que fuera que había entre nosotros era inmaduro y no demostraba mucho valor por mi parte; Ona sabía que yo era de las que se jactaban de ser una mujer moderna, tirada para

adelante, de las que no se achican frente a la adversidad y que luchan por aquello en lo que creen.

Quizá debería tener esa conversación con Derek. Saber si lo que había pasado entre nosotros solo era un calentón con el que despedirse de su soltería o si tenía algún tipo de expectativa real en que aquello fuera el principio de algo. ¿Estaría dispuesto a enfrentarse a los viejos y las tradiciones de su manada en caso de que lo nuestro llegara a funcionar? No tenía claro qué era más improbable, que fuéramos capaces de mantener una relación juntos o que se encarara con aquellas leyes arcaicas por las que se regían. Eran dos imposibles, muy a mi pesar.

Nos quedamos allí un buen rato, en silencio, antes de entrar en la base. Dormí poco porque mi cerebro jugaba a recrear mil conversaciones posibles entre nosotros, a cuál más absurda. Odié el despertador cuando sonó.

Salí al exterior con un café solo en una taza, aún en pijama, para respirar un poco de aire puro antes de que Ona se despertara. Quería prepararme mentalmente para esa conversación que pretendía tener con Derek, pero no me esperaba encontrármelo frente al edificio, con el cabello húmedo y aquella mirada azul, lobuna, esperándome.

—¿No vienes un poco pronto? —le cuestioné.

—Sé a qué hora pones el despertador para hacer tus ejercicios matutinos. He pensado que tal vez podría acompañarte.

—Ya me imagino en qué tipo de ejercicios estás pensando… —Rio por lo bajo y se acercó con pasos lentos, como si no acabara de sentirse cómodo, o tuviera miedo de que le montara un berrinche—. ¿Quieres?

Le tendí la taza y le dio un pequeño sorbo antes de devolvérmela. Me senté en uno de los peldaños de madera y él hizo lo mismo. Vi como sus ojos se oscurecían al ver el grueso vendaje que llevaba en el brazo.

—No es nada —mentí, pero elevó el mentón y supe que era consciente de que aún seguía rezumando algo de sangre de la herida. A veces odiaba esas cosas de los lobos—. Me ha dicho Ona que la has expulsado.

—Debería haber intervenido. Podría haberte hecho mucho daño. —Estaba tenso, como si no se perdonara aquello.

—Mi hermana no te habría dejado; era algo entre nosotras, después de todo, y ella sabía que no sería yo la que acabaría gimiendo por el suelo.

—¿Lo habías hecho antes?

—Mi padre es un forestal atípico; él me enseñó a luchar, a empuñar un cuchillo y a usar una pistola —le conté, ciñéndome en la medida de lo posible a la realidad—. Aplicarlo a los lobos requiere cierto tiempo

y pericia, pero no soy de las que tiran la toalla a la primera.

—Aun sabiendo que puedes valerte por ti misma, no dejaré que nadie vuelva a ponerte una mano encima. —Su mano rozó el vendaje de mi brazo hasta acabar capturando mi mano en la suya. Me estremecí al sentir como sus dedos se enlazaban a los míos.

—Pues te aseguro que los viejos me tenían ganas.

—Lo sé. —Estaba bien que, al menos, no lo negara—. En parte es culpa mía.

—Por lo que me ha dicho Ona, acostarte conmigo no atenta contra vuestras leyes.

—No, no lo hace, pero enamorarme de ti lo complica todo. —Me sostuvo la mirada y apreté los labios, incapaz de contestarle. No había titubeado al confesarme aquello, incluso si dudo que Derek fuera muy dado a hablar de emociones—. Ayer estuve hablando con la loba en cuestión.

—Pues lo que fuera, no debió de gustarle.

—Me ofrecí a comprometerme con ella y convertirla en la alfa de la manada, pero le advertí de que no tenía intención de vincularme con ella. —Sentí su pulgar trazar círculos sobre la piel del dorso de mi mano.

—Podría ser peor, conozco a algunas parejas de lobos que tardaron años antes de vincularse.

—También le comenté que pretendía seguir manteniendo una relación, o como quieras llamar a lo que sea que tenemos entre manos.

—¿Le dijiste qué? —Me tensé y se me agitó el pulso.

—Que tenía intención de seguir acostándome contigo. No quiero que esto acabe. —Mi cabreo estaba *in crescendo*, pero sus ojos buscaron los míos y vi en ellos una mezcla de pena y vulnerabilidad que suavizó un poco todo lo que se había revuelto en mi interior.

—Lo que le dijiste… no tiene ningún sentido. Si fuera ella, te hubiera enviado a la mierda. —Derek sonrió de lado.

—Ninguna de esas lobas tiene el más remoto interés en mi persona; solo quieren convertirse en alfas, algo que estoy dispuesto a darles porque la manada necesitará algún día un nuevo líder, pero yo quiero ver dónde nos lleva esto. —Me estremecí ante lo absurdo de todo aquello—: Le ofrecí una relación abierta a cambio de cumplir con sus aspiraciones para que nosotros pudiéramos disponer de tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué exactamente?

—Para conocernos, para estar juntos, para ver dónde puede llevarnos todo esto…

—¡¿Mientras te acuestas con una loba para preñarla?! —exclamé molesta.

—Dudo que aceptaras ese papel, ¿o acaso vas a decirme que quieres que me vincule a ti y que te comprometerías a permanecer a

mi lado el resto de tu vida?

—¡Vete a la mierda! —gruñí. Separé mi mano de la suya y me levanté, nerviosa.

—Me lo imaginaba. —Derek se incorporó con movimientos lentos, mientras yo le miraba con deseos homicidas.

—Normal que esa zorra quisiera despellejarme…

—Un matrimonio de conveniencia es algo que ha existido desde los primeros tiempos, joder, ¡hay cosas peores!

—Y yo tengo que ser tu fulana.

—Tampoco querrías ser mi esposa, seamos realistas. —Le hice una peineta, porque era eso o pegarle un tiro. Lo peor era que algo de razón tenía y eso aún me cabreaba más: yo no sabía qué quería exactamente que fuera ese nosotros.

—En estos momentos, creo que te odio —le solté.

—Vigila, porque del odio al amor hay solo un paso, y tal vez yo esté dispuesto a cruzarlo. —Acortó el espacio que había entre nosotros y me acunó entre sus brazos antes de posar sus labios sobre los míos. Fue un beso exigente que me dejó jadeante y deseosa de mucho más. Derek tenía ese efecto en mí. No dejó de abrazarme, pero separó su boca de la mía para contemplarme.

—Tú y yo, en una relación abierta, es un fracaso garantizado. Eres un lobo, Derek, un puto alfa. No tolerarías que me acostara con otro tío si esto va a más —remarqué.

—Tengo intención de satisfacerte hasta el punto de que no desees la compañía de ningún otro macho, pero si se da esa situación, ya veremos cómo podemos gestionarla entonces.

—Estás loco.

—Tenemos una oportunidad. Creo que nos merecemos intentarlo.

—Por eso los lobos de tu manada montaron ese numerito cuando entré en el bar de Daniel. Sabían que habías humillado a la loba con tu peculiar propuesta.

—Para mí también es humillante su interés en lo que soy y no en mi persona —se defendió él; y ahí no pude negarle que tenía parte de razón—. Si una de las lobas que han de venir a Pardines está dispuesta a aceptar mis condiciones, ni siquiera los viejos tendrán argumentos para oponerse a que sigamos viéndonos, Maya. No me importa ir a Dóen, a la capital o a donde sea, pero no estoy dispuesto a que esto se acabe antes de que ni siquiera haya empezado.

—No van a aceptar tus condiciones, les podrá el orgullo.

—Yo creo que alguna será lo suficientemente ambiciosa como para aceptarlo. ¿Y tú? ¿Me aceptarías?

—¿Yo? Todo esto me parece un disparate.

—Voy a parar el proceso de selección hasta que creas en un nosotros.

—No es el «nosotros» el que me tira para atrás. ¡Pretendes llevar una doble vida!

—¡Una en la que te doy la mierda de libertades que siempre has querido!

—¡Yo no he dicho que quiera acostarme con otro tío en estos momentos!

—Pero tampoco aceptarías formalizar un compromiso conmigo.

—¡Tu manada jamás me aceptaría, incluso si quisiera hacerlo!

—¡No busques excusas, Maya! ¡Te negarías a hacerlo!

—¿Te das cuenta de que apenas nos conocemos y estamos hablando de cosas que no son raras, sino lo siguiente?

—Precisamente eso es lo que me gustaría que tuviéramos la oportunidad de hacer. Conocernos.

—¿Para qué? Si las cosas resultan que al final van bien, ¡tú ya tendrás una esposa a la que te estarás tirando para que te dé un puto cachorro!

—No me importaría que fueras tú quien me diera descendencia. —Me quedé atónita y aprovechó ese momento de flaqueza para volver a buscar mi boca y besarme con urgencia. A Derek se le había ido la olla. Era la única posibilidad. Escuché que se separaba de mí y gruñía.

—Pensaba que tendríamos un poco más de tiempo a solas.

—¿Viene alguien? —le cuestioné mientras sus brazos me apretaban contra su cuerpo, como si se sintiera muy reticente de aflojar su agarre—. ¿Los viejos?

—Nolan —me indicó tras negar con la cabeza.

No tardé en escuchar el ruido de un motor y ver el viejo *jeep* de mi amigo acercarse a nosotros por el camino. No tengo claro si lo de Derek le arrancaría unas cuantas carcajadas o, por el contrario, le cabrearía. Eso de pretender convertirme en su amante oficial era tan irritante como absurdo.

Sí, sería una forma fácil de evitar el compromiso y de disfrutar de tanto en tanto de su compañía, algo que teniendo en cuenta mis prioridades y mis experiencias previas, no era un mal plan, después de todo. Creo que el cabrón lo sabía. Que yo tampoco quería desprenderme de lo que despertaba en mí, pero tampoco me sentía capaz de aceptar el tipo de relación vinculante a la que aspiran los lobos.

No me sentía preparada para mantener una relación formal con él ni con nadie, pero incluso si algún día llegara a encontrar las agallas de aceptar ese tipo de vínculo, su manada jamás me aceptaría. Su propuesta no era del todo descabellada si me planteaba aquella relación como algo ocasional e impersonal; el problema era que la idea me quemaba por dentro, pero no tenía ni idea de cómo hacérselo ver sin confesarle que yo también me había enamorado. Algo que no

tenía intención de hacer, porque solo complicaría, aún más, todo aquello.

17

APARCÓ EL TODOTERRENO en frente del edificio. Cuando bajó del coche, su rostro sombrío y las ojeras bajo sus ojos me advirtieron que no había dormido demasiado; llevaba mal que se acercara la luna llena, aunque eso no es que fuera algo nuevo.

—¿Me he perdido algo? —me preguntó mientras me separaba de Derek para ir a su encuentro.

—Nada importante, Derek ya se iba.

—En realidad, de aquí a poco empieza mi jornada laboral. —Si las miradas mataran, ese alfa en concreto estaría muerto. Odié esa seguridad que desprendía.

—Tengo la sensación de que el ambiente está enrarecido —opinó Nolan, cruzando los brazos sobre su pecho y mirando a Derek con un deje de frialdad.

—No sé por qué lo dices —ironicé y mi amigo rio por lo bajo. En vez de irritarse, Derek me sonrió. Capullo arrogante.

—¿Nos vamos a dar una vuelta? —me preguntó.

—Lo veo. —Con un par de zancadas, Derek se colocó frente a mí. No me tocó, pero me estremecí bajo su mirada.

—¿Quedamos luego?

—Depende.

—¿De qué?

—De si sigo cabreada contigo o estás de suerte y se me acaba pasando.

—Sería una tontería desperdiciar nuestro tiempo recriminándonos cosas que no podemos cambiar; mejor hagamos algo útil. Podríamos tener algo así como una cita: cenar en un lugar tranquilo o dar un paseo nocturno, lo que más te apetezca.

—Como si lo que te interesa en realidad no es lo que viene después…

—No tengo intención de quejarme de esa parte, pero igual te sorprenderías si supieras *todo* lo que me interesa. —Acortó la distancia entre nosotros y me besó con ese punto agresivo y posesivo que me hacía recordar qué y quién era, al margen de lo que conseguía despertar en mí el cabrón.

—Vete a la mierda.

—Os veo bien —se burló Nolan. Derek no le gruñó, era más de lo esperable, siendo él.

—Hablaré con Silas para que avise a las manadas de que he decidido darme un tiempo antes de elegir una loba para la manada. —Sus ojos me estudiaron al decir aquello. «Una loba para la manada». No era una loba con la que casarse. Con la que tener hijos. Derek estaba dispuesto a elegir una loba para la manada, pero no para él. Esa certeza me desgarraba por dentro. La sensación de que si por él fuera haría las cosas diferentes. Apostaría por un nosotros, incluso sabiendo que yo no estaba muy receptiva en cuanto a lo de las relaciones vinculantes que solían buscar los lobos.

—Por mí no te cortes, ahora, si otra loba intenta ponerme una zarpa encima, igual acabo degollándola, quien avisa no es traidor. —Vi que Nolan se ponía nervioso al escuchar aquello.

—Sabes que no permitiré que eso vuelva a pasar. —Su mirada se oscureció—. Jamás.

—No dejes que mi humilde existencia enturbie tus planes de boda —escupí con un deje amargo.

—Siempre he sido de vivir el día a día y me gustaría que fueras tú quien me acompañase cada noche.

—Supongo que tus pretendientas podrán esperar unos días. —Quisiera afirmar que sonó agrio y despectivo, pero la verdad era que tenía matices de tristeza o resignación. Sí, Derek podía tomarse un tiempo, el que yo estuviera en su territorio, antes de volver a invitar a las lobas adecuadas para elegir, entre ellas, a la que acabaría siendo su pareja. Romántico no era, pero entendía que se trataba de una decisión derivada de sus obligaciones y responsabilidades para con los suyos. Quizá, si sus leyes no fueran las que eran, no tendríamos toda esa mierda cubriéndonos hasta el cuello.

—Quien dice días, dice semanas o, tal vez, meses. ¿Eso te gustaría? —No caería en su trampa.

—Tengo una vida, ¿sabes? No todo gira en torno a ti. Volveré a la capital o, quizá, me instalaré una temporada en Dóen.

—Iré a tu encuentro.

—Quizá no seas bienvenido.

—¿Lo dices por Mathew?

—Estaba pensando en mí, pero desde luego no creo que te diera una palmadita en el hombro. —Le sostuve la mirada—. Tampoco es que me apetezca un numerito a base de mordiscos, gracias.

—No tengo nada en contra de él, siempre que entienda que las cosas han cambiado.

—¿Lo han hecho? —le reté.

—Cualquier lobo podría contestarte a esa pregunta simplemente oliéndote.

—¿Ya estamos con esas mierdas de alfas marcando su coto de caza? —le solté, enojada, porque su gesto se había vuelto posesivo y

dominante.

—No puedo dejar de ser lo que soy, pero pensaba que ya habías superado eso de que te acuestas con un lobo y estábamos en proceso de dar un paso adelante.

—¿Un paso adelante? —Nolan seguía nuestra conversación con esa expresión un tanto cínica, creo que confundido, hasta cierto punto.

—Ni caso.

—Sospecho que esta vez no solo habéis estado follando. —Se acercó al vehículo y abrió la puerta del copiloto—. ¿Nos vamos?

Derek le lanzó una mirada un tanto enojada, porque estaba claro que le apetecía una mierda que me arrastrara lejos de él. Sonreí. Pensaba disfrutar de esa pequeña venganza.

—Si me disculpas… —Me apretó contra su cuerpo y tras un ronroneo seductor volvió a apoderarse de mi boca. Joder. Las piernas se me aflojaron y sentí que el corazón volvía a latirme a mil por hora. Conseguía nublar mi juicio porque, en otras circunstancias, solo por ser tan gilipollas, lo tendría ya inmovilizado en el suelo y yo estaría soltándole un discurso sobre eso de abalanzarse así sobre alguien, sin pedir permiso primero.

Se separó de mí y vi una sonrisa petulante en su rostro. Era consciente de cómo me afectaba su contacto y eso me irritaba hasta el infinito y más allá.

—Nos merecemos hacer algo especial: reservaré una mesa para cenar juntos esta noche. Cuando acabe aquí iré al bar de Daniel, búscame allí. —Le sostuve la mirada, pero no le contesté. Aún no tenía claro si iba a ir a su encuentro o me limitaría a ignorarle por el mero placer de cabrearle—. Si estás dispuesta a hablar del tema, hablaremos; si no, estoy seguro de que encontraremos otras formas agradables de pasar el rato. —Le gruñí, enfadada. Me estaba volviendo adicta a su contacto, sus besos y, sí, también a ese punto un tanto arrogante que hacía que no pudiera pisotear su ego porque disponía de una puta muralla de autoestima. Lo peor de todo era que sospechaba que él lo sabía.

Nolan carraspeó y Derek le lanzó una mirada airada antes de añadir, mirándome:

—Estoy dispuesto a hacer que esto funcione. —Dejó aquello en el aire, entre nosotros—. Vas a irte con otro macho, uno que ni siquiera es de mi manada y a quien no puedo obligar a que siga mis directrices. Creo que ese hecho habla por sí solo.

Se separó de mí, liberándome de su agarre. Nos sostuvimos la mirada.

—Te estaré esperando.

—No te he dicho que vaya a ir a tu encuentro.

—Dime solo que te lo pensarás.

—Lo haré. —Cedí.

Derek asintió y yo me dirigí hacia Nolan, que me esperaba junto a la puerta abierta del *jeep*. Una vez monté y me senté en el asiento del copiloto, cerró la puerta con un golpe seco. Vi que le sostenía la mirada a Derek antes de dirigirse a la puerta del conductor.

—Hoy ni de coña te dejo ponerte al volante —bromeó tras hacer rugir el motor del vehículo. Maniobró para darle la vuelta y empezamos a alejarnos de la base. Y de Derek.

—¿Por?

—Teniendo en cuenta tu estado de humor, acabaríamos volcando en una cuneta. —Sonreí. Una vez nos había pasado justo eso, así que tenía su sentido que lo trajera a colación.

—Ya ves…

—¿Qué ha pasado? —Señaló con el mentón el vendaje que llevaba en el brazo.

—La loba de la otra noche se presentó con ganas de montar un numerito —le conté.

—¡Vaya si debisteis de montarlo! —bromeó él, con media sonrisa, pero sin que esa emoción llegara a sus ojos. Estaba cansado y se le notaba—. ¿Con cuántos huesos rotos acabó ella?

—Ninguno, pero estuve a punto de estrangularla.

—Siempre has sido una chica con estilo. —Sonreí.

—La manada de Derek me odia y los viejos que medio manejan el cotarro, los que supervisan que, de alguna forma, se sigan esas leyes arcaicas por las que se rigen, me quieren en la otra punta del planeta.

—Pues su alfa creo que te quiere «cerquita»…

—Siempre tan gracioso —mascullé entre dientes—. Derek tiene que emparejarse a una loba. Linajes puros y bla, bla, bla, así que él tiene asumido que tiene que preñar a una loba, pero ahora se le ha ocurrido que eso no acaba de ir con él.

—Te quiere a ti.

—Hombre, con esas palabras no me lo ha dicho.

—Se ve a la legua.

—Yo no diría tanto…

—Y a ti… te ha calado dentro. Joder, Maya, te conozco.

—Ya, eso; vale, quizá, sí. El tema es que le conté lo de Mathew, que me acojoné cuando me pidió que nos vinculáramos y todo el rollo ese. Creo que da por sentado que jamás aceptaría algo así.

—¿Y tiene razón?

—No lo sé. —Suspiré—. Quiero decir que me gusta, pero apenas le conozco y tampoco me había planteado algo así. ¿No podemos, no sé, empezar un algo y plantearnos estas cosas cuando sepamos si funcionamos o no? Igual en unos meses queremos matarnos el uno al otro y dilema resuelto.

—¿Se lo has dicho?

—No, pero tampoco es que pueda darme lo que yo quiero. Él tiene una responsabilidad con su manada y entiendo que, como alfa, no va a ignorarla.

—Así que está decidido a poner una fecha de caducidad a lo vuestro y elegirá después a una loba.

—Eso podría tener su sentido, pero no, su idea es aún peor: pretende llevar una doble vida. —Nolan me miró de reojo mientras fruncía el ceño y lanzó un silbido al aire—. Quiere darle a la manada un alfa preñando a una loba que haría las funciones de alfa mientras mantiene no sé qué tipo de relación exactamente conmigo.

—No creo que eso te hiciera feliz.

—No, claro que no, pero creo que él piensa que, teniendo en cuenta que yo no quise tiempo atrás un compromiso y que él sí tiene uno, podría ser una forma de encajarlo todo.

—Tú eras una cría cuando lo de Mathew y tus necesidades ahora no son las mismas.

—Correcto. Aunque admito que no me había dado cuenta hasta que ese maldito lobo en cuestión se ha cruzado en mi camino.

—Por algo será…

—Ya, eso mismo me digo yo, ese es el problema.

—Entiendo.

—¿Y tú cómo lo llevas? ¿Dónde has pasado la noche? Empezaba a preocuparme, y lo sabes.

—He encontrado un rastro. —Habíamos dejado la carretera forestal para adentrarnos en un camino de tierra en mal estado.

—¿Un rastro?

—Del humano.

—¿El excursionista? —Mis ojos brillaron con ese deje de envidia y admiración—. ¿Estás seguro de que es de él?

—Rebusqué entre tus cosas y vi el mapa en el que habías marcado la ruta que había trazado y dónde encontraron sus pertenencias, mientras tú y Ona estabais de folleteo. Se me ocurrió acercarme, aunque tampoco tenía claro sí pasado tanto tiempo encontraría algo, así que no quise darte falsas expectativas.

—No voy a decirte lo patético que ha sonado que no tuvieras nada mejor que hacer que pasarte la noche husmeando mis cosas porque te agradezco mil que me ayudes con el caso: estaba estancada. Quería montar un campamento allí y revisar las rutas que siguieron durante la batida, pero…

—No sé si ese «pero» hace referencia a nuestra visita sorpresa o al lobo al que te estás tirando.

—Si sigues por ahí, acabarás cayéndome mal.

—Sé que mientes y que siempre seré tu favorito. Igual podría hacer

como tu padre y joderle un poco la vida a Derek como hacía él con Lucas. —Puse los ojos en blanco. Nolan me miró de refilón. Estaba preocupado y podía entenderle. Se preocupaba por mí y mi historia con Derek era un sinsentido, y eso sin tener en cuenta que esa noche era luna llena.

Aparcamos en una zona en el que la pista se ensanchaba. Nolan sacó una mochila con una tienda y supe que su intención era llegar hasta el fondo de la cuestión. Mejor. Le envié un mensaje a Ona, advirtiéndole de que igual no pasaríamos por la base esa noche y estuve tentada de decirle algo a Derek, pero decidí esperar hasta el último momento para hacerle sufrir un poco. No tendríamos una cita después de todo; el tema era si me limitaba a hacerle rabiar o tenía la decencia de advertirle al respecto.

Seguí a Nolan mientras nos adentrábamos en el bosque.

Él podía ver y sentir cosas que a mí me pasaban totalmente desapercibidas. Pronto ubiqué nuestra posición en el mapa y vi que estábamos bastante cerca de la ruta que había trazado el excursionista, solo que algo más al este. Para cuando nos sentamos para comer algo, ya era bastante tarde. Revisé mis notas mientras cuadraba nuestra posición con el GPS. Estar allí, con mi viejo amigo, era relajante. La última vez que me había adentrado en aquel bosque, lo había hecho con Derek, aunque en ese momento yo aún no sabía que él era un lobo.

Caminamos un par de horas cuando Nolan me advirtió de que había vuelto a localizar el rastro. Seguimos recorriendo el territorio de la manada guiándonos por el olfato de Nolan y ese sexto sentido que no era para nada humano.

—Creo que hay un lobo patrullando cerca —me advirtió a última hora.

—Pues estate alerta, porque soy algo así como el enemigo número uno de la manada: no les gusta que Derek se acueste conmigo y haya ahuyentado a la loba. No quiero pensar mal, pero a los viejos tal vez no les importaría demasiado si desaparezco.

—Entiendo. —Dudo que Nolan pensara que fueran a hacer algo así. Quiero decir que aunque fueran bastante gilipollas, la manada estaba integrada entre humanos y se regían por unas leyes bastante estrictas para facilitar la convivencia. A Nolan lo primero que le había advertido Derek era que, si quería crear algún tipo de conflicto o molestar a los del pueblo, se largara.

Seguimos avanzando hasta que, a última hora de la tarde, Nolan empezó a inquietarse. El olor era más fuerte y tenía matices putrefactos por lo que me dijo. No era que esperara encontrar al chico vivo, pero siempre es desagradable encontrar un cuerpo en proceso de descomposición.

Nos paramos sobre una escarpada colina llena de matorrales y rocas.

—Es aquí —afirmó él. Observé el lugar.

—¿Una mala caída? —Nolan no me contestó y su expresión era un tanto siniestra—. ¿Nolan?

—No quiero avanzarme. —Le cogí del brazo y tiré de él. La puesta de sol estaba ya cubriendo el cielo de color arrebol. Sus ojos destellearon, como si le molestara que alguien le presionara, pero suavizó su expresión, consciente de que era yo la que estaba a su lado—. Hay otro rastro que le acompaña.

—¿No estaba solo? —Nolan negó con la cabeza.

—¿Un lobo? —Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—Daniel.

—Joder.

—Me escama —admitió—, pero tal vez hubo una partida de búsqueda no oficial.

—¿Y por qué no dieron la alarma de que lo habían encontrado? —le reté con la mirada.

—Si estaba muerto, ya poco podían hacer por él. —Se encogió de hombros, pero creo que él tampoco estaba muy convencido de esa teoría.

—Si fuera así, no tendría sentido que lo hubieran seguido ocultando después de… —Dejé la frase a medias. Sentía un nudo oprimiéndome debajo del pecho. No tenía sentido que no me hubieran contado que habían encontrado el cuerpo usando su olfato de lobo. Que se guardaran ese secreto… Me estremecí—. Quiero saber la verdad.

Nolan asintió, pero su expresión era fría y dura. Creo que él ya tenía su propia teoría al respecto. Yo no podía simplemente aceptar aquello. Daniel. El beta de Derek.

Bajamos parte de aquella escarpada pared hasta llegar a una zona en la que la tierra era algo más compacta. Localizamos una zona en la que se veía la tierra revuelta, como si alguien hubiera cavado un agujero y lo hubiera vuelto a cubrir después.

Nos miramos. Nolan estaba pensando lo mismo.

Sintiendo la bilis subirme por el pecho, cogí la pala de rescate que Nolan llevaba sujeta al lateral de la mochila y empecé a cavar. Me dejó hacer, porque sabía que necesitaba centrarme en hacer algo mecánico, automatizado, porque quedarme quieta solo empeoraría la comida de cabeza que me acompañaba en esos momentos. Necesitaba saber. Quería que todo tuviera sentido. Que hubiera algo que pudiera justificarlo. Que nuestras sospechas fueran erróneas. No era un lobo cualquiera. Un desconocido anónimo al que le metería una bala entre ojo y ojo sin miramiento alguno. Joder. Estaba a punto de volverme

loca. Daniel. Derek. Tragué saliva al pensar en los viejos. Siempre me habían mirado como alguien inferior. ¿Hasta qué punto menospreciaban a los humanos? ¿Acaso eran en realidad cazadores? ¿Acaso no eran más que un puñado de tarados asesinos?

No tardé en chocar contra algo sólido. Removimos la tierra alrededor del cuerpo sin vida de aquel muchacho. Las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas. No sé si era tristeza o rabia. Tenía la ropa hecha jirones y, aunque el cuerpo ya había empezado a descomponerse, los restos evidenciaban heridas de zarpas y varios mordiscos. No podría decir cuál de todas aquellas heridas era la que le había dado muerte, ni si había sido solo un lobo o varios los que habían realizado aquella hazaña, pero no tenía ninguna duda de que no había sido una mala caída lo que había acabado con su vida.

Empecé a temblar, sintiendo que me rompía por dentro. No fui consciente de cuándo empecé a gritar, impulsada por una mezcla de dolor y rabia, pero sí sentí que no estaba sola cuando Nolan me acogió entre sus brazos. Me dejé abrazar mientras la rabia era seguida por la tristeza, una que me hacía sangrar desde dentro, haciendo que me pusiera a llorar como si apenas fuera una cría. Creo que nunca me había sentido así. Vulnerable. Traicionada. Decepcionada. Lo que sentía por él. Saber el tipo de lobo que era. Quemaba.

—No creo que fuera Derek —se limitó a decir Nolan cuando conseguí controlar mi llanto.

—¿¡Debería consolarme eso!? —exclamé enfadada—. ¡¡Es el alfa de la manada!! No puede no saber a qué juegan sus betas.

—Siento no poder negar eso. Sé que él te importa… lo siento, Maya.

—Es un puto asesino, Nolan… —gemí, sintiendo un dolor sordo bajo el pecho—. Estaba planteándome, no sé, algo. Y ahora… ¿cómo he podido estar tan ciega?



ME PASÉ A MEDIA TARDE por el local de Daniel. Había menos lobos que de costumbre; sabía que se debía a lo que había pasado allí la noche anterior. Aún podía recrear el momento en el que la loba se había lanzado contra Maya; la furia que por poco nubla mi mente y el deseo de acabar con ella cuando atacó a mi pareja. No me esperaba lo que sucedió a continuación.

¡Joder con Maya!

La había conseguido controlar con una destreza que, si no fuera por el cabreo que se llevaba, me hubiera encantado arrastrarla hasta el piso de arriba para que intentara domarme a mí.

No tenía claro, sin embargo, si al hacerlo se había ganado el respeto de algunos de los lobos de la manada o si, por el contrario, ahora la odiaban.

Era consciente de que, desde que nos acostamos juntos, todos la miraban de reojo cuando andaba cerca: no estaban acostumbrados a que una hembra arrastrara mi olor. No tenía la costumbre de poner a nadie, humana o loba, en semejante tesitura. Supongo que al principio los lobos sentían cierta curiosidad, no sé si por ella o por mi cambio de actitud.

Ese cotilleo que se comentaba *soto voice*, con un tono más bien indiferente, había pasado a ser un rumor que ponía nerviosos hasta a los viejos cuando apareció su hermana en el pueblo, incluso si dudo que supieran que, pese a sus diferencias evidentes, compartían una misma madre. Que una humana supiera de nuestra existencia ya era algo a lo que no estábamos preparados mentalmente para enfrentarnos; que la que había elegido como a mi amante supiera qué y quién era yo en realidad, hizo que se convirtiera en el punto de mira de sus miedos y tal vez su desprecio. Nuestra forma de hacer no contemplaba que hubiera personas como ella. Algo que había empeorado cuando se había difundido entre los nuestros que en la manada de la que provenía Ona las vinculaciones entre lobos y humanos existían, haciendo que muchos recelaran del hecho de que Maya y yo nos acostáramos juntos.

Y luego llegó Nolan. Un puto alfa.

Así que todos, y ahí hasta me incluyo yo, nos removíamos

inquietos, reclamando esa tranquilidad que solíamos gozar y que Maya había conseguido enviar a la mierda en tan solo unos días. Ni siquiera la llegada de la primera de las pretendientas calmó ese deseo de alejar a Maya de nuestras vidas, quizá porque presentían que era una amenaza para el futuro de la manada. Lo que yo sentía por ella, incluso si lo bloqueaba para que mis congéneres no pudieran llegar a percibirlo, era cada vez más evidente.

Después del discurso que le solté a la rubia, pretendía controlar a los viejos, pero desprecié el peligro real que una loba herida podría llegar a representar. Para cuando Silas me había llamado, no dudé en ir a encontrarme con ella al bar porque tenía la certeza de que los viejos en cualquier momento intentarían abordarla de una u otra forma, pero no me esperaba encontrar a la loba insultando a mi pareja y cómo el instinto del lobo trataba de dominarme para defender lo que era mío.

No sé si yo la habría dejado con vida.

Y eso habría sido un problema, porque nos hubiéramos ganado a una manada entera de enemigos, aunque en ese momento me hubiera importado una mierda. Quería a la loba, sino muerta, lo más lejos posible de mi mujer; no dudé en expulsarla de mi territorio, sin importarme las miradas acusatorias de los viejos ni el hecho de que lo hice frente a un buen número de testigos.

Aún no tengo claro cómo su hermana consiguió evitar que intercediera. Algo sobre que tenía que respetarla… En aquel momento ni siquiera supe a qué se refería, pero sí tuve la certeza de que ella tenía una fe ciega en mi pareja y su mal genio. Supongo que sabía que sería capaz de enfrentarla y demostrar que podía valerse por sí sola, sin la necesidad de que ningún alfa la escudara.

Se había criado con lobos. Había tenido que aprender a ser uno de ellos y a enfrentarse también a los que eran como yo. Las trifulcas entre cachorros era algo habitual entre los nuestros, pero nunca me había planteado que Maya las hubiera vivido en primera persona, siendo humana. Me fascinaba cada nueva cosa que descubría sobre su forma de ser o sobre cómo había sido su vida entre lobos. Me parecía ciencia ficción, pero empezaba a entender esa absurda afirmación de que Maya formaba parte de una manada. Era algo que me hacía estremecer, porque me hacía soñar con que pudiera formar parte de la mía. De mi familia. De lo que yo era.

Necesitábamos un alfa, sí, pero quizá no era imperativo que fuera yo quien se lo diera a la manada.

Miré a Daniel, situado detrás de la barra. Él y Silas tenían sangre de alfa corriendo por sus venas; no era un imposible que uno de sus hijos pudiera llegar a serlo. ¿Por qué diablos no habían sentado la cabeza y engendrado algún cachorro que pudiera solucionarme la vida a medio

o largo plazo?

Si por mí fuera, Maya y yo seríamos uno. En todos los aspectos posibles. La manada era un problema importante para tomar una decisión como aquella, pero aún me limitaba más el hecho de no saber si ella acabaría aceptándome algún día. No quería que se sintiera acorralada y eso la impulsara a alejarse de mí, como hizo con ese otro lobo, pero tampoco tenía claro que fuera capaz de mantener una relación abierta en la que ella frecuentara también a otros machos. No era que yo quisiera a otra mujer. Nada más lejos de la realidad: pensar en acostarme con una hembra que no fuera ella me causaba un dolor sordo en el estómago, el preludio de una arcada.

Tenía la esperanza de conseguir que Maya viviera lo nuestro un poco más como yo y un poco menos como lo haría un humano cualquiera.

Si ella se negara a compartirme con una loba…

Si me hiciera una propuesta indecente, la que fuera…

Silas entró por la puerta principal. Supe que algo no andaba bien por la forma en la que estudió a los lobos allí presentes mientras se acercaba a la barra.

—He de contaros algo. —Se dirigió a la puerta que daba al pequeño almacén y, desde allí, a las escaleras que subían a nuestro piso. Daniel y yo nos miramos, porque, aunque a veces Silas era un poco gilipollas, ese comportamiento presagiaba algo malo.

—¿Me cubres, Marcus?

—¿Puedo llenarme la jarra? —le cuestionó el lobo, levantándose de la mesa luciendo una sonrisa en el rostro. Apenas tenía dieciocho, pero aquí hacía tiempo que se le trataba como un adulto; supongo que por eso era uno de los asiduos al local.

Daniel asintió antes de mirarme. Dejamos al lobo ocupándose de la barra y subimos al piso, siguiendo el rastro más reciente de Silas. Nos lo encontramos apoyado en una pared, con los brazos cruzados sobre su pecho. Señaló con el mentón la puerta y Daniel la cerró, algo que era poco habitual y que confirmaba que Silas no quería que ningún lobo pudiera meterse en nuestros asuntos.

—Esto no va a gustarte.

—¿El qué? —le pregunté, frunciendo el ceño. Silas no era de andarse por las ramas. Que no hubiera llegado a la mierda en cuestión y quisiera prepararme mentalmente para lo que fuera, hizo que empezara a inquietarme.

—¿Tiene algo que ver con la hermana de Maya? —cuestionó Daniel. Silas negó.

—Suéltalo. —Solo podía haber dos cosas que justificaran la actitud de mi beta: que la manada de la loba hubiera decidido tomar represalias contra nosotros o que los viejos hubieran decidido no

quedarse al margen respecto a lo mío con Maya.

—Un lobo de la manada me ha venido a advertir que ayer vieron al alfa cerca del camino de las tres fuentes.

Esa respuesta no me la esperaba. Fruncí el ceño, pero fue Daniel el que intervino:

—¿Cómo de cerca?

—No demasiado —respondió Silas—, por eso no nos dijeron nada, pero por lo visto esta tarde han vuelto a sentir su rastro siguiendo el sendero.

—¿Casualidad? —cuestioné mirando a Daniel mientras sentía mi corazón latir con una fuerza salvaje.

—Es un alfa, no apostaría por ello.

—Yo tampoco —añadió Silas. Observé a mis betas y empecé a caminar por el salón sintiéndome enjaulado, hasta que la tomé contra la pared y estampé mis nudillos en ella. Escuché el ruido de algunos de mis huesos quebrarse mientras en la pared aparecían algunas grietas.

—Lo sabes.

—¿Qué ha de saber? —cuestionó Daniel que se había sobresaltado con mi arrebato.

—Maya va con él. —Fue Silas el que le contó aquello.

—No hay duda alguna, entonces, de que siguen un rastro —opinó Daniel, estudiándome—. Puede que lo pierdan. Han pasado muchos días.

—No contaría con ello —negué—. ¿Por qué coño no nos planteamos que tener a dos lobos correteando por aquí podría acabar haciendo que la mierda nos salpicara?

—Tú tenías otros problemas —intervino Daniel—. Una humana jamás podría encontrar el cuerpo, un lobo con un olfato muy fino… dejémoslo en un tal vez.

—No podemos asumir ese riesgo —les advertí a mis betas.

—¿Qué pretendes hacer?

—Interceptarlos. Nos vamos de caza. —Vi que cruzaban sus miradas mientras dejaba que la esencia del lobo tomara el control de mi cuerpo, destrozando la ropa por el camino. No me importaba.

No esperé a que me siguieran, me deslicé por las escaleras y tras salir del edificio me refugié en el bosque. Mis betas no tardaron en llegar a mí. No podría hacerlo solo. Necesitaba tenerlos a mi lado, pasara lo que pasara.

Se colocaron a mis costados, como siempre habíamos hecho. Protegeríamos a la manada, lo haríamos, porque era nuestra obligación y nuestro deber, pero sangraba por dentro.

Corrimos durante varias horas sin apenas sentir la fatiga del esfuerzo que estábamos realizando. Sorteamos varios desniveles y

seguimos avanzando. El olor de Maya me golpeó cuando encontramos su rastro. Me molestaba que el de Nolan la acompañara, pero más aún que ese gilipollas fuera a enviarlo todo a la mierda. Estaba dispuesto a enfrentarle, pero ¿qué coño haría con Maya?

Tenía la esperanza de interceptarlos antes de que pudieran hacerse con el cuerpo. ¡Joder! Deberíamos haberlo descuartizado y haber quemado las partes una vez las partidas de búsqueda lo dieron por perdido, pero no quisimos llamar la atención de alguien encendiendo una hoguera. Ahora me arrepentía de no haberlo hecho.

Supe que llegábamos tarde cuando el grito de Maya reverberó a nuestro alrededor desde algún lugar perdido en la cordillera de la montaña que estábamos a punto de alcanzar. Ese dolor desgarrador rompió algo en mi interior mientras el cielo se teñía de colores fuego y sangre. Sentí que me quebraba por dentro y solo encontré la fuerza de seguir adelante, la disposición de enfrentarme a lo que sea que fuéramos a encontrarnos, porque Silas y Daniel me acompañaban.

El sol ya se había puesto para cuando alcanzamos la ladera de la montaña. La luna llena iluminaba el lugar y me mostró a Maya fotografiando algo tendido en el suelo con una cámara réflex. Nolan estaba a su lado, iluminando lo que no tenía ninguna duda de que era un cuerpo, con una linterna. Fue él quien detectó nuestra llegada. Sus ojos buscaron los nuestros; creo que estaba esperándonos. Le odié por eso. Por arrastrar a Maya lejos de mí. Por destrozar todos mis sueños.

Aflojé el trote y empezamos a avanzar en formación, los tres, aunque aún no tenía claro qué hacer a continuación. Si solo fuera el lobo… Mi mirada buscó a Maya. Se había girado hacia nosotros al ver que Nolan dejaba de iluminar el cuerpo y modificaba su posición para interponerse entre nosotros y ella. O, tal vez, entre nosotros y los restos putrefactos, parcialmente descompuestos, de aquel muchacho. A mí el cadáver me traía sin cuidado. Maya era otra cosa.

—Mantente al margen —le ordenó Nolan a Maya. Me encontré gruñéndole y mis betas se sumaron a mi amenaza, aunque ni siquiera tenía claro si pretendía exigirle que se separara de mi mujer o que debía mantenerse al margen del cuerpo que había encontrado. Eso no les incumbía. Los secretos de la manada, se quedan en la manada. Era ley.

Maya había cogido una pistola y nos estaba apuntando con ella; las piernas ligeramente separadas y la mano zurda sobre la culata para asegurar la estabilidad del arma. Me cabreó que su pulso fuera estable, como si nada de aquello le afectara, la frialdad de su mirada. ¿Tal vez no me reconocía? Era poco probable. Recordé el grito que había rasgado la calma del bosque, la desesperación y la rabia que transmitían. Quizá aún había esperanza. Deseaba que ignorara lo que había encontrado, que nuestros secretos siguieran a salvo y

pudiéramos disfrutar juntos de un mañana.

Vi como Nolan empezaba a convulsionar y eso llamó la atención de Maya. Su expresión fría mostró, por primera vez, un atisbo de alarma. Como si fuera consciente de lo que estaba a punto de pasar. Un enfrentamiento entre lobos. Entre alfas.

—Nolan, no lo hagas…

El lobo acabó su transformación y se colocó delante de ella. Era, al menos, tan grande como yo, pero había algo en él que era siniestro. Su pelaje era de un negro tan oscuro que podría confundirse con las sombras de la noche si no fuera por esos ojos azules, brillantes, en los que parecía reflejarse la luz de la luna. Su mirada era fría e inerte.

Maya se situó junto a él, colocándose en posición de tiro. ¿Me dispararía de nuevo? ¿Buscaría esta vez algún órgano vital? ¿Pretendían enfrentarse a nosotros siendo solo dos? Podía enfrentarme a Nolan, de igual a igual, pero pensar en Maya enfrentándose a Silas y a Daniel hizo que sintiera un escalofrío. La mujer a la que amaba. Los que eran mis hermanos.

Nolan nos gruñó por primera vez; su pelaje parecía brillar con la luz de la luna llena. Su porte era majestuoso y terrorífico al mismo tiempo. Me sorprendió que Maya separara una mano de la pistola para colocarla sobre el lomo del animal que había a su lado. Eso me irritó más que no el hecho de que siguiera apuntándome mientras acortaba la distancia que me separaba de ellos.

—Nolan, no dejes que te controle. —El lobo gruñó, una clara advertencia de que no quería que nos acercáramos; estaba seguro de que tenía intención de atacarnos y no parecía dispuesto a seguir las órdenes de Maya. No fui el único: Maya se giró para mirarme y sentí como propio el dolor que había en sus ojos oscuros—. No hagas esto más complicado de lo que ya es, Derek.

Alcé el mentón para observarla. Que me reconociera aplacó algo en mi interior. Incluso si seguía dirigiendo la mirilla del arma hacia mí, no me importó. Solo quería que siguiera centrando su atención en mi persona, que me diera la posibilidad de hacerle entender. Me quedé quieto, esperando que continuara, antes de decidir qué hacer a continuación. Con un poco de suerte, quizá ella me evitaría tener que tomar una decisión si apretaba el gatillo y conseguía acabar con aquella mierda de existencia que era mi vida con un tiro certero.

Nolan convulsionó y Maya hundió su mano en su pelaje, haciendo que me erizara y emitiera un gruñido bajo. Silas se tensó, mientras Daniel nos estudiaba, pero mantenía sus pensamientos lo más neutros posibles.

—Derek, no tienes ni idea de la mierda que puedes desencadenar si provocas un enfrentamiento directo. —Me quedé quieto, admirando la sangre fría que mostraba—. Solo te diré que más os vale aseguraros de

que nos matáis, porque hay luna llena y si despierta la sed de sangre de Nolan… —Fruncí el ceño, sin entender a qué cojones hacía referencia—. Nolan desciende de Hati y no quieres a un lobo así suelto por el pueblo, créeme. Tendréis varias patrullas de cazadores en unas pocas horas y no distinguirán entre cachorros y adultos. Os matarán a todos, Derek. —Más que su amenaza, me impactaron las lágrimas que caían por sus mejillas, el dolor de su rostro. Tuve la certeza de que Maya se planteaba que estaba dispuesto a acabar con su vida y que no me importaría arriesgar también la de toda mi manada—. Eres lo suficientemente maduro como para gestionar esto de otra manera o, al menos, lo era la persona de la que me estaba enamorando.

Algo dentro de mí se removió al escuchar aquella confesión; creo que ella pudo sentirlo, porque se animó a seguir hablando.

—Espérame en el centro de mando y te daré una oportunidad, una sola, para que te justifiques antes de decidir si debo o no matarte —sentenció con dureza.

Una oportunidad.

Era más de lo que teníamos hacía un momento. Bajé la cabeza ligeramente, un gesto de respeto hacia ella; Silas y Daniel dieron un paso hacia atrás, como si quisieran darme un algo de intimidad. Lo que ella era para mí. A diferencia de mis betas, que parecían dispuestos a retirarse porque ninguno de los dos deseaba en realidad aquel enfrentamiento, Nolan volvió a convulsionar. Observé con recelo a aquel animal. Sí, lo que ella me había contado sobre aquellas viejas leyendas nórdicas sobre los lobos fenrir y su ascendencia, los descendientes de Hati, los lobos de la luna, era peligroso. Lo que significaba que Nolan podía llegar a ser inestable y dejar a mi mujer junto a él era la última de las cosas que me apetecía hacer.

Maya siguió la dirección de mi mirada. Su mano estaba sobre el lomo de la enorme bestia negra que seguía en posición de ataque, sus ojos azules brillando con un aspecto fantasmagórico. Había algo en él que era diferente al resto de lobos con los que me había cruzado a lo largo de mi vida, quizá por eso empecé a creer en la historia que me había contado. ¿Qué había dicho sobre los lobos de la luna? Que eran cazadores, asesinos. Aunque el cuerpo que había en el suelo, detrás de él, no era obra suya.

—Confío en Nolan. —Sus ojos negros se clavaron en los míos y pude sentir como la rabia se abría paso sobre el dolor al añadir—: Más que en ti. Vete y espérame allí.

Lancé un aullido ahogado antes de ordenarles mentalmente a mis lobos que se mantuvieran lejos de aquel alfa con ojos que brillaban como dos zafiros en plena noche y de mi mujer. Nadie los interceptaría en el camino hasta la base. Una orden directa de un alfa no puede ser negada.

Les di la espalda y me alejé de ellos. Sintiendo que una parte de mi alma se quedaba allí, con Maya, junto al miedo de no estar haciendo lo correcto. No haber acabado con ellos, teniendo en cuenta la amenaza que suponía para la manada su último descubrimiento, me pesaba casi tanto como el hecho de dejar a mi mujer a solas con aquel lobo de aspecto inquietante. Ya no tenía claras cuáles eran mis prioridades.

Daniel y Silas me siguieron, primero manteniendo un respetuoso silencio, hasta que nos distanciamos de aquel lugar y conseguí neutralizar parte de mis caóticas emociones.

—*Has hecho lo correcto* —sentenció Daniel.

—*La manada no va a pensar igual.*

—*Afortunadamente, tú eres el alfa* —opinó Silas.

No le respondí. La mirada llena de odio y rabia con la que Maya me había despedido dolía tanto o más que una de sus balas clavadas en mi cuerpo. Que confiara en Nolan, pese a ser un lobo potencialmente peligroso e inestable y no en mí… Supongo que no le había dado muchos motivos para hacerlo, después de todo.

Silas tenía razón, yo era el alfa, pero desde niño siempre se me había exigido que lo diera todo por la manada. Mis sueños. Mi vida. Mi futuro. Por primera vez había deseado algo con tanta vehemencia que había avivado ese egoísmo propio de los que eran como yo. No estaba dispuesto a renunciar a ella. Sentía a Maya como mi mujer, aunque después de lo que había descubierto, no sé si debería sentirme afortunado si decidía no meterme una bala entre ceja y ceja, teniendo en cuenta que jamás podría amarme. Le había mentido: sabía perfectamente cómo había muerto aquel excursionista. Incluso si no había sido yo, la realidad, dura y cruel, era que hubiera disfrutado haciéndolo, arrebatándole la vida mientras le escuchaba suplicar y pedir clemencia. Todo cambia tras la primera vez: los remordimientos, la pena y el duelo se hacen más llevaderos. No podía contarle que lamentaba no haber sido yo quien hubiera hundido sus garras y sus dientes en ese cuerpo humano. Nunca lo entendería y jamás me aceptaría. Al fin y al cabo, no podía negar mi realidad: era un lobo.

Quizá lo mejor sería que ella acabara con todo aquel sufrimiento con un tiro certero.

Obligué a mis betas a alejarse de la base, pero les pedí que, si Nolan se acercaba, lo contuvieran sin buscar un enfrentamiento directo. No quería interferencias y, aunque no tenía del todo claro hasta qué punto su amenaza sobre lo que podía llegar a suceder si Nolan se desbocaba era o no real, estaba claro que el brillo en los ojos

de aquel lobo era antinatural.

Mi prioridad siempre había sido la seguridad de la manada.

Lo seguía siendo.

Más o menos.

Las horas se me hicieron eternas. Me llegué a plantear que hubieran empaquetado el cuerpo y se hubieran largado para entregarlo a alguna autoridad. Las leyendas de los cazadores eran aterradoras, aunque siempre había sospechado que se trataban de cuentos con los que asustar a los niños, pero no tenía sentido que fueran ellos los que nos delataran. Que evidenciaran la existencia y el peligro que comportaban los que eran como nosotros, especialmente después de afirmar que Nolan podía volverse inestable y peligroso. ¿Acaso no arrastraba mierda su propia manada?

Tenía que conseguir hacerla entender… Aunque no sabía cómo.

Tras la incertidumbre, el ruido del motor del *jeep* de Nolan a primera hora de la madrugada, antes de que el sol diera muestras de que un nuevo día se alzaba sobre nosotros, me advirtió de su llegada. La había estado esperando en las escaleras de la base después de colocarme unos pantalones cortos de deporte. No necesitaba seguir siendo un lobo para saber que Silas y Daniel estaban recorriendo el perímetro del edificio, dispuestos a que nadie interfiriera.

No estaba sola. Conducía él. Envuelto en una funda de plástico hermética, sujeto sobre el techo del vehículo, estaba el cuerpo sin vida del excursionista. No dije nada al respecto mientras Maya bajaba del vehículo y me observaba.

—Sus betas no andan lejos, me quedaré por aquí —le dijo Nolan, sosteniéndole la mirada. Cuando ella asintió y empezó a caminar hacia mí, vi que llevaba la pistola en la mano, aunque apuntaba al suelo. No pude precisar si llevaba el seguro puesto o no. Quizá pretendía matarme, sin más.

—Tú primero —me dijo cuando llegó frente a mí.

—¿Me dispararás cuando esté de espaldas?

—No soy tan cobarde.

—Eso es cierto —admití, observando su expresión dura, deseando acortar la distancia que nos separaba para estrecharla entre mis brazos. En vez de dejarme llevar por mis instintos, me giré y entré en el edificio. Escuché como me seguía. Su proximidad calmaba la ansiedad que me había asolado durante el tiempo que había tardado en cumplir su promesa de reunirse conmigo allí.

Busqué el sofá en el que habíamos hecho el amor con la mirada y decidí sentarme allí. El olor de los dos entremezclándose para convertirnos en uno solo era la mejor compañía que podía desear en esos momentos, para no abalanzarme sobre ella. El deseo despertó en mí. Eso y la necesidad apremiante de acortar la distancia entre

nosotros para marcarla como mía. Perfecto. Yo deseaba follármela mientras ella estaba decidiendo si matarme. No jugábamos en la misma liga. Sonreí y creo que aquello la pilló desprevenida. Se tensó y se sentó en una de las sillas de oficina, en la otra punta de la estancia. Me quemaba que me evitara. Titubeó, pero acabó enfundando la pistola. El lobo quería mostrarle muchas cosas. Hacer que entendiera.

—Lo sabías —me acusó.

—Sí.

Tragó saliva, creo que estaba nerviosa. No tanto por el hecho de que yo fuera un asesino en potencia, sino por el hecho de que era yo. Esa revelación me sorprendió y fue hasta cierto punto esperanzadora. Quizá por eso decidí centrarme en lo que a mí me interesaba, y no era precisamente el muerto.

—Has dicho que estabas enamorándote de mí.

—Eso fue antes de saber que encubres a un asesino.

—¿Encubrir? ¿Acaso no crees que fue cosa mía?

—No. —Vi que, pese a su respuesta, había una sombra de duda en su mirada. Alzó sus ojos para clavarlos en los míos—. ¿Lo mataste tú, Derek?

—¿Qué te dice tu instinto?

—¿Acaso importa?

—Importa, porque sé que tú también lo sientes. No quieres que sea culpable. Que sea un asesino. Esta oportunidad que has decidido darme, no es solo para mí, es para los dos, para un nosotros. —Sus ojos se entrecerraron y pude ver que aquella realidad le quemaba por dentro. Ella también lo sentía. De alguna forma. La conexión entre nosotros—. El problema es que estás dando por sentadas muchas cosas, Maya.

—¿Pretender fingir que el lobo que lo asesinó no forma parte de tu manada? —Creo que esa era la única conclusión posible a la que había llegado que podía justificar, en su mente, lo que había pasado.

Me estaba dando una vía de escape: un lobo cualquiera, un forajido, cazando en nuestro territorio. Podríamos haber escondido el cuerpo para evitar que aquel suceso llamara la atención de las autoridades. Incluso si desconocíamos si las leyendas sobre los cazadores eran o no ciertas, nadie tenía intención de convertirse en el punto de mira de una sociedad que jamás nos comprendería.

—No voy a mentirte.

—¿Eso qué quiere decir?

—Lo mató alguien de la manada.

—¿Y ya está? —me cuestionó, alzando el tono—. ¡Me dijiste que no cazabais humanos!

—¡Y no lo hacemos! —le contesté subiendo el volumen, tal y como había hecho ella.

No se intimidó, por el contrario, se levantó de la silla y alzó el tono aún más:

—¡¡Tengo un puto cadáver que dice lo contrario!!

—¿No puedes simplemente darme un voto de confianza? —gruñí tras levantarme, inquieto.

—¿Confianza? Has estado fingiendo todo el tiempo que llevo aquí. ¡Me acompañaste por el bosque siguiendo los pasos de ese chico y riéndote de mí durante el proceso! —Sin apenas darse cuenta, dio dos pasos hacia mí y yo hice lo mismo, acercándome a ella.

—¿¡Qué querías que te dijera!? ¡¡En esos momentos ni siquiera sabías que era un lobo!! ¡Joder!

—Tampoco me lo contaste después. —Su tono descendió ligeramente y creo que, por primera vez, fue consciente de la proximidad que había entre nosotros. Casi esperé que se alejara, que buscara su pistola y demostrara que seguía desconfiando de mí. Que ya no había esperanza. No lo hizo.

—Piensa en una sola razón para que lo hiciera —le pedí bajando el tono, clavando mis ojos en los suyos, sintiendo a flor de piel aquella proximidad y deseando que ella pudiera entenderlo—. Los secretos de la manada no pueden compartirse, Maya, así es nuestra ley.

—¿Significa eso que no vas a contarme qué coño pasó? —Estaba enfadada, pero, al menos, había dejado de gritarme. No necesitaba hacerlo para que la oyera, porque si daba un par de pasos y alargaba los brazos, podría rodearla con ellos. Tan cerca. Y tan lejos.

—¿Crees realmente que soy ese tipo de lobo?

—¿Qué más da lo que yo crea? Las pruebas hablan por sí solas, Derek.

—Me interesan una mierda las pruebas, lo único que me importa es lo que piensas tú —mascullé, irritado—. Si fuera ese tipo de lobo, ¿crees que podría amarte de la forma en la que lo hago?

Di un paso hacia ella, dispuesto a tomarla entre mis brazos, pero ella levantó la pistola y me encontré con el cañón presionando mi pecho, justo encima de donde estaba mi corazón.

—Mátame si quieres —susurré, sin dejar de mirarla—. Si no crees en mí, prefiero acabar con todo. Nunca quise esto, ¿sabes? Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando apenas tenía diecisiete años y desde entonces solo he hecho lo que se esperaba de mí. Estoy cansado, Maya. Esta no es la vida con la que yo soñaba.

Vi que su mano temblaba ligeramente.

—Te quiero, Maya. Haces que vuelva a sentirme vivo y, por eso, pase lo que pase, siempre te querré. —Levanté una mano para colocarla sobre su mejilla y luego la otra, dejándome llevar por el deseo de acunar su rostro entre mis manos. De besar sus labios con los míos. Empecé a descender hacia ellos y sentí que la presión del metal

sobre mi pecho desaparecía.

Cerré los ojos mientras la encontraba y la reconocía al mismo tiempo en un beso, primero tentativo, pero que se convirtió en fuego en apenas un suspiro. La desesperación de saber que no podíamos estar juntos, el dolor de las mentiras y los miedos que a ambos nos acosaban quedaron atrás. Gruñí al sentir su cuerpo apretándose contra el mío.

Intensifiqué aquel beso mientras mis manos recorrían su espalda, deseando tocar cada centímetro de ella, de hacer que nuestro olor combinara y que volviéramos a ser uno. Sentí cómo pasaba sus palmas por mi espalda y mis músculos se tensaron ante el deseo que sus caricias despertaban en mí.

Era mía.

No podía ser de otra manera.

Lo supe, sin más. Que todo lo que yo era, lo que quería compartir con ella… había una solución. Una que haría que mi futuro fuera incierto, pero no me importaba. Porque daba igual si mis dientes se clavaban en su cuello o solo era mi miembro el que se adentraba en su intimidad, no desearía jamás a una mujer de la forma en que la deseaba a ella.

Deslicé mis manos por el margen de su camiseta y tiré de los bordes para empezar a desnudarla mientras la pasión nos nublaba a ambos el juicio. Quizá aún quería matarme, tenía motivos para desearlo, pero respondía a mis besos y a mis caricias, sin reparo alguno. Como si ella también me reconociera.

Ni siquiera recuerdo cómo conseguí sacarle toda la ropa que la cubría, sin cruzar palabra alguna, solo el lenguaje sordo del deseo y la emoción compartida que a veces no sabíamos cómo describir porque se nos atragantaba un poco a ambos. La amaba. Y ella… había admitido que se estaba enamorando de mí. Me estaba besando, sentía su aliento sobre mi piel, sus manos sobre mi miembro hinchado mientras esa mezcla de necesidad y placer brillaba en su mirada hambrienta.

Coloqué sus nalgas sobre la mesa de mi despacho. Ese que ella se había agenciado desde el primer día. Me hubiera gustado decirle muchas cosas, pero tuve miedo de estropear el momento. La espontaneidad de aquel encuentro. De nuestra necesidad compartida. De la forma en la que nos reconocíamos físicamente.

Me adentré, penetrando el espacio entre sus piernas. Se arqueó y elevó el mentón, mirando al techo, perdiéndose en lo que le hacía sentir. Me estremecí al contemplarla. Jamás vería a otra mujer jadeando mientras la tomaba, porque para mí ya no habría ninguna otra. Aquella realidad no me asustó, más bien al contrario. Me sentí pletórico. Empecé a embestir con fuerza contra su cuerpo, pero

controlando el ritmo al que lo hacía porque quería alargar aquello tanto como pudiera. Si por mí fuera, eternamente.

El grito que lanzó al culminar su orgasmo hizo que algo en mí explotara y la siguiera. Me acerqué para estrechar su cuerpo entre mis brazos y busqué la curva de su cuerpo. Anclé mis colmillos, ligeramente elongados, y me permití hacer lo que había ansiado desde la primera vez que mi cuerpo reconoció al suyo. Empecé a convulsionar, sin dejar de abrazarla, mientras algo dentro de mí se aferraba a su espíritu. Pude percibir cómo aquella conexión se formaba con fuerza y me sentí, por primera vez en mi vida, en paz.

Busqué su mirada y vi como apenas era capaz de mantener los párpados abiertos, como si lo que acabábamos de compartir la hubiera dejado exhausta. Supuse que era algo normal, teniendo en cuenta que no había dormido en toda la noche.

—Yo velaré por tus sueños. Ahora y siempre. Descansa, mi loba. —Vi un destello de confusión hacerse paso en medio de la fatiga, pero me incliné hacia ella para besarla con suavidad en los labios y en la frente. Cerró los párpados y me permití, también, el capricho de besarle sobre ellos.

Salí de su interior con suavidad, consciente de que estaba plácidamente dormida. La sostuve entre mis brazos y me limité a observarla. Una sonrisa fugaz apareció en mi rostro. La felicidad, como no recordaba haberla sentido nunca. Ya no había vuelta atrás.

Estaba dispuesto a cualquier cosa por ella.

Por nosotros.



ESCUCHÉ UN PORTAZO mientras dejaba a Maya instalada cómodamente en el sofá. Nolan entró y, por su aspecto, no estaba para nada contento. Que no hubiera intervenido antes, teniendo en cuenta que era prácticamente imposible que no nos hubiera escuchado mientras nos fundíamos el uno con el otro, era algo que le agradecía y que no negaría que era hasta cierto punto sorprendente. En cualquier caso, llevaba un cabreo considerable.

—¿Qué coño has hecho? —Le sostuve la mirada.

—Teníamos un asunto pendiente. Está cansada, te agradecería que le dieras algo de intimidad. —Me molestaba que Maya estuviera expuesta, desnuda, frente a otro macho que no fuera yo.

—La he visto en pelotas desde que era una cría, por no decir que apesta a ti.

—Será porque ahora es mía. —Miré su rostro con ternura mientras dormía plácidamente antes de volver a enfrentarme al alfa. Vi que una sonrisa ladeada asomaba a su rostro pero acabó haciendo una mueca mientras yo cubría su cuerpo con una manta.

—¿No podíais limitaros a follar? —me cuestionó y desvió su mirada hacia mi pareja—. Cuando despierte y se entere de que te has vinculado a ella a la brava, pillará un buen cabreo.

—Lo sé. —Sonreí.

—¿Habéis llegado a aclarar las cosas o se os ha ido de las manos? —Me estudió y al ver que no respondía, añadió—: Ya veo… Además de cabreada, va a sentirse culpable. Tus problemas no han hecho más que empezar a crecer, Derek.

—¿A ti no te preocupa lo que hay allí fuera? —le cuestioné y me sentí extrañamente en sintonía con aquel lobo, algo que era raro, porque no formaba parte de mi manada, era arrogante, provocador y un alfa. Me mordí el labio inferior, estudiándole.

—¿El cadáver? —Asentí y se encogió de hombros—. En la manada de la que me rescataron cuando era un niño, acumular cadáveres era lo de menos.

Supongo que eso no me lo esperaba. Maya me había comentado algo de que le habían rescatado junto a algunas lobas, cuando Nolan era un niño. Le sostuve la mirada, intentando leer en aquellos ojos

azules que en su versión lobuna, durante la luna llena, tomaban unas tonalidades brillantes que me hacían creer en las historias y las leyendas que Maya me había contado. Descendientes de Hati, un gran depredador que veneraba la luna.

—¿Te afecta la luna llena? —Era una forma de plantearlo menos mala que muchas otras.

—Mucho. —Me sorprendió que se sincerara conmigo—. No es como que no pueda controlarlo, pero prefiero evitar situaciones que considero de riesgo. No me gusta correr junto a desconocidos y no acostumbro a transformarme en luna llena. Algunos instintos… Es nuestra responsabilidad si decidimos sucumbir o no frente a ellos.

Me sonrió y desplazó su mirada hacia Maya y luego hacia mí. Supe a lo que se refería. La necesidad que me había empujado a ella desde el principio; no tanto el deseo físico de su cuerpo, porque ya lo había disfrutado y siempre acababa necesitando algo mucho más grande. Ese vínculo espiritual que ahora compartía con ella y que nos unía como si fuéramos solo uno.

—Acepto esa responsabilidad. Conseguiré hacer que funcione.

—Primero tendrás que darle una respuesta que justifique la mierda que te salpica, lobo. —Elevó una ceja antes de añadir—: He visto a tu manada y no creo que seáis verdaderos cazadores, pero a ella no le bastará con una suposición, por muy bueno que seas follando.

—Lo tendré en cuenta, gracias por el consejo.

—Es mi amiga y la aprecio, no la cagues.

—Ahora es mi mujer, mi pareja, mi todo. Pretendo que me acepte a su lado el resto de mi vida. —Nolan sonrió, como si se alegrara de confirmar lo que, en el fondo, creo que él ya sabía.

—Ocúpate de que ella no decida acortarla abruptamente; siempre ha sido de gatillo fácil.

—Lo he vivido en mis carnes. —Sonreí.

—Seguro que te lo merecías. Voy a darme una ducha. —Vi como me daba la espalda, como si no me considerara un rival o un enemigo.

No es que me ilusionara especialmente tener a otro lobo cerca de Maya, mi pareja, para cuando despertara, pero supongo que sería cavar mi propia tumba si intentaba hacer lo contrario. No solo por Nolan, que sospechaba que podía ser un oponente formidable, sino porque intentar alejar de Maya a las personas que ella quería sería ahuyentarla cuando en realidad lo que quería hacer era justamente lo contrario. ¿Qué sería capaz de hacer para que ella me aceptara? Tener a un alfa correteando por los territorios de la manada, por ejemplo.

Me vestí mientras la luz solar empezaba a iluminar con su calidez la estancia. No sé cuánto tiempo me quedé allí, sentado en el suelo, a su lado, observándola, cuando un rayo impactó sobre su rostro y empezó a removerse inquieta. Sus ojos se abrieron lentamente y

mostró cierta confusión cuando me encontró allí, observándola. Despacio me incliné sobre ella para besarla. Era una necesidad hacerlo. Sentirla. Solo un roce.

—Buenos días.

—No sabría decirte —masculló mientras se sentaba en el sofá y usaba la manta para cubrir su cuerpo. Creo que analizó todo lo que había pasado, recriminándose, probablemente, haber acabado sucumbiendo a la pasión que nos había consumido y nos había convertido en uno. Escuché a Nolan acercarse y no me sorprendió escucharle hablar a mi espalda:

—Veo que ya te has despertado —le dijo con un tono que sonaba casi alegre—. He hablado con Amanda, ella se ocupará de contener a Lucas, pero tu padre está de camino. Sabes que a Marc no hay quien le pare los pies y que hay veces que no atiende a razones

—¿Mi padre? —Me tensé porque sus ojos parecían asustados. Frunció el ceño y me miró. Ladeó la cabeza y al hacerlo notó una molestia en el lugar en el que su cuello lucía un oscuro moratón. Se podía ver la huella de mis dientes marcando su piel. Se palpó el cuello y sus ojos me miraron con expresión acusatoria—. ¡¡¿Qué cojones has hecho?!!

No me intimidé. Me limité a levantarme y recogí su ropa, para lanzársela después.

—Creo que ya lo sabes.

—¡¡Hijo de puta!! —Se levantó hecha una furia, ignorando que la manta se le escurrió y se quedó desnuda frente a nosotros. Acortó la distancia que nos separaba e intentó empujarme, pero como no consiguió moverme del lugar en el que estaba, su rostro se enrojeció de la cólera—. ¿Cómo se te ocurre vincularte a mí? No creas que eso va a impedir que se haga justicia…

Me interpuse en la línea de visión de Nolan, para cubrir el cuerpo de Maya con el mío.

—¿Podrías darle cinco minutos de intimidad a mi mujer para que se vista? —le solicité a Nolan, sin dejar de mirar a Maya.

—No. —Gruñí y me giré para observar a Nolan.

—Acabaríais sin ropa los dos, seamos realistas. —La rabia se transformó en una pequeña sonrisa ladeada y fui consciente de que no era una idea que me desagradara especialmente.

—Vístete —le pedí a Maya y al ver que no tenía la más mínima intención de moverse, añadí—: Nuestras leyes nos prohíben revelar los secretos de la manada a un extraño, pero tú ahora formas parte de ella, querías una respuesta, ¿no? —Observé como esa realidad le golpeaba con fuerza, su rabia seguía latiendo con fuerza en sus ojos, pero al menos era consciente de que lo que había hecho podía tener un porqué. No quería que pensara que se trataba solo de eso, en

cualquier caso, así que añadí—: Además, tengo derecho a decidir con quién quiero vincularme. No puedes negarme eso, igual que, aunque me joda, entiendo que existe la posibilidad de que me rechaces y que quizá no llegarás a sentir lo mismo que yo siento por ti. —Tragó saliva con dificultad—. Si me hicieras el favor de vestirte, me gustaría llevarte a un lugar.

—¿A dónde? —Sabía que aún no confiaba en mí y que lo de la vinculación tardaría tiempo en digerirlo, pero lo que no esperaba era poder sentir todas esas emociones y parte de su confusión a través del vínculo que ahora existía entre nosotros. Jamás me había planteado que algo así pudiera ser posible, pero tampoco conocía a ningún lobo vinculado a alguien como ella; lo que era evidente era que esa conexión que me unía a ella era real. Y eso me hacía sentir dichoso, incluso si mi historia de amor aún no tenía un final feliz o, tal vez, nunca lo tendría. Que mi lobo se hubiera podido vincular a Maya, pese a ser una humana, tenía que significar que estaba haciendo lo correcto. Incluso si la manada jamás sería capaz de aceptarla y los viejos nos repudiarían.

—A darte esa respuesta que querías; sería muy triste que te quedaras viuda tan pronto. —Gruñó enfadada al escuchar mi comentario y yo sonreí, más que satisfecho, sintiéndome perfectamente en sintonía conmigo mismo. Se vistió en apenas un suspiro. Nolan se había girado y contemplaba algunos de los gruesos volúmenes que había en una estantería, más para contentarme a mí que por otra cosa, probablemente. Sonreí. Era un buen tipo. Descendiera de la mierda que fuera. Un alfa.

Ya vestida, Maya se acercó a él. Me tensé, porque seguía sintiéndome inseguro en cuanto a la relación que teníamos y lo que sentía ella por mí. La conexión debería permitirme leer en ella, pero sus emociones variaban tanto de registro que era imposible hacerlo. Tal vez con el tiempo aprendería. Solo esperaba que ella acabara dándome una oportunidad. Un tiempo juntos. El suficiente como para hacerle entender que podíamos estar bien y hacer que nuestra relación funcionara.

—¿Podrás entretener a mi padre? —le cuestionó.

—Sabes que te encontrará.

—Solo te pido que me consigas el tiempo suficiente para tomar una decisión. —El lobo asintió. No supe descifrar a qué se refería: tal vez estaba hablando de lo nuestro o, quizá, aún estaba barajando la posibilidad de delatar a la manada o sentenciarme ella directamente. Hacer justicia, había dicho. Eso es lo que habíamos hecho, el problema era que no tenía del todo claro que ella pudiese llegar a entenderlo.

Caminamos por el bosque en silencio, dirigiendo nuestros pasos hacia el pueblo. Desearía cogerla de la mano, besarla de nuevo y acabar haciéndole el amor entre los árboles… Sabía que me enviaría a la mierda, en el mejor de los casos, pero tenía la esperanza de que algún día, cuando volviera a ganarme su confianza y su afecto, podríamos compartir ese tipo de cosas.

Me siguió, sin mediar palabra. Llegamos a los límites de los caminos de tierra y nos adentramos en las calles asfaltadas de la civilización.

Varios lobos nos miraron de reojo y supe que sentían que algo había cambiado. Si ya eran conscientes de qué se trataba o no me importaba una mierda. Primero tenía que lidiar con mi pareja, luego lo haría con la manada. Sabía que lo que había hecho les escandalizaría y pondría mi autoridad entre la espada y la pared. Los viejos se ocuparían de eso. Sin ni siquiera saberlo, Maya me había dado una alternativa y pensaba aferrarme a ella.

Llegamos a una casita de piedra y tejas de pizarra. Abrí la verja de metal para entrar en el porche. Maya tenía el ceño fruncido y estudiaba todo con gesto desconfiado. Que fuera armada tampoco era que hiciera aquello más fácil: llevaba una pistola sujeta al muslo en una cartuchera y un par de cuchillos en los cinturones. Conociéndola, no descartaba que llevara otro más escondido en uno de los botines.

La puerta de la casa se abrió antes de que llegáramos a presionar el botón del timbre, supuse que nos había sentido llegar o tal vez alguien del pueblo les habría dado la alarma ante la sospecha de a dónde nos dirigíamos. Sabían que Maya y Nolan habían llegado al cuerpo del chico. Incluso si nadie había intercedido, podía sentir el nerviosismo de la manada, la incerteza de qué podía pasar a continuación.

No me sorprendió encontrar a una loba de unos cincuenta años observándonos con una mirada asustadiza y gesto preocupado. Se quedó quieta, al otro lado, su mano temblando ligeramente sobre el pomo que agarraba con fuerza, como si le diera cierta seguridad hacerlo.

—Tenemos que hablar con ella. —Vi que se tensaba y sus ojos se humedecían, pero asentía y se desplazaba para dejarnos pasar al interior de su hogar. Sentí la incomodidad de Maya, la sensación de que algo se le estaba escapando, pero no tenía del todo claro el qué. Tardaría un tiempo en acostumbrarme a aquello. Sentirla de aquella forma, mediante nuestro vínculo.

La mujer nos acompañó a un descansillo y desde allí tomamos la escalera de obra que daba al piso superior. En las paredes había dibujos enmarcados que mostraban el paso de los años de la que era

su cachorro: desde los trazos en forma de garabatos de los primeros peldaños hasta ilustraciones más elaboradas de la época actual. Tenía un don para el dibujo, pero sabía que no había vuelto a tocar un papel desde aquel día. Nadie podía forzarla a dar ese paso, a volver a ser la loba que siempre había sido. Yo, mejor que muchos, podía entender el calvario que estaba viviendo por dentro. Si Maya iba a ser o no capaz de hacerlo, era un misterio.

Observé a mi mujer con atención y supe que no se esperaba que le llevara a un lugar así, una casa que tenía matices de hogar. Nos paramos frente a una puerta cerrada. La loba no nos había acompañado. No era la primera vez que estaba en esa casa, pero a diferencia de las previas, hoy tenía el corazón cerrado en un puño. El miedo a lo que podía pasar.

Golpeé con los nudillos una puerta que tenía un cartel en el que ponía: «Si no vas a dejarme volar, despeja la pista». Vi que Maya lo leía con cierta curiosidad y fui consciente de que le venía como anillo al dedo. Si alguien intentaba atarla, cortarle las alas, buscaría la forma de escabullirse y encontrar su libertad. Esa que yo ya no tenía. Al final, eso era lo que la había asustado, el motivo por el que cortó su relación con aquel lobo de su manada cuando era poco más mayor que la loba que vivía allí dentro.

Se escuchó un ruido y, aunque no sonó a nada en concreto, me decanté por abrir la puerta. Dejé que fuera Maya la primera en entrar y su confusión me hizo pensar que aún no era una causa perdida. Era como si su cerebro estuviera atando cabos, antes incluso de saber el cómo o el porqué.

Observé a Desirée. Estaba sentada en la cama, hecha un ovillo, con las piernas rodeadas por sus brazos. A su alrededor había un montón de cojines: muchos de ellos en tono rosa pastel con grabados de unicornios y sirenas. Esos estampados contrastaban con las láminas que decoraban las paredes, en las que se veían a los cantantes guaperas de algunos grupos musicales en los que destacaba el color negro. Estaba en esa fase en la que dejas atrás la niñez, pero, al mismo tiempo, sigues aferrándote a ella.

Yo no era mucho más mayor que esa loba cuando asumí el control de la manada, pero cada persona, cada lobo, lleva un ritmo diferente y, al igual que le había pasado a ella, a veces hay detonantes externos que hacen que todo cambie.

Vi que Maya la miraba y Desirée bajaba la vista, como si estuviera avergonzada, o tal vez era una muestra de respeto. Sin ser un lobo, no podía percibir cuáles eran las emociones de Desirée en esos momentos. ¿Tal vez notaba que ahora esa humana era la pareja de su alfa? Ladeé la cabeza, observándolas. Sospeché que no era la primera vez que se cruzaban sus caminos.

—¿Os conocéis? —Me sorprendió que fuera Maya la que respondiera, anticipándose a la loba.

—Fui con Ona y Nolan al restaurante en el que trabaja de camarera. —Por la forma en la que la miró, supe que había algo más que no solo eso, porque Desirée se sonrojó ligeramente. Si fuera otra loba pensaría que le había soltado alguna grosería por acostarse conmigo, pero dudaba que esa loba en concreto le preocupara lo más mínimo con quién me lo montaba. No les pregunté al respecto: si fuera algo importante, Desirée hubiera venido a mi encuentro, aunque me emocionó, un poco, que Maya intentara protegerla de mi autoridad, a su manera.

—Quiero que le cuentes a Maya lo que pasó. —Los ojos de la loba enrojecieron al escuchar aquella orden directa. Vi que tragaba saliva con dificultad y lamenté obligarla a revivirlo, pero Maya necesitaba una respuesta y yo dársela.

Mi mujer me sorprendió de nuevo, acercándose a la cama de la loba, mientras ella se tensaba, encogiéndose más aún sobre sí misma, sin mostrar miedo alguno ante aquel comportamiento un poco errático y nada hospitalario.

—¿Eras tú la chica con la que coqueteaba el excursionista que murió? —le preguntó usando un tono de voz mucho más suave y dulce que el que solía usar conmigo.

Ladeé la cabeza, estudiándola, mientras me recostaba sobre una pared y cruzaba los brazos sobre mi pecho. Admiré la sensibilidad que mostraba: estaba seguro de que Maya ya sospechaba que era aquella loba la que le había dado muerte al chico, la culpable de que aquel cadáver en descomposición decorara el techo del *jeep* de su amigo. Sin embargo, parecía dispuesta a escucharla, como si por fin fuera consciente de que había mucho más de lo que podía apreciarse a simple vista.

Era una gran compañera y sería una gran alfa si fuera una loba o si la manada le diera la oportunidad de demostrar su valía de alguna forma. Algo que nunca sucedería, pero estaba seguro de que había elegido a la mujer correcta. Mi instinto de lobo lo había presentido desde el principio, por mucho que yo hubiera pretendido desoír sus consejos. Decidí quedarme al margen y me limité a observar como Desirée asentía y, con lágrimas en los ojos, le preguntó, tartamudeando ligeramente:

—¿Cómo lo sabes?

—El hombre de la gasolinera me contó que había visto al chico con alguien, pero no llegó a verte la cara. Supongo que él no es un lobo. ¿Quieres contármelo?

Desirée deslizó la mirada hasta ella, creo que aferrándose a la posibilidad de no hacerlo; la desvió después hasta mí y luego agachó

la mirada, en un acto de sumisión. Mi orden había sido clara y sabía que tenía la obligación de hacerlo. No es que disfrutara exponiéndola de aquella forma, pero negarlo tampoco le ayudaría a superarlo. Tiempo atrás había sido una loba alegre con ganas de ver mundo y plasmarlo en sus extraordinarios dibujos. Nunca volvería a ser la misma, pero esperaba que pudiera salir adelante, algún día, y volver a reír como hacía tiempo atrás.

—Nos veíamos a escondidas, porque a mis padres… a ellos no les gustaba porque no era un lobo.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —repuso ella. Supe que Maya estaba haciendo sus propios cálculos; el excursionista en cuestión tenía diecinueve años, y esperaba que hubiera estudiado a fondo su expediente como para percatarse de las pistas que escondía a simple vista, si sabías verlas. Detalles de esos que podían parecer insignificantes, como el hecho de que no estudiaba ni trabajaba desde que se fue de su casa, poco después de cumplir los dieciocho. Un nómada con pinta de bohemio que podía ir a diario a comer a restaurantes, así como pagarse la estancia en un hostal con unos ingresos que no tenía. ¿Sospechoso? Bastante.

—Puedes contarme qué pasó. —Desirée asintió y me sentí orgulloso de aquella cachorra valiente.

—Él quería… Me negué a acostarme con él en el hostal porque…

—Los lobos tienen oídos en todos lados —acabó su frase Maya, asintiendo. Los labios de Desirée se curvaron ligeramente en un gesto cómplice más que no sorprendido. Supongo que a esas alturas, todos en la manada sabían que la forestal se había criado en una manada de lobos, incluso si a nuestro modo de ver, era humana. Daría igual que intentara justificar que compartía la misma madre biológica que Ona y que, por tanto, era algo así como una híbrida.

—Organizamos pasar el fin de semana juntos en el bosque y le convencí para seguir el camino de los lagos para no estar en el perímetro de la manada —sentenció—. Me dijo que me quería y yo quise creerle.

—¿Le contaste tu secreto? —le cuestionó Maya. Desirée negó con la cabeza.

—Es ley —declaró—. Los secretos de la manada… se quedan en la manada.

Sus ojos buscaron los míos y luego los de Maya. No podría asegurar si Desirée sabía que ella formaba parte de nosotros o si se estaba planteando que estaba haciendo precisamente eso, romperlas. No podía declararme inocente, porque las había roto al vincularme a ella. ¡Que les dieran!

—Puedes continuar. —Incliné la cabeza hacia ella y asintió.

Inspiró aire con fuerza, como si necesitara tomar una bocanada antes de encontrar el valor para continuar su historia:

—Nos acostamos juntos. No era mi primera vez, ni nada de eso —añadió aquello a trompicones—. Todo iba bien hasta que me enseñó que lo había grabado todo.

—¿Qué pasó entonces?

—Le pedí que lo borrara.

—¿Y qué te respondió?

—Que todo tenía un precio. —Bajó su mirada hacia las manos mientras jugueteaba con la punta de un cojín—. Me contó que ese tipo de vídeos se vendían muy bien y que si no quería que lo colgara en alguna plataforma digital tendría que darle algún tipo de compensación económica cada mes… Él sabía que yo trabajaba en el restaurante y que ganaba algo de dinero.

—Eres una menor —intervino Maya—. Incluso con tu consentimiento, hacer eso sería un delito.

—Empezamos a discutir y le dije que no podía pretender chantajearme así. Me empujó contra el suelo. —Se quedó callada, reviviendo aquella pesadilla—. Me dijo que si quería podía resistirme, que esas cosas les ponían mucho a los tíos y que ganaríamos muchas visualizaciones. Él… pretendía violarme y grabarlo todo.

—Le paraste los pies —declaró Maya. Desirée empezó a hipar.

—Lo maté. Lo maté. ¡Yo lo maté! Perdí el control. —Comenzó a llorar a borbotones. Maya le pasó el brazo por la espalda, acercándola contra su cuerpo y Desirée empezó a llorar. Me emocionó su empatía, esa conexión entre ellas. Maya elevó la mirada y pude sentir esa mezcla de rabia y pena mientras me observaba. Supe que ella lo había entendido. Si hubiera llegado a tiempo, habría matado al chico yo mismo. Desafortunadamente, era aquella lobita que tiempo atrás había sido feliz la que cargaba con ese peso.

Se quedaron así, juntas. Maya le acariciaba la espalda y dejaba que la loba simplemente se limitara a llorar y empapar su ropa. Unos segundos, unos minutos, hasta que Desirée fue capaz de separarse de ella. Se pasó el antebrazo por la cara, intentando limpiar el rastro de las lágrimas de él, pero sin conseguirlo.

—Gracias por confiar en mí —le dijo Maya cuando ya se había calmado.

—Si Derek confía en ti, no podría no hacerlo. —Cerró los ojos y cogió aire antes de abrirlos y mirar a Maya con atención—. ¿Qué me pasará ahora? Hay rumores de que encontrasteis el cuerpo y yo… lo maté.

—Haremos que desaparezca. —Maya desplazó la mirada de la loba hasta mi persona. Asentí, aunque dudo de que fuera consciente de hasta qué punto me alivió su afirmación. Si alguien tenía que

responsabilizarse de esa muerte, tenía intención de ser yo. Una cosa era que compartiera aquello con Maya, otra muy diferente dejar que Desirée fuera acusada de un delito cuando en realidad era la víctima—. Estar aquí y recordar todo lo que ha pasado no creo que la ayude. Le iría bien un cambio de aires.

—¿Qué propones?

—Podría venir a Dóen un tiempo. La madre de Nolan lleva la posada del pueblo junto a un grupo de lobas y estoy segura de que agradecerían un par de manos extras. Ellas también tuvieron una vida complicada. —Se giró para mirar a Desirée antes de añadir—: Creo que podrían ayudarte.

—Yo… no sé… —Me sorprendió ver una chispa de esperanza en sus ojos. Hasta ese momento pasaba de la tristeza a la rabia y de allí a la culpa. Maya había conseguido intuir qué necesitaba antes que sus padres o el resto de su familia.

—Piénsatelo —le pedí a Desirée, consciente de que tal vez distanciarse durante un tiempo le ayudaría a superarlo—. Si quieres un cambio de aires, hablaría con su alfa. Aquí siempre tendrás a tu familia, Desirée, y sabes que nadie te culpa por defenderte. Lo único que lamento, es no haber llegado a tiempo para ser yo quien le matara personalmente.

Desirée se levantó y vino corriendo hasta mí. La rodeé con mis brazos y dejé que mi esencia de alfa la reconfortara. Saber que formaba parte de algo mucho más grande. Maya nos observó y supe que había una emoción contenida en ella. Algo bueno que me hizo buscar su mirada y sentir más fuerte que nunca esa conexión que existía entre nosotros.

Dejamos a la loba en su habitación. No me sorprendió encontrarme a la madre de Desirée con las manos cruzadas sobre un delantal de color blanco, ni que a su lado estuviera su marido, con el brazo reposando sobre los hombros de su esposa, intentando reconfortarla. Era posible que nos hubieran estado escuchando, pero necesitaban saberlo con certeza, el miedo de que Maya pudiera delatar a su única hija a las autoridades.

Me dirigí a ellos:

—Maya le ha ofrecido a Desirée instalarse en Dóen, con su manada, durante un tiempo. Cree que hay unas lobas que la podrían ayudar a superar lo sucedido. Opino que le vendría bien un cambio de aires, pero la decisión está en sus manos.

—¿Posee ella la autoridad para hacer algo así?

El lobo se dirigió a mí, evitando el contacto visual directo con Maya. ¿Respeto? ¿Incomodidad? ¿Menosprecio? No sabría decirlo. No pude contestar, porque se me adelantó:

—La tengo —sentenció con voz dura, sin mostrar esa suavidad que

había usado con la loba del piso de arriba.

—Hablaré con su alfa, tengo otros temas pendientes que tratar con él en cualquier caso. —Rodeé a Maya por la cintura y la atraje hacia mí, dejando clara mi posición respecto a su persona. Los lobos frente a nosotros asintieron, incluso si parecían incómodos de que mostrara, abiertamente, mi interés por ella. A mí lo que me extrañó fue que ella aceptara ese contacto. ¡Joder! ¡Qué bien se sentía tenerla a mi lado!

No era descartable que alguien hubiera dado la alarma de que alguien nuevo pendía de mi persona. Mi pareja. Mi mujer. Mi esposa. La que debería liderar a la manada, a mi lado, pero a la que jamás aceptarían los que siempre había considerado como míos.

Salimos del edificio y Maya sacó su teléfono. Se texteó con alguien y esperé pacientemente, sin dejar de sujetarla por la cintura.

—Nolan se ocupará del cuerpo.

—Lo dices con una frialdad que me hace pensar que no es la primera vez que hacéis algo así. —Se encogió de hombros, pero sentí que estaba incómoda, no tanto por mi contacto, sino por algo mucho más profundo—. ¿Qué te preocupa?

—¡Más bien qué *no* me preocupa! —masculló, elevando sus ojos hacia mí—. ¿Te das cuenta de…?

Me incliné para besarla y conseguir callarla así. Sentí que su tensión disminuía mientras compartíamos aquello. Sus labios eran tan suaves y cálidos...

—Creo que ha llegado el momento de hablar de lo nuestro.

—Mi padre está de camino…

—Sé un lugar en el que podremos estar tranquilos. ¿Te atreves a correr con un lobo? —Sus ojos destellearon, como si aquello le supusiera un reto. Sonreí.

Nos acercamos al límite del bosque y me desnudé bajo su atenta mirada. Estuve a punto de cambiar de opinión y limitarme a desnudarla a ella también, volver a dejar mi marca en su cuerpo mientras volvía a hacerla mía porque su olor me advirtió de que no opondría resistencia, más bien al contrario. Me deseaba. Pero en esos momentos no me contentaría con un polvo salvaje en el que acabara empotrándola contra la corteza de un árbol. Quería más. Mucho más. La quería a ella. Que nos diera una oportunidad. Sabía que no podía pedirle mucho más, pero tampoco podía conformarme con menos.

Adapté mi trote para que pudiera seguirme y me encontré disfrutando como un chiquillo mientras jugábamos a perseguirnos por el bosque, entre jadeos y risas. Maya parecía ser libre en esos momentos, como si formara parte de ese mundo tanto como yo. Lo hacía. Aunque nadie fuera a darnos su beneplácito: dudo que su padre fuera a estar especialmente contento con el hecho de que me hubiera vinculado a su hija y no tenía ninguna duda de que la manada me

recriminaría lo que había hecho. Me importaba una mierda. En ese momento, solo éramos ella y yo.

20

LLEGAMOS A LA LADERA de una montaña. Me sorprendió encontrar allí una hermosa edificación de líneas modernas pero construida con materiales naturales, haciendo que, pese a los grandes ventanales, se sintiera que formaba parte del propio paisaje. Tomé un par de bocanadas de aire para regular mi respiración mientras me paraba y contemplaba la belleza del lugar: los picos agrestes que se veían en el horizonte y el vacío que todo lo rodeaba.

Me giré para observar a Derek. Su lobo era grande y tenía un porte altivo y un tanto irreverente, como su otro yo. Sus ojos me miraron como si se sintiera ligeramente cohibido. Vi cómo empezaba a transformarse frente a mí. Su cuerpo desnudo estaba perlado por el sudor, dándole un toque salvaje que tentaba mi sentido común; lo peor era que el muy cabrón lo sabía.

Podría deleitarme resiguiendo cada uno de aquellos relieves que configuraban su torso y sus abdominales; mi mirada descendió peligrosamente y vi que su miembro estaba empezando a tomar consistencia y aumentar su tamaño. Le lancé su ropa mientras arrugaba la nariz. Lo último que me faltaba era que acabáramos en otro revolcón cuando teníamos mierda de la que hablar para un buen rato.

—Bienvenida a mi humilde hogar. —Observé aquel lugar y luego a Derek, que se estaba vistiendo y parecía menos orgulloso y altivo que de costumbre.

—Viniendo de un alfa, la palabra humilde me chirría. —Se rio y se acercó a mí. No tengo del todo claro cómo se apoderó de mi mano para entrelazar sus dedos con los míos, antes de empezar a tirar de mí en dirección al edificio.

Desbloqueó un candado de esos que usan una combinación de cuatro números para poder abrir la puerta de par en par. Se giró e hizo una ridícula reverencia, animándome, creo, a que entrara dentro. Puse los ojos en blanco y, fingiendo que todo aquello no me importaba lo más mínimo, entré en la guarida del lobo.

Una gran estancia con una hermosa chimenea y cálidos sofás nos dio la bienvenida. Observé aquel refugio con curiosidad. No había electrodomésticos ni lámparas colgando del techo, pero sí varios candelabros y algo que podría ser un quinqué. Me giré para observarle y él empezó a hablar a trompicones, como si no fuera algo que soliera

compartir con alguien.

—Cuando me quedo en el pueblo suelo dormir en casa de Daniel, pero este es mi verdadero hogar. Aquí es donde me gustaría pasar la mayor parte de mi tiempo. Los rumores de la manada quedan atenuados con la distancia y no siento tanto que formo parte de un todo; me ayuda a no perder mi propia identidad. —Parecía nervioso. Se acercó a un armario y sacó una botella de algún tipo de licor. Sirvió dos copas y me tendió una. Nos sentamos en un sofá, uno al lado del otro.

—Es rústico. —No quería confesarle que tenía un encanto especial y que entendía perfectamente esa necesidad de aislarse del bullicio y también de los que eran los suyos. Yo había hecho justamente eso cuando me fui a la capital, dejando atrás Dóen. La única diferencia entre nosotros era que él no podía hacerlo. Era un lobo, un alfa: la manada dependía de él.

—Es una forma de describirlo —admitió con una sonrisa cálida—. No hay electricidad, la cocina es de butano… tampoco dispongo de nevera, así que suelo dejar la despensa llena de envases y cuando quiero algo más consistente suelo salir a cazar.

—Eres un gran lector, nunca lo hubiera dicho —le dije tras dejar que mi mirada vagara por la enorme estantería, repleta de libros, que decoraba una de las paredes.

—Me gusta leer, aunque muchos de esos libros eran de mis padres. Es parte de lo que decidí salvar cuando abandoné la casa familiar. Recuerdo verlos con un libro entre las manos, los domingos a la tarde. ¿Sueles leer?

—A veces, aunque suelo cansarme rápido. Desde pequeña siempre he sido un poco inquieta. —Era una forma de decir que de niña no podía estar sentada más de media hora seguida.

—¿Cuándo supisteis lo que pasó con Desirée? —le pregunté. Su mirada se oscureció, pero no dejó de mirarme.

—Daniel y yo estábamos recorriendo el perímetro. No éramos los que estábamos más cerca, pero sí fuimos los primeros en llegar. El chico ya estaba muerto, pero no voy a mentirte, cuando supe lo que había pasado, si no lo hubiera hecho ella, lo hubiera sentenciado yo. —La frialdad de su mirada no me sorprendió. No era la primera persona que conocía que hacía justamente eso, sentenciar a las personas que cometían delitos o atentaban contra la vida de otras personas, sin esperar que se emitiera propiamente un veredicto, aunque por lo general los lobos eran los culpables, no los justicieros.

—Daniel se llevó el cuerpo y lo ocultó. —Era fácil atar los cabos sueltos. Derek ladeó la cabeza, estudiándome.

—¿Cómo lo sabes?

—Nolan notó su rastro. Me planteé que hubiera sido él. —Esperó a que continuara—. Me alegro de que hayas confiado en mí y me hayas contado la verdad.

—No podía no hacerlo. —Me estremecí por la intensidad de su mirada—. Quería que supieras la verdad; solo tenía que buscar la forma de poder hacerlo sin ponerte en peligro. Los secretos de la manada se quedan en la manada.

—¿Por eso te vinculaste a mí? —Lo estudié. ¿Lo habría hecho por eso? ¿Se había sacrificado para poder contarme la verdad? Un alfa siente el instinto de proteger a los suyos, casi de forma irracional. Tienen ese algo posesivo y dominante, no solo con las que son sus parejas o sus cachorros. Forma parte de su naturaleza velar por su familia. Quizá Derek se había tomado en serio mi amenaza, esa de que, si los cazadores acababan en su territorio, matarían a lobos y cachorros sin importarles quién era y quién no culpable. Ellos no hacían excepciones. Yo sí.

—Me pareció la opción más conveniente. —No sé si algo en mi rostro me delató, porque colocó una mano sobre me mejilla—. Aunque seamos sinceros, llevaba queriendo hincarte el diente desde que te conocí. La primera noche que nos acostamos, tuve que hacer acopio de toda mi fortaleza para no permitirme el lujo de reclamarte. Los argumentos para no hacerlo eran convincentes, pero la verdad es que agradezco haber tenido una excusa que me ha dado la oportunidad de enviar a la mierda todas esas consideraciones a favor de hacer lo que realmente quería.

—¿Así que el cadáver del chico solo ha sido una excusa?

—Una buena, no puedes negármelo.

—Si me lo cuentas, deja de tener cierto sentido lo que has hecho. Que te vincularas a mí para proteger a tu manada tiene un pase, aunque sigo odiándote, que lo hicieras por un antojo sin tener en cuenta lo que yo pensaba al respecto…

—Maya, no puedo seguir negando lo que me haces sentir, pero entiendo que para ti es diferente. —Me tensé—. Me gustaría que fueras una loba, mi igual, alguien que pudiera corresponderme y vivir esta emoción de la misma forma que hago yo, pero a medida que han ido pasando los días, me he dado cuenta de que lo único que me importa, en realidad, es que seas tú.

—No tenías derecho a hacerlo.

—Te equivocas, tengo derecho a decidir quién quiero que me acompañe el resto de mi vida, igual que tú tienes derecho a rechazarme. Ahora, mañana o tal vez pasado. Soy consciente de que mi vinculación es solo unidireccional y que tú puedes decidir seguir con tu vida, más allá de estas paredes, de mi pueblo o de mi manada.

—Me estremecí—. Prefiero estar solo el resto de mi vida, Maya, si no puedo estar contigo.

—Derek, lo que me pides… Apenas nos conocemos.

—No te sientas obligada o culpable. Piensa que lo he hecho para poder compartir contigo la verdad de lo que pasó con el chico y proteger a la manada, si te es más fácil. No voy a seguir fingiendo que no te amo, porque lo hago. No te pido nada, Maya, pero tengo derecho a tomar mis propias decisiones, y he decidido apostar por un nosotros.

—Deberías habérmelo consultado.

Derek rio por lo bajo y me repuso con una amplia sonrisa iluminando su rostro:

—Hubieras dicho que no, seamos sinceros.

—¡Justamente por eso deberías haberlo hecho! —protesté, aunque la espontaneidad de su risa me hizo sentir en una nube. Derek acababa de decirme que me amaba. Eso tampoco sonaba tan mal después de todo, incluso si estábamos vinculados. Me gustaba esa complicidad, correr junto a él por el bosque… incluso me gustaba la sensación de estar los dos, solos, en ese lugar remoto. Su refugio. Nuestro escondrijo.

Dejó su copa sobre la mesita para coger una de mis manos entre las suyas.

—Está en tu mano si quieres intentar que esto funcione, pero solo el tiempo podrá decirnos si esto que sentimos se puede llegar a consolidar y convertirse en una relación sólida y estable o, por el contrario somos tan tercos como incompatibles y no hay esperanza alguna de que, algún día, podamos formar una familia. La primera híbrida en este territorio, pero quizá no la última... —Se tomó su tiempo en continuar y no le interrumpí, incluso si eso de híbrida no venía a cuento—. No me imagino en un proyecto así con nadie más, Maya; esa es mi decisión y estoy dispuesto a asumir todas las consecuencias. Me he vinculado a ti, pero tú sigues siendo libre para tomar tus propias decisiones, ahora, mañana, cuando sea… aunque espero que seas lo suficientemente valiente para creer en un nosotros.

—No sé si te arrepentirás algún día de la decisión que has tomado.

—Dime que ese día no será hoy. —Sus ojos buscaban una respuesta.

—Supongo que no —cedí.

—¿Aceptas ser mi pareja?

—Dejémoslo en novia.

—Estaba a punto de decir esposa, créeme que ya me he contenido.
—Le golpeé en el brazo y sus ojos brillaron con expresión alegre.

—Más te vale seguir haciéndolo, lobito, o acabaré saliendo con el rabo entre las piernas —le advertí.

—No quieres saber lo que se me acaba de pasar por la cabeza… —ronroneó—. Algo sobre *mi rabo* entre tus piernas… —Antes de que pudiera moverme, me encontré con su boca sobre la mía, devorándome con un hambre voraz. Jadeé mientras apretaba su cuerpo contra el mío, evidenciando su ansia—. Nunca había traído a una mujer aquí. Necesito que todo este lugar apeste a nosotros…

Gruñó y me mordió el cuello mientras sus manos empezaban a recorrer mi cuerpo, como si necesitara sentir cada centímetro de mí con todos sus sentidos.

—Apestar es un término muy poco romántico —le provoqué. Rodeé su cintura con mis piernas y se incorporó llevándome a cuestas. Me empujó contra una pared y ronroneó antes de volver a besarme con avidez. Gemí mientras me derretía por el deseo que despertaba en mí.

Se separó de mí y frunció el ceño, evidenciando que algo había llamado su atención y le molestaba. Gruñó por lo bajo y me imaginé que si los viejos se habían enterado de que Dexter se había vinculado conmigo, estarían haciendo chirriar sus colmillos. A mi plim, pero era la manada de Derek, después de todo, y, ahora, también la mía. Más o menos. Prefería pensar menos que no más en ese detalle en concreto.

—¿Qué pasa? —Supuse que se avecinaba una tormenta. En su manada no festejarían la elección de su alfa.

¿Que me importaba una mierda lo que opinaran esos lobos arcaicos cerrados de miras? Cierto, pero no podía ignorar que a Derek le afectaba, de una u otra forma. Esa era otra historia.

—Un helicóptero.

—¿Un helicóptero? ¡¡Mierda!!

—¿Mierda?

—Me había olvidado de él. —Derek me observó, sin dejar de presionar mi cuerpo contra el suyo, sosteniéndome en el aire. Hice una mueca. Mi libido había bajado considerablemente—. Ese ha de ser mi padre.

Empezó a reír por lo bajo mientras mis pies buscaban el suelo. Negó con la cabeza.

—Es poco probable.

—No lo conoces…

—Estamos perdidos en ninguna parte, ¿recuerdas? —Alzó una ceja, porque no parecía demasiado dispuesto a dejar lo que nos traíamos entre manos. Él y yo en pelotas, retozando contra la pared, el suelo o cualquier superficie que se cruzara en nuestro camino.

—Insisto. —Me separé de él y me ajusté la ropa para que no fueran evidentes los manoseos que nos habíamos dado, agradeciendo al cosmos que no fuera un lobo. Derek reía por lo bajo, divertido por mi comportamiento y ese deje de nerviosismo—. Quizá sería mejor que te fueras.

—¿Irme? —Ahí creo que conseguí molestarle—. ¿Por qué diablos debería hacer algo así?

—Igual sería mejor que yo tratara con él primero…

—No puede saberlo —argumentó, cruzándose de brazos sobre el pecho, con aspecto desafiante. Le lancé una mirada airada—. Nunca pensé que te comportarías como una adolescente pillada con un chico… ¡Es de lo más divertido!

Le di un golpe en el estómago y, en vez de dolerle, empezó a reír.

—En primer lugar, ¿no te has preguntado por qué Nolan sabía que te habías vinculado a mí? —le cuestioné mientras él me rodeaba con sus brazos—. Mi padre sabe que eres un lobo y que has sido tan estúpido como para reclamarme.

—No me avergüenzo de mi decisión, no me importa lo que él o los viejos puedan pensar al respecto. —Se encogió de hombros, sin dejar de mirarme—. Tu padre lleva tiempo entre lobos, acabará entendiéndolo.

—Eso es lo que me preocupa —mascullé entre dientes, aunque no pude menos que sonreírle. Me gustaba. Mucho. ¿Qué debía contarle? ¿Qué sería mejor callar? Él había confiado en mí. Quizá debería intentar hacer lo propio. Incluso si era un lobo—. Hay otra cosilla que quizá debería contarte sobre mi padre —añadí, el ruido del helicóptero se hacía más evidente.

—¿Otra cosilla? —me cuestionó mientras salíamos cogidos de la mano. Vi un punto de color gris que destacaba en el cielo azul, acercándose.

—Creo que te conté que era forestal.

—Sí.

—Te mentí. —Derek se giró para mirarme—. Estos últimos años ha trabajado de forestal, sí, pero antes pertenecía a una delegación no oficial del gobierno.

—No te sigo. —Vi como el helicóptero aterrizaba frente a nosotros.

—¿Sigues pensando que es un helicóptero que está de paso? —le cuestioné, alzando la voz por encima del estruendo del motor.

—Dejémoslo en que empieza a ser sospechoso —cedió, regalándome una sonrisa ladeada, mientras me arrastraba contra su cuerpo y me cogía de la cintura en un gesto posesivo. No tenía ni la más remota idea de cómo reaccionaría mi padre. Ni de cómo Derek digeriría lo que estaba a punto de contarle.

—Mi padre es… era un cazador. —Las hélices empezaron a perder su velocidad y una de las puertas laterales se abrió. El ruido del motor aún era atronador, pero creo que era aún más terrorífico el aspecto de mi padre, que parecía un justiciero salido de una de esas películas de guerrillas: chaleco antibalas, cartuchos de munición cruzados sobre el pecho, cuatro armas a la vista, sin contar el numeroso número de

cuchillos. Pese a su aspecto despreocupado, estudió a Derek, que le sostenía la mirada y creo que algo en su interior hizo ese clic del que descubre algo, incluso si es absurdo e improbable.

—Imagino que no cazaba ciervos.

—Va a ser que no.

—¿Cómo acabó alguien como él…? —Dejó la frase a medias porque mi padre empezó a caminar hacia nosotros.

—Es una larga historia —murmuré entre dientes, sabiendo que Derek podría oírme, pero no mi padre que dio los últimos pasos hasta llegar a nosotros. Nos estudió y cruzó los brazos sobre su pecho, observándonos.

—Teniendo en cuenta que Nolan me ha dicho a primera hora que estabas de camino, creo que te estás haciendo viejo —le solté a modo de saludo.

Derek observó la reacción de mi padre con suma atención; incluso si había intentado llamar su atención, en esos momentos solo tenía interés en el hombre que estaba a mi lado. Mostró una sonrisa torcida antes de contestar:

—Tal vez quería darte un poco de tiempo porque no me apetecía encontrarte en pelotas con… ¿quién coño eres?

—Derek Udola. —Dio un paso hacia mi padre y le tendió la mano.

Mi padre la observó, pero en vez de aceptarla, me preguntó haciendo un mohín:

—¿En serio tengo que estrechársela?

—Compórtate, papá.

—Así está la cosa, ya veo. —Sonrió, como si aquello no le desagradara del todo, y acabó aceptando esa mano que llevaba más tiempo del que sería políticamente correcto suspendida en el aire, esperando—. Marc Anthony, el padre de la criatura. —Puse los ojos en blanco al escucharle decir eso—. ¿Alguien puede explicarme qué ha pasado?

—¿Te acuerdas del caso del chico desaparecido? —le cuestioné, sintiendo que andaba por tierras movedizas. ¿Se suponía que debería intentar regirme por las leyes de la manada de Derek? Si fuera una loba, tal vez… siendo yo, ¡que les dieran!

—Algo. Sé que querías estudiar el terreno… pero no pensé que tuvieras intención de hacerlo tan *a fondo*. —Me sonrojé al escuchar el retintín que había usado mi padre; Derek, a mi lado, parecía indiferente a sus provocaciones. O tal vez estaba satisfaciendo su ego con eso de que mi padre pusiera en evidencia que nos acostábamos juntos.

—Podría decirse que, aprovechando que Ona y Nolan se han pasado de visita, me han echado una mano con el caso.

—¿Qué tienes?

—Un cadáver. Y una pequeña manada viviendo en el pueblo.

—Ajá. —Observó a Derek—. Ya veo… sabía que esta mierda tenía que ver con un lobo.

—¿Qué mierda exactamente? —le cuestionó Derek, sin inmutarse por la expresión dura de mi padre.

—Maya ha salido de la manada, lo que me hizo suponer que o estaba muerta, o alguien de fuera de nuestro grupo la había reclamado. Ha pasado antes, pero que sea mi hija con un desconocido que corre a cuatro patas, me cabrea.

—Tendrías que estar contento de que esté viva —opiné, intentando sonar alegre.

—Espera, que montaremos una fiesta para celebrarlo —masculló entre dientes, mirando a Derek con expresión molesta, aunque el lobo no parecía inmutarse, antes de preguntarme, enfadado—: ¿Cómo cojones se te ocurre hacer algo así?

Derek le gruñó por lo bajo y su tono se volvió autoritario.

—Nadie va a hablarle en ese tono a mi pareja.

—Genial, porque yo no soy nadie. —Le sostuvo la mirada. Supe que estaba intentando llegar a él, pero se encontró con un muro. Frunció el ceño y desvió su atención hacia mí. Me mordí el labio inferior y me ruboricé por completo. Supongo que fue la última pista que necesitaba mi padre. Ante un sorprendido Derek, empezó a reír a carcajadas.

—¿Un alfa? ¿En serio, Maya? No sé a quién darle el pésame, pero esto va a acabar con alguien sangrando en medio del bosque.

—Si somos puristas, a Derek ya le tumbé una vez con dos tiros. —Los ojos de mi padre se iluminaron con aspecto alegre y sonrió satisfecho.

—Esa es mi chica.

—Así que un cazador…

—¿Te lo ha contado? —cuestionó con cierta curiosidad—. Es algo que viene de familia; mi hermana aún sigue en activo, no te aconsejo que la invites a la boda.

Me removí inquieta, no tanto por lo de mi tía, a la que nadie le había contado la realidad de la manada de Dóen, porque no sería capaz de entenderla, sino por lo de la boda. Igual mi padre pretendía justamente eso, que me entrara pánico y acabara largándome de allí para evitar ese tipo de mierda de compromisos. Era un tipo listo, al margen de ser un manipulador. Y lo peor de todo era que lo hacía con estilo y una sonrisa en los labios.

—Pensaba que era un mito eso de los cazadores.

—Yo creo que nuestra historia se remonta a Caperucita Roja y el lobo. —Mi padre sonrió mientras yo ponía los ojos en blanco—. He aprendido a diferenciar cuándo he de apretar el gatillo y cuándo no; no todos los cazadores serían capaces de evolucionar en esa dirección,

así que podría decirse que jugamos a dos bandos.

—¿Jugamos? —Derek ladeó la cabeza y me observó. No me alejó de su lado, en cualquier caso.

—Culpable. —Mi padre me miró con expresión satisfecha—. No tumbé a esa loba en el bar de Daniel por casualidad… ni era la primera vez que me enfrentaba a un lobo. Que en su caso fuera una rabieta y no el deseo de desmembrarme también ayudó un poco, no lo negaré, pero me dedico a eso.

—¿A matar lobos? —Derek creo que no salía de su asombro, pero no mostró miedo alguno, sino que intentó asumir aquello y digerir la información poco a poco. Un alfa que se había vinculado a una cazadora, le había tocado el premio gordo, vamos. Aquella información le había hecho perder parte de su aplomo. Le sostuve la mirada mientras le contaba mi verdad.

—Cazo lobos, descendientes de Hati, asesinos y malhechores. Por eso vine aquí; es habitual que encontremos a uno de ellos detrás de alguna desaparición, fortuita, en plena naturaleza.

—Lo que me recuerda que aún no me habéis contado cuál fue el trágico final del muchacho.

—No era trigo limpio —le conté a mi padre y él se limitó a mirar a Derek—. No va a contarte nada. Se rigen con el lema de que «lo que afecta a la manada, se queda en la manada».

—¿Incluso si es un cadáver?

—Especialmente, por lo visto. —Se mordió el labio inferior—. Una menor lo mató en defensa propia, Derek y su beta intentaron taparlo, pero Nolan encontró un rastro.

—Mierda hay entre lobos, pero también entre humanos —opinó mi padre y sentí que Derek se relajaba a mi lado. Me reconfortó que mi padre confiara en mí y en mi palabra con esa fe ciega—. ¿Y qué hay de lo vuestro?

—Papá…

—Llamadme anticuado, pero en mi época se pedía al padre de la novia su aprobación…

—Ni caso —mascullé entre dientes, porque dudo que mi padre se hubiera comportado como un manso corderito cuando conquistó a mi madre; le conocía lo suficiente como para saber que, a partir de ahora, disfrutaría intentando torturar a Derek con cualquier cosa a su alcance, como, por ejemplo, intentando sonsacarle cómo empezó nuestra relación. Dudo que contarle que con un buen revolcón fuera una respuesta correcta.

—No tengo prisa y me encantaría oír esa historia... —Derek me miró y creo que no sabía si ponerse a reír a carcajadas o huir de mi padre y de su malsano interés sobre nuestra historia.

—En otro momento —intenté cortarle.

—¿Y cuáles son vuestros planes? ¿Dónde vais a instalaros? ¿Pretendéis hacerme abuelo pronto?

—Vete a la mierda —murmuré molesta.

—No hemos tenido tiempo para definirlos —repuso Derek en un tono más cordial.

—Pero sí para acostaros juntos harto y tendido, me imagino. —El lobo se removió incómodo y tuve que contenerme una carcajada escurridiza—. No tengo el olfato de un lobo, pero no soy tonto.

—Gracias, papá, por incomodarme como solo tú sabes hacer…

—Un placer, hija, pero sabes que puedo esforzarme más aún. —Derek rio por lo bajo, aunque intentó ocultarlo en algo parecido a un ataque de tos. Lo miré, enfadada.

—¿De qué te ríes?

—Os parecéis un poco…

—Tómatelo como un cumplido —opinó mi padre, mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

—Tendría que volver con la manada para darles la buena noticia, igual queréis estar solos para poneros al día —se excusó Derek mientras a mí me daba por la risa tonta porque esos lobos me detestaban y mi padre había conseguido su objetivo de ahuyentar al alfa sin gastar munición ni desenfundar su arma de fuego.

—¿Qué tal la manada? —me preguntó mi padre.

—Me detestan.

—¿Y eso? —quiso saber con un tono neutro, pero mirada inteligente—. Ellos no saben que cazas en tu tiempo libre.

—No, pero son tan tercos como cerrados.

—No tenemos costumbre de establecer parejas híbridas —intervino Derek, creo que para defender a los suyos y sus costumbres—. Muchos daban por sentado que elegiría una loba como compañera.

—¿De ahí lo de la loba que decías que hizo una rabieta? —A mi padre no se le escapaba una. Asentí.

—El resumen es que lo nuestro no va a hacerles especialmente felices.

—Que les jodan. —Ahí mi padre me sorprendió, y creo que a Derek también, porque le sonrió, mostrando una cierta complicidad con él. Asintió.

—Eso, exactamente, es lo que opino yo. —Se acercó a mí y me cogió del mentón para besarme. Pensaba que sería apenas una caricia, pero acabó siendo un beso de tornillo en toda regla—. Haremos que funcione. Te quiero.

—Los viejos intentarán lincharte.

—Más bien a ti, pero es bueno saber que podrías defenderte.

—Puede hacer más que eso —soltó mi padre con un tono cargado de orgullo, cruzando sus brazos sobre su pecho—. ¿Quiénes son esos

viejos?

—Viejas glorias que nunca aceptaron perder el poder que ostentaban y llevan una eternidad tocándonos los cojones desde las sombras.

—El problema es suyo. Tú eres el alfa —sentenció mi padre con una frialdad envidiable.

—Hay quien estaría dispuesto a apoyarlos a ellos y yo… no tengo ganas de que haya un derramamiento de sangre.

—Ya veo, así de mal —opinó mi padre y Derek se encogió de hombros.

—Instálate con tu padre en mi casa mientras me ocupo de la manada; no creo que nadie ose acercarse, pero estate alerta.

—¿Y si lo hacen?

—Pregunta primero, pero si la respuesta no es la adecuada, no dudes en apretar el gatillo. —Su mirada se volvió letal.

—Lo tendré en cuenta —indiqué.

—Harás lo que te dé la gana, ¿verdad?

—Correcto.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a que mi esposa haga lo que le da la gana todo el santo día.

—Habíamos dicho de dejarlo en *novia*.

—Frente a tu padre, mejor esposa, suena un poco más formal y, teniendo en cuenta su profesión, prefiero tenerlo a buenas. —Me guiñó un ojo y reí al escucharle decir aquello—. Mi casa es tuya, intentaré volver pronto.

Volvió a besarme, aunque esta vez fue algo más ligero. Tras separarse de mí, inclinó la cabeza en dirección a mi padre y empezó a desvestirse.

—Ya veo que te ha llamado la atención su gran intelecto —soltó mi padre cuando Derek estaba totalmente desnudo, haciéndome reír mientras me ponía roja como un tomate al mismo tiempo. Observé cómo se transformaba en un lobo. Desvió la mirada hacia mi progenitor y sospecho que también se estaba riendo ante su comentario. Se acercó a mí para rozar su lomo contra mi cuerpo y le pasé la mano por el tupido pelaje. Como si le pesara hacerlo, acabó alejándose de nosotros y empezó a trotar. Vi como desaparecía por el margen del bosque.

—Te has vinculado a un lobo. —Había estado tan pendiente de Derek, que no me había dado cuenta de que había acudido a mi lado. Su mirada estaba perdida en el mismo lugar que la mía, pero su tono, solemne, me advirtió que había dejado las bromas a un lado para centrarse en la preocupación real que aquello le suponía. Mil emociones entremezclándose en su interior.

—Técnicamente, ha sido él quien se ha vinculado a mí.

—¿A quién pretendes engañar? Sabes que eso no sería posible si no le correspondieras.

—Ya, pero él no. —Mi progenitor me miró y empezó a reír a carcajadas.

—No sé si compadecerme del pobre hombre.

—Es un alfa.

—Cierto, en ese caso, mejor hazle sufrir un poco.

—Te aseguro que los viejos ya se dedican a joderle en suficiente medida como para merecerse más mierda. Veremos cómo gestionan lo de nuestra vinculación.

—¿Te preocupa?

—Su mundo se está yendo a la mierda. Los lobos de aquí… no puedes imaginarte cómo me desprecian. Que me haya elegido, por mucho que pretenda edulcorarlo, va a complicarle la vida.

—¿Edulcorarlo?

—Pretende justificar nuestra vinculación con lo de la desaparición del chico.

—Eso no tiene mucho sentido.

—El excursionista desaparecido sedujo a una menor, grabó videos de contenido sexual y luego empezó a chantajearla con que los difundiría —le expliqué—. Discutieron y él intentó violarla; ahí fue cuando la loba lo enfrentó.

—¿Te lo ha contado Derek? —negué con la cabeza.

—Aquí los lobos no comparten los secretos con los que no son como ellos, papá, así son sus leyes. Se vinculó a mí antes de llevarme hasta ella. Proteger a la manada es una de las tareas principales de todo alfa, así que vincularse a mí para evitar que una delegación de cazadores acabara en el pueblo podría considerarse un atenuante.

—¡Qué gran sacrificio ha hecho ese chico! —se burló mi padre y puse los ojos en blanco—. No puedes pensar en serio que esa fue su verdadera motivación, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. ¿Lo quieres?

—Sabes la respuesta.

—La sé, sí, pero me preocupa que no seas capaz de verbalizarla. —Le golpeé con mi cuerpo en el costado.

—Nunca ha sido mi fuerte.

—Cuéntale la verdad. En las relaciones, es bueno que los cimientos sean sólidos, porque los problemas acabarán llegando tarde o temprano. Sean unos lobos rancios, un cachorro haciendo una rabieta, decidir cuál es el mejor colegio para la Nena o regalarle su primer cuchillo. —Sonreí al escuchar aquel apelativo cariñoso que usaba mi padre cuando yo era pequeña y recordar a mi madre subiéndose por las paredes cuando con siete años me regaló mi primer cuchillo de caza. Me hizo más ilusión eso que la casita de muñecas,

¿sorprendidos? Me imagino que no—. A tu madre le va a dar un soponcio.

Nos miramos y empezamos a reír. Me pasó el brazo por encima de los hombros y yo me agarré a su cintura.

—Hablaré con Derek —cedí—. Lo intentaré, al menos.

—No te arrepentirás. —Esperaba que tuviera razón—. Supongo que podrías establecerte aquí. Nunca dejarás de ser un poco nómada, pero está bien tener un lugar al que volver.

—Igual sigo tu ejemplo. —Dejé que mi mirada vagara por los picos montañosos que nos rodeaban—. Tengo que darle una vuelta, pero quizá podría pedir que centren mi expediente a esta base y limitarme a hacer solo salidas puntuales.

—Puedes probar. Encontraréis un equilibrio, aunque a veces no será a la primera. Las relaciones son complicadas, los lobos, más. Tendréis que aprender a adaptaros el uno al otro a medida que evolucionáis como individuos y también como pareja.

—¿Cómo nos has encontrado?

—El rastreador de tu teléfono.

—Sigues siendo un clásico.

—¿Para qué cambiar lo que sabes que funciona? De aquí a poco empezará a hacer frío, ¿vamos a darle un vistazo a la guarida del lobo? —Asentí y caminamos juntos hasta la casa de Derek.

Admito que, por gusto, me hubiera puesto a husmear todo lo que había allí para intentar descubrir pedacitos de cómo era su versión más intimista, pero preferí no hacerlo con mi padre cachondeándose de mí y de todo lo que pudiera descubrir sobre él.

Encendimos la chimenea y nos quedamos allí, con una copa en la mano y conversación amena. Siempre había sido así entre nosotros; la complicidad que compartíamos se debía, en gran medida, a que siempre había estado cerca de nosotras dispuesto a acompañarnos, incluso si era de ese tipo de padres que dan por sentado que te levantarás por tus propios medios y que solo en caso de necesidad le pedirás que te eche una mano.

Mi teléfono vibró. No lo hubiera cogido si no hubiera visto que era un mensaje de texto de Nolan.

Nolan:
Maya, ven con tu padre al bar de Daniel.
Urgentemente.
Derek ha convocado a la manada.
Pretende cortar sus vínculos con ella.

Maya:

Eso no tiene ningún sentido.

Nolan:
Ya, pero a mí no me escucha. Ya sabes que tiran más dos tetas que dos carretas.

Maya:
Capullo. ¿Tanto se han encabronado con lo nuestro?

Nolan:
No sabría decirte.
No quiere un enfrentamiento directo con los viejos y dividir la manada, pero por lo visto eso de elegirte a ti y no a una loba es una hecatombe de proporciones apocalípticas.

Maya:
Vete a la mierda, Nolan.

Nolan:
No soy yo quien le ha contado que un alfa puede desvincularse a una manada. Se aferra a eso como a un clavo ardiente, pero todo esto acabará mal.

Maya:
¿Desde cuándo sois tan amigos?

Nolan:
Por el interés te quiero, Andrés.
Quiere que otro alfa dirija a esta panda de tarados y largarse para que podáis vivir una idílica historia de amor.
¿Adivinas a quién quiere encasquetarle su puta manada?

Maya:
No hablas en serio.

Nolan:
Dile a tu padre que necesitamos un poco de su creatividad.
Por mí, como si quiere dispersarlos a base de tiros.
Lo que sea, pero ¡venid ya!
Por mucho que te quiera, no puedo asumir este marrón. Lo sabes.

21

CREO QUE ERA LA PRIMERA VEZ que veía la reja puesta en el bar de Daniel. Los cristales tintados no nos dejaron ver qué estaba pasando dentro, pero sabíamos que Ona y Nolan se habían infiltrado dentro, así como quien no quiere la cosa, incluso si nada tenían que ver con la manada de Derek.

Dudo que a los viejos les apeteciera que otros lobos presenciaran aquella crisis, pero tampoco podían negarse a una orden directa del que era su alfa. Incluso si este tenía intención de dejar de serlo. ¡Menuda locura! Que Derek les hubiera permitido quedarse tenía bastante sentido si teníamos en cuenta los mensajes de texto que nos había enviado Nolan; en el caso de Ona, al margen de que se acostaba con uno de los betas, a saber qué habría argumentado para conseguir quedarse allí dentro.

—Unos cuarenta. —Asentí. La manada al completo, intuí, mientras mi padre manipulaba un sensor que permitía detectar el calor corporal, ignorando paredes o una frondosa vegetación. Los lobos solían tener una temperatura corporal ligeramente aumentada respecto a los humanos, aunque nuestros valores se superponían cuando hacíamos ejercicio o teníamos fiebre, así que ese aparato era orientativo más que diagnóstico. En cualquier caso, no dudaba que todos esos puntos calientes que estaban amontonados dentro del bar de Daniel eran lobos.

—Tienen una puerta trasera. —Mi padre me siguió. Que tuviera las agallas de meterse en medio de una reunión como aquella, sin haber sido invitado, vestido como el cazador que era y siempre había sido, demostraba que estaba dispuesto a darme su soporte hasta el último momento. Eso y que seguía siendo como un crío que anteponía la diversión al sentido común. Si la situación se prestaba, no le importaría complacer a Nolan y dispersar a los lobos a base de tiros. Si yo era de gatillo fácil, mi padre ni te cuento.

Que, siendo realistas, en un enfrentamiento directo, no teníamos ninguna posibilidad contra un grupo tan grande. Un uno a uno es una cosa. Un dos contra uno, si llevas las armas apropiadas… Incluso con Derek y sus betas de nuestra parte, Nolan y mi hermana, estábamos jodidos. Nuestra única posibilidad era que la autoridad del alfa no pudiera ser negada. Eso o anular a los viejos, que, por lo que se podía leer entre líneas, eran los que se pasaban el día probando a Derek y su

autoridad. Había puesto al día a mi padre de todo lo que había descubierto sobre la peculiar manada de Derek, sobre cómo acabó asumiendo su liderazgo cuando era demasiado joven y cómo los betas del que había sido su padre acabaron supervisando y desacreditando algunas de las decisiones que Derek tomaba.

No me equivoqué: la puerta trasera estaba abierta. Me estremecí al escuchar esa mezcla de gruñidos y palabras de descontento, como si fuera un rumor de fondo. No es que esperara que nuestra llegada pasara desapercibida, pero el gruñido de Derek al escuchar mi nombre seguido de un insulto hizo que me estremeciera. Las protestas desaparecieron mientras mi padre liberaba los cierres de seguridad de las cartucheras que llevaba sujetas al muslo y se hacía con una de las armas de fuego.

—Solo por si acaso. —Me guiñó un ojo.

Una figura conocida apareció en el margen de la puerta. Daniel parecía más grande y mucho más fiero que habitualmente. Esa impresión quizá se debía a que normalmente estaba detrás de una barra, con un trapo en la mano, o sirviendo cervezas. Ahora, en cambio, desprendía ese algo propio de la autoridad que ostentaba dentro de la manada.

—¿Tan mal están las cosas? —le cuestioné.

—No sé a qué te refieres —mintió el capullo como un bellaco—. Tu padre, supongo.

—Marc Anthony para servirte, lobo. —La ridícula reverencia que hizo a continuación hizo que Daniel frunciera el ceño y yo pusiera los ojos en blanco.

—Es Daniel, uno de los betas de Derek. —Obvié contarle que el otro se acostaba con Ona, porque creo que de emociones para un día ya andaba servido y no le diera por meterle una bala al lobo equivocado, como quien no quiere la cosa.

—¿Otro forestal? —Daniel observó a mi padre con expresión crítica y admito que no era para menos, porque su aspecto era imponente y estaba armado hasta los dientes.

—En mi tiempo libre.

—Guarda eso —le indicó Daniel señalando con el mentón la pistola. Tras un pequeño mohín, siguió su petición, aunque vi que no cerraba las cinchas de las cartucheras para tener una acceso a la pistola lo más rápido posible.

—Esto no son más que unos pocos juguetes, no quieres ver lo que suelo llevar en el asiento trasero del coche —le dijo mi padre con aspecto retador. Carraspeé. A este paso, acabaría contándole el número de lobos que había matado según su expediente. Lo peor es que había más de los que figuraban allí: además de vivir entre lobos, también luchaba junto a ellos cuando la situación lo requería, algo

que había pasado en varias ocasiones. Como cuando interfirieron en lo que pasaba en la manada de Nolan.

—Os estábamos esperando.

—¿A nosotros? —Malo. Yo no le había dicho a Derek que estaba de camino, porque sabía que eso le enojaría más que otra cosa. Admito que meterme allí dentro era tentar al destino, porque esos lobos por gusto me lincharían, pero no podía darle la espalda a Nolan y él no quería asumir el liderazgo de esa ni de ninguna otra manada. Que mi mierda salpicara a uno de los míos me hacía ser más valiente y un tanto imprudente, probablemente.

—A Derek no le ha hecho mucha gracia que Nolan os haya avisado, pero tu amigo… digamos que puede ser bastante insistente cuando se lo propone.

—¿Y qué opinan los viejos? —le cuestioné, asumiendo que tal vez ellos estaban atentos a nuestra conversación.

—Que no pintas nada aquí. —Sus ojos me miraron con suspicacia. No sabría decir qué quería decirme sin palabras, pero sí que había un mensaje oculto en su gesto.

—Tal vez deberás hacerles ver que se equivocan —intervino mi padre—. Siempre se te ha dado bien llevar la contraria a todo el mundo.

—Siempre tan amable. —Asentí, asumiendo aquel rol que debía representar, bajo su atenta mirada. De acuerdo. No es que esperara una gran bienvenida, pero desde luego, los gruñidos bajos y las miradas cargadas de odio a las que tuve que enfrentarme al cruzar aquella maldita puerta, eran para acojonar a cualquiera.

Elevé el mentón, ignorándolos. Busqué a Derek con la mirada. Estaba frente a la barra, con Silas a su lado. Detrás, como si hubieran querido dejarla en un segundo plano, estaba Ona, porque dudo que su finalidad fuera usar el tirador de cerveza para animar la velada, algo que, desde luego, no le vendría mal al ambiente tenso que se respiraba.

Nolan nos estaba esperando.

—A llevar la contraria, aprendió del mejor. —Le tendió la mano a mi padre y él la aceptó con una expresión neutra, mientras estudiaba su entorno—. Es bueno verte, Marc.

—Especialmente cuando te quieren encasquetar algo que no te interesa lo más mínimo, ¿eh, muchacho? —La sonrisa ladeada de Nolan habló por sí sola. Tras saludar a Nolan, miró a mi hermana—. Ya que estás ahí metida, podrías ponerme una caña.

—Eres imposible, papá. —Le contestó Ona con una sonrisa en el rostro mientras cogía una jarra y la llenaba. Escuché algunos gruñidos de fondo. A los lobos no les gustaba la tranquilidad y autoridad que desprendía mi padre, esa forma de hacer tan suya conseguía

irritarles—. Solo por ponerte en contexto, Derek, te aviso que nuestro padre es, a palabras del alfa de nuestra manada, un puto tocapelotas.

No es que ese comentario fuera muy afortunado, teniendo en cuenta la situación en la que estábamos, pero mi hermana no mentía. Lucas y mi padre siempre estaban provocándose el uno al otro en un eterno tira y afloja que era hasta gracioso.

Me acerqué a Derek, cuyos ojos seguían fijos en mi persona. Supe que no estaba tranquilo y que, si por él fuera, me sacaría de allí más pronto que tarde. Podía entender su preocupación. La hostilidad que se respiraba era evidente. Sabía que debía apoyarle, porque en caso contrario solo conseguiría que los lobos tuvieran más argumentos contra mí y la vinculación que ahora compartíamos. Incluso si su idea apestaba.

Dejé que mi mirada vagara entre todos los que me rodeaban mientras Derek me envolvía con su brazo y me acercaba a su cuerpo, con un ronroneo ronco, una advertencia y una muestra de su autoridad. Algunos murmullos de fondo desaparecieron, pero no las miradas de desagrado. Aquello más que una reunión, parecía un juicio. Uno en el que el alfa era el juzgado, y no el juez, pero algo había cambiado tras mi llegada.

Derek no quería enfrentarse a los suyos. Derramar sangre. Otra vez. Recordé lo que me había contado sobre el hijo de uno de los viejos, los lobos que habían apoyado a un alfa que pasaba por allí y que quiso hacerse con el control de aquella manada que ahora nos observaba con recelo. Tal vez habían jugado juntos de niños.

Existe un antes y un después cuando algo así sucede.

Derek había cruzado esa fina línea para proteger a esos lobos que ahora le recriminaban que hubiera elegido a una humana como su pareja. Entendía que quisiera darles la espalda. Desvincular a su lobo de todos aquellos gilipollas desagradecidos. Por un momento llegué a planteármelo. No es que pretendiera que Nolan cumpliera con ese cometido, pero quizá no se merecían a alguien que se preocupara tanto por ellos como lo hacía Derek. Una manada sin alfa. ¿Cuánto tardaría el caos en hacer mella en ellos? No es que me sienta orgullosa, pero deseé que sufrieran tanto, al menos, como estaban jodiendo a mi pareja.

Un rostro de mejillas sonrojadas me hizo volver a la realidad. Desirée. La joven loba cuyas acciones me habían llevado hasta ese lugar. Recordé cómo buscó a Derek y él la había atrapado entre sus brazos, usando su poder de alfa para calmar su agitación y supe que eso no estaría bien. Muchos de esos lobos perderían el norte y tal vez algunos de ellos acabarían siendo cazados por personas como mi padre y yo. Tenía que haber otra forma.

—¿Me han dicho que me estabas esperando, alfa? —Aquello le pilló

por sorpresa y una fugaz sonrisa asomó a su mirada, aunque su rostro seguía mostrándose cauto por la tensión del ambiente. Era la primera vez que fingía respetarlo, pero él sabía que ese «alfa» era de postureo. Le sonreí, como si no hubiera varias decenas de ojos mirándome con expresión huraña y me sintiera cómoda con todos esos cretinos rodeándome. Tal vez pensarían que era estúpida, pero conocía cómo funcionaba la jerarquía de los lobos y no quería ponerle aquello aún más difícil.

Vi que inhalaba con fuerza, buscando mi olor, ese que estaba marcado con su propio rastro. Era algo que todos los lobos presentes podrían hacer sin demasiada dificultad. Algunos tal vez seguirían pensando que se debía al hecho de que nos acostábamos juntos, pero otros, los más atentos, sospecharían que ya no se trataba solo de eso. La manada había crecido, aunque como no se trataba de un lobo, tal vez no sabrían cómo interpretarlo. Ya lo harían, tarde o temprano.

—Ahora que ya estamos todos, quería presentaros a Maya —comenzó Derek, dirigiéndose a los lobos. Daniel se acercó a nosotros y mi padre tomó asiento en un taburete, frente a la barra—. Sé que algunos ya la conocéis y muchos habéis percibido mi rastro en ella.

Dudo que los murmullos de fondo fueran apreciativos, pero a saber. Derek entrecerró los ojos y endureció su mirada antes de dirigirla a un grupo de lobos jóvenes, que apretaron los labios con fuerza, dispuestos a guardar silencio.

—Maya ha crecido entre lobos y conoce nuestra naturaleza, pero su manada no se rige por las mismas leyes que lo hace la nuestra, lo que me obliga a replantearme que tal vez hemos de evolucionar en algunos aspectos.

—¿Vamos a mancillar nuestras costumbres por una maldita hembra? —gruñó uno de los lobos, levantándose. Tenía finas arrugas en la comisura de los ojos y su mirada era amenazadora. Uno de los viejos.

—Esa hembra es mi pareja —sentenció Derek sosteniéndole la mirada con dureza y sus palabras fueron como si se hubiera detonado una bomba. Murmullos y rostros teñidos de sorpresa se entrelazaban con gruñidos e insultos hacia mi persona.

—¡¡Silencio!! —exigió Daniel usando un tono duro que consiguió acallar en parte a la sala.

—Como la pareja de tu alfa, exijo que la trates con el respeto que se merece. —Al viejo la petición de Derek le sentó como una patada en el culo. Gruñó e intentó mostrar los colmillos, pero la autoridad del alfa prevaleció pese a su intento de rebeldía y creo que aquello les sorprendió a ambos, como si hubieran estado evitando aquella situación durante años pero, finalmente, se evidenciaba quién tenía la última palabra.

—Que te la follaras era una cosa… pero no puedes haberte vinculado a una humana. Es imposible —escupió aquello, pero no empleó insulto alguno, algo que no me pasó desapercibido. Derek podía controlarle, incluso si le pesaba hacerlo. Tener la capacidad de obligar a alguien a actuar en contra de su voluntad puede hacer que te sientas grande, pero, al mismo tiempo, te mina por dentro.

—Te guste o no, es un hecho. Somos uno: nada ni nadie puede interferir en el vínculo que compartimos.

—¿Te has parado a pensar en cómo va a afectar a la manada tu elección? —Me giré para observar al lobo. Sospeché que formaba parte del club de los viejos, pero al menos no parecía querer un enfrentamiento directo y su pregunta era hasta cierto punto sensata, incluso si sonaba a acusación.

—Lo he hecho, sí.

—No tienes por qué justificarte —intervino Daniel, que irradiaba algo un tanto siniestro en esos momentos.

—Eres el alfa —añadió Silas y le lanzó una mirada acusatoria al viejo que acababa de hablar.

—Quiero hacerlo, pero no porque tenga obligación alguna —repuso Derek, alzando el mentón y algunos de los lobos pudieron sentir su autoridad y evitaron ser el foco de su mirada—. Nolan guio a Maya hasta el cadáver del chico. —El aludido levantó una mano y se la colocó en la frente, haciendo algo parecido a un saludo militar—. Aferrarnos a nuestras leyes implicaba no contarle la verdad y que nuestro territorio acabara repleto de forestales o, incluso, cazadores de lobos.

Se hizo un murmullo.

—Puestos a romper normas, podrías haberte limitado a contarle el porqué, pero sin tirártela. ¡No había necesidad de cometer esa estupidez de hincarle el diente! —Derek gruñó mientras desplazaba su mirada al tercero de los viejos.

—Sabía que, en cualquier caso, me recriminaríais haber roto unas leyes que ya no me representan, así que me decanté por complacer a mi lobo. —Mostró una sonrisa altiva y vi que entre los presentes algunos rostros suavizaban sus rasgos, como si pudieran entender esa necesidad, incluso si yo era el objeto de ella—. La naturaleza de mi pareja es algo peculiar. Pese a que es humana, nació y se crio entre lobos y sé que os preguntáis por qué llama hermana a la loba aquí presente, detrás de la barra.

Varias miradas se dirigieron hasta Ona, aunque muchas acabaron centrándose en mi padre, que había permanecido en silencio, algo poco habitual en él.

—¿Qué problema hay con que seamos hermanas? —cuestionó ella.

—Dan por sentado que sois hermanastras —intervino mi padre,

ladeando la cabeza, mientras estudiaba a Derek—. Dan por sentado muchas cosas, estos lobos. Especialmente las que no saben.

Mi padre se ganó un gruñido de uno de los viejos. En vez de contestarle con una amenaza, alzó su jarra de cerveza hacia él y le sonrió a modo de provocación. Derek me besó en la frente. Una caricia apenas, pero que creo que conmovió a algunos e irritó a otros.

—Cuéntales tu historia —me susurró con suavidad. Dudaba que aquello sirviera de algo, pero decidí hacer lo que me pedía o, al menos, compartir con ellos parte de ella. Di por sentado que no pretendía que delatara la profesión de mi padre o el hecho de que yo seguía sus pasos.

—Ona y yo somos hermanas por parte de madre: su padre biológico era el hermano mayor del que ahora es el alfa de la manada, pero murió antes de que ella naciera. —Desplacé la mirada hacia mi padre—. Su madre y ella se instalaron en Dóen y, algunos años más tarde, mi padre pasó a formar parte de sus vidas. Un par de años después nací yo.

—Hermanas de sangre…

—Híbrida…

—¡Sorpresa! —Silas mostró una sonrisa ladeada, como si esperara que aquello animara el ambiente, incluso si ya no sabría cómo calificarlo. Había menos gruñidos, eso sí, pero los viejos temblaban y no creo que fuera de felicidad, la verdad.

—Es una aberración de la naturaleza. —Derek lanzó un gruñido sordo al viejo que había hablado en primer lugar y supe que estaba a punto de saltar. Dejé que mi brazo rodeara su espalda y decidí intervenir antes de que acabara sacando las zarpas, porque aún teníamos más que perder que no ganar.

—Lo dice el que se persigue el rabo de tanto en tanto. —Le regalé una sonrisa y él me mostró los colmillos.

—Elias… —El tono de Derek era pura amenaza. Sentí su cuerpo palpitar, dispuesto a transformarse y enfrentarse al lobo.

—Si me permites, hijo, mi especialidad son los lobos gilipollas y, aunque eso suele ser característico de los alfas, por lo visto aquí hay alguno que se lleva la palma. —Mi padre saltó del taburete y el viejo le gruñó. Se acercó a nosotros, como si le pidiera a Derek su aprobación. Se sostuvieron la mirada y al final asintió; creo que saber qué era capaz de hacer mi padre le había hecho titubear porque, en el fondo, no quería que la sangre de ese viejo tiñera el viejo suelo del bar de Daniel—. Elias, ¿verdad?

Caminó hacia él, sin intimidarse por la cantidad de lobos que le rodeaban e ignorando el gruñido del lobo que había frente a él. No le contestó, pero no era que mi padre necesitara que lo hiciera.

—Voy a contarte dos cosas: en primer lugar, nadie ha pedido tu

opinión y, en segundo lugar, el tono que estás usando para hablar de mi hija y su pareja me irrita.

—No eres nadie en nuestro mundo. Una mota de polvo insignificante que se cree grande porque sabe de un secreto que solo puede contemplar desde lejos. Ni tú ni tu hija sois bienvenidos, aquí. —Derek gruñó y tensé mi agarre sobre él, para intentar contenerle. Si las cosas se torcían, prefería que fuera mi padre quien acabara con aquel lobo, porque a él le pesaría menos y no se sentiría culpable de haberlo hecho—. A nuestro alfa le complace que tu hija se le abra de piernas, pero ella para nosotros no es más que otra humana cualquiera, incluso si su lobo la ha marcado. No nos proporcionará el alfa que daría seguridad y continuidad a la manada, así que, ¿para qué fingir que ella nos importa? No lo hace, ni lo hará. Su existencia nos ha condenado.

—Un grupo de cazadores, también, y te lo digo desde la voz de la experiencia. He perdido la cuenta de a cuántos lobos he dejado abiertos en canal con el paso de los años. Asesinos, nómadas violentos capaces de arrebatar vidas por el mero placer de hacerlo. —Le sostuvo la mirada al viejo y creo que pudo leer en sus ojos que decía la verdad. Vi como el viejo se removía, incómodo, mientras a su alrededor un rumor sordo que más que a amenaza sonaba a miedo, empezaba a recorrer el local mientras la tensión se volvía tan densa que casi podía palparse. Se giró para hablar al resto de los lobos—. Fui cazador: así es como llegué a Dóen. Fue allí donde aprendí que no todos los lobos son despiadadas criaturas con ansias de sangre y evolucioné. Vuestro alfa os está pidiendo justamente eso: que seáis valientes para avanzar y dejar atrás unas leyes que pueden limitar vuestra felicidad. Seamos sinceros, yo preferiría que hubiera elegido un tipo más normal. —Se giró para mirar a Derek—. Sin intención de ofenderte, hijo.

Escuché una risa, en algún lugar, mientras Derek hacía algo parecido a un mohín ante el comentario de mi padre, pero no parecía molesto, más bien al contrario.

—Es su vida. Son sus decisiones. Lo único que podemos hacer es apoyarles.

—Ha cometido el error de elegir a una humana —gruñó Elias—. Y, lo que es peor ¡dice que se ha vinculado a ella!

—¿Y eso se supone que es un problema? —Mi padre se giró hacia él y cruzó los brazos sobre el pecho tras hacer un exagerado suspiro, como si le exasperara tratar con él.

—Sí.

—¿Podrías decirme exactamente por qué?

—¿Quién guiará a la manada cuando Derek falte? —Desvió la mirada hasta mi pareja y con una expresión llena de odio, añadió—: A

causa de su egoísmo, no habrá continuidad de su linaje.

—Eso pasará más pronto que tarde, Elias, porque si no aceptáis a Maya, estoy dispuesto a abandonar la manada. —Se hizo un silencio que me erizó el vello. Todas las miradas se centraron en nosotros: algunos parecían ser incapaces de respirar y otros empezaron a temblar, mostrando la dificultad de contener a sus lobos ante aquella declaración. Eran criaturas jerárquicas que jamás podrían convivir en paz en una situación de anarquía. Todos y cada uno de ellos formaban parte de una estructura rígida, pero que los hacía únicos y especiales a todos ellos. Un alfa, un beta o un omega… todos eran importantes y formaban parte de un algo más grande. Ninguno de ellos estaba preparado para hacer algo así.

—¿De qué coño estás hablando? —Era otro de los viejos, el que le había preguntado por la continuidad de la manada sin insultarme en el proceso. Sospeché que era el más moderado de esos lobos entrados en años.

—Solo puede ser un farol, Ian —opinó Elias, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos, estudiando a Derek, pero creo que la mera idea de que aquello sucediera le asustaba tanto o más que al resto.

—Es un alfa, ¡claro que puede! —intervino Nolan—. No sería ni la primera ni la última vez.

—Creo que no es la primera vez que un alfa solitario se acerca a vosotros. —Le sostuve la mirada a Elias y se estremeció. Vi como su lobo se removía, por la pérdida de su hijo, sí, pero también por la traición que supusieron sus acciones: su deslealtad para con la manada le pesaba al lobo tanto como a Derek haberle dado muerte.

—Quizá no ha sido el alfa más accesible de nuestra historia, pero siempre ha estado para nosotros cuando le hemos necesitado —intervino Daniel—. Pero siempre le habéis estado exigiendo y atosigando, como si nunca fuera suficiente, como si nunca estuviera a la altura de su padre. ¿Sabéis qué? Le supera con creces. Ha hecho sacrificios que nunca necesitó hacer su predecesor y, ahora, sospechando que le daríais la espalda a la elección que ha hecho su lobo, pretende separarse de la manada, pero sabiendo que otro alfa cubrirá su lugar.

Daniel desplazó la mirada para centrarla en Nolan. No es que su piel fuera muy morena, de base, pero en esos momentos había palidecido considerablemente.

—No lo hagas. —Un lobo se levantó—. No todos compartimos la opinión de Elias. Si tu lobo la ha elegido y está aquí, a tu lado, es que es donde debe de estar.

—¿Pretendes abandonarnos? ¿Después de todo lo que hemos sufrido juntos? —La voz de Elias parecía a punto de quebrarse—. Mi sangre tiñó esta tierra y yo me mantuve firme, a tu lado. ¿Así vas a

pagármelo?

—No te debo nada, Elias. —Derek se separó de mí y avanzó un par de pasos, para acercarse a él. Mi padre se apartó ligeramente, pero sé que estaba estudiando a Derek y al lobo y sospeché que estaba dispuesto a intervenir. Lo que no tenía del todo claro era el cómo. Había tanta mierda acumulada que empezaba a salir a borbotones que no tenía la más remota idea de cómo acabaría aquello—. Lo he dado todo por la manada desde que era un crío. Mis sueños, mis expectativas… mi vida. ¡Todo! Quizá eras el beta de mi padre, pero ahora eres un omega y, si quisiera, podría someterte. A ti y a todos los que os importa una mierda si soy o no feliz, pero no voy a hacerlo, porque no soy así. No quiero ser ese tipo de alfa. No soy ese tipo de persona.

—Y por eso te queremos, además de respetarte. —Una loba entrada en años se levantó en el otro extremo de la sala—. Eres más que un alfa para nosotros, Derek, te hemos visto crecer y convertirte en la persona que ahora eres. Te mereces ser feliz.

—¿Y qué pasará luego? —inquirió otro lobo que parecía asustado de todo lo que estaba pasando.

—Lleguemos. —Daniel usó una entonación calmada y le dio un toque solemne a su aportación. Varios lobos empezaron a asentir, aunque la manada seguía dividida.

—Hay algo que no entiendo —intervino mi padre—. Esa obsesión vuestra de que no va a haber más alfas… Creo que la parte práctica de cómo se hace un bebé ya la controláis bastante, y que conste que no me apetece ser abuelo demasiado pronto.

—Aunque sea híbrida no puede engendrar un lobo —sentenció Ian, con un tono que pretendía ser neutro mientras respondía a mi padre.

—¿Híbrida?

—Hija de una loba y un humano.

—Mi mujer no es una loba. —Ahí los rumores volvieron a crecer como la pólvora.

—Eso es imposible —fue Silas el que soltó aquello y desvió la mirada hacia Ona.

—Mi madre es humana. —Creo que una bomba nuclear los hubiera dejado más o menos en el mismo estado—. Si quieres insultar a alguien diciendo que es una híbrida, apunta hacia aquí.

Dicho esto, se besó la mano y la movió, como si se lo lanzara al viejo.

—Es imposible. —Vi como temblaba mientras mi padre empezaba a reír a carcajadas.

—Es gracioso tanto prejuicio y que estéis tomando decisiones sin tener la más remota idea de nada —le dijo mi padre a Ian, divertido, antes de acercarse a Derek que tenía la boca abierta, como si aquel

giro le hubiera afectado tanto o más que al resto—. Sospecho que tú tampoco lo sabías, ¿cierto? De ahí esa esa extraña obsesión de encasquetarle a Nolan esta panda de estirados.

En condiciones normales, más de un lobo hubiera gruñido a mi padre tras semejante comentario, pero todos estaban demasiado conmocionados por aquello. Derek se giró para observarme. Su mirada parecía brillar con una emoción contenida. El capullo quería lobos, por lo visto. Estaba dispuesto a no tenerlos, pero la mera posibilidad de tener cachorros correteando por nuestra casa le había reblandecido el cerebro.

Se acercó a mí, ignorando a todos los presentes, y me cogió de las manos.

—¿Es…?

—Cierto. —Se quedó quieto, mirándome, como si no se atreviera a creérselo—. Mi madre es una urbanita empedernida, jamás hubiera acabado en un lugar como Dóen si no fuera por la condición de Ona. ¿Tanto te sorprende?

—Daba por sentado… Nuestras leyes dicen que solo podemos relacionarnos entre lobos porque si no nuestra esencia dejará de existir.

—¿Esas leyes de las que hablábamos que deberíamos pasarnos por el forro? —le cuestioné con media sonrisa y él me la devolvió—. Si la genética lo hace, creo que es un buen motivo para que también lo hagáis vosotros.

—¿Vamos a tener cachorros? —titubeó al decir aquello. ¿Cachorros? ¿Dónde había quedado eso de que era libre para tal y para cual y que con el tiempo ya se vería dónde acabaríamos?

—Es una posibilidad, sí, pero tampoco es una apuesta segura… Ona no es la única loba en Dóen que tiene ascendencia humana, pero también hay parejas mixtas que solo han tenido hijos humanos. —No quería mentirle, incluso si podía romper los sueños que se estaban tejiendo en su interior.

—Ya es más de lo que tenía la manada hace un rato —opinó Silas, con una media sonrisa en el rostro.

—Eso lo cambiaría todo. —No tengo ni idea de qué lobo dijo aquello, porque mis ojos estaban presos de los de Derek. Ambos ignoramos los cuchicheos que nos rodeaban.

—Siempre pensé que eras híbrida. Que tu madre era una loba.

—Tengo más de cazadora que de lobo, eso te lo aseguro —le contesté haciendo una mueca—. ¿Supone eso un problema?

—¿Un problema? —Soltó una carcajada—. Para nada; solo que ahora no sé qué excusa poner para justificar que siempre supe que eras tú. Pensar que eras medio loba le daba cierta coherencia al instinto de mi lobo.

—Quizás fue mi arrolladora personalidad.

—Yo creo que fueron tus tetas —soltó Ona. Silas le rio la gracia, pero Daniel se limitó a fruncir el ceño, molesto.

—Eres una caja de sorpresas —opinó Derek, arrastrándome hacia él y enterrándome entre sus brazos.

Supongo que era inevitable que ese momento mágico Elias tuviera que interrumpirlo. Su voz tronó en el local:

—Por lo que dicen, nada nos garantiza que lleguéis a engendrar a un lobo, a un alfa. No puedes pretender que la aceptemos, sin más. Ella no tendrá jamás ninguna autoridad dentro de la manada y no podemos vivir de suposiciones.

—Ya sabéis mis condiciones —declaró Derek alzando la voz, tras colocarme a su lado.

—Un momento, un momento, por favor —intervino de nuevo mi padre, captando la atención en un instante en que la tensión se había disparado de nuevo en apenas unos segundos—. Creo que hemos superado ya lo de su descendencia; no entiendo ahora cuál es el problema. Además de joder la vida a la gente, claro, que eso creo que se te da de muerte.

Apreté los labios porque escuché varias risas contenidas de fondo. Miré a Derek y vi una chispa de diversión en su mirada, que estaba fija en mi padre. Nolan no se equivocaba: mi progenitor tenía la capacidad de tocar las pelotas a cualquiera, si se lo proponía, pero Derek estaba de suerte porque había encontrado un objetivo que no era su persona. De momento.

—No es un lobo. No puede formar parte de la manada. Jamás será nuestra alfa.

—Podré vivir con ello, papá —decidí intervenir antes de que me pusiera en un compromiso.

—No, enana, no, que es superinteresante lo que dice este lobo. —Se tocó el mentón, como si meditara—. ¿Sabes qué? Quiero que me lo cuentes. Pero vas a hacerlo sentado. Así que, por favor, siéntate. —Entrecerró los ojos y los clavó en el viejo, antes de decir con voz gélida—. Ahora.

El lobo empezó a temblar. Derek se tensó, a mi lado, mientras Nolan se reía a un par de pasos de nosotros. Elias empezó a gruñir y le mostró los dientes a mi padre, que se mantuvo firme, sosteniéndole la mirada.

—Igual a tu alfa no le gusta someterte, pero yo voy a disfrutar haciéndolo… —Elias comenzó a convulsionar y, finalmente, retrocedió un par de pasos hasta que se dejó caer con un golpe seco, en una silla.

—¿Cómo diablos ha hecho eso? —Fue Daniel el que murmuró aquello, aunque todos los presentes pudimos oírle.

—Le ha sometido… —susurró Derek, en estado de *shock* y miró a

mi padre como si le viera por vez primera. Estaba estudiándole mientras el silencio en el bar acojonaba bastante. Me vi obligada a romperlo antes de que a alguien le diera un soponcio por no respirar durante una eternidad.

—Quizá me olvidé contarte otra cosilla de nada sobre mi padre… —ronroneé, captando la atención de Derek, pero también del resto de la manada.

—¿No lo sabe? —preguntó Ona antes de lanzar un cacahuete al aire y cazarlo al vuelo con la boca.

—No se terció —mascullé mientras mi padre le sostenía la mirada al anciano lobo y era capaz de contenerlo.

—Pero sí le contaste que cazaba lobos.

—Se presentó armado hasta las cejas, ¿querías que le dijera que era *boyscout*? —me defendí mientras Nolan reía por lo bajini.

—Podrían haberlo sospechado cuando tumbaste a esa loba pija; ¿con cuántos de ellos podrías tu sola?

—Depende del número de cartuchos que lleve encima —admití, encogiéndome de hombros, aunque no tenía claro a qué venía ese comentario.

—Pero por lo visto no te mereces el respeto de la manada, claro… —ronroneó mi hermana y dejó que su mirada vagara por el bar mientras sonreía de forma coqueta—. Porque no eres una loba y no puedes formar parte de la manada. O, al menos, de esta manada.

—¿Dónde pretendes llegar? —Fue Daniel el que cortó a Ona. Parecía molesto y un tanto inquieto, algo que era comprensible, porque mi padre seguía doblegando la voluntad del viejo sin ningún tipo de escrúpulo.

—Que mi hermana es mucho mejor partido que esas lobitas caza alfas que pretendían encasquetarle a tu alfa. Además, querían que tuviera un ascendente fuerte, ¿no? —Todos estaban observando a Ona en ese momento—. ¿Qué mejor que la hija de un beta?

—Joder.

—¿Maya? —La voz de Derek sonó a una caricia, sensual, pero supe que estaba un poco enojado en ese momento.

—Es una realidad que un omega no puede negar la autoridad de su beta; aunque en el caso de mi padre… digamos que su autoridad va más allá de los vínculos de mi antigua manada. —Joder, eso de antigua sonaba de culo, pero suavizó un poco el cabreo que llevaba Derek en esos momentos. Que de alguna forma admitiera que ya formaba parte de lo que él era. Y que aceptaba lo que significaba el vínculo que existía entre nosotros.

—Eso es imposible. —No sé quién fue el que lo dijo, pero creo que era el pensamiento colectivo.

—No lo es. —Nolan se avanzó—. Marc fue elegido por la loba alfa

de la manada para que fuera su beta y, pese a ser humano, se le transfirieron las habilidades que ese rango representa.

—¿Es eso habitual? —Derek no sabía cómo reaccionar a esa realidad.

—Para nada. ¿Sabes esa historia que te conté de los descendientes de Skoll y Hati? —Esperé a que asintiera para continuar—: Amanda, nuestra alfa, es una loba originaria. Ella posee habilidades, o dones, como quieras llamarlos. Puede leer la mente de las personas, por ejemplo, o comunicarse telepáticamente con cualquier persona si la toca.

—O convertir en beta a un humano y hacerlo a lo grande —añadió Nolan—. Así que puede ejercer de beta en cualquier manada, si le da el capricho.

—¡Hay que joderse! —soltó Silas.

—¿Eligió a un cazador como beta? —cuestionó Daniel, frunciendo el ceño.

—A Amanda siempre le gustó mi sentido del humor —repuso el afectado y le guiñó un ojo antes de añadir—: Era demasiado tentador demostrar que un humano sí tiene cabida en una manada. La verdad es que es un poco patético que vuestro alfa tenga que justificar con quién quiere pasar el resto de su vida y vosotros no tendríais que esforzaros tanto en joderle la vida al muchacho, en serio. Que sea lo que tenga que ser y, si no tienen cachorros, en Dóen de alfas nos sobran, al margen del madurito melancólico aquí presente. —Nolan levantó la mano para mostrarle una peineta y mi padre sonrió ante esa efusiva muestra de afecto.

—Secundo al… lo que seas —opinó Daniel, estudiando a mi padre.

—Derek ha elegido a su pareja y nada debería cambiar. —Observé al lobo que había hablado, inclinó la cabeza hacia nosotros, en un acto de respeto. Supongo que más para Derek que no para mí, pero vamos, que yo no necesitaba ningún tipo de reconocimiento por su parte, solo que me dejaran en paz y no me tocaran demasiado los ovarios con eso de preñarme.

—Como mucho, podríamos festejar que tenemos una alfa. —Silas mostró una sonrisa despreocupada mientras decía aquello.

—No podría ser de otra forma; para nosotros, ella ya ha demostrado su valía y que será una gran alfa. —Me giré para ver quién había hablado. Era el padre de Desirée; estaba de pie junto a su esposa y la joven loba, que me regaló una pequeña sonrisa.

Ese fue el detonante que hizo que todos y cada uno de los lobos empezaran a ponerse de pie para inclinar sus cabezas hacia nosotros en señal de respeto y aceptación. Derek se estaba emocionando, así que recosté mi cabeza contra su pecho y me limité a permanecer a su lado, acompañándole en el proceso.

No tenía del todo claro qué nos depararía el futuro, la vida, pero sabía que aquella sería mi nueva familia. Derek me había dado la libertad de elegir y eso era más de lo que jamás habría esperado de un alfa, pero ahora era consciente de que también estaba dispuesto a sacrificar las pocas ilusiones que le quedaban y dejar atrás a su familia para que pudiéramos tener una oportunidad como pareja. Que a los viejos no creo que los echara en falta, pero luego estaban todos esos lobos que le miraban con verdadero afecto y respeto. Siempre hay alguna oveja negra en la familia: yo tenía una tía que además de cazadora era una sádica arpía, así que no era quién para criticar.



LAS CERVEZAS EMPEZARON A CORRER por el bar como si fuera agua y el ambiente se volvió prácticamente festivo. Elias y Gorka se marcharon a la primera de cambio, pero solo el primero lo hizo con expresión molesta y evidenciando que estaba en total desacuerdo con los cambios que me estaba planteando instaurar en la manada. Ian, en cambio, se quedó allí y aunque se mantuvo a una cierta distancia de nosotros, solo el hecho de hacerlo demostraba que estaba dispuesto a aceptarla. Supuse que siempre habría una cierta suspicacia respecto a la que era mi pareja. Ya no solo era el hecho de que fuera humana, también estaba el hecho de que su padre había sido un cazador y era el beta de una loba a la que, algún día, esperaba conocer. No tanto para que leyera mis pensamientos, sino para entender un poco más de cuál era en realidad nuestra historia y nuestro origen.

Para cuando ya era de noche, los lobos empezaron a dispersarse. Muchos vinieron a felicitarnos por nuestro enlace y Maya se quedó a mi lado, demostrándome su apoyo y lealtad, incluso cuando ni siquiera yo sabía cómo acabaría nuestra historia. Que lo hiciera significó mucho para mí, porque aunque tenía claro que no lo vivíamos de la misma manera, sabía que ella estaba dispuesta a intentarlo y eso, la verdad, era mucho más de lo que esperaba que hiciera cuando decidí dar aquel paso y vincularme a piernas largas para el resto de mi vida.

Daniel estaba con Ona, detrás de la barra, y frente a ellos estaban Silas y el cazador. Si sospechaba que su otra hija se acostaba con mi beta, no tenía la más remota idea; creo que para un día, tenía emociones más que suficientes como para hacer la vista gorda y, después de todo, no tenía el olfato de un lobo. Incluso siendo el beta más poderoso con el que me había cruzado en toda mi vida, le llevábamos cierta delantera en algunas cosas.

—Hubiera preferido lidiar a solas con todo esto. —Maya se giró para observarme—. No pretendía que nuestro primer día como «novios» acabara pareciéndose al desfile de invitados tras el banquete de bodas. —Se rio ante aquel comentario y me incliné para rozar su piel con mi aliento. Sentí que aquel contacto hacía que se estremeciera y deseé llevármela lo más lejos posible, a un lugar en el que

pudiéramos ser solo nosotros dos—. ¿Es demasiado tarde para volver a casa?

Sus ojos se centraron en los míos y me sonrió, como si ella también necesitara alejarse un poco de aquel lugar y de la manada. De ese compromiso que se suponía que había aceptado asumir para con ellos.

—¿Te dan miedo las alturas? —Elevé una ceja para mirarla, a modo de respuesta—. Papá, ¿me dejas las llaves?

El cazador nos miró desde el taburete con expresión alegre. Era un hombre extraño aquel. Un mundo de contrastes cuya historia, un día, me gustaría que me contara poco a poco, para poder entender cómo su vida había dado un giro argumental como aquel.

—Solo espero que seáis tan felices como lo hemos sido nosotros. —Le lanzó un llavero que tintineó en el aire, pero Maya lo cazó al vuelo.

—¡Y que tengan muchos cachorros! —soltó Silas elevando su jarra de cerveza hacia nosotros. Maya le mostró una peineta y sonreí porque esa era, al fin de cuentas, la mujer irreverente de la que me había enamorado.

—Espero que estés mañana a las nueve en punto en la oficina —ronroneó con una amplia sonrisa.

—Dudo que le exijas lo mismo a Derek —protestó él.

—Él y yo estaremos haciendo trabajo de campo.

—A este paso me la preña antes de navidades —masculló el padre de Maya haciendo una mueca y ella se puso roja hasta las orejas.

—Vigila que no sea la única —se defendió ella y Ona le lanzó un trapo mojado que tenía a mano a la cara, aunque Maya lo consiguió interceptar antes de que se estampara contra ella.

—Zorra.

—He aprendido de la mejor —le contestó enviándole un beso con la mano y ella le sonrió a modo de respuesta.

Salimos del bar, pero aún alcancé a escuchar al padre de Ona que les decía a mis betas:

—¿Tengo que cortarle las pelotas a uno de vosotros? —Empecé a reír por lo bajo, divertido con la mierda con la que les había dejado.

Seguí a Maya hasta un descampado en el que se encontraba el helicóptero con el que su padre había llegado a mi casa. Ahora lo de las alturas empezaba a cobrar sentido.

—¿Sabes manejar esto?

—Por favor… —Vi sus ojos brillar con una chispa de diversión. Incluso si odiaba ese tipo de trastos porque el ruido me taladraba el cerebro, le sonreí y me senté en el asiento de copiloto y hasta disfruté del trayecto viendo esa pizca de orgullo y diversión iluminando su rostro. Joder… ¿qué no estaría dispuesto a hacer por ella?

Aterrizó cerca del edificio. Negra noche nos rodeaba ya, pero el

cielo era bastante estrellado y la luna iluminaba con suficiente intensidad como para que Maya se desenvolviera bien sin necesidad de usar una linterna. Me sentí ligeramente cohibido de repente. Volvíamos a mi casa. Nuestra casa. Juntos. Y se sentía tan condenadamente bien…

Deseaba hacerle el amor lentamente todo lo que quedaba de noche, hacerle promesas de amor eterno y disfrutar sintiendo su presencia complementando a lo que yo era. Decirle todo, absolutamente todo. Agradecerle el apoyo que me había brindado frente a la manada y que hubiera conseguido obrar un milagro: no estaba dispuesto a perder a Maya, pero desprenderme de la manada era como si me amputaran parte de lo que era.

—¿Tienes hambre? —le pregunté, tentativo y algo nervioso.

—¿De ti? —Mi cuerpo reaccionó a su pregunta como si se hubiera plantificado desnuda delante de mí—. ¿Quizá?

—Yo estaba pensando en comer algo, pero no negaré que verte en modo piloto me ha puesto del todo cachondo. —Maya rio por lo bajo y me fintó, como si pretendiera jugar conmigo. La acorralé contra una pared y sus ojos brillaron al buscar los míos. Me emocionó aquella sensación que me embargaba. La conexión entre nosotros. Las emociones que fluían y que no solo tenían notas de deseo. Había mucho más, una lealtad y complicidad que esperaba que jamás pereciera con el tiempo—. Sé que lo de esta tarde no estaba en el plan del día de nuestro acuerdo, pero quiero que te quede claro que nada ha cambiado, ¿de acuerdo? Tú y yo aprenderemos a vivir juntos el día a día, hasta donde la vida nos quiera llevar. El resto no importa.

—Sí que lo hace, Derek, y lo sabes. —No parecía molesta cuando afirmó aquello, pero que asumiera esa obligación me hizo sentir un poco culpable. No quería obligarla a estar a mi lado cuando ella ya no lo sintiera de la misma forma que yo. Incluso si no me imaginaba una vida sin ella acompañándome.

—No quiero que te sientas obligada por la manada, Maya. Lo que hay entre nosotros dos es solo cosa nuestra. Te amo demasiado como para no darte esa libertad. No quiero que te sientas atada a mí; quiero que seas tú quien decida, cada mañana, quedarse a mi lado y que puedas amarme, algún día, como yo solo te amaré a ti.

—¿Y quién te dice que no lo hago ya? —Había una emoción contenida en su mirada que me golpeó de lleno. La sensación de calidez que me embargaba era indescriptible.

—¿Lo haces? —le pregunté—. ¿Me amas?

—Me gustaría contarte algo que aún no sabes —repuso, evitando responder a mi pregunta. No negaré que aquello me dolió, pero me mantuve quieto, observándola, dispuesto a conseguir que algún día ella también llegara a sentirlo.

—A estas alturas, no sé si serás capaz ya de sorprenderme. —Me obligué a mostrar una media sonrisa mientras mis ojos se desviaban a sus labios. Me incliné sobre ellos para probarlos y saciar así la ansiedad que me había causado su cambio de tema—. Hembras humanas que pueden alumbrar a cachorros, alfas con habilidades psíquicas capaces de convertir en betas a antiguos cazadores y… ¿qué será lo siguiente?

Rio por lo bajo y su aliento cálido me rozó el mentón. ¡La deseaba tanto!

—Me preguntaste hace un tiempo sobre las parejas como nosotros… mixtas. —Asentí, sin tener del todo claro con qué tenía intención de salirme esa vez—. A todas las manadas les preocupa mucho que el secreto de su naturaleza se mantenga intacto. Que se descubriera que existís…

—Sería nuestro final o, en el mejor de los casos, acabaríamos como cobayas en un laboratorio.

—Como alfa, decidir si un lobo puede o no compartir cuál es su verdadera naturaleza con su pareja es complicado, porque puede exponer a toda la manada.

—Espero no encontrarme en esa situación… Después de lo nuestro, no podría no negarles la posibilidad de ser felices, pero al mismo tiempo…

—Hace tiempo que en nuestra manada se usa el propio ritual de vinculación como requisito.

—¿Qué quieres decir?

—Que si un lobo quiere vincularse a un humano, primero debe vincularse a él y luego acudir a Lucas para que le dé su autorización para compartir cuál es su verdadera naturaleza y la pueda presentar dentro de la manada.

—¿Eso no sería hacer las cosas del revés? —le cuestioné sorprendido—. El lobo ya estaría vinculado a esa persona para el resto de su vida.

—Correcto.

—Quieres decir que… el lobo tiene que estar dispuesto a sacrificarse antes de saber si tendrá una oportunidad real de que su pareja sea reconocida dentro de la manada. —Estudié su rostro, porque algo así había sucedido exactamente entre nosotros. ¿Era su forma de hacerme entender que su alfa aprobaría nuestra relación? Estaba bien saberlo, pero tampoco era que la necesitara a esas alturas.

—Vale, vamos a plantearlo de otra forma: un lobo no se puede vincular a otro si no existe reciprocidad en sus sentimientos.

—Lo sé.

—El proceso no es diferente cuando se trata de un humano.

—No te sigo.

—Pues dice poco de tu nivel intelectual…

—Maya… —Una amplia sonrisa iluminó su rostro, mostrando ese atisbo de picardía que tanto la representaba.

—Quiero decir que, si yo no te correspondiera, no podrías haberte vinculado a mí.

—Eso es… —titubeé.

—Yo también te quiero. —Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—No estoy seguro de si te creo…

—¿Por qué? —Alzó una ceja, molesta, mientras hacía algo parecido a un puchero. No pude menos que estrecharla entre mis brazos y besarla con todo el ardor que existía en mi interior. Cuando la liberé de aquel beso, estaba ligeramente sonrosada e infinitamente adorable—. Vale, quizá te he enviado algunos mensajes un tanto contradictorios, pero tampoco estaba preparada para enamorarme de ti y desear… estar justo donde estoy en estos momentos.

—¿En mi casa? —ronroneé.

—Aquí dentro. —Colocó una mano sobre mi pecho, sobre mi corazón. Cerré los ojos y dejé que esa sensación, su mano sobre mi pecho, calara dentro de mí.

—Te quiero, Maya, siempre te querré. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

Coloqué mi frente sobre la suya.

—Así que me amas.

—Creo que desde el principio. Te amaba cuando no deseaba estrangularte, probablemente. —Sonreí y me separé de ella para poder observarla—. En la manada, creemos que si un lobo se vincula a un humano es porque sus sentimientos son lo suficientemente fuertes como para que sea capaz de enfrentarse y aceptar la realidad del lobo y de su mundo.

—¿Y si el lobo intenta marcar a su pareja y el vínculo no se forma? —le pregunté.

—En ese caso no se le permite compartir con esa persona la verdad de la manada —me contó—. Sé de un caso en el que el lobo quiso mantener la relación: llegaron a casarse, pero la relación no llegó a prosperar y se separaron antes de tener descendencia.

—¿Llegó a contarle que era un lobo? —Ella negó y su mirada se oscureció ligeramente, como si algo le pesara en ese momento. ¿Fue su rostro el que me advirtió aquello o algo mucho más profundo? ¿Tal vez era capaz de percibir sus emociones por nuestro vínculo? Ese que pensaba que jamás podría ser recíproco y que ahora era consciente de cuán equivocado estaba.

—Hay algo más… Algo que no le he contado ni siquiera a Ona.

—Te escucho.

—Cuando Mathew me dijo que quería vincularse a mí… es cierto que todo aquello me venía grande, pero no fue solo eso lo que hizo que me asustara y acabara dejándole y largándome de Dóen. —Me quedé quieto, reteniéndola entre mis brazos. No es que hablar de otro macho, en esos momentos, sacara la mejor versión de mí mismo, porque solo recordar que podría haberme arrebatado a Maya antes de que la conociera me ponía enfermo. El alfa que había en mí deseaba mostrar su autoridad y que ella nos pertenecía—. Él quería casarse conmigo para formalizar nuestra relación con mi padre y reclamarme en la noche de bodas y yo tuve miedo de que si llegábamos a ese punto y el vínculo no llegaba a forjarse… Yo era una adolescente enamoradiza, y tuve miedo de que no fuera capaz de amarle de verdad.

—Eras muy joven.

—Desde entonces, siempre he tenido ese miedo. Creo que por eso no suelo estar mucho tiempo en el mismo lugar. Me da miedo… enraizar o, tal vez, no saber hacerlo, pero sí tengo la certeza de que te quiero.

—¿Por la vinculación? —le cuestioné, conteniendo el aliento.

—No. Lo supe cuando encontramos el cuerpo del muchacho. —Sus ojos se quedaron fijos sobre los míos—. Pensé… algo dentro de mí se desgarró y me sentí vulnerable. Solo las personas a las que quieres pueden herirte de esa manera; fue así cómo lo supe.

—Me gustaría decirte algo profundo, pero yo me empalmé cuando percibí por primera vez tu rastro de bosque y manzana verde.

Hizo un mohín y me golpeó en el pecho, enfadada, aunque empezamos a reír al mismo tiempo. La besé antes de añadir:

—¿En qué situación nos deja todo esto?

—En una un poco empalagosa, ya sabes, un te quiero, un hazme el amor toda la noche, lentamente, un no me importaría algún día que tuviéramos cachorros y un quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Joder. —Me estremecí, sintiendo un placer infinito al escuchar todas y cada una de aquellas afirmaciones.

—Pero tú haz ver que no te lo he dicho, que no sea que te relajes y dejes de currártelo. —Empecé a reír—. Sabes que no siempre te lo voy a poner fácil y que hay cosas en las que tu autoridad me importará una mierda y pillarás cabreos considerables, pero creo que nos irá bien. Dicen que cuando una relación empieza con ciertas dificultades, los cimientos son más fuertes. Teniendo en cuenta que nosotros arrastramos hasta un cadáver, digo yo que aguantaremos hasta el fin del mundo.

Acallé la risa para besarla apasionadamente. Tenía intención de seguir las instrucciones de la alfa que guiaría a mi lado a la manada: demostrarle que era capaz de amarla, ahora… y siempre.

SIGUE DESCUBRIENDO A LA AUTORA:



ROM-CONTEMPORÁNEA-ADULT

CÓMO CONQUISTAR A UN GENIO

Sinopsis:

Tras trabajar en multinacionales y grandes centros científicos, Fa decidió buscar un poco de normalidad y sociabilizar con otros seres humanos, algo que no se le da especialmente bien. Musa esconde un pasado, se entretiene escuchando la radio de la policía mientras elabora complejos algoritmos y hace de dependienta en un *sex shop* para pasar el rato. La gran estrella deportiva, Math Damon, sonríe mucho en televisión, pero es solo cuando está detrás de una pantalla que su verdadera pasión se hace evidente. Nolan disfruta manipulando números, personas y todo lo que le venga en gana; para él la vida es un juego que sabe que va a ganar… aunque eso lo convierte, al mismo tiempo, en algo aburrido.

Cuatro amigos.

Cuatro genios solo parcialmente comprendidos.

¿Puede existir el amor para alguien como ellos?



Género: Novela romántica contemporánea.
Temática: Genios y robos informáticos.
Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).

ROM-FANTASY-ADULT

IMPUROS

Sinopsis:

Siguiendo la estela de Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout, descubre el fascinante mundo de fantasía, intriga y romance de *Impuros*. ¡No puedes perderte este inicio de saga!

Jade es hija de una de las estirpes más importantes de guerreros Marcados, una raza de Halgboots que desciende de antiguos dioses que lucharon contra los demonios que intentaron dominar el mundo tras abrirse la Grieta al abismo. Desde niña sabe que su destino es convertirse en la esposa del futuro Rey y mantener así la hegemonía de los Marcados sobre otras razas inferiores con las que conviven a su pesar.

Pero Jade guarda un secreto que no puede desvelar, algo que podría torcer los planes de todos aquellos cuyo futuro depende de que se ciña a su destino y no se deje seducir por una pasión prohibida y sus deseos más oscuros.

Un linaje. Un secreto. Una pasión. A veces lo que nos condena también puede liberarnos.





Género: Novela fantasía romántica.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-FANTASY-YOUNG ADULT

PUEBLOS PERDIDOS

Sinopsis:

Invisible. Su piel era dorada y sus ojos tenían el tono ambarino correcto de su raza, pero ningún dorado la vería como a un igual si miraba su cuello. Maldita. La Diosa Aurum la había condenado al nacer, al no marcar su piel con la runa de los dorados. Condenada a no ser una dorada en derecho pleno, había vivido encerrada dentro del Oráculo del Desierto sirviendo a las Videntes, protegida del mundo que había fuera. De los salvajes y de aquellos que podían despreciarla por no haber sido marcada. Sin embargo, la tranquilidad con la que ha vivido Aina se ve alterada cuando es convocada por el Consejo tras la muerte del Rey dorado de Do-Urh, para participar en los Juegos de Honor y enfrentarse al resto de jóvenes dorados para determinar quién será el nuevo Rey. Aina se ve obligada a alejarse de su hogar con la esperanza de conocer a su padre y descubrir el origen de su maldición. En ese fascinante viaje, no podrá evitar enamorarse de Dexter, un joven explorador dorado, mientras crea nuevos y extraños aliados. Maldita para muchos y especial para otros, Aina ha de intentar encontrar su sitio en ese mundo que se dibuja frente a ella porque para poder ser libre, para poder amar y ser correspondida sin reservas, primero tendrá que encontrar a su padre, romper su maldición, desafiar a una Diosa y encontrar su propio destino, junto a Dexter.



Género: Novela fantástica juvenil de aventuras con toques de

romanticismo.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

ROM-URBAN-FANTASY-ADULT

CAZADORES OSCUROS

Sinopsis:

Existe una guerra antigua. Casi tanto como el propio hombre.

Criaturas oscuras que se alzan a la noche y valerosos guerreros milenarios que tratan de contenerlas. Pero quedan pocos cazadores. Muy pocos. Y sin ellos, la humanidad está condenada a desaparecer.

Solo un milagro podría cambiar ese destino. Magia antigua. La magia elemental de las Místicas.









Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.
Temática: Demonios, monstruos y magia.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

SENSIBLES

Sinopsis:

Según la antigua mitología celta, los Tuatha dé Dannan fueron dioses celtas que lucharon en Irlanda con los dioses de fomoré convirtiéndose durante parte de la Edad Media y la Edad de Hierro en los únicos señores de Irlanda.







Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea en Irlanda.

Temática: Dioses celtas, vikingos, hadas, magia elemental y brujas.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

LOBOS DE DÓEN

Si te gustan las historias de cambiantes y hombres lobo, te enamorarás de los Lobos de Dóen. ¡No te pierdas esta trilogía! Disfruta de las historias de La Chica Lobo, El Cazador Cazado y La Loba Solitaria individualmente o en un recopilatorio muy especial.









Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.

Temática: Hombres lobo.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-URBAN-FANTASY-YOUNG ADULT

ÁNGELES CAÍDOS

Sinopsis:

Ángeles y **d**emonios. Vínculos para toda la eternidad. ¿Qué pasaría si un ángel de la guarda acabara enamorándose de un demonio mayor rastreador?

¡Descubre las historias de todos los miembros de la familia Forns!





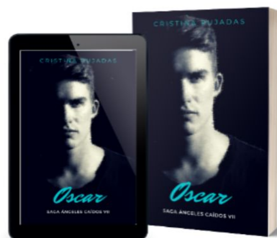
















Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Ángeles y demonios.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

DUALES

Sinopsis:

Sophie oye una voz. **S**am es una superviviente.

Un linaje antiguo extinguido.

Los secretos que pretendían ocultar serán desvelados.

Los fénix han vuelto y cambiarán el mundo de los duales.







Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Cambiantes.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

INSTINTOS

¿Quieres la versión Kindle? Puedes acceder al recopilatorio o a los tres libros por separado: El Despertar del Lobo, El Ascenso del Vampiro y El Secreto de los Humanos.

Sinopsis:

Había pasado ya más de un siglo desde la Apertura, en la que algunas de las criaturas hasta entonces consideradas mitológicas, se convirtieron en una realidad en nuestras calles. Ser humano y vivir con criaturas capaces de convertirse en lobo y triplicar su fuerza o vampiros con cierta predilección por tu grupo sanguíneo, no es para nada fácil. Pese a vivir en un ambiente protegido, Atlantic se ve obligada a empezar a trabajar en una biblioteca cuando su universidad la invita a buscar otras perspectivas de futuro al no pasar los exámenes. Decepcionada con el mundo, y consigo misma, se deja llevar cuando conoce a un cambiante, mitad hombre y mitad lobo, casi por casualidad. Pero a veces las casualidades vienen marcadas por el propio destino y ninguno de los dos podrá evitar dejarse llevar por esa atracción que les vincula de forma permanente, pese a sus

diferencias. Ni Atlantic ni Jan, su lobo, pueden imaginarse que todo lo que conocen, o creen conocer, está a punto de cambiar.



Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.

Temática: Hombres lobo y vampiros.

Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).

URBAN FANTASY-JUVENIL

TRILOGÍA AL OTRO LADO

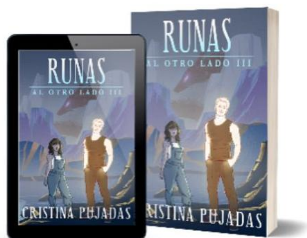
Sinopsis:

Noelia y Gabriela son amigas desde la infancia, de esas amistades en las que a veces una sabe más de la otra que ella misma. Noelia sabe que Gabriela vive parcialmente escondida a su sombra, intentando ser normal. Aunque no lo es completamente. Ignorando esas diferencias y los secretos que oculta, han crecido juntas aspirando cosas normales de chicas normales, hasta que la aparición de Niloy, un chico de aspecto peligroso y carácter un tanto inestable, hace que Gabriela tenga que asumir que parte de lo que toda la vida ha estado ocultando es real, y no fruto de su imaginación. Porque desde su primer encuentro, Gabriela y Niloy han sabido reconocer que al margen de los sentimientos y la atracción que hay entre ellos, hay mucho más sobre lo que son y de cuál es su destino. Pero para poder seguir adelante en esta emocionante aventura, necesitarán de sus amigos y de las personas que, desde siempre, le han acompañado.









Género: Novela fantástica romántica con ambientación contemporánea.

Público: Juvenil

Temática: Dragones, sombras y poderes elementales.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

Nota de la autora,

Queridos lectores, Espero que hayáis disfrutado de esta historia tanto como yo escribiéndola. Hace mucho, demasiado, que tenía ganas de volver a narrar un romance de hombres-lobo. Un poco a modo de homenaje, me he permitido recuperar la manada de Dóen, aunque sea de telón de fondo, porque La Chica Lobo fue el segundo libro que autopubliqué y su historia siempre tendrá un lugar especial en mi corazón.

Si quieres descubrir otras de mis historias, ¡pásate por mi página web! Además, si te suscribes al blog, recibirás acceso al contenido extra oculto en la web: capítulos inéditos y muchas fricadas varias. Recuerda que todos los pedidos realizados a través de mi web, vienen con libro dedicado y marcapáginas de tus libros favoritos.

Dicho esto,

¡Feliz lectura!